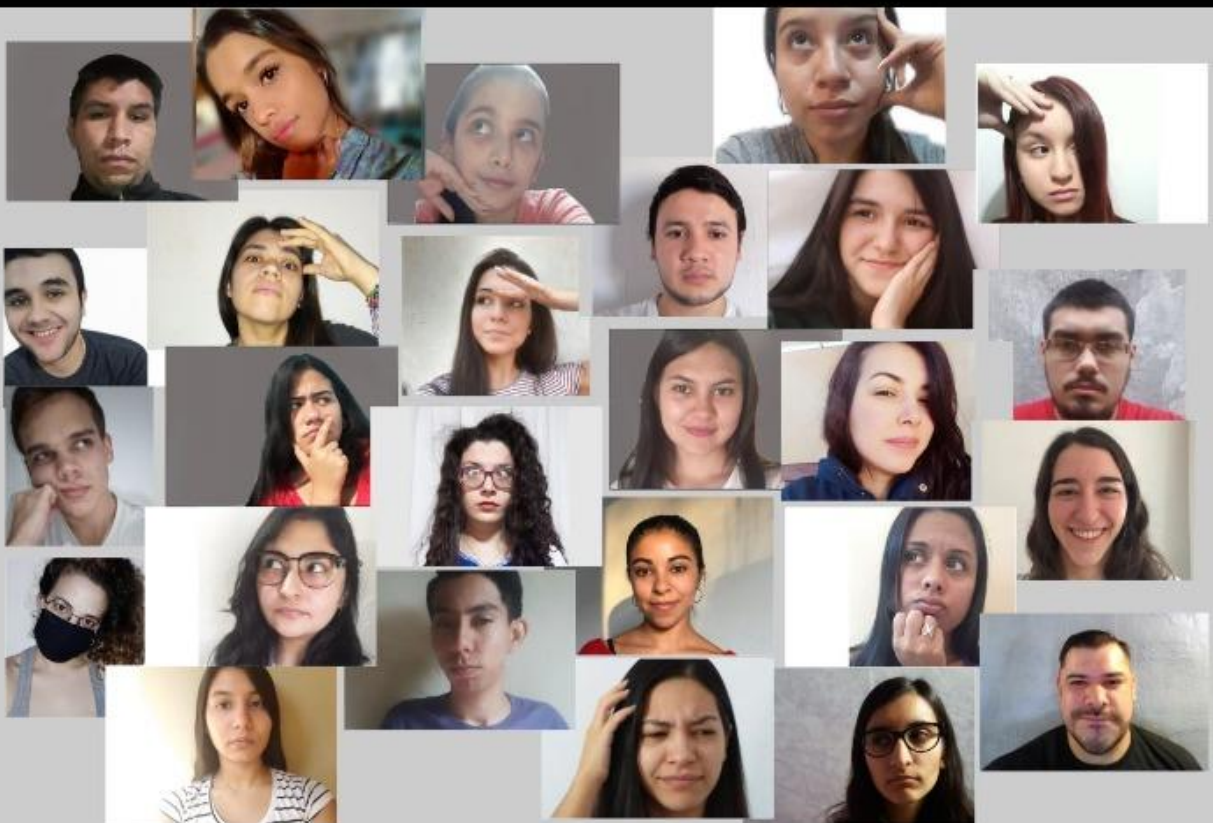




EL ASPO EN PRIMERA PERSONA

*Relatos de estudiantes universitarixs
viviendo la cuarentena en el nordeste argentino*



CÁTEDRA
ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y CULTURAL

colectivo
~SYR~
EDICIONES

EL ASPO EN PRIMERA PERSONA

*Relatos de estudiantes universitarixs viviendo la cuarentena
en el nordeste argentino.*

CAROLINA GANDULFO

TAMARA ALEGRE

MARTÍN DOMÍNGUEZ

(Compiladores)

ENRIQUE AGUIRRE | ÁNGEL ALBES | IRENE ARBUELLO | TILDA ÁVILA
ZOE BÁEZ SOSA | NICOLÁS CÁCERES | NICOLÁS CASAÑAS | DESIREE CHAMAREZ
ELÍAS CHÁVEZ | MARTÍN DOMÍNGUEZ | LUCIANO ECHAVARRÍA
MARINA S. ESCOBAR | RUTH ESCOBAR | LARA FERNÁNDEZ
MARÍA EUGENIA GABARDÓS BITTLER | FÁTIMA GARCÍA | YUYU
FRANCISCO GÓMEZ | ABRIL GONZÁLEZ | DANIELA GONZÁLEZ
AGUSTINA GUELARDI | MACARENA HIPPER | MARÍA MERCEDES IBARROLA
MILAGROS IRRAZABAL | DANIELA JUNCO | GONZALO EZEQUIEL LEDESMA
ROCÍO LENCINAS | SILVANA R. LOZANO | BRENDA MÉNDEZ GONZÁLEZ
BÁRBARA OJEDA | ROCÍO OJEDA | M. FERNANDA ORTEGA | MICAELA PANZARDI
MOIRA ALEJANDRA PEÑALVER | MILAGROS LUCILA PEREYRA
MELISA DENISE QUIROZ | NICOLÁS RAMÍREZ | ROMINA RODRÍGUEZ
YESICA SANDOVAL | ALEJANDRO SOSA | FLORENCIA SOSA
MARÍA FLORENCIA SOTO | AIMARA EMILSE TORRES | CECILIA TORRES ORTÍZ
SHEILA TURBAY | CARLA VALLEJOS | MAURO VARGAS | LUCILA VERÓN
BÁRBARA VIANA | NATALIA VILLOIS | MILAGROS MAGALÍ YACCUZZI

EQUIPO DE CÁTEDRA ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y CULTURAL

TAMARA ALEGRE -becaria doctoral UNNE-CONICET | FLORENCIA CONDE-becaria
doctoral UNNE/CONICET | LUCÍA ESPÍNOLA-adscripta estudiante | ERICK HEIRFELD
DEL VALLE-becario pregrado CyT | DAIANA HOURCADE -adscripta estudiante
MYRIAM PERRET-adscripta egresada | AYALEN MORALES -becaria doctoral UNNE-
CONICET | MARÍA LUZ VALLEJOS -profesora auxiliar
CAROLINA GANDULFO -profesora adjunta a cargo

El ASPO en primera persona: relatos de estudiantes universitarixs viviendo la cuarentena en el nordeste argentino / Carolina Gandulfo... [et al.]; compilado por Carolina Gandulfo; Tamara Alegre; Martín Domínguez; editado por Carolina Gandulfo; Tamara Alegre. - 1a ed. - Corrientes: Colectivo Syry Ediciones, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-86-5243-6

1. Aislamiento Social. 2. Estudiantes Universitarios. 3. Etnografía. I. Gandulfo, Carolina, comp. II. Alegre, Tamara, comp. III. Domínguez, Martín, comp.

CDD 303.485

Este libro se realizó en el marco del proyecto de cátedra Antropología Social y Cultural dictada en el primer cuatrimestre de 2020, Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste, con sede en Resistencia Chaco; en el marco del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio establecido por el gobierno nacional a partir del 20 de marzo de 2020.

PRODUCCIÓN EJECUTIVA Y RESPONSABLE DE EDICIÓN: CAROLINA GANDULFO

DISEÑO DE TAPA: MARTÍN DOMÍNGUEZ & ROXANA KAMLOFSKI

DISEÑO EDITORIAL: TAMARA ALEGRE & CAROLINA GANDULFO

ACOMPANIAMIENTO Y REVISIÓN DE TEXTOS: EQUIPO DE CÁTEDRA

FOTOGRAFÍAS: CADA UNX ES AUTOR DE SU FOTOGRAFÍA, LXS AUTORES EN LA TAPA Y EL EQUIPO DE CÁTEDRA EN LA CONTRATAPA.

1ª Edición, 2020

© Colectivo Syry Ediciones

colectivosyry@gmail.com

@colectivo.syry

ISBN 978-987-86-5243-6

ÍNDICE

- 8 **Pensar y producir colectivamente en situación de aislamiento**
Carolina Gandulfo
- 12 **De lo anormal a lo “normal”**
Enrique Aguirre
- 16 **Cambios inesperados: aprendizaje y superación**
Ángel Albes
- 19 **Y ahora... ¿Qué hago?**
Irene Arbuello
- 30 **De un continente a otro**
Tilda Ávila
- 34 **Re-descubriendo (me) en el ASPO**
Zoe Báez Sosa
- 38 **Re-construyendo mi cotidianidad en el ASPO**
Nicolás Cáceres
- 45 **Una realidad superable**
Nicolás Casañas
- 50 **Un florecer de emociones y sensaciones en situación de ASPO**
Desiree Chamarez
- 56 **Cambios y continuidades de mi día a día durante el ASPO**
Elías Chávez
- 66 **Lo perdido y lo ganado en la cuarentena**
Martín Domínguez
- 72 **Adecuándonos a cambios en nuevos tiempos**
Luciano Echavarría
- 76 **Registro de mi vida en tiempos de pandemia**
Marina S. Escobar
- 80 **Efectos colaterales del ASPO**
Ruth Escobar

- 84 **Reencuentro conmigo misma en medio del ASPO**
Lara Fernández
- 88 **Crónica de una estudiante universitaria que reestructuró su vida**
María Eugenia Gabardós Bittler
- 91 **Ningún lugar a donde ir... Un tiempo que vencer**
Fátima García
- 94 **Más allá de lo evidente**
Yuyu
- 97 **Tiempos de cuarentena: la evolución de una familia correntina**
Francisco Gómez
- 101 **Nada cambió, pero nada es igual: relato de una piba que volvió a la casa familiar**
Abril González
- 105 **Mis días dentro del ASPO**
Daniela González
- 108 **El desafío de encontrarnos aislados**
Agustina Guelardi
- 111 **Relato y adaptaciones de la cotidianeidad en plena pandemia**
Macarena Hipper
- 114 **Proyecto: mi primer diario. Te invito a leerme**
María Mercedes Ibarrola
- 119 **La vuelta a casa... ¿Qué me pasa?**
Milagros Irrazabal
- 125 **Narrativas en tiempos de ASPO**
Daniela Junco
- 130 **Nuevo estilo de vida: quedarse en casa para protegernos**
Gonzalo Exequiel Ledesma
- 132 **Un virus que revolucionó el mundo y hasta mi propia vida**
Rocío Lencinas

- 143 **Mi vida en el ASPO: una serie no transmitida**
Silvana R. Lozano
- 154 **Descubriéndolo (nos) en tiempos de pandemia**
Brenda Méndez González
- 159 **Un día a la vez**
Bárbara Ojeda
- 163 **El ASPO y yo: reflexiones en tiempo de encierro**
Rocío Ojeda
- 169 **La chica que quería trabajar, pero no desde su casa**
M. Fernanda Ortega
- 175 **Sobreviviendo a la pandemia Covid-19**
Micaela Panzardi
- 178 **Por una nueva convivencia**
Maira Alejandra Peñalver
- 180 **¿Cómo viví y cómo vivo el ASPO?**
Milagros Lucila Pereyra
- 184 **La facultad en casa: historia de una computadora rebelde**
Melisa Denise Quiroz
- 191 **Travesía y cambios a través del ASPO**
Nicolás Ramírez
- 194 **El Covid, la pandemia impensada**
Romina Rodríguez
- 200 **Lo nuevo siempre asusta, más cuando te toca desde lo más profundo del corazón**
Yesica Sandoval
- 206 **Resignificando vivencias en tiempos de pandemia**
Alejandro Sosa
- 213 **Vivir en situación de ASPO**
María Florencia Sosa

- 217 **Nuevas realidades frente al ASPO**
Florencia Soto
- 222 **El Aspo y yo**
Aimara Emilse Torres
- 225 **ASPO: Cuarentena, cursada virtual y nuevas cotidianidades**
Cecilia Torres Ortíz
- 233 **Mi cuarentena en el siglo XXI**
Sheila Turbay
- 237 **Un encierro lejos de casa**
Carla Vallejos
- 242 **Vivencias en cuarentena**
Mauro Vargas
- 247 **El ASPO: tres meses y cuatro carillas**
Lucila Verón
- 251 **Tiempos eternos que van cambiando**
Bárbara Viana
- 257 **ASPO: tiempo de re-conocer-me**
Natalia Villois
- 264 **Personalmente creo que todo esto es una locura**
Milagros Magalí Yaccuzzi

EN MEMORIA

El Dr. Miguel Duré, jefe de terapia intensiva del Hospital Perrando de la ciudad de Resistencia, falleció al contagiarse por COVID-19 realizando su tarea diaria en el hospital.

A tres meses de la declaración del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio en Argentina.

19 de junio de 2020

PENSAR Y PRODUCIR COLECTIVAMENTE EN SITUACIÓN DE AISLAMIENTO

CAROLINA GANDULFO

*Ya no podré vivir estos momentos
porque te extraño tanto mi amor
en mis versos yo te añoro a cada instante
la distancia me provoca un gran dolor*

*“Tu distancia y mi dolor”
Rafaela Vera, 1974*

Me siento a escribir estas líneas para introducir la lectura de los 51 textos que componen este libro. Lo hago en mi casa a 150 metros de la Laguna Soto en la ciudad de Corrientes. Mis 51 estudiantes son lxs autorxs en primera persona de sus propias experiencias de cuarentena. Debo confesar que esta última semana pasé muchas horas leyéndolos y haciendo la revisión de estilo para la publicación. Aún me siento poblada por sus voces. Sus experiencias de aislamiento. Las decisiones que tomaron, las incertidumbres, los dolores, las angustias, las ansiedades, la mezcla de sentimientos por los que atraviesan en este tiempo. También los descubrimientos que van haciendo de sí mismxs y, sobre todo, la reflexión acerca de que escribir sobre lo que nos pasa en este momento les puede servir a otrxs. Les puedo asegurar que es muy difícil no identificarse o encontrarse a unx mismx en estos relatos. Lo cual nos muestra que, si bien cada experiencia es singular, también hay muchas cosas comunes que nos hacen tener una fuerte percepción de que no podemos hacer nuestra vida solos, de manera individual, tampoco considerando solo a nuestros seres queridos. Esta situación nos golpeó fuerte y nos guste o no, estamos ligados, no solo entre nosotrxs, sino que también somos parte la naturaleza que parece rebelarse frente a tanta presión. Nos creemos superiores como seres humanos pero la situación nos revela las crueles desigualdades que hemos producido como sociedad.

En estos meses fui “la profe Caro” que aprendió a ser “youtuber”, se abrió una cuenta de Instagram, armó su propio canal de YouTube y también se comunicó por WhatsApp con sus estudiantes si era necesario. Aprendí mucho este cuatrimestre. Pero sobre todo desaprendí. Muchas de mis ideas colapsaron. No había programa que pudiera servir en esta situación. Volví a preguntarme, ¿qué es enseñar? Y ¿qué es aprender? ¿Para qué enseñarles antropología o las

herramientas de la investigación social a mis estudiantes? ¿Valía la pena insistir con pensar qué nos estaba pasando?

El 17 de marzo tenía que dar mi primera clase del cuatrimestre. Una semana antes, nos habíamos enterado que una investigadora de nuestra facultad se había contagiado y que había estado en la facultad la primera semana de marzo. Se armó un gran revuelo cuando el decano envió un audio el 9 de marzo a la noche para comunicar esta situación a la comunidad de la Facultad de Humanidades. De golpe saltamos a la fama. La noticia se viralizó rápidamente. Caí en la cuenta de que había estado tomando mate con una amiga, profe también, que había estado en contacto con la desafortunada joven. Tuve que aprender a toda velocidad qué es un contacto estrecho, que tenía que avisarles a todxs con quienes había estado, y estar atenta al aislamiento obligatorio que mi amiga tenía que cumplir. Si ella tenía síntomas también yo debía entrar en aislamiento.

Para el inicio de las clases ya habíamos pasado los 14 días necesarios para terminar con el protocolo de aislamiento indicado. Lo que hoy por hoy todo el mundo sabe, en ese momento era una novedad. Estábamos aprendiendo a cómo manejarnos con los nuevos protocolos sanitarios. Pero sin dudas, no podíamos imaginar lo que se venía, más allá que siempre estaba en mis palabras “esto va para largo”, “esto será difícil”.

El primer día de clases tenía una preocupación, reunir al equipo de adscriptas y becarixs de la cátedra, este año eran siete, para reflexionar sobre lo que estaba pasando y qué íbamos a hacer. Sentía en mí el miedo y la confusión que empezaban a desplegarse. Les propuse hacer una reunión en la facultad ese martes 17, lo que fue complicado porque socialmente ya sentíamos la presión: “no había que ir a Chaco”, “con qué necesidad cruzar el puente”. Aún así, insistí, y nos reunimos en el departamento de Ciencias de la Educación. Quería que todxs estuviéramos en el mismo tono, en el mismo renglón, al iniciar las clases en esta situación. Debíamos estar a la altura de las circunstancias para contener a nuestrxs estudiantes, y no podíamos hacerlo si estábamos en shock, con miedo, reenviando las cadenas de mensajes sin chequear si la información era de fiar, entre tantas cosas que nos pasaban esos días. “Bajé línea” a mi equipo y también lxs escuché. Cada unx compartió cómo estaba, cómo se sentía. Sabía que eso era importante. Si ellxs tenían ese espacio y les producía cierta calma, sabrían cómo generar eso mismo con lxs estudiantes. Yo sola no podía. Teníamos para ese momento unos 57 estudiantes.

Tomé dos decisiones fundamentales. Primero, debíamos generar un sistema de comunicación estable, seguro y consistente con lxs estudiantes. Sabía que el WhatsApp sería lo mejor para esto. Dividimos el grupo en cinco comisiones y les

asigné sus coordinadorxs. La profe de prácticos, por su parte, hizo algunos intentos con el aula virtual (que para ese momento estaba literalmente saturada) y luego generó una estrategia de trabajo similar armando pequeños grupos. Por mi parte, me comunicaría por mail y ese primer día, envié unos breves videos que filmamos para iniciar el cuatrimestre en un contexto de pandemia.

La segunda decisión fue que debíamos trabajar alrededor de lo que nos estaba pasando. Yo no podía pensar en otra cosa que no fuera lo que estábamos viviendo. Creía que reflexionar sobre nuestra experiencia nos permitiría aprender algunas herramientas básicas de la etnografía, y sin dudas, ayudaría a ir procesando mínimamente lo que nos estaba pasando. Creía que de esta forma podía ayudar a contener a lxs estudiantes, pero también sentía que era lo que yo necesitaba.

No puedo dejar de decir que toda la situación me generaba también una gran intriga. Estábamos asistiendo a un gran experimento social global: todxs encerradxs. No tenía mucha noción, pero estaba segura que no habíamos vivido algo así como humanidad nunca antes. Como diría mi madre “lo peor es que te enterás en el momento de lo que está pasando. Antes si había guerra, mucho tiempo después te enterabas de los muertos”.

Así iniciamos este cuatrimestre. Por supuesto, nunca imaginamos que terminaríamos editando un libro. En algunas de las clases, hablamos de la función social que teníamos como cátedra, como integrantes de una comunidad universitaria, en un momento tan crítico como el que vivíamos. Les pregunté a mis estudiantes cómo se posicionaban ellxs en este sentido, les pedí que pensarán cuál era su responsabilidad hoy. Surgieron algunas reflexiones en torno al hecho de la importancia que tenía lo que estábamos haciendo: *analizar la situación de aislamiento que estábamos viviendo*. Producir conocimiento situado acerca de nuestra propia experiencia.

Como dije, empecé las clases enviando breves videos por WhastApp, luego filmé algunos más largos, después aprendí a transmitir en vivo por Youtube. Recuerdo la emoción que sentí cuando lxs estudiantes escribían en el chat mientras se daba la transmisión. Hasta que después de dos meses aproximadamente, a mitad de mayo, hicimos nuestro primer Zoom, experiencia que para ese punto me conmovió profundamente. Extrañaba mucho estar con mis estudiantes de manera presencial. Mirarlxs, escucharlxs, tocarlxs, interpelarlxs. Recibir un mate o un bizcocho en medio de nuestra clase, mientras caminaba a través de los bancos en el aula. Mientras conversábamos y observaba sus gestos, sus maneras de decir o de callar. Extrañaba estar con ellxs. Sentir cómo se sorprendían cuándo tocaba sus hombros o ponía mi mano sobre sus

cabezas. Ese Zoom me movilizó mucho. No quería cortar. Me angustiaba y emocionaba al mismo tiempo. Emociones intensas, tal como lo describen muchxs de lxs autores de estos textos.

La poca bibliografía que leyeron este cuatrimestre tenía que servir para pensar la situación actual. Desde el inicio, les indiqué que tenían que ir haciendo registros de sus vivencias cotidianas. También los hice, quería saber qué se sentía al escribirlos. Escribía con chamamé de fondo. Con el primer registro a fin de marzo, lloré mucho mientras escribía. Advertí al equipo lo movilizante que era hacer esa actividad. Aún continuo con mis registros semanales y siempre con la compañía del chamamé. Propuse tomar como ejes de observación en su vida cotidiana, lo que les estaba pasando con el “tiempo”, con el “espacio” y con las “interacciones”. La vida cotidiana había cambiado rotundamente. Algo se interrumpió de golpe. Había mucho para notar como extraño. También juntaron “memes” en los que, desde mi punto de vista, se expresaba el pensamiento del saber popular sobre lo que vivíamos. Conversaron con diferentes personas sobre las experiencias de la cuarentena y la nueva educación virtual. Es decir, realizaron un trabajo de campo “clásico”, solo que esta vez, muchas de las entrevistas fueron virtuales.

11

Los textos que componen este libro fueron escritos por 51 estudiantes a partir del análisis de sus propios registros en situación de aislamiento. Las profesoras, adscriptas y becarixs del equipo de cátedra que acompañaron este proceso, obviamente lo hicimos también en situación de aislamiento. Fue un trabajo comprometido, y si no fuera por el esfuerzo y el interés de todxs, este libro no hubiera sido posible en tan poco tiempo.

Cuando leí los textos de mis estudiantes también pude identificarme con muchas de las cosas que relatan. También me pregunto como ellos: ¿qué pasará después?, ¿cuándo podré volver a ver a mis sobrinxs que están en Bariloche y Barcelona, o a mis amigxs en Resistencia, o a mi madre y amigas en Buenos Aires? Lxs extraño mucho, tal como dice el chamamé, *la distancia me provoca un gran dolor*.

Aún así, creo que vale la pena pensar lo que nos pasa, como investigadora social es la manera en que puedo encontrarle sentido a mi vida. Este libro es nuestro aporte en esta situación tan dura. Pensar, intercambiar y producir conocimiento, no hace el aislamiento y la distancia menos dolorosos, pero sí nos une, nos dignifica y nos hace sentido. Hoy no me parece poco.

Lxs invito a leer estos hermosos, íntimos y profundos textos producidos por 51 jóvenes universitarixs de nuestra región en situación de aislamiento.

DE LO ANORMAL A LO “NORMAL”

ENRIQUE AGUIRRE

Mi nombre es Enrique Aguirre, curso el 3er nivel del profesorado en Ciencias de la Educación en la Facultad de Humanidades de la UNNE. Soy oriundo de Corrientes Capital en donde actualmente vivo y paso el Aislamiento Preventivo, Social y Obligatorio, junto con mi mamá que es enfermera de Salud Pública de Corrientes, por ende, en este contexto, trabajadora esencial, y mi Padre que es jubilado municipal.

Antes de que ingresáramos en este contexto de pandemia me juntaba con mis amigos, paseaba, salía y me veía con mi novia, y hasta iba a la facultad para hablar con compañeros y participar de las mesas de examen en la cátedra que voy a ser adscripto. De un día para el otro mis relaciones sociales y personales cambiaron bastante.

La facultad de tiempo completo

Desde que comenzó el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio, la mayoría de los estudiantes, incluyéndome, teníamos en cuenta que el cuatrimestre iba a ser de manera virtual, aunque personalmente sabía que iba a ser pesado. Tenía entendido, aunque con el pasar de la cuarentena fui leyendo e informándome, que la mayoría de las universidades no estaban preparadas para una cursada virtual. Me arriesgaría a decir que solo el 25% de los trabajos facultativos estaban destinados a la virtualidad y lo demás era presencial, de ahí que sabía que todo iba a ser áspero. Pasar de algo común, como es la presencialidad, y de un día para el otro “adaptarnos” a la virtualidad, al mismo tiempo que a la falta de compañeros y profesores, con esto quiero decir a la falta del cara a cara con la otra persona que muchas veces es de mucha ayuda.

Las primeras semanas de cuarentena no me afectaron demasiado, ya venía con una rutina muy estática de las vacaciones de verano, la diferencia es que en éstas salía a entrenar y a juntarme con amigos. Las primeras dos semanas solo me molestaban las limitaciones de no poder salir libremente. Por esos momentos mi computadora no explotaba de actividades y lecturas pendientes como ahora.

Tenía gran tiempo libre al comienzo del cuatrimestre, muy relacionado con mi rutina, a la mañana tomaba mates con mi viejo, cocinábamos y almorzábamos

juntos, podía dormir la siesta, hacia ejercicio, merendaba con mamá y para la media tarde empezaba tranquilamente con las lecturas facultativas.

Claramente eso ahora es totalmente diferente, mi concepto personal de tener todo dividido en tiempos se rompió a partir de mayo, no podía planificar qué iba a hacer y en qué momento, porque recibo las actividades facultativas en cualquier momento, de mañana, de tarde, de noche y hasta de madrugada.

Mi miedo y dificultad más grande era/es la conectividad. Cuando lo presencial era un requisito importante en la facultad todavía, tenía mis compañeros/amigos de grupo que me bancaban, es decir, ayudaban cuando se me dificultaba subir un trabajo o me dejaban ir a sus departamentos para conectarme a su wifi. Vale aclarar que no tengo wifi en mi casa, solo me manejo con datos móviles que tiene expiración o se pueden terminar de un momento a otro.

Vivir de datos móviles es complicado, me lleno la cabeza todo el día diciéndome “tienes que priorizar y guardar datos para cosas de la facultad”, limitándote a ver redes sociales o un pequeño video en YouTube. Estos mismos compañeros me siguen bancando día a día en lo emocional, académico y con la conectividad cuando necesito, hasta el día de hoy sigo afirmando que, si no fuera por su apoyo, ya habría abandonado el cuatrimestre casi en su apogeo.

Vi muchos cambios en mi rutina, la facultad en los últimos días empezó a dominar mis horarios y momentos, ya no hago ejercicio, casi no charlo con mis viejos tanto tiempo como lo hacía antes, el fin de semana que me tomaba libre, ya casi no los puedo disfrutar.

Mi vieja trabaja de lunes a viernes en el sistema sanitario correntino, en un CAPS (Centro de Atención Primaria de la Salud), y al principio del cuatrimestre me dije a mi mismo que iba a tratar de pasar los fines de semanas más tiempo con ella. Eso, ahora no estaría sucediendo mucho, ya que a medida que pasan los días recibo una avalancha de actividades y lecturas a realizar. Solo los domingos no hay nada facultativo, ya que trato de descansar y desapegarme de la computadora por un momento, aunque para ser realistas, no me aparto del celular.

Durante mi vida me gustó dormir mucho la siesta, lo terminé adoptando tanto como una religión que hasta mis compañeros saben que no tienen que molestarme a la siesta, al menos que sea muy necesario. Mis siestas también se vieron afectadas por mis actividades facultativas, ya que ahora aprovecho ese tiempo para leer. También los sentimientos están envueltos con la facultad. Sentimientos de insuficiencia y frustración envuelven mis últimos días, con los horarios y la computadora colapsada de trabajos pendientes, al igual que las

lecturas provocan que la fatiga se adueñe de mi cuerpo y especialmente de mi mente.

Salidas al “nuevo exterior”

Previo a que se instale el ASPO, todo era diferente, podía juntarme o salir a pasear con mis amigos, con mi familia o novia. La gente podía abrazarse, besarse y conversar en plena calle sin que nadie los moleste. Suena muy tétrico describirlo así, pero se nota una diferencia en las relaciones sociales y comunitarias, en los cambios que tuvieron que hacerse para evitar que el virus se propague y a su vez ayudar a los demás.

Categorizo a la sociedad en cuarentena como el “nuevo exterior” según mis impresiones de las primeras veces que tuve que salir por necesidad de mi casa, para hacer compras o trámites principalmente. En los 60 primeros días de cuarentena, hice 5 salidas, visitando 2 lugares particulares, un supermercado chino a 5 cuadras de mi casa y un cajero que queda en el Walmart de Corrientes, ubicado cerca de una avenida principal, la Av. Centenario. Tuve muchos impactos y sentimientos que corrían por mi cabeza, además de que odiaba y odio utilizar el barbijo, porque utilizo anteojos y siempre se me empañan, lo cual no me permite ver.

Me deja impactado cómo en lugares donde antes había gente conversando, o en el mismo costado de la calle donde te quedabas un rato a hablar, ahora ya nadie lo hace; todos respetando el metro de distancia que incluye el barbijo de por medio. Me impacta ver cómo se está perdiendo el contacto persona a persona, y cómo esto puede llegar a jugar con las emociones de todos, incluyéndome.

Lo que da tranquilidad, pero al mismo tiempo una sensación de persecución, es tener que manejarte con documentos, permisos e ideas claras de hacia dónde me dirijo, para qué y cuánto tardaría, ya que al comienzo de la cuarentena los controles eran estrictos.

Me atrevería a decir que hasta el día 45 de cuarentena, el respeto general se mantuvo, respeto en el sentido de no salir de sus casas, solo en los casos extremos, no juntarse, pasear y esas cosas. En mi barrio ya se pasean normalmente por la calle, hasta se hacen juntadas de amigos o vecinos en algunos casos, lo cual me da bronca, ya que no he visto a mis conocidos en mucho tiempo, y veo a otras personas que ni si quiera se molestan en ocultar que rompen la cuarentena.

Para cerrar, me parece interesante la reacción de la sociedad en general ante este contexto tan inusual y lo increíble de ver cómo nos adaptamos (¿pero siempre nos adaptamos, o no?). Además de esto, escribir sobre mis sensaciones, sobre lo que me pasa, como sujeto partícipe de la sociedad y del mismo objeto de estudio (el ASPO), es enriquecedor para comprender el devenir de este proceso.

CAMBIOS INESPERADOS: APRENDIZAJE Y SUPERACIÓN

ÁNGEL ALBES

Soy estudiante del tercer nivel, de la carrera de Profesorado en Ciencias de la Educación, de la Facultad de Humanidades-UNNE. Vivo en la ciudad de Resistencia, Chaco y este texto fue escrito en situación de aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO).

La situación de aislamiento se dio de manera progresiva en la Provincia del Chaco, ya que en una primera etapa la cuarentena fue total y luego se dieron aperturas paulatinas a actividades consideradas de menor importancia vital.

Realizamos un trabajo de campo para poder realizar acercamientos con otras personas y reflexionar acerca de lo que estamos viviendo, cómo es lo que cambio en la vida cotidiana hasta ahora, sobre todo en la ciudad de Resistencia, en donde resido.

La tarea central que pretende mostrar el escrito es una indagación que busca comprender cómo la sociedad está atravesando y viviendo en el marco del ASPO, que según la organización mundial de la salud (OMS) fue una medida para contener el actual brote de la enfermedad por coronavirus (COVID-19) que fue notificado por primera vez en Wuhan (China) el 31 de diciembre de 2019. En Argentina, el primer caso se dio el 3 de marzo y en la provincia del Chaco el primer caso se dio el 9 de marzo, por lo cual el 20 de marzo comenzó el periodo de aislamiento.

Cambio de vida cotidiana

Mi vida cotidiana cambió rotundamente de la noche a la mañana, habitualmente de lunes a viernes salía de mi casa muy temprano a la mañana y me dirigía al trabajo. Cuando salía de trabajar preparaba mi mate y me dirigía a la biblioteca central del campus Resistencia, a buscar una mesa desocupada para leer y tomar unos mates o sino me iba a clases.

Para mí ir a la biblioteca central del campus de Resistencia era como ir a un templo. De repente sin previo aviso y ni siquiera saber de qué se trataba, mi vida cotidiana cambio rotundamente, me sentía como si estuviera en otro lugar desconocido para mí, pase de la biblioteca al aislamiento en mi casa y sin salir,

aunque a veces por la mañana realizaba mandados, porque mi mamá es una persona de alto riesgo por ser una persona mayor que tiene 65 años.

Tendencias y conductas sociales según las semanas del ASPO

Las dos primeras semanas del aislamiento, me sentía con muchos temores por las situaciones sociales que se vivían y la angustia nos envolvía como sociedad. El aislamiento fue como si estuviera en un lugar especial donde nunca pasa el tiempo, donde miro la hora como si estuviera por salir a algún lugar. De igual manera sucedía con los días, al principio sabía en qué día estaba, pero al pasar el tiempo ya no me daba cuenta que día era. La situación era nueva, y como otras cosas no vividas antes.

Tenía miedo de que me contagiaran en la calle en el momento en que iba al supermercado, al kiosco, carnicería, panadería, etcétera. Otros temores se relacionaban con los intercambios que se producían con otras personas, como fue el caso con mis amigos vecinos, ya que ponía una distancia para hablar y no podía convidarlos con mates como antes.

Este proceso que atraviesa a todas las personas, el convivir con algo que no conocemos y entrar en una nueva etapa, con nuevas maneras de relacionarnos con las personas, fue un cambio que no esperaba. Ejemplo de esto son las situaciones que se generan a partir de la denominada “nueva normalidad”, el uso de barbijos o tapabocas, el distanciamiento social, el uso del alcohol en gel y el correcto lavado de manos, entre otras cuestiones.

Además de los miedos, me acompañaba también una angustia causada por el virus, al no saber muy bien de qué manera se daba la transmisión, por lo cual me cuidaba usando el tapa boca o barbijo, cuando llegaba a casa me lavaba las manos. Todo eso fue un aprendizaje necesario para calmar de alguna forma mi angustia.

En la tercera y cuarta semana de aislamiento, seguía con temores pero en menor medida gracias a que me había acostumbrado a todas las medidas de bioseguridad y la distancia permitida que había que tener para ingresar en los diferentes lugares a donde iba. A veces, el escuchar, leer y ver tantas noticias - como ser televisión, radios y diarios- daba cierta tristeza porque no sabía cuándo iba a terminar todo esto, para poder salir a caminar, ir a la casa de los amigos, compartir el mate con los compañeros de estudio y otras cosas más que antes las hacía y ahora no puedo hacerlas.

En la quinta y sexta semana de aislamiento, me sentí con mucho más ánimo, porque los controles se pusieron más flexibles para todos, pero eso

sin descuidar todas las medidas de higiene y sin andar paseando por cualquier lugar. Escuchaba a mis vecinos hablar, me daba una sensación de tranquilidad y aliento de que todo podía mejorar y que solo había que esperar un tiempo.

Ya en la séptima y octava semana del ASPO, la percepción que traía sobre las anteriores situaciones vividas fue cambiando. Por ejemplo, recuerdo que en vísperas de semana santa uno de mis vecinos golpeó las manos en la puerta de mi casa a la noche, lo atendí y me invitó para hacer una cadena de oración con todos los vecinos a las 20 horas. Me hizo sentir bien el hecho que se quisieran sumar desde la vereda de sus casas y pedir por la familia y por toda la situación que estamos viviendo por la pandemia. Yo logré sentirme aliviado cuando todos los vecinos de mi cuadra se sumaron con una muestra de fe y de aliento creyendo que esto va a terminar pronto.

Llego a este último párrafo reflexionando sobre cómo los miedos y temores en un principio gobernaban en mí por no tener ningún conocimiento acerca del virus (covid-19). Luego, con el paso de algunas semanas, esos temores y miedos fueron desapareciendo a medida que me informaba acerca de cómo cuidarme, y darme cuenta como la higiene (lavado de manos constante, barbijo o tapa boca) y el distanciamiento de 2 metros son la base más importante para hacer frente a la epidemia que nos agobia. El hacer frente a esta situación, es un trabajo en conjunto como sociedad.

Y AHORA... ¿QUÉ HAGO?

IRENE ARBUELLO

¿Cómo viví y vivo el ASPO?

Hola a todxs, soy Irene, (la mayoría de las personas me suelen llamar Ire), esta es una breve introducción a mis días de ASPO. Resido en Resistencia y estudio en el Campus de la UNNE de dicha localidad. Voy a relatar mi experiencia sobre cómo vivo lo que viene pasando en la sociedad y en el mundo en estos últimos tiempos (marzo, abril, mayo). Esta es mi versión sobre cómo viví y vivo el ASPO. Para ordenar mis pensamientos voy a basarme en un primer momento a la “llegada” del coronavirus (COVID-19) a Chaco, más precisamente a Resistencia, debido a que lo considero un hecho importante para entender el devenir de la “nueva cotidianidad”.

Cuando surgen los primeros casos positivos en la localidad, resulta que una de las personas que se contagió, estuvo en la facultad en la cual estudio y a la cual yo estaba asistiendo, a pesar de que todavía no comenzaban las clases. Me encontraba ahí constantemente debido a que me uní al centro de estudiantes y estábamos organizándonos para el comienzo de la cursada, la cual iba a ser a la semana siguiente de todo lo sucedido.

Lo primero que se me vino a la cabeza, como creo que a la mayoría de las personas, era preguntarme (sabiendo de las medidas que se estaban tomando para los que estuvieron fuera del País y regresaban) *¿qué hacía esta persona que había llegado de viaje en la facultad? con todo lo que estaba pasando en los países exteriores*. Pero esa pregunta tuvo respuesta al momento de tomar conocimiento de que los países de donde provenían todavía no eran considerados como países críticos respecto al nivel de contagio.

A mi parecer, se podría haber procedido de otra manera para no causar pánico y no mandar audios vía WhatsApp u otra aplicación de este estilo, difundiendo lo sucedido. Eso generó malos entendidos, miedo y que las personas salgan a decir incoherencias, además de distorsionar la información, causando mal y el rechazo hacia las personas contagiadas. “¡Qué mal estamos como sociedad!” pensé. ¿Dónde quedó la solidaridad o la empatía? Transcribo acá un breve fragmento de una carta abierta escrita por una persona cercana a esa familia,

cuyas palabras reflejan lo que sentían de una mejor manera de lo que yo puedo explicarlo:

“Lo que duele es ustedes contra nosotros, escuchar y leer tantas mentiras, acusaciones y cosas horribles que la gente ha dicho sobre ellas y contra muchas personas de las familias relacionadas a ambas. Creo que nadie quiere ser protagonista de esta situación, se los aseguro. (...) Jamás pensé que la gente que nos rodea podría actuar con miedo de manera tan cruel”.

Muerto el perro ¿se acabó la rabia?

La pandemia deja al descubierto el horror de la muerte, pero también el horror de algunas almas. Esta situación que vivió la paciente cero y su familia, no fue un hecho aislado, sino que se replicó en otros puntos del país con personas que se contagiaron con COVID-19. Si el discurso de solidaridad que todos pregonan, solo se replica en tiempos de “normalidad” pero en momentos de crisis, se olvidan de todo y “castigan” y “culpan” al otro por contagiarse y de ser el villano de esta película, dejándolos solos. ¿La sociedad que se acerca más allá de la pandemia tal vez será la misma sociedad hipócrita y egoísta sumida en un sistema que saca lo peor de nosotros?

Abocándome a mi experiencia frente al ASPO, ya llevaba varios días haciendo la cuarentena optativa cuando el jueves 19 de marzo, a través de una conferencia de prensa, el presidente declara que se va a pasar a una cuarentena obligatoria a partir de las 00:00hs del día viernes 20. Se me erizó la piel al escuchar esto, tenía una sensación rara dentro mío, no sé si era miedo o más que nada preocupación. Estaba por pasar el ASPO lejos de mi familia, a la cual veía la mayoría de los días de la semana así sea solo por un rato, lejos de mis amigos, estaba preocupada acerca de cómo íbamos a cursar las diferentes cátedras, pensaba si llegaríamos a estar igual o peor que otros países, si la cuarentena en verdad sería solo hasta el 31 de marzo. Llena de estas preguntas me fui a dormir esa noche para luego comenzar... mi primer día de ASPO.

El tiempo es tan relativo... mis días en cuarentena

En este apartado no voy a desarrollar el día a día de lo que hice estando en cuarentena porque los aburriría, pero si voy a contarles a grandes rasgos “podría decirse semanalmente” como fue esta experiencia. Me parece pertinente resaltar que cada persona lo vive de diferente manera debido a la inmensidad de factores que influyen en nuestras vidas.

Los días de ASPO en un principio, para mí, eran la mayoría iguales, de vez en cuando puede ser que diferían en alguna que otra cosa, pero la rutina era la misma: levantarse, desayunar (mate), en ese tiempo (primeras semanas en cuarentena) tenía muy presente ver las noticias constantemente, luego me fijaba si tenía actividades pendientes en las diferentes plataformas que utilizan las cátedras, almorzaba viendo alguna serie, la cual se extendía a toda la siesta, tardes inclusive, hacía alguna que otra actividad para la facultad, merendaba. No sabía qué hacer por la tarde, que se me hacía interminable, los minutos pasaban cual si fueran horas, me aburría y ya me encontraba nuevamente viendo alguna serie para que se pase el tiempo, luego cenaba y me iba a dormir.

Transcurrían los días y yo seguía envuelta en esa nueva rutina tediosa, debido a que lo que antes hacía ocasionalmente o algo que hacía un día domingo, si se quiere se convirtió en lo que me tocaba atravesar todos los días. Extrañaba salir; ir a la facultad; ver a mis amigos, ya sea para hacer un trabajo o simplemente para pasar el rato en buena compañía; pasear a Birra, mi perro, quién también tuvo que adaptarse a este nuevo modo en que transcurrían los días, dado que antes él salía a pasear diariamente, sin falta; quería ver a mi familia y compartir mates entre risas.

Sabía que tenía para rato con esto de la cuarentena y que no se estaba por terminar el 31 de marzo como decían. Entonces, luego de varios días, comencé a buscar cosas para hacer y así no quedarme estancada en esa nueva rutina monótona.

En esta búsqueda, pase por diferentes “fases” podría decirse, algunas perduraban más que otras y me ayudaban un montón para sobrellevar el aislamiento. Es por ello que me van a ver hablando sobre “la semana de...”, pero no quiero dar a entender como que cada semana duraba exactamente siete días, de lunes a domingo, sino que con esta dominación quiero hacer referencia a esos cortos periodos en los que transitaba por cierta actividad por así decirlo. Al fin y al cabo, el tiempo es tan relativo.

Para un mayor entendimiento, voy a ordenar estas fases “cronológicamente”, mostrando una continuidad para facilitar la lectura.

Acomodando los horarios

En esta primera semana (20/03-03/04), en la que estaba llena de preocupación, preguntas e incertidumbre, mi cabeza estaba a mil con todo lo que venía sucediendo, tratando de procesar toda la información, no conseguía poder

dormir por las noches, me acostaba, y entre pensamientos, divagaciones y agarrar el celular se hacía tarde y me terminaba durmiendo a la madrugada.

Me considero una persona que hace bastante uso de diferentes redes sociales gran parte del día, aunque estando encerrada, podría decirse que hasta las redes me aburrían después de un tiempo. En fin, centrándonos en el tema que voy a desarrollar, podría decir que me llevó un esfuerzo enorme el querer acomodar mis horarios, me dormía entre las 3:00hs o 4:00hs de la madrugada y me levantaba al mediodía entre las 13:00hs o 14:00hs. Comencé este apartado hablando sobre las redes porque en estas (twitter, Instagram, WhatsApp, las que uso con más frecuencia) podía ver como yo era una de las tantas personas que también pasaban por dormir gran parte del día y vivir de noche.

Luego de varios días, puedo decir que al fin pude acomodarlos horarios: me levanto por lo general a las 9:00hs y me voy a dormir eso de las 00:30hs a veces a la 1:00hs. Se preguntarán por qué quería acomodar tanto mis horarios, consideraba que tenía que hacerlo porque iba a tener clases por la mañana y también debido a que podía ser más productiva durante el día que por la noche.

Obsesionada con la limpieza

En la segunda semana, el foco estuvo puesto en ordenar y desinfectar todo, a causa de que los días anteriores anduve por muchos lugares, tales como, el colectivo urbano, la facultad, el supermercado, etc. Me propuse mantener limpio el departamento (tengo un día específico en el que le dedico el tiempo necesario para limpiarlo) ya que iba a estar adentro constantemente debido a que no tengo patio.

Este hábito, el cual todavía persiste, me ayudó en un principio a mantener la cabeza ocupada en algo para sentir que el tiempo transcurría “con más rapidez” de lo que me parecía hasta entonces. Me agobiada el andar de un reloj que parecía hasta contar con más de 24 horas para un solo día, y que me sentenciaba a enfrentarlo con herramientas de las cuales recién me estaba empezando a apropiar (el ejercicio, la cocina, entre otras) para no aburrirme por el hecho de tener que estar encerrada. Y así a la rutina que mencione anteriormente se le agrega la limpieza en profundidad.

Facultad virtual

Una vez ya organizados en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste (a la cual asisto) en cuanto a cómo iban a proseguir con las clases virtuales, las diferentes cátedras comenzaron a ponerse en contacto

con los alumnos que iban a cursar a través de diferentes plataformas y redes sociales, buscando la forma más fácil y eficaz de llegar a todos los alumnos. En un principio, la facultad se hizo bastante llevadera a pesar de las mil preocupaciones que me surgían en cuanto a la cursada virtual, teníamos que organizarnos con respecto a cómo íbamos a trabajar en las diferentes cátedras, en aprender a usar las diferentes aplicaciones que nos proponían y a estar atentos a ellas.

Las actividades que se proponían en un principio eran tales como: presentarse, participar en los foros, leer textos, responder cuestionarios, trabajos en grupos de manera virtual, algo de lo cual voy a desarrollar más adelante. Pero, en fin, todo esto me resultaba bastante sencillo hasta ahora. Al no tener por el momento muchas actividades para la facultad, me dejaba tiempo para hacer otras cosas, y así es como fui incursionando en la cocina.

Incursión en la cocina

23

El que diga que no experimentó en la cocina durante el ASPO “miente” ¡jajaja! En las redes sociales se podía ver constantemente varias fotos de diferentes comidas, postres, etc., muchas personas comenzaron a compartir sus recetas y los resultados de su realización. Entonces esta semana, incursioné de lleno en la cocina, comencé por las medialunas, luego seguí por chipas, churros, pasta flora, brownies, pepas, pan casero, doritos y cuando llovía, no podía faltar la torta frita.

También, al tener más tiempo para cocinar al mediodía o por las noches, comencé a hacer comidas que antes no hacía porque “tardaban mucho”, tales como pastel de papa, pizza casera, canelones, etc. Había veces en las que salía bien; rico, y otras en las que quedaba con la expectativa de cómo debía salir.

De todo esto, me quedé con varias anécdotas, con un repasador quemado, una fuente derretida, un horno eléctrico roto y una cocina bastante sucia. Mientras tanto, hacía entre poco y nada de ejercicio, comencé a aumentar un poco (bastante) de peso, y así, fue como decidí comenzar a entrenar en casa.

Ejercicios en casa

Desde que comenzamos con el ASPO solía ver a través de las redes sociales como las personas hacían ejercicios en sus casas, pero en lo personal no me sentía atraída o no le ponía ganas a esta actividad, yo quería salir a caminar, trotar, etc. fuera del departamento. Hasta que un día, mi hermana con quien hacíamos videollamadas constantemente, me dijo que ella estaba haciendo una rutina de ejercicios diaria y me preguntó si me quería unir. En un primer

momento mi respuesta fue “no, no tengo ganas, ¿ejercicios?”, “no, ¿para qué? si puedo mirarme una serie en ese tiempo libre”. Luego de que me insistiera como cualquier hermana pesada accedí y “como me arrepiento”.

En esta semana, todos los días a las 20:00hs me llamaba (por videollamada) y nos poníamos a hacer ejercicios variados. En principio yo no le ponía muchas ganas, luego de unos días ya me estaba acostumbrando y me gustaba tener ese momento para ejercitarme, pero también para reírnos y charlar, hasta que comencé a tener más actividades para la facultad y no coincidíamos en un horario para ejercitarnos juntas. Me comenzaba a molestar en cierta forma que me llame y que yo esté ocupada y ella insista... Así que de a poco fui dejando de hacer ejercicios con la idea de que cuando no esté ocupada lo retomaré.

No disparen todos al mismo tiempo

¡Como renegué la sexta semana con la facultad! Ahora me da risa, pero en ese entonces, uff. Me fui dando cuenta como dejé de hacer otras actividades tales como ejercicios, cocinar, mirar series/películas y me centré de lleno en la facultad.

En esos días, cambió mi percepción del tiempo drásticamente, las horas y los días se pasaban volando, lo que antes parecía eterno, ahora era efímero, las fechas de entregas de los trabajos prácticos o actividades (de las diferentes cátedras), se acumulaban en mi calendario. Por instantes, me sentí como cuando cursaba de forma presencial y se acercaba la semana de parciales, estaba a mil por hora.

Retomando, los trabajos en grupo en un comienzo se dificultaban a causa de la virtualidad, de las plataformas, de la conexión a internet. Teníamos que debatir lo que íbamos a poner en el trabajo a través de una pantalla. ¡Imagínense! si ya de por sí esto costaba de forma presencial.

A medida que pasaba el tiempo, íbamos ganando experiencia en esta modalidad virtual, ya teníamos una variedad de programas en los que se podía hacer videollamadas y a la vez compartir la pantalla, ya sea de la computadora o del celular. De esta manera, se estaba pudiendo llevar a cabo cada actividad propuesta, ya sea un cuadro, una presentación en prezi, un documento en drive (documento online) en el cual cada uno de los integrantes podíamos aportar a su construcción.

Era algo bastante novedoso, recuerdo una conversación que tuvimos en la que pensábamos que una vez que vuelvan las clases presenciales igual estaría bueno, en ocasiones, seguir trabajando de esta forma. Se hacía notar la diferencia

respecto de los momentos en que nos juntábamos de manera presencial cuando nos llevaba más tiempo ponernos de acuerdo, nos distraíamos hablando o haciendo otras cosas, algunos llegaban tarde, etc. Pero de manera virtual pareciera ser como si llegáramos a un acuerdo con más rapidez, proponíamos llamarnos a cierta hora y nadie se unía tarde, cada uno participaba desde su computadora interviniendo en la respuesta a la actividad, no nos íbamos mucho de tema o tampoco es que nos poníamos a hacer otra cosa.

Me llama mucho la atención cómo nos fuimos adaptando a esta nueva forma de trabajar, en la que en un principio nos generaba “miedo” podría decirse, y ahora nos comenzaba a gustar un poco más esta modalidad que la de manera presencial.

Una vez concluidos todos los trabajos y al cabo de un par de días de no tener actividades en las cuales poner mi atención para que se pasara el tiempo, pude darme cuenta que otra vez volví a donde estaba cuando comencé con el aislamiento. Sentí que hubo un retroceso, dado que, en la semana de los TP (trabajos prácticos), como ya lo expliqué, me sentí como si estuviera en mi rutina de antes... antes del ASPO.

¿Avance o Retroceso?

Las actividades, en las cuales me centraba al principio del aislamiento para no aburrirme, ya no me interesaban. Una vez más, ya no sentía atracción por alguna serie o película y las redes sociales ya me habían cansado. Buscaba distraerme haciendo videollamadas con amigos o con mi familia, pero no lo conseguía, ya no teníamos nada de qué hablar y esta situación de encierro no ayudaba mucho a que surjan cosas nuevas para contar. Tenía que buscar algo nuevo en el cual poner atención y pasar el tiempo, en esta semana y debía hacerlo URGENTE, pero... “¿Qué nueva actividad puedo buscar para hacer en un monoambiente?” Ya no quedaba nada por hacer, caminaba dando vueltas en círculo. Quería salir, veía noticias en las que ya muchas personas no respetaban la cuarentena: por un lado, me causaba cierto enojo ¿por qué ellos salían y yo no?; pero por otro, podía o quería entenderlos, si yo ya no aguantaba estando encerrada ¿por qué ellos sí deberían? Ese sentimiento de ambivalencia fue el que imperó en estos días.

Fase 4 del ASPO

Debido a los anuncios del gobierno, atravesábamos una fase más distendida de la cuarentena; pero aún más por la gente que llevaba a un extremo los permisos que se concedieron en esta etapa del ASPO. Se comenzaba a notar más

circulación en las calles, mucha más de la que se supone debería. Se hacía evidente la falta de controles, y los que había, eran endebles, ineficientes o eran evitados.

Esto me llevó a preguntarme ¿será que somos conscientes como sociedad de lo que estamos atravesando? El parte epidemiológico, luego de estas semanas, reveló lo que presumía, el nivel de contagios aumentó, hubo un retroceso, e hizo que en Resistencia volvámos a tener que transitar por la Fase 3 y que se endurezcan nuevamente los controles.

Veía como en otras provincias, en Corrientes, por ejemplo, ya podían salir de sus casas (pidiendo un permiso) aunque sea solo por un rato para hacer alguna actividad recreativa. Y yo nuevamente acá, encerrada. Me generaba una “bronca”, y no porque en otras provincias podían salir, eso era bueno... ¡algo muy bueno de hecho! Mi bronca era con las personas que no se cuidaban o no respetaban las medidas establecidas; uno encerrado hace ya más o menos 60 días, mientras que otros salen cada vez que pueden y quieren. Sé que al ASPO no se lo pasa de igual manera, debido a todos los factores que influyen en nuestras vidas personales; pero no por eso hay que cagarse en el resto de la sociedad.

Como se puede ver, estaba bastante enojada y disgustada con el retroceso, pero soy consciente de que era algo sumamente necesario antes de que el virus siga propagándose aún más y a su paso, cobrándose más vidas.

Medios de comunicación

Los medios estuvieron constantemente presentes en mis días de ASPO, y me resulta importante mencionar, el papel que jugaron este último tiempo con respecto a la pandemia.

Se está haciendo mención frecuentemente al término *infodemia* que hace referencia al aumento masivo de información. En este caso con respecto al Covid-19 (coronavirus) la información se volvió exponencial en un período corto, y en donde, como siempre, aparecen en escena la desinformación y los rumores, junto con la manipulación de la información, que nada tiene que ver con llevar tranquilidad a una sociedad que ya bastante tenía con la propagación de un virus que afecta a nuestro sistema inmunológico; para que además pase a cuidarse, mucho más que antes, del virus de la información.

Durante los primeros días de ASPO, lo primero que hacía por las mañanas era ver las noticias sobre la situación del país y el mundo sobre el coronavirus, tanto en los diarios digitales como en los canales de televisión. Era una cosa de levantarme y ver las noticias. Para mí estar encerrada era una locura y sentía

paranoia por ver cómo afectaba el virus en otros países, y cómo en el país se preparaba todo para recibir una ola de contagios. Pero al pasar los días y ver que acá la pandemia no causaba estragos, sino que estaba controlada en cierta forma, sentí cierto alivio, y ya no miraba las noticias todo el tiempo, sino que me mantenía informada al consultar los mismos medios con menor frecuencia.

Otro de los aspectos que me llevó a tener esta actitud, fue también ver como en algunos sitios se veía al país en una situación alarmante y desfavorable frente al virus; o como cada medida y acción llevada a cabo era vista con rechazo y desaprobación, al tiempo que también había imágenes que no se correspondían con la realidad mostrada en otros canales de comunicación.

Un aspecto que no se puede dejar de lado en este caso, ni en la vida hoy día como la conocemos, es el uso de las redes sociales, otro medio de comunicación masivo que está al alcance de todos y que en ocasiones se vuelve dañino si se utiliza con malas intenciones o si no se tiene cuidado a la hora de replicar una información, la cual puede estar tergiversada, inventada o mal manejada.

El lado bueno, que rescato de las redes sociales, es que pudo mantenernos conectados, y hacernos sentir un poco más cerca a pesar de la distancia y de la imposibilidad del contacto físico. Fue a través de videollamadas que pude conectarme con mi familia para poder charlar y saber cómo estaban, debido a que pasamos el aislamiento en diferentes ciudades o inclusive países. También utilicé este medio para mantener contacto con mis compañeros para hacer los trabajos de la facultad o para simplemente hablar de alguna cosa que nos sucedió en el día. O jugar algún juego entre todos y pasar un buen rato compartiendo risas, además de que me ayudaban a mantenerme distraída y pasar el tiempo cuando no tenía otra cosa para hacer o estaba aburrida.

¿Quieren saber si rompí la cuarentena? ... La respuesta es SI

El día jueves 30 de abril, tuve que salir por segunda vez (desde que se estableció el ASPO), para ir al cajero automático a hacer una transferencia para pagar el alquiler. A eso de las 10:20hs de la mañana me comencé a alistar para salir, me era extraño volver a ponerme jeans, porque desde que comenzó esto solo uso ropa cómoda de entrecasa. Una vez lista, ya a punto de salir, me sucedió una anécdota muy graciosa para mí. Me miro al espejo y estaba a punto de pintarme los labios como de costumbre cuando salgo, y por un instante me quedé quieta, en silencio, pensando por qué me voy a pintar si tengo que ponerme el barbijo y va a cubrir la boca (era la primera vez que salía desde que se volvió obligatorio el uso de barbijo).

En fin, salí del departamento, lo primero que hice fue mirar para ambos lados de la cuadra y vi que había varias personas transitando por la vereda o frente a sus casas hablando. Esto me llama la atención debido a que yo solo salgo al frente para sacar a mi perro, y por lo general, lo hago a la noche antes de dormir y no se ve mucho movimiento.

El cajero al que voy queda a varias cuadras (6 cuadras para ser exacta). En la medida en que avanzaba mi recorrido, se hacía notar aún más el movimiento en la ciudad, vi varios (por no decir muchos) vehículos, algunos circulaban a alta velocidad como si no hubiera otras personas circulando en móvil, pero sí las había. También me sorprendía ver a tantas personas circulando por las veredas, hago hincapié en esto, porque por un lado me genera cierto malestar la falta de compromiso de algunas personas con las medidas establecidas, siendo que hay quienes se “sacrifican” y siguen cumpliendo con las normativas. Pareciera ser que las personas ya no aguantaron más el que se vuelva a alargar la cuarentena, y ésta ya no se respeta a comparación con las primeras semanas en que se había establecido.

28

Al llegar al cajero nos pusimos a hacer fila, guardando cierta distancia con los demás, todos tenían barbijo, no había muchas personas así que esperamos poco tiempo. Al ingresar, me puse alcohol en gel en las manos y al salir nuevamente.

A la vuelta, ya no iba con tanta prisa, volviendo por el mismo camino por el cual había ido, pasé por un negocio porque ya había pasado otras veces, el local estaba cerrado, se encontraba en alquiler. Esto me llevó a pensar en la cantidad de negocios y tiendas que habrán tenido que cerrar en este último periodo, debido a que su situación económica no les da o dio para seguir adelante. Siguiendo mi recorrido para llegar a casa, otra de las cosas que me llama la atención es lo descuidadas que están algunas veredas y calles: por un lado, llenas de hojas debido al otoño, pero por otro también hay bolsas de basuras rotas o que están en las veredas pareciera ser desde hace días.

Algo que también me detuve a mirar es que algunas calles están valladas en las esquinas, intentando impedir que circulen los vehículos; esto me lo habían contado, pero era la primera vez que lo veía. Quiero agregar que en todo mi recorrido, solo vi circulando dos veces a motos de policías, pero por lo que vi, no se detenían a preguntarles a las personas las causas de su salida.

En la ciudad de Resistencia debido a los casos que hay, no se habilitaron las salidas dispuestas por el gobierno nacional que se podían realizar en un radio de 500 metros de la casa por una hora. Pero hay tantas personas en las calles que pareciera que sí se hacían estas salidas, o que ya no se está controlando la

situación como antes. Todo esto me da la sensación de que ya no se está cumpliendo con la cuarentena como se debe.

Al llegar a casa, lo primero que hice fue sacarme el barbijo, luego me lavé las manos, y ya me volví a vestir con ropa de entrecasa para seguir afrontando los días de ASPO.

Para finalizar quiero dejar un mensaje. Así como en el título de este apartado cualquier persona que lo haya leído hubiera pensado que rompí la cuarentena por diversión, cansancio, o alguna causa sin justificación, creo que es así cómo surge la *infodemia*, se construyen falsas noticias o información distorsionada en los medios masivos y hegemónicos de comunicación, generando confusión en la gente a partir de títulos sensacionalistas que “alteran” a una parte de la sociedad.

En fin, a pesar de los altibajos -porque había días en que haciendo alguna que otra cosa se me pasaban las horas volando, y otros días interminables, en los que no sabía qué hacer para distraerme y así se pase el tiempo-, podría decirse que durante todo este periodo fui ganando experiencia en “qué hacer en el departamento teniendo *nada* para hacer”

Para concluir, me pongo a pensar en cómo estas fases me ayudaron mucho para sobrellevar el ASPO, dado que los primeros días en que se estableció, lo único que hacía era quedarme acostada viendo televisión o con el celular, en cambio hoy intento día tras día realizar alguna actividad que me “saque de la cama”. Me doy cuenta que la pandemia no solo afecta al sistema inmunológico, sino que también la situación de aislamiento indefectiblemente produce impactos en lo psicológico. Es por esto que “¿y ahora qué hago?” hace referencia a mantenerse activo y no dejar que esta situación nos consuma, ni nos venza.

DE UN CONTINENTE A OTRO

TILDA ÁVILA

Elegí este título porque la República Argentina se encuentra ubicada en el extremo sureste de América del Sur, estamos viviendo el ASPO por un virus originado en la ciudad de Wuhan, capital de la provincia de Hubei y la ciudad más poblada en la zona central de la República Popular China, en el continente asiático.

Antes de comenzar a relatar lo que es y sigue siendo mi Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio, quiero presentarme, soy Tilda Ávila de los pagos de San Martín N° II, Departamento Patiño, Provincia de Formosa, nacida y criada en un pueblo que posee tres mil habitantes aproximadamente. Está conformado por zonas rurales, colonias, campos y monte en sus alrededores. Tengo seis hermanos, una madre, y mi padre falleció.

El proceso de escritura me llevó a recordar los pensamientos más significativos que tengo en mi vida, los buenos momentos compartidos con mis hermanos, los que son importantes para mí, así como los no tan buenos. Recordar que siempre hay un cielo azul detrás de las nubes grises que forman parte del paisaje, me da esperanzas y mucha fe para reunirme nuevamente con mi familia.

Tranquilidad y viento fresco

Antes de iniciar el ASPO me encontraba con muchas ganas de comenzar a cursar las materias del tercer año, sin embargo, los hechos sociales que fueron transcurriendo se dieron de la manera menos pensada para mí. El aislamiento preventivo que se dispuso la semana del 16 de marzo, en la que debían comenzar las clases en la facultad, me dio tranquilidad porque podía estar en casa y no correr riesgos de contactos, teniendo en cuenta los casos en la ciudad de Resistencia, a principios de marzo.

Sin pensar en las cuestiones que surgieron posteriormente con mis actividades de trabajo, comencé a escribir durante la semana del 31 de marzo del 2020, el primer registro que había solicitado la cátedra de Antropología. Esta semana fue tranquila, tomando las prevenciones y precauciones correspondientes, noté que mis rutinas fueron similares a las primeras semanas

de inicio de clases: trataba de ubicar las materias, códigos en el aula virtual, los horarios, y charlar sobre ello con mis compañeras.

Por otro lado, en el lugar donde resido, mi rutina se organizaba de acuerdo con mi entorno, nos levantamos por la mañana, tomamos mate y cada uno hacia cosas en la casa. Yo miraba las nuevas actividades que estaban en el aula y bajaba las bibliografías de cada área que estuvieran disponibles, después cocinaba y al momento de almorzar nos juntamos los tres: mi pareja, la abuela Elena (que nos alquila la casa) y yo. En la sobremesa jugábamos a las cartas y posteriormente dormíamos la siesta, una hora aproximadamente; luego realizaba actividades físicas y por la tarde noche nos juntamos a tomar mate y nuevamente jugábamos cartas.

En la primera semana de abril fue el cumpleaños de uno de mis hermanos menores y de una compañera, ambos en el mismo día. Los saludé a ambos con un escrito y fotos en las redes sociales. Al pasar los días, fui notando que el ritmo de mis actividades de la facultad fue cambiando, pasé de estar tranquila a estar con actividades durante todo el día para poder terminarlas en tiempo y forma. A veces, había entregas de prácticos que se tenían que presentar el mismo día; sin embargo, todavía tenía tiempo para hacer ejercicios y jugar las cartas.

En cuanto a lo económico no estábamos encontrando alternativas de trabajo, ya que mi pareja trabaja con el camión en transporte de materiales mineros y no había permiso que permitiera realizar algún trabajo relativo a ese rubro. Yo realizaba suplencias como docente, en escuelas primarias de la ciudad de Resistencia pero como poseo domicilio en Corrientes debo esperar para regresar a la actividad docente.

Comenzando el mes de abril se habilitaron nuevos permisos en los que se mencionaba y aprobaba el transporte de material pétrico (piedra) para corralones y construcción en general. Teniendo la habilitación y el permiso mejoró la situación económica, ya que mi pareja pudo volver a trabajar.

Monte de vinal

El monte de vinal tiene espinas que cuando hincan y traspasan la piel se ve la sangre correr, pero no hay herida que no se pueda curar.

Los momentos significativos que viví durante los meses de aislamientos social, me hicieron pensar y sentir que no hay herida que no se pueda curar. El día miércoles 15 de abril del 2020, fue el cumpleaños de mi hermana y el 17 el de mi sobrino, la quiero mucho a ella y a mi sobrino lo adoro. Cuando pienso en él y en que no puedo verlo, percibo en mí ese apego que tengo hacia los niños, sé que no

son mis hijos, pero cuando me quedo cerca de ellos un tiempo formo un lazo muy difícil de romper.

Considero que el extrañar está bien, pero querer verlos y no poder viajar o acceder a la Provincia de Formosa me hace pensar sobre lo que hacemos y decidimos. Los momentos perdidos en la infancia de mi sobrino son irreversibles para mí, ya que no podemos volver el tiempo atrás.

Es angustiante el tiempo de aislamiento que estamos viviendo, lo impuesto, lo que nadie me preguntó si estaba de acuerdo o no. El no poder abrazar y lo que este pequeño gesto expresa, como el acercamiento, el cariño, la bondad, todo lo sincero que una persona puede brindar. Lloro cada vez que lo recuerdo, hablamos por celular y me contengo en las video llamadas. Siento que el extrañar al otro está a flor de piel, es evidente en mí, no puedo escuchar, no puedo pensar, no puedo ni siquiera ponerme en lugar de otra persona y no puedo considerar la pandemia como parte de nuestras vidas, así como considerar el alejamiento de nuestros seres queridos por tiempo indeterminado.

32

La semana del 20 de abril mi pareja y yo decidimos viajar a Formosa para ver si podíamos ingresar a la provincia; y no, no se puede pasar, salvo que realizáramos un aislamiento en el regimiento, ubicado en la capital de Formosa. Este aislamiento consistía en 15 días encerrados en un cuarto con baño y cama, luego de eso, recién podés ir a tu casa.

En el recorrido por la provincia de del Chaco, en cada pueblo que pasábamos hasta llegar a la provincia de Formosa, debíamos presentar el permiso de circulación que menciona la procedencia y el destino. Fuimos por Puente Lavalle para dirigirnos a Subteniente Perín, al llegar no nos permitieron el acceso por el hecho de que solo permitían camiones. Las sugerencias de los oficiales de la policía fue que nos dirigiéramos por la única entrada habilitada que es la de Lucio V. Mancilla, en la cual tampoco hubo ninguna consideración, ni explicación valedera, de nuevo nos negaron la entrada. Antes del acceso al control policial noté que había personas (niños, adolescentes, hombres, mujeres y abuelas) que estaban sentados en el suelo con bolsos y equipajes esperando autorización para entrar, quienes no poseían barbijos y tampoco respetaban el distanciamiento obligatorio recomendado entre personas de un metro y medio como mínimo.

El viaje nos tomó prácticamente un día entero, pero teníamos que saber si podíamos o no ingresar, quedarse con la angustia y la duda al no tener información al respecto, no era una alternativa. Así como nuestras familias están allí, también tenemos nuestra casa en Formosa, estamos en otra provincia. En principio por motivos de trabajo y luego la oportunidad de realizar una carrera universitaria.

Teléfono cortado

De niña solía jugar un juego, en el que todos los niños en el jardín nos poníamos en ronda. Uno le decía al que se sentaba a su derecha una frase al oído y ese niño debía comunicar la frase al de su derecha, también al oído, entonces la información pasaba por todos como un secreto. El último niño que recibía la frase debía decirla en voz alta, si la frase estaba mal y no se parecía en nada a lo que había dicho el primer niño, había que buscar dónde (en qué niño), se cortó la llamada y se cambió la información.

De ahí el nombre del juego "teléfono cortado", un juego que creí jugar nuevamente, pero siendo adulta, durante la última semana de abril y primeros días de mayo, cuando me tenía que desempeñar y comunicar de manera virtual. En mi caso es como si jugara al teléfono cortado, ya que las materias de la facultad me demandan tiempo, buena conectividad y diferentes actividades. Puedo decir que me las arreglo como puedo para que la información llegue a destino; es decir, trato de entregar las actividades en tiempo y forma, y lo hago utilizando los datos que me aporta la línea del celular.

33

Fue difícil adaptarme a leer desde el teléfono o la computadora, ya que antes solamente utilizaba el papel y la birome para resúmenes, apuntes y registros, en este aspecto era independiente. A veces, quisiera poder compartir pantalla en las clases virtuales como mis compañeros, sin embargo, tengo que depender del otro continuamente, ya que mis problemas de conectividad no me lo permiten. No considero que sea malo compartir este proceso con los demás, pero a la vez parece que quedo colgada, es decir, que no puedo participar como ellos, pero sé que lo haría si tuviera buen internet. Solo es un pensamiento: me incomoda cuando no puedo realizar algo que parece común para todos dentro de lo virtual, como el compartir pantalla, por ejemplo.

Más allá de considerar que es casi imposible dejar de jugar al "teléfono cortado" en esta situación, siempre tengo presente que es importante pensar en un mejor mañana, que para mí sería volver a las aulas, conversar de un tema cara a cara, sentarse en grupo, tomar apuntes, y otras actividades que llevaba a cabo antes de la pandemia.

Este ASPO me permitió pensar en mis debilidades que han estado siempre en mi entorno y no las veía como tales, como en el poco manejo de la computadora que tenía. Asimismo, me permitió reconocer las fortalezas que posee el ser humano para salir adelante y resolver los problemas que se presentan en el medio, y hoy, me encuentro en ese camino.

_____ Gracias por leer _____

RE-DESCUBRIENDO (ME) EN EL ASPO

ZOE BÁEZ SOSA

El valor del tiempo

Antes del ASPO le otorgaba valor a mi tiempo, pero hoy -después de dos meses- tiene mucha más carga significativa. Recuerdo que en mi rutina antes del ASPO mi tiempo estaba valorado en horas reloj, mientras más actividades llegaba a realizar en menor cantidad de tiempo, más productiva era mi rutina y más valor tenía el tiempo.

Desde mi niñez, mi papá me enseñó a otorgarle valor a mi tiempo. Por ejemplo, me decía que levantarme temprano en la mañana era necesario, ya que perdía horas de vida durmiendo innecesariamente, cuando en vez de eso, podía estar disfrutando de la mañana o aprovechando para hacer otras actividades. Esto me quedó durante toda la adolescencia, hasta el día de hoy, siempre organizaba mis actividades para aprovechar todo el tiempo posible en cosas productivas. Me pasó durante los años de secundaria que paralelamente a las actividades escolares tomaba clases de música para estar más ocupada en cosas que me gustaran y me sirvieran posteriormente. Lo mismo hice en estos años de facultad, organizaba mis clases y tiempos de estudios, y en los horarios que me quedaran libres daba clases de música. Para mí, nunca se trató de realizar actividades exhaustivas, pero con el pasar de los años también aprendí a darme un tiempo para mí misma. Sin embargo, mi tiempo seguía siendo valorado a través del reloj, sin tener en cuenta cómo me sentía al ocuparlo así.

Debido a estas concepciones respecto de mi tiempo, es que en estos meses de ASPO se me hizo muy complicado no pensar en lo improductiva que estaba siendo, sentía que me estaba perdiendo de vivir, estando encerrada en mi casa. En las primeras dos semanas estaba tranquila, pero cuando el tiempo iba pasando me sentía cada vez más estancada. Descubrir que el uso que le daba a mi tiempo influía significativamente en cómo me sentía, me llevó a darme cuenta de que no debía valorar el tiempo solo en horas reloj, sino también debía valorarlo en cuanto a cómo me hace sentir cuando lo ocupo en ciertas actividades. Es por eso que decidí cambiar esta concepción que tenía y fui descubriendo nuevas formas de aprovechar mi tiempo, descubriendo nuevas formas de realizar mis actividades y de organizarlas. Empecé a escribir

canciones, nuevas melodías, pasando más tiempo conmigo y con mi familia, y aprendí que eso también es tiempo bien invertido, porque el tiempo bien invertido es aquel que suma a sentirme bien, estable, avanzando.

El espacio ¿es importante?

Empezando por el espacio de mi casa, el lugar donde pasé el 95% de mi tiempo durante estos meses, siempre fue cómodo. Mis actividades antes del ASPO me llevaban a estar menos tiempo en mi casa, quizá sólo estaba el 40% de mis días ahí, y es muy probable que eso influya mucho en todo lo que pasó con el modo en que percibí mi espacio en estos meses.

Al principio -como con el tiempo- no sucedió nada alarmante en mis esquemas mentales. No le daba mucha importancia al espacio, ya que nunca pasaba demasiado tiempo en un solo lugar. Sin embargo, luego de varias semanas de ASPO todo empezó a cambiar. Paso la cuarentena con mi familia -somos 6 personas, mi papá, mamá, 2 hermanas, 1 hermano y yo- y a pesar de no tener una casa grande y de tener que compartir la pieza con mis hermanos -todos más chicos que yo-, todos nos llevamos bastante bien, pero nunca compartimos tanto tiempo el mismo espacio. En lo personal, eso me llevó a sentir incomodidad al realizar mis actividades, como a la hora de leer textos, hacer tareas, tener clases por videoconferencia, etc. Siempre había alguien en el espacio en el que yo me encontraba. Eso no me permitía concentrarme y me frustraba, otras veces me distraía haciendo o hablando de otras cosas y no llegaba a terminar -o en su defecto me llevaba más tiempo- realizar la actividad que me había propuesto. Me di cuenta que a pesar de vivir juntos, no habíamos aprendido a convivir tanto tiempo en el mismo espacio. Nos costó un poco, pero a medida que las semanas se iban acumulando, todos nos fuimos amoldando al espacio que tenemos, aprendimos -y seguimos aprendiendo- a convivir, a respetar el espacio del otro y sus actividades, en fin, estamos aprendiendo a compartir el espacio que tenemos.

Definitivamente, ahora le doy mucho más valor al espacio en el que me encuentro, a las comodidades de ciertos lugares, valoro más cómo me siento, qué me hace sentir cómoda y qué no, cuáles son los espacios que me hacen falta y cuáles no eran convenientes. Mi casa, por ejemplo, es un lugar en el que muchas veces no me sentí cómoda porque nunca la pensé como un lugar necesario; y ahora estoy segura de que no sólo lo quiero, sino que lo necesito, ya que en realidad es en este espacio en el que me siento acompañada, amada, valorada,

cómoda. Es importante reconocer la necesidad que tengo de sentirme bien en los espacios en lo que me encuentro –sobre todo ahora- la mayor parte del tiempo.

Caer en la cuenta de todo esto me sorprende, pero es que este tiempo en ASPO me llevó a pensar mucho más estas cuestiones, redefinirlas, y llegar a la conclusión de que sí es importante pensar en dónde me siento cómoda, en qué espacios necesito estar y cuáles son favorables para mí. ¿El espacio en el que me encuentro me hace sentir bien?, es una pregunta que aprendí a hacerme en este tiempo y darle valor a la respuesta es importante para determinar los pequeños cambios que debo -o no- hacer.

La rutina: ¿estoy lista para plantearme una nueva cotidianeidad?

Esta fue la pregunta clave después de unas semanas con una rutina totalmente distinta. Como explique anteriormente, antes del ASPO tenía una rutina bastante cargada, y eso me agradaba. Esa comodidad y agrado, que tenía con mi forma de vida, me llevó a sentirme abrumada, frustrada, por momentos fracasada, triste, cuando todo cambió y se extendía cada vez más.

Después de unas semanas intensas, me pregunto si estoy dispuesta a aceptar que esta es mi nueva cotidianeidad, aunque todavía no lo hice del todo, la respuesta es sí. A pesar de que me gustaba y me sentía cómoda con mi rutina anterior –facultad, dar clases, juntarme con mis amigas, etc.-, fui encontrando formas de sentirme bien con la vida que llevo ahora: organizando actividades, haciendo video llamadas con mis amigas, hablando mucho de lo que me pasa, pasando tiempo conmigo, saliendo al supermercado, al cajero, etc. Todavía no es fácil, no podría decir de ninguna manera que me quedaría con esta nueva cotidianeidad. Creo que siempre me planteo a mí misma lo cotidiano como aquello que yo decidía hacer y me gustaba. La desorganización que sufrí en mi rutina me lleva a pensar que lo que en realidad no me gusta, es que ésta no es una rutina que yo haya elegido –como las demás- sino que es algo que tengo que hacer. Tener que hacer algo de forma distinta a la que disfrutaba es lo que me desagrada, pero en el proceso de aceptación, aprendí cómo sobrellevar todas las actividades de manera que se adecúen a la situación y pueda disfrutarlas un poco. De esta manera, fui armando una nueva rutina, y entendí que la cotidianeidad se trata más de la forma en la que realizo mis actividades y no tanto qué actividades realice, debido a que las disfruto dependiendo de cómo me sienta realizándolas.

Las emociones influyen

Antes del ASPO ya tenía en cuenta mis emociones, pero ahora se intensificó mucho más la influencia de mis emociones en la organización del tiempo, espacio, rutinas, decisiones, vida en su totalidad.

Considero que toda esta transición de cambios fue guiada por las emociones que me surgieron. Con esto no me refiero a que todo lo que decido en mi vida es impulsivo, sino que considero importante tener en cuenta las emociones en los procesos de nuestra vida, tanto en el ASPO como en cualquier otro. Es importante conocernos a nosotros mismos, saber qué estamos sintiendo y por qué, es necesario examinar qué nos pasa con el espacio/lugar en el que estamos, qué pasa con nuestros tiempos, nuestras formas de vida, cómo nos sentimos haciendo distintas actividades y cómo nos sentimos al no hacer ciertas actividades que acostumbrábamos a hacer. ¿Qué impacto tiene en nosotros la presencia o la ausencia de determinadas personas? ¿Cómo nos sentimos? ¿Cómo me siento? Es una pregunta frecuente en muchos momentos de mi vida, y aún más en medio de un proceso tan rotundo y significativo como lo es el ASPO.

Esta cuestión emocional -darme cuenta de la suma importancia que tiene lo que siento en todo lo que hago- me hace pensar que en realidad el espacio, el tiempo y la rutina no son definidas por algo externo, sino que nosotros podemos modificar todas estas cuestiones a partir del análisis de nuestras emociones. Podemos sentirnos cómodos en nuestros espacios, valorar nuestros tiempos, disfrutar nuestras rutinas –o no- en la medida que los decidamos. Ya que si no estamos disfrutando de lo que hacemos debemos darnos cuenta y cambiar las maneras de hacerlo. Si no nos sentimos cómodos en el espacio en el que estamos, deberíamos definir por qué y trabajar en eso, si el tiempo nos abrumba debemos pensar en las posibilidades que tenemos para cambiar lo que estamos sintiendo.

En estos dos meses, tuve más en cuenta mis emociones respecto a todo lo que hacía, los lugares en los que me encontraba o a los que iba, el tiempo que “ganaba” o “perdía”, definir por qué me sentía de cierta manera, qué concepción tenía sobre éstas cuestiones, qué podía hacer para sentirme mejor y disfrutar de todo, sin la necesidad de cambiar drásticamente la situación y, en vez de eso, hacer pequeños cambios. En fin, mi análisis emocional me ayudó a sobrevivir al ASPO y creo que me ayudará a “sobrevivir” en otras situaciones en las que sienta que mis estructuras son amenazadas por los cambios de la vida.

RE-CONSTRUYENDO MI COTIDIANIDAD EN EL ASPO

NICOLÁS CÁCERES

38

A lo largo de este escrito voy a ir recorriendo mis experiencias en el contexto del ASPO, recuperando los momentos y sentimientos por los que atravesé, esperando poder compartir y expresar adecuadamente al lector todo lo que implicó para mí esta situación.

En primer lugar, y con el fin de contextualizar este artículo, quiero mencionar que tengo 20 años, soy de la Ciudad de Empedrado, Corrientes, la cuarentena la estoy llevando adelante en esta ciudad con mi familia compuesta por mi mamá y mi hermana. Soy estudiante de tercer año de Ciencias de la Educación y, a raíz de esta propuesta de trabajo con la cátedra de Antropología Social y Cultural, constantemente me interrogo acerca de lo que estoy pasando, intentando, comprender algo de esta situación entre las vivencias cotidianas, el hecho de estar encerrado en mi casa, con mis clases virtuales, conviviendo y compartiendo mucho más tiempo con mi familia y aprendiendo a lidiar también con mis sentimientos.

Escribir acerca de cómo viví y vivo en el ASPO es algo muy difícil porque tratar de poner en palabras y tratar de dar a entender mis sentimientos, mis angustias, mis deseos y mis preocupaciones, me lleva a preguntarme cosas que antes pasaba por alto y que también fueron modificándose. Tengo que resaltar que los cambios se dieron progresivamente, porque no podría decir que un día caí o tomé dimensión de todo esto. A medida que fui viendo, escuchando y experimentando puedo decir que no sé si la entendí, pero sí que me “acostumbré” al aislamiento dentro de lo posible y sin otra alternativa.

Además, no me “acostumbré” en términos positivos o negativos como en una definición tajante, sino más bien en un sentido variable: en cada etapa o situación concreta respecto a los sentimientos, a la preocupación por la salud y también por la incertidumbre de no tener precisiones, de no poder proyectar una casi utópica vuelta a la “normalidad” de pensarnos sin los protocolos o restricciones para las actividades cotidianas de compras, de estudio, recreativas, familiares, sociales, etc.

La pandemia es una situación de carácter excepcional, hasta parece irreal que un virus denominado Covid-19 haya podido afectar y paralizar el mundo entero,

que se haya podido desplazar por todos los continentes y que además esté afectando a mi provincia (Corrientes). Siempre creo que está esa ilusión de que a mi/nosotros no nos va a tocar, hasta que en la realidad podemos constatar que no estamos exentos de lo que al mundo le sucede.

Pre-Pandemia

En retrospectiva recuerdo que durante los primeros días de enero de este año, estaba viendo la televisión, más precisamente un programa sobre actualidad internacional donde se exponen hechos o datos relevantes de países considerados potencias o referentes mundiales.

En ese programa, hubo un informe sobre un nuevo virus en la ciudad de Wuhan, que se transmitía supuestamente desde los murciélagos a las personas. Sinceramente las primeras impresiones que tuve fueron de asco, primero porque se comían ese tipo de animales, algo que parece muy de la idiosincrasia China y que en mi país no se acostumbra.

39

En segundo lugar, no llegaba a entender que importancia tenía ese virus para que se hable de él en un programa de nuestro país. Pensaba y decía: “si eso está re lejos”, “jamás va a llegar acá”, o “como va a llegar eso acá si nosotros no comemos esos animales. En cierta forma, me sentía seguro por la aparente lejanía del virus, todavía no tenía dimensión del problema o la peligrosidad que representaba el Covid-19.

Replantear la dimensión tiempo-espacio es lo que justamente ocurre en esta circunstancia, desde el descrédito por la “lejanía” hasta que el virus llegó al país, tuve una sensación de inmediatez en relación con lo que planteaba al iniciar este apartado. Porque desde que se empezó a difundir la información acerca del virus, hasta el primer caso positivo en el país, habrán pasado menos de 60 días en los que la pandemia recorrió literalmente todo el mundo, registrándose el primer caso positivo en el país el día 03 de marzo.

Tuve entonces en mi vida cambios significativos, desde cambiar planes, objetivos, tareas, lugares y rutinas, llegué a tener obligadamente que crear otros nuevos planes. Tuve que reordenar la forma en cómo llevaba adelante mis acciones, como ir a la facultad, salir a hacer las compras sin todos los protocolos, salir con amigos/as, ir a las reuniones familiares, asistir a eventos recreativos, etc.

Cuarentena

Desde la primera semana que se decreta la cuarentena obligatoria a nivel nacional observé una serie de modificaciones a veces con enojo, con frustración, con preocupación, hasta con resignación podría decir.

El primer gran cimbronazo que recibí o del que tuve noción fue la suspensión de las clases, tal vez porque ya faltaba tan solo una semana para el comienzo. Era el volver a la facultad después de las vacaciones, empezar otro año de la carrera con todo lo que eso implica, nervios, ansiedades, emoción. Trasladarme a Resistencia, ir nuevamente a la rutina, desde todos los días tomarme el colectivo, ver en persona a mis compañeros, compartir y estudiar con ellos, ir las clases, pasar tiempo en la facultad, la biblioteca, en otros espacios, etc.

Cargado de expectativas y propósitos en torno a avanzar y mejorar en mi formación académica, también se vio interrumpido un proyecto de investigación que iba a iniciar este año en una cátedra. Y de repente, era incertidumbre y preguntas sin respuestas, o por lo menos no visibles en un primer momento en relación con todo lo antedicho.

La creación de la nueva rutina, ensamblando lo que hacía antes en formas y contextos diferentes, se desarrolló de forma muy variable y lenta. Los primeros días y semanas fueron el de un estado de angustia, entre mirar la televisión, comer, dormir a veces en exceso, y preocuparme por no saber qué iba a pasar con la facultad.

A la espera de un decreto/resolución que diera mayores presiones sobre cómo continuar, se consumían mis primeros días de cuarentena. Fue, un momento en que estaba también como atrapado por la intención de conocer más sobre el coronavirus, entonces había días en los que prácticamente lo único que veía o sobre lo que hablaba era sobre el coronavirus.

Una gran distracción en esos primeros días me surgió cuando estando tan aburrido y haciendo zapping en la televisión, casi de pasada empecé a engancharme con series, algo que, por lo general, no hacía porque no me llamaba la atención.

Me aburrían un poco las series largas porque además en época “normal” de clases no tenía mucho tiempo para esto, entonces en esos primeros días/semanas terminé viendo como cinco series de muchas temporadas. Esto también creo que fue buscando algo para despejar la mente, en primer lugar, de tanta información sobre los casos y el estado del coronavirus en el país y la provincia, y en segundo lugar como el principio de mi nueva rutina.

A medida que empezaba con las clases virtuales, cuestión que se estableció para el desarrollo del cuatrimestre en la Universidad/Facultad, fui acomodando mis horarios como en etapas. Me levanto a tal hora, de tal a tal hora me dedico a esto, después veo series, me informo, charlo con amigos, comparto tiempo con mi familia, esta organización nunca como definitiva, sino que fue cambiando en las semanas o según mis estados de ánimo.

Con mis cambios de ánimo, me fue, es y me va a seguir resultando bastante difícil sentirme en un nivel óptimo para el desarrollo de mis labores académicas. Tal vez porque me siento limitado y un poco frustrado por el hecho de realizar todo virtualmente, teniendo en cuenta que esto se dio de forma muy abrupta y pensando que antes no recurríamos a estos recursos. También es más difícil coordinar los tiempos para trabajar tanto individual como grupalmente.

Por otro lado, también acomodarme y acostumbrarme a la convivencia prolongada con mi familia me causaba muchas veces molestia, porque los espacios los compartíamos y cada uno está con su actividad. Tal vez, en momentos que quería estar solo y concentrarme en mis tareas académicas, ellas me generaban cierta incomodidad.

En los anteriores años de la carrera, con mi familia nos veíamos uno o dos fines de semana por mes, y ahora estábamos juntos en la casa todo el día. Al comienzo fue difícil porque ni ellas ni yo compartíamos estos tiempos, pero a medida que avanzaron las semanas nos acomodamos en cuanto al tiempo de cada uno, y también a tomar distancia en ciertos momentos del día en los diferentes espacios de mi casa. (habitaciones, cocina, dormitorios, patios).

Cada uno a esta altura estaría con sus ocupaciones, estudiando o trabajando, sino fuera por el hecho inusual de la pandemia. La situación es compleja porque cada uno también reacciona de formas distintas, variando a lo largo del tiempo: entonces convivir de esta forma, con los sentimientos más a flor de piel, por ahí genera conflictos.

Una vez que se empezaba a manejar información más precisa y se daban algunas definiciones en todos los ámbitos sobre el Aislamiento, empecé a imaginar cómo y cuánto tiempo me iba y nos iba a llevar superar la pandemia. Estaba en una versión de mí mismo bastante optimista e ingenua, que pensaba que esto iba a durar solo unas semanas o a lo sumo dos meses. No tenía idea, pero me gustaba planificar idealmente el regreso a lo que era habitual.

Re-Des-Aprendiendo

Desde que se planteó el inicio de las clases a través de la modalidad Virtual, me sentí raro e intrigado acerca de cómo iba a realizarse este proceso. Teniendo en cuenta que hasta acá, en mi trayecto formativo de años anteriores, la tecnología había sido utilizada pero ocupando un rol subsidiario. Ahora pasábamos a depender casi exclusivamente de ella para poder continuar con los estudios.

Pensando más sobre esto, tuve que aprender a manejarme con estas nuevas herramientas y poder utilizarlas para comunicarme y trabajar con lxs profesorxs y mis compañerxs. Tuve que re-aprender la forma en cómo aprendía y plantarme si lo que hacía era necesario para garantizar ciertos aprendizajes. Las formas, sin duda alguna, cambiaron. Así, por ejemplo, los horarios son más flexibles que los habituales en otros años.

Me podía levantar dos horas más tarde, no teníamos todos los días clases, o no todas las clases eran de 90 minutos. Las interacciones se daban por plataformas de videoconferencia, las reuniones de grupos de trabajo también, las actividades, los textos, las producciones, los intercambios se producían por las plataformas virtuales.

En mis primeras tareas académicas la incertidumbre y la confusión, fueron, los sentimientos más claros. Me costaba imaginar cómo iba a transcurrir la cursada en esta situación, si iba a poder llevar el ritmo o si iba a poder comprender las tareas que me asignaran. Teniendo en cuenta el hecho que no tengo una red estable de conectividad, tengo que ir “seleccionando” los encuentros virtuales a los que me sumo, algo que me genera tanta preocupación y frustración porque no me gusta tener que elegir o valorar a una clase sobre la otra.

Me encantaría poder ingresar a todos los encuentros, sobre todo porque leyendo los textos no siempre es suficiente para poder comprender alguno de ellos. Al comienzo, tal vez esto no era un impedimento porque las materias se fueron dando de manera gradual, pero a medida que se fueron sumando las demás materias, llegué a tener por lo menos cinco clases de más de una hora en una semana. Clases de las que ingresaba con suerte a dos, más las tutorías y las comunicaciones con mis grupos de trabajo para realizar las actividades grupales. Era imposible estar en todos los encuentros.

Más de una vez sentí la falta de empatía o de comprensión por parte de lxs profesorxs frente a mi dificultad. Creo que muchas veces no se contemplaron otras alternativas más amigables, o acciones para ayudar a los que no pueden

ingresar a todas las clases, como apoyaturas visuales o explicaciones detalladas de las tareas a realizar, de buscar la manera de gradualizar las actividades y la bibliografía, o la no insistencia en una evaluación numérica. Lo que me parece más destacable es que las palabras ayudan, y escuchar es importante, pero la acción es lo que marca la diferencia.

Relaciones

También fue muy brusco el cambio en la dinámica familiar, por ejemplo, con mi mamá que es enfermera, profesional indispensable, y siendo una persona que potencialmente podría contagiarse, había que tener ciertos recaudos o prevenciones que antes no teníamos. Como, por ejemplo, no entrar con los zapatos a mi casa, cuando llegaba de trabajar se tenía que ir a bañar y lavar inmediatamente su ropa, no tocar nada, lavarse las manos con alcohol en gel antes de entrar. Esto fue y es muy angustiante.

43

El tema de la higiene y el extremar los cuidados también fue algo muy visible, desde la desinfección de todas las superficies o, los cuidados con los alimentos que se compraban. También empezamos con la rutina del lavado de manos constantes y a mantener cierta distancia entre nosotros, en los lugares comunes, con respecto a mi mamá, por ser la única persona que salía de la casa. Me dio mucha tristeza no poder abrazarla, darle un beso, compartir un mate con ella, cosas tan básicas que hacíamos todos los días y que de repente me sentía tan impotente por no poder hacerlo.

Había momentos en los que quería estar solo, dentro de lo posible, por estar agotado de realizar tareas. Parar un poco me parecía bien, pero, por otro lado, al no poder salir de mi casa para "matar el tiempo" me preguntaba: ¿y ahora qué hago? Había días que no hacía prácticamente nada y eso me parecía chocante por no estar acostumbrado, algo por ahí que es muy de la lógica de tener que estar ocupado todo el tiempo, el sentirse productivo.

Dependiendo de la semana y de cómo venga en cuanto a las tareas, tendía a aislarme más o menos, a interactuar, o sentirme con mejor ánimo para charlar y compartir con los demás, pero variaba mucho de día a día y semanalmente también.

Pasaron las semanas, se prolongó la cuarentena varias veces, y en ese transcurrir casi inadvertidas, pasaron algunas celebraciones tradicionales, como la pascua, el día del trabajador, el 25 de mayo, cumpleaños, fechas típicas donde la familia solía reunirse, y ahora cada uno tenía que estar en su casa. Esto me provocó una cierta desazón por la falta de cercanía o interacción con mi familia.

Algo muy característico siempre era el pasar esas fechas y los almuerzos de los domingos en la casa de mi abuela, pero por la cuarentena eso se interrumpió, y fue hasta doloroso no poder verla, ni visitarla por varias semanas. Ahora muy paulatinamente podemos visitarla, aunque con muchos recaudos preventivos por su edad, y sin saber cuándo podrán volver las reuniones con toda la familia.

En todo este transcurrir de sentimientos y escenarios cambiantes, llegué a preguntarme cuestiones como: ¿qué pasó con el tiempo?, ¿cómo seguir? O hasta si voy a poder seguir aguantando un poco de todas las situaciones que describí, tanto lo referido a, la convivencia con mi familia, al estar encerrado, a la cursada virtual, etc.

Con mis cambios emocionales y en este transcurrir del tiempo, con momentos mejores o peores, pasando desde semanas en las que estoy más o menos concentrado, y sobrellevando mis actividades académicas, transcurre, y se sintetiza, como viví y vivo el ASPO.

UNA REALIDAD SUPERABLE

NICOLÁS CASAÑAS

45

Para empezar, les comentaré brevemente sobre mí para poder dar un contexto. Soy un chico de 20 años, estoy estudiando actualmente de manera virtual en la facultad de humanidades de la UNNE, con sede en Resistencia. Anteriormente, estuve estudiando de manera presencial, o sea ir a clases, tener horarios determinados para la semana, tener un contacto cara a cara con los profesores. Durante dos años estudié de esa manera en dicha ciudad, en estos momentos estoy en mi ciudad de origen, Villa Ángela, Chaco, en donde vivo con mis padres.

Decidí volver a mi ciudad, ya que la semana previa al comienzo de clases, se andaba diciendo que iban a cerrar la ciudad de Resistencia, prohibiendo así la entrada y salida de gente. Entonces, al ver la situación supuse que sería lo mejor volver; además, se decía que solamente iba a ser por dos semanas y aquí estamos con dos meses y medio de aislamiento obligatorio.

Esta cuarentena nos agarró de sorpresa a la gran mayoría de los argentinos, ya que se han implementado una gran variedad de medidas y regulaciones en los ámbitos laborales, de socialización, académicos, entre otros. Hablando particularmente del *ámbito académico* se ha tornado un poco difícil todo, ya que todo el sistema educativo ha tenido que adaptarse de la forma en que podía. La opción más viable, ha sido la de la tecnología y la virtualidad, la educación a distancia. Pero ahora me pregunto, tanto los profesores como los alumnos: ¿nos hemos podido adaptar a esta situación de virtualidad?

Partiendo de la opinión y experiencia personal creo que, en su mayoría, no hemos podido adaptarnos de la mejor manera. Desde el vamos, si queremos acceder a esta educación a distancia, se necesita una conexión a internet, ya sea de datos móviles o wifi, un smartphone o celular inteligente, y en el mejor de los casos, una computadora. Soy un privilegiado por poder acceder a todas estas condiciones, pero de igual manera puedo decir que por más que se tengan estas condiciones, los procesos de enseñanza y aprendizaje no están asegurados. En algunas materias que curso, el método se basa en dar materiales de lecturas solamente y algunas clases por medios que no permiten una adecuada interacción. Tanto los profesores como los alumnos no estamos acostumbrados a las clases a distancia, la forma en que nos desenvolvemos es diferente, nos es

extraño. Lo cual es frustrante y tedioso porque estamos pensando: “no estoy aprendiendo”, “leo solamente por inercia”, “esta materia no me ayuda”. Por ende, este aspecto de la virtualidad no solamente nos lleva a pensar que no estamos aprendiendo, sino que también, nos hace pensar que estamos perdiendo el tiempo. Muchas veces podemos creer que es mejor dejar la materia, entre otros pensamientos negativos.

Así que puedo decir que esta educación a distancia es algo más complicada en comparación con la presencial. Contrariamente a mi pensamiento, he escuchado decir “pero si por videollamada también le ves la cara al profe y “podes hablar”. Esto no está mal, es verdad lo que se dice, pero no es lo mismo. El cambio fue brusco, de un día para otro, todo el sistema educativo se tuvo que adaptar de manera rápida, lo cual no garantiza que se hayan adaptado de la mejor manera. Entonces, sí podría ser lo mismo en cuanto a acciones, pero no es lo mismo en cuanto a sensaciones y a la comodidad. Las sensaciones que se viven dentro de un aula no son las mismas que se pueden llegar a dar a través de una pantalla al compartir un mate con el profesor es un ejemplo. Lo cómodo en el aula son los vínculos que se pueden formar con el docente, y ambos aspectos no se pueden cumplir fácilmente en la modalidad virtual.

De igual manera, esto que menciono sobre las materias que solo dan materiales y trabajos, no significa que todas las materias sean iguales. Otras se destacan por el acompañamiento y las posibilidades que nos brindan, lo cual hace más llevadero todo este proceso y situación. Entonces alguno dirá: “bueno tan mal no viene la cosa”. Pues sí, en algunos casos sí viene mal la cosa, ya que al momento de conllevar la modalidad virtual se torna un tanto sofocante. A tal punto que tengo conocidos que han dejado de cursar materias.

Personalmente no he tenido que dejar ninguna materia por no poder sobre llevar la virtualidad, pero sí he tenido momentos de debilidad en donde uno se frustra por estar pensando en que ya no puede más con esto. El famoso “voy a tirar todo a la mier...”, o momentos en donde uno sufre por no entender las consignas, no llegar al día con las lecturas, no poder establecer conocimientos, la falta de acompañamiento, entre otras cosas. Además, esto no solamente influye en un aspecto emocional o de autoestima y confianza en uno mismo, porque también el estrés, los nervios y hasta la desesperación pueden afectar la *salud física*, lo que también me pasó.

La salud en juego

Hubo días en los que no he tenido fuerza ni energía para poder levantarme de la cama y poner mi atención en la pantalla de la computadora para poder leer. Solamente me invadía el sueño y el cansancio, y frente a estas condiciones, para mí lo mejor era tomarme el día para poder descansar y retomar fuerzas. Esta decisión me llevó a dormir cerca de 15 horas en diferentes momentos del día, otros días he estado en cama por dolores de vista, junto a los mareos un poco fuerte que esto conlleva. Este malestar se debe a que mayormente, me la paso enfrente de una pantalla, cerca de 10 horas al día aproximadamente. Y hasta más porque si cuento los momentos frente al celular y la tele se podría decir que, literalmente, vivo frente a una pantalla.

Estar en cuarentena también supone no movernos de nuestra casa, y pocos son los que conozco que hacen actividad física en sus casas, lo cual nos lleva a desbordar de energía, tener energía de sobra que difícilmente la podamos llegar a agotar por completo, ¿A qué quiero llegar con esto? Al aspecto del sueño y la productividad, para ser específico. Se recomienda que se debe dormir ocho horas al día, pero a veces nos resulta un poco complicado poder dormirnos a un horario en específico, para poder despertar cuando se cumplen esas ocho horas de sueño, ya sea por no tener sueño, estar nervioso, sobre pensar las cosas, desbordar de energía. A todo esto, le sumo una variante personal, específica, y no tan general, vivir en una casa en la cual durante el día hay ruidos y movimientos que obstaculizan en cierta medida la concentración y la tranquilidad.

Por estas razones, he optado por dormir durante la tarde y realizar mis actividades durante la noche y la madrugada, ya que son los momentos donde los demás duermen y hay un silencio absoluto. Al principio parecía una genial idea, era más productivo ya que me podía concentrar en todo de una manera más rápida y fácil. Si bien parece que he encontrado una solución, no es tan lindo como suena. Esta decisión me ha costado vitalidad que he sentido a las semanas, finalmente tenía más sueño, dormía más de la cuenta, o a veces no dormía lo suficiente. Creo que no es raro que esto me haya pasado, ya que no es lo mismo tener un sueño nocturno que diurno. Entonces decidí, para acomodar mi sueño nuevamente, permanecer cerca de 30 horas despierto. Así, de esta manera, he vuelto a tener un sueño nocturno, de lo cual no me arrepiento, ya que mi productividad no ha mermado en gran medida, y he recuperado la fuerza que había perdido y necesitaba.

¿La rutina sirve realmente?

Otro aspecto que me parece importante destacar es la rutina, mi organización de los días y actividades, durante el aislamiento. Si no fuera porque tengo horarios de clases determinados durante la semana y que vivo con mis padres, que son estructurados en cuanto a su rutina, les aseguro que mi rutina sería un caos total. Dormiría a cualquier horario, desayunaría a las 18 de la tarde, cenaría a las 5 de la mañana como si nada.

De igual manera, no es algo que me moleste tener una rutina firme que consiste en tener horarios determinados para cada actividad: a las 7 suena el despertador, a las 8 empiezo con mis actividades diarias que básicamente son lecturas y trabajos de la facultad, a las 12 del mediodía almuerzo, trato de retomar mis actividades desde las 16 hasta las 19 horas de la tarde, y luego dejo el tiempo para mí mismo y mi familia. Este tipo de rutina me ayuda a poder establecer horarios coherentes, como así también ayuda a la organización de uno mismo ya que en estos momentos ser organizado me parece algo crucial e importante.

¿Se lo puede conllevar al ASPO o es imposible?

Algunos comentarios que he podido ver en las redes sociales, y escuchado en mi entorno, son referidos a lo difícil que puede ser conllevar una situación de aislamiento. Lo cual me lleva a pensar ¿cómo hice para conllevar el aislamiento estos dos meses? Lo primero que se me viene a la cabeza es mantenerme tranquilo y tener un criterio propio en cuanto a lo que está pasando, ya que, si uno se deja llevar por los medios masivos de comunicación, se puede volver loco y angustiado, entre tanta información errónea o exagerada que se pueda llegar a dar.

Por ejemplo, he llegado a leer que la cuarentena se iba a extender hasta el 2021, dar este tipo de información es arriesgado por la forma en que puede afectar a la sociedad. Entonces, para poder tener un criterio propio, he recurrido a fuentes de información más seguras, como entrevistas a infectólogos. Lo segundo es la meditación, al principio no pensé que fuera necesaria, pero desde que lo probé, no puedo dejar de hacerlo algunas veces a la semana, ya que me ayuda a poder centrarme en los momentos de debilidad emocional, que no son muy seguidos, pero de igual manera les doy su importancia. Luego, se me viene a la cabeza el ejercicio o actividad física, sé que en algunos casos es algo difícil de realizar, ya sea por el espacio o tiempos, pero es una manera de centrarme en mi

mismo, ya que me enfoco en ello y me ayuda a, literalmente, desconectarme un poco con todo.

Este último pensamiento, el tiempo con uno mismo engloba un poco el ejercicio y la meditación ya sea escuchando música, escribiendo, leyendo, dibujando, cocinando, mirando series, documentales, películas es fundamental. A mi parecer, el encuentro con uno mismo es muy importante para poder desconectarse un poco de la realidad, para poder encontrarse con uno mismo, poder dejar de lado la ansiedad, los nervios, y aquellos pensamientos que nos llevan a estar en situaciones de preocupación constante que parece que nunca va a terminar, poder estar a pleno como se dice, refiriéndome a la tranquilidad, a estar en paz. Entonces, de esta manera, con el encuentro con uno mismo resulta que todo es pasajero, como las situaciones de preocupación, caos, nervios, ansiedad, malestares y así también que todo este momento de encierro, asilamiento, cuidados constantes, sea más llevadero o, como a mí me gusta llamarlo, superable.

UN FLORECER DE EMOCIONES Y SENSACIONES

EN SITUACIÓN DE ASPO

DESIREE CHAMAREZ

Mis primeros días con el ASPO

Hola, tengo 22 años y vivo en Corrientes capital. Lo que a continuación voy a contar, expresa como me di cuenta que en todo momento durante el ASPO, están y estuvieron presentes mis emociones y sensaciones.

Empecé a hacer la cuarentena el 16 de marzo, días antes que se anuncie oficialmente que entrábamos en aislamiento. Las primeras dos semanas de aislamiento fueron difíciles, ya que no sabía que hacer estando encerrada y sin poder ver a nadie más que a mi abuela. Estaba acostumbrada a verme con mis amigas los fines de semana o disfrutar de mi familia en la semana o también los fines de semana.

En cuanto a las emociones, los primeros días fueron muy tristes, ya que tenía por la salud de mi familia y más por la de mi abuela, sentía que tenía una carga muy grande respecto a su cuidado. También pensaba en mi mamá que se encuentra sola con mis tres hermanos en Neuquén y rezaba para que nada le pase a ella, más que nada porque es la única cuidando a mis hermanos.

Primer contacto con el exterior en situación de ASPO

El primer día que salí para hacer las compras fue el 27 de marzo, día lluvioso y algo extraño. Fui al cajero y al supermercado para abastecernos de algunas cosas. Fue extraño salir solo y específicamente para eso, saber que esa era la única salida que podía hacer por un tiempo. Me resultaba inquietante saber que todos también estábamos en la misma situación, y ni hablar de que teníamos que respetar la distancia entre las personas en las filas. Lo de la distancia me dio mucha impotencia porque había personas que no cumplían y los policías tenían que ir a decirles que respeten la distancia, tal como unos niños que tenés que estar recalcándoles varias veces lo que tienen que hacer.

Todo resultaba extraño. ¿Quién iba a imaginar que al entrar al supermercado nos pondrían alcohol en gel en la mano y en la manija del carrito? Nunca me imaginé estar viviendo una pandemia. En ese momento el uso de barbijos no era necesario, pero a eso me referiré más adelante.

Cambios en mi rutina

Mis días eran iguales al principio, me levantaba tipo 8:00hs. u 8:30hs., desayunaba y empezaba a mirar las cosas de la facultad, luego llegaba la hora del almuerzo y después la siesta. Las primeras semanas dormía la siesta porque no sabía qué hacer si estaba despierta, no sabía a qué dedicar mi tiempo más que solo para dormir.

El lunes 6 de abril decidí empezar a cambiar mi rutina, más para sentirme bien conmigo misma, y me propuse a entrenar. Los primeros días me daba fiaca pero después le agarré la mano y pude seguir haciéndolo sin ningún problema, estaba motivada.

También cambié mi alimentación, al mismo tiempo que empecé con las actividades físicas, comía más verduras, no tantas harinas, etc. Antes de aislarnos, lo único que hacía era caminar por la costanera y ahí terminaba mi vida "fitness" (salud física). Por lo tanto, al estar en aislamiento no quería quedarme sin hacer nada, porque las primeras semanas estaba con mucha ansiedad y, por ejemplo, comía muchos alfajores, papas fritas, etc. Entonces algo hizo un click y cambié, creo que fue para bien. Ese click, podría decir, fue una voz interior que me dijo que tenía que tratar de tranquilizarme e idear actividades para sentirme mejor, tanto física como psicológicamente.

Mi rutina por las mañanas empezó a cambiar, había días en los que no me quería levantar, por ende, me quedaba en la cama, creo que el encierro me empezó a afectar de manera psíquica. Había días en que sólo quería estar encerrada en mi cuarto, sin hacer nada y creo que eso no es un problema porque si bien uno puede estar feliz, también se puede dar el lujo de estar mal y no tener ganas de hacer nada. Aprendí que sentirme desganada era lógico una situación de ASPO, ya que estamos encerrados y nuestra cabeza tiene más tiempo para pensar un poco más de lo habitual.

El 8 de abril fui al cajero, pero no al mismo que iba siempre, lo cual fue un poco confuso también, ya que había algunas personas que empezaron a usar el barbijo siendo que no era necesario todavía. Lo hacían por precaución y para cuidarse, y eso estaba genial, porque me di cuenta que la gente empezaba a tomar conciencia de lo que nos estaba pasando. Y al mismo tiempo me sentía extraña; si bien no era la única que estaba sin barbijo, al ver que algunos ya lo usaban me hacían sentir incómoda en ese contexto.

Adoptando nuevos hábitos

Ya con la reglamentación del uso del barbijo, fui al supermercado y a la farmacia, lo cual fue una experiencia algo torturante porque el barbijo asfixiaba, resultaba molesto al momento de hablar, tenía que esforzarse un poco más para que la otra persona escuchará. Me generó un impacto ver a todas las personas con el barbijo puesto, sentí tristeza al recordar, nuevamente, por lo que estábamos pasando. Lo veía como algo imposible, creía que el virus no podía llegar a nosotros y llegó.

En cada salida, siempre estuvo el miedo a contagiarme porque uno nunca sabe la persona con la que se puede cruzar. Salía cargada de una responsabilidad que me pesaba, ya que tenía que cuidar la salud de mi abuela por ser persona de riesgo. Ponerse alcohol en gel en todo momento, antes de tocar los botones del cajero, después de retirar la plata, es decir, constantemente tenía que estar presente el uso del alcohol en gel. Cuando llegaba a casa tenía que sacarme las zapatillas y dejarlas al lado de la puerta de entrada, dejar las bolsas, ir al baño a lavarme las manos y sacarme la ropa que tenía puesta.

Pasaban las semanas y empecé a acostumbrarme un poco al encierro. Creo poder decir que le tome un poco de "amor" al ASPO con el pasar de los días, siendo que al principio me generaba bronca el tener que estar encerrada. Al nombrar la palabra "amor" me refiero al sentimiento de vivo afecto, el sentirme conforme con el encierro ya que puedo tener clases y hacer actividades desde la comodidad de casa, sin moverme y también, un poco, a mi ritmo. Claro que, agradezco tener la posibilidad de hacerlo y sin ningún problema, el wifi anda bien y tengo una computadora propia.

La vergüenza como indicador de transgresión de lo social

A partir de la re-construcción de lo cotidiano se expone lo que espera la sociedad de uno, y la transgresión genera sentimientos como la vergüenza. Respecto a ello quiero compartir la siguiente anécdota: frente a mi casa hay una plaza y antes del aislamiento todos los miércoles de cada mes venía una feria de frutas y verduras, varios puestitos a ofrecer su mercadería. Un viernes, a las 10:00hs de la mañana agarré mi carrito de compras y me crucé a la plaza. Sentí que algo me faltaba llevar y no sabía que era, hasta que vi a las personas con el barbijo. Me había olvidado de ponerme el barbijo, sentí mucha vergüenza ya que me encontraba fuera de contexto al no tenerlo, me tapaba la boca y rogaba que nadie se dé cuenta y me diga algo, pero por suerte nadie lo hizo. Después de esta situación me di cuenta que tenía como responsabilidad el uso del barbijo

solo cuando iba al supermercado o al cajero que me quedaban a unas cuadas, pero en mi cabeza no era adecuado el uso por sólo cruzarme frente a mi casa. Luego de eso, no me olvide el barbijo nunca más, ni para ir al kiosco de la esquina.

Nuevos desafíos del ASPO: comunicación en el distanciamiento

La comunicación se tornó un poco difícil por el distanciamiento social-corporal para el cumplimiento del cuidado de la salud, más precisamente se convirtió en un desafío. Respecto a esto, presencié una situación cuando un día fui a la panadería (La Reina), que está en el centro de la ciudad de Corrientes, así también caminaba un poco ya que no estoy muy alejada del lugar. Al llegar hice fila para entrar, respetando obviamente la distancia entre las personas. Al lado de la puerta de entrada del local estaba el guardia, que era el encargado de poner alcohol en gel a los que iban a entrar. Cuando entré, fui directo donde están las facturas y en el piso observé una línea donde tenés que pararte para no estar muy cerca del mostrador, es por este motivo, que al momento de elegir lo que quería, se me dificulta por dos razones: la primera porque al estar un poco alejada del mostrador tenía que esforzarme bastante para hablar con el barbijo y que el empleado me escuche correctamente; y segundo, porque no podía ver bien para pedir, no veo muy bien de lejos y no tenía lentes, entonces tenía que esforzar también mi vista.

Un día, el antes y después llegó a mi vida, como un balde de agua fría durante este aislamiento, para ser precisa, el día sábado 25 de abril cuando estaba realizando un trabajo práctico grupal por videollamada con mi grupo. En un momento determinado, creo que eran las 20hs, si mal no recuerdo, veo un mensaje en el grupo de WhatsApp que tengo con mis amigas. Ese mensaje fue un balde de agua fría. Una amiga había avisado que un amigo se suicidó, pero no sabía bien porqué. Dudaba de la información, más allá de que dos personas ya le habían hablado del tema. Obviamente en ese momento, mi vida se paró por un segundo, empecé a temblar y a tener ganas de llorar.

Con la voz quebrada le dije a mi grupo que salía de la videollamada un rato, porque me había enterado de algo y que después se los contaba. Se hicieron las 21:00hs pasadas y la información se confirmó, no podía creer que alguien que conozco desde la escuela primaria, alguien que fue mi compañero y amigo hasta terminar la secundaria y un poco más, alguien que conocía y fue muy cercano en su momento haya tomado esa decisión. Cercano porque éramos un grupo dentro del colegio, más precisamente dentro del aula, terminamos la secundaria y

seguimos viéndonos, hasta que por diferentes motivos cada uno siguió con su vida, pero siempre recuerdo los reencuentros en diferentes fiestas.

Comencé a hacerme miles de preguntas, una de ellas fue: ¿por qué no supe ver cuando pedía ayuda? Ante estas situaciones una se replantea si pudo haber hecho algo para evitar el deceso o para tratar de esquivar esos pensamientos y así evitar que pase lo peor. Al día siguiente, domingo 25, fue un día muy gris, triste. Llovía como nunca y lo asombroso es que no estaba pronosticado ese clima. Por esa razón, sentí que era una señal del universo, de que una persona tan buena se haya ido. Ese domingo me sentí rara, lloraba a cada rato, y rezaba por su alma y su familia; sin embargo, mi cabeza seguía inundándose de preguntas sin respuestas.

A partir de allí no seguí siendo la misma, los fines de semana cuando llegaba el sábado, me preparaba un fernet o tomaba una copita de vino para que no sea tan deprimente, pero después de ese sábado 24 dejé de hacerlo. No veía razón alguna por la cual seguir haciéndolo. También me uní mucho más a mis amigas y me aferré a pedir que cuenten todo lo que les pasa, ya sea lo más mínimo, todo cuenta siempre para ayudar. Esta situación fue diferente por estar en ASPO ya que al estar encerrada me encontraba más susceptible de lo que podía llegar a estar si no estábamos en aislamiento, los sentimientos me tomaban de sorpresa todos los días y al recibir esta noticia fue un golpe fuerte.

Compartir momentos en tiempo de aislamiento

El 13 de mayo empecé a hacer actividad física con mi mamá vía zoom, ella vive en Neuquén con mis 3 hermanitos. Como lo expuse al principio, ya hacía actividad física, pero desde ese día mi mamá se me unió. Es bueno compartir ese momento por más de que estemos lejos, creo que lo importante es buscar alternativas para estar más juntas a pesar de la distancia.

El sábado 16 de mayo me junté con 3 amigas en el departamento de una de ellas, elegimos ir ahí ya que vive sola y no tiene una persona de riesgo en su casa, sino siempre nos juntamos en la mía, pero no quiero que mi abuela tenga contacto con otras personas por más que sepamos que son cuidadosos. Vale aclarar que seguimos todos los protocolos, el uso del barbijo para salir, alcohol en gel si tocamos algo antes de entrar a la casa y al entrar el lavarnos las manos. Fue muy lindo el poder ver a algunas de mis amigas, volver a reírnos juntas y hablar sin una pantalla de por medio. Decidimos hacerlo porque nos cuidamos y sabíamos que no teníamos contacto con otra gente.

Estuve organizando el cumpleaños de mi abuela, fue todo sorpresa, quería que sea muy especial ya que no podía venir mi familia a pasarlo con ella. Ese día jueves, fue una locura para mí porque no conseguía la decoración que quería. Finalmente, pude conseguirlo, a las 22:00hs me trajeron unos globos, cortina, globo de números, etc. El viernes 22 de mayo (el día de su cumpleaños) me levanté a las 7:30hs para empezar a decorar el living mientras esperaba que mi prima me mandara unas cosas para armarle el desayuno. Así fue que a las 8:00hs llega lo que faltaba, organicé todo en 10 minutos, lo más rápido posible para que mi abuela no se enterara porque ya se había despertado.

Cuando terminé le dije que se vaya para el living a ver unas cosas y así se llevó la sorpresa que no esperaba. Ese día estuvo cargado de emociones, un cumpleaños en cuarentena y pasándolo las dos solas. Traté de estar con ella en todo momento. Al final del día me di cuenta que ella pasó su cumpleaños muy bien, rodeada de familiares y amigos a la distancia, rodeada de amor. A la tarde, hicimos videollamada sorpresa con toda mi familia para cantarle el feliz cumpleaños y que ella apague la velita. Yo terminé feliz por ella, lo que más quería era verla disfrutar y que lo organizado con mi familia salga bien.

Haciendo hincapié a la idea de un antes y después, por último, puedo decir que durante el ASPO, así como aprendí nuevos hábitos, pude *apreciar y reconocer* lo que antes no tenía en cuenta. Por ejemplo, aprendí a disfrutar los momentos con mi abuela, pudimos conectarnos más de lo que ya estábamos. Los domingos a la tarde, nos sentamos con ella en el living, y miramos películas en Netflix, mientras tomamos mate, algunas veces acompañados de chipacitos hechos por mí.

Mis salidas siguieron basándose solo en ir al cajero-supermercado-farmacia. Y cada vez que salía de la casa y era un hermoso día soleado, “maldecía” un poco el estar encerrados y no poder ir a la costanera a tomar mates y disfrutar. Qué insólito apreciar los lindos días cuando estamos en aislamiento ¿no? Apreciar miles de cosas como antes no lo hacíamos.

CAMBIOS Y CONTINUIDADES DE MI DÍA A DÍA DURANTE EL ASPO

ELÍAS CHÁVEZ

56

Soy estudiante de tercer año del profesorado y la licenciatura en ciencias de la educación y estoy pasando el aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO) en mi casa, en Saladas, Corrientes, con mis papás y mis dos hermanos menores, de 11 y 15 años. La idea de este escrito es relatar los acontecimientos y sentimientos por los que atravesé entre mediados de marzo y mediados de mayo, enmarcados en el crítico contexto de pandemia por COVID-19 y de ASPO. Para tal fin, me valí de la síntesis, reflexión y sistematización de una serie de registros personales que fui realizando a lo largo de los meses mencionados por recomendación de la cátedra Antropología Social y Cultural.

Si bien las nociones que se expresan a continuación pueden ser vistas como triviales y carentes de interés, también pueden resultar atractivas en un futuro no tan lejano, para aquellas personas que se interesen en conocer distintas perspectivas acerca de las particulares vivencias que tienen lugar en esta singular coyuntura.

Redefinición de la rutina: mi organización ideal del día

Empecé la cuarentena como una continuidad de las vacaciones, despertándome alrededor de las 10:30hs. Como comenzaban las clases tenía la intención de levantarme antes pero no lo conseguía. Gradualmente fui despertándome más temprano, primero a las 9:30hs., después a las 8:30hs., hasta lograr un horario entre las 7:30hs y las 8:00hs.

Algo que continúa igual desde que empezó el aislamiento es que mi mamá me llama siempre para despertarme por las mañanas, aunque últimamente cada vez que lo hace ya suelo estar despierto. Por fin conseguí levantarme temprano y solo. En los primeros días dormía siestas cortas y no me costaba tanto levantarme como por las mañanas, ahora al momento de escribir esto, es al revés, por las mañanas me levanto más fácilmente que luego de las siestas. Hubo un punto, a fines de abril aproximadamente, en que decidí dejar de dormir siestas y más bien aprovechar ese tiempo para mirar series o hacer ejercicio. Esto me duró poco más de una semana. Ahora duermo un rato de siesta todos los días

porque considero que así mi mente no está tan cansada por la noche y me puedo concentrar mejor. No me hubiera servido no dormir la siesta si por la noche no me podía concentrar.

Otra cuestión que me parece muy destacable es que en plena situación de aislamiento pude acomodar mis horarios a los ideales que siempre tuve. Estos ideales consisten en levantarme temprano y no dormir tan tarde por las noches. Pude organizar mis horarios según estos criterios, a pesar de que pensé que sería más difícil por no contar con mucha motivación, ya que todos los días son muy parecidos, ya que no salgo de mi casa y mis actividades son siempre monótonas. Incluso cuando estaba en Resistencia, años anteriores, durante el período de clases me costaba mucho levantarme temprano para ir a cursar debido a que no podía evitar dormir muy tarde por las noches. Siempre decía que a partir de las 23.00hs. se “activaba” mi mente y “empezaban mis horas productivas”, ahora en cambio siento que puedo sacar el mayor provecho de mi tiempo durante el día y cuando llegan las 23.00hs. mi mente ya está bastante cansada.

57

Se hizo parte de mi rutina el ayudar a mi hermano más pequeño a entender sus tareas de inglés cada martes y viernes que tiene estas clases. Esto es solamente posible por causa del aislamiento y que me encuentro en casa, sino yo estaría en Resistencia y no podría ayudarlo. De todos modos, espero que no se acostumbre mucho porque después no podrá resolver los deberes por su cuenta.

Algo peculiar que empezamos a hacer en mi casa al principio del aislamiento fue merendar en familia, ya que en esos momentos ninguno tenía demasiadas ocupaciones. Esto fue decayendo paulatinamente y ahora ya no lo hacemos. Por otra parte, la mayor parte del tiempo me dedico a las actividades de la facultad, entonces casi no realizo las “tareas de la casa” en las que antes era muy activo y colaborativo. Me doy cuenta de que ahora hasta me da mucha pereza ayudar en algunas cosas referidas a, por ejemplo, la limpieza cuando mis papás me lo piden. Creo que ya me acostumbré a que ellos hagan todo por mí.

Experiencias de extrañamiento de la “nueva normalidad”

El ASPO no solo trajo consigo cambios de rutinas, sino que también la modificación de hábitos a un nivel macro, podría decir hábitos sociales, tales como la forma de saludarnos o de actuar en distintos ámbitos que interiorizamos desde pequeños y que forman parte de nuestro sentido común. Observar el quiebre de estas costumbres me generó sensaciones de extrañamiento, tanto

respecto a las nuevas prácticas que afectan las actividades más simples y cotidianas, como así también respecto a estas mismas actividades simples y cotidianas que antes me pasaban desapercibidas.

La idea de “nueva normalidad” es algo que se presenta por diversos medios desde hace ya un tiempo para englobar las nuevas costumbres y reglas que vamos adquiriendo. En la página de un noticiero que sigo en Instagram, por ejemplo, pude observar que se vienen realizando publicaciones en las que comentan cómo en distintos países europeos se están retomando actividades como las clases escolares presenciales, la atención de bares, restaurants y teatros, entre otros. El denominador común con que describen estas publicaciones es la “nueva normalidad”, ya que todas estas actividades sufrieron modificaciones en función de las medidas preventivas que se deben tomar.

Esto me hizo pensar en si realmente estamos observando y viviendo una “nueva normalidad”. Imagino que primero tendríamos que definir la normalidad, pero sin entrar en mucho detalle, considero que para que las nuevas disposiciones o prácticas sociales puedan ser consideradas “normales” deberíamos interiorizarlas y para ello estas tendrían que perdurar en el tiempo de forma muy prolongada, algo que espero no suceda, y que en vez de anunciar una nueva normalidad, aboguemos por volver a nuestra normalidad de siempre.

Por otra parte, entre marzo y abril salí de mi casa unas pocas veces. En algunas de esas ocasiones noté cuestiones que me llamaron la atención. Por ejemplo, en una de mis primeras salidas acompañé a mi papá a hacer algunas compras, a pagar varias cuentas y al cajero automático. A partir de ese día se hizo obligatorio el uso de barbijos para circular por las calles. Mi mamá sabe hacer bastantes cosas con la máquina de coser, así que ella misma hizo –y sigue haciendo- varios barbijos tanto para nosotros como para una tía y unos primos. Aprendió a hacerlos mirando varios tutoriales en YouTube. Me sentí raro al usarlo, como con vergüenza. No quería que me vean así por la calle, a pesar de saber que todos los que circularan por ella seguramente estarían usando barbijos también. Era una vergüenza rara y algo contradictoria, porque si bien no me agradaba mucho la idea de ser visto, una de las primeras cosas que hice fue sacarme una foto y pasarla a mis amigos. Supongo que con los amigos es distinto.

Fuimos a la librería, que podía abrir desde ese día, y compré, entre otras cosas, una resma de papel para la impresora. El lugar estaba cambiado, pusieron el mostrador casi inmediatamente después de la puerta para que las personas no podamos recorrer los pasillos con estantes del local. Delante de mí había una mujer a la que estaban atendiendo, en ese pequeño espacio armado no había

mucho lugar como para que entren varias personas. La señora que atiende me preguntó qué necesitaba y ella misma fue a buscar lo que le pedí, a diferencia de cómo lo hacíamos antes cuando cada uno buscaba lo que quería. Al mostrarme las dos marcas que tenía, sentí una leve ruptura de mi conciencia práctica –ahora la reconozco como tal, en ese momento no- cuando le pedí verlas más de cerca. Quería tocarlas, darlas vuelta, y poder ver los paquetes desde todos sus ángulos, lo que siempre hago con las cosas antes de comprarlas, y fue entonces que la dueña se acercó bastante pero no lo suficiente como para que alcanzara a tocar las resmas. Me faltaron un par de centímetros para llegar a agarrar uno de los paquetes, incluso había estirado bastante mi brazo para llegar a tocarlo y me dio la impresión de que ella se corrió un poquito hacia atrás. Recién ahí advertí que no debía tocar el paquete, solamente lo que iba a comprar.

Fue como si recién entonces me diera cuenta de la nueva realidad en la que estamos sumidos, en la que hay que tener mucho cuidado con el tacto y en la que debemos abandonar muchos de los hábitos a los que estamos acostumbrados. Me sentí un poco tonto y culpable, estábamos ahí en el local todos con barbijos y sin poder avanzar mucho, precisamente para evitar el contacto y yo pretendía tocar varios productos antes de comprarlos, no tenía sentido.

Seguimos nuestros trámites y me llamó la atención que la gran mayoría de las personas que vi, tanto en las calles como dentro de los locales o en distintos vehículos, llevaban puestos los barbijos, sobre todo por tratarse de un pueblo bastante pequeño y hasta entonces alejado de las zonas en que se reportaban contagiados. Esa imagen me generó, en un principio, una sensación rara. No estoy seguro si la sensación de estar en un escenario apocalíptico, en una película de supervivencia, o simplemente en un lugar extraño (porque tengo entendido que hay países, como China precisamente, en los que no es nada raro ver a algunas personas con barbijos en cualquier momento del año incluso antes de que lo del coronavirus pasara). De cualquier forma, pensé en mi interior que me gusta ser parte de esto, vivir en este momento de la historia en el que pasa algo tan extraordinario, poder atestiguarlo con mis propios ojos.

Rescato otras dos sensaciones que me produjo el ver a la gente con los barbijos. La primera es que mientras andaba por las calles y me cruzaba con cualquier persona, prestaba mucha atención a distinguir si llevaban el barbijo o no. En la mayoría de los casos los llevaban, y eso me daba una sensación de satisfacción, como un sentimiento de pertenencia colectiva, de que todos estábamos en el mismo equipo, pasando por lo mismo juntos. La segunda es que en un par de personas que no llevaban puestos los barbijos, al verlos a la distancia, me parecía verlos como si efectivamente los llevaran, y al acercarnos

más, notaba que en realidad no los tenían. Esto me sorprendió, era como si mi mente tan rápidamente ya se hubiera sugestionado a la imagen de personas con barbijos y entonces viera a todos bajo ese molde o filtro.

Cuando llegamos al cajero había bastante gente esperando para usarlo, por supuesto todos con barbijos. Me llamó la atención que en la vereda había marcas en el piso para señalar dónde pararnos en la fila y así mantener la misma distancia entre todos.

Otra cuestión llamativa fue que en la puerta había una señora que trabaja en la municipalidad, conocida de mi familia desde hace mucho. Ella se estaba encargando de poner alcohol en gel en las manos de las personas al entrar y salir del cajero. Cuando estuve lo suficientemente cerca como para saludarle, solamente atiné a sonreírle en vez de hablar, y fue entonces que me di cuenta de que ella no podía ver que le estaba sonriendo, un gesto muy usado por todo el mundo a modo de saludo o intercambio social. Eso me produjo un sentimiento de extrañamiento bastante fuerte, ya que hasta entonces no había reflexionado acerca de la frecuencia con que tendemos a usar nuestros gestos faciales para expresarnos, de manera que se me hizo un poco extraño, raro, algo que en realidad es muy común.

Redescubriendo los espacios de mi casa

Las modificaciones de prácticas, actividades y espacios a los que estamos habituados se pueden presentar también en el interior de los propios hogares. En mi caso, por ejemplo, al comenzar la cuarentena no contaba con un lugar fijo en mi casa donde pudiera estudiar, ya que cuando venía los fines de semana por lo general no hacía muchas cosas de la facultad, así que se me planteó el problema de encontrar un lugar apropiado. Durante estos dos meses fui cambiando mi espacio de estudio. Empecé usando mi cama, ya que en mi pieza es el lugar donde encontraba el silencio necesario para poder concentrarme, pero no contaba ahí con una mesa.

Como después de unos días, el gimnasio al que va mi hermano empezó a repartir y alquilar kits para hacer ejercicio en casa, empezamos a utilizar el garaje como gimnasio. Para tener más espacio sacamos una mesa larga que teníamos allí y la trajimos a la planta alta. Hasta entonces no teníamos ninguna mesa en la planta alta, así que empecé a usarla para hacer los trabajos de la facultad. Mi hermano también la empezó a usar, era la mejor opción porque abajo siempre había mucho ruido.

Esto del gimnasio se volvió muy relevante durante los primeros dos meses de aislamiento. Toda la familia empezó a hacer ejercicio, algo para nada habitual en nosotros a excepción de mi hermano del medio. Aunque el garaje es amplio, intentamos no coincidir en los horarios, así cada uno podía hacer uso de los elementos y el espacio que necesitara sin preocuparse por el otro. Esto se convirtió, podría decir, en un hábito de cuarentena. De todos modos, también fuimos dejándolo de lado a medida que los días avanzaban. En mi caso, hasta ahora sigo haciendo ejercicio, pero solamente cuando tengo ganas y tiempo, al principio me obligaba a mí mismo a respetar la rutina de lunes a viernes.

Retomando lo del lugar de estudio, desde fines de abril tengo una mesa propia en mi pieza que mi papá mandó a hacer con el carpintero amigo de la familia y desde entonces hago todos los trabajos en ella, y por ende paso la mayor parte del día en mi pieza. El tenerla mesa me hizo dar cuenta de que es una de esas cosas que no sabía que necesitaba hasta que la tuve, sensación que no recuerdo haber experimentado antes.

61

Por otra parte, desde los primeros días de aislamiento tuve la intención de salir alguna siesta de frío en la que el día estuviese soleado a sentarme en mi patio. El patio de mi casa es bastante grande porque lo compartimos con mi abuela que vive al lado. Nunca, ni siquiera en las vacaciones, salí a sentarme o hacer algo allí. Ahora, con esto de tener que estar todo el día en los mismos espacios, me dieron ganas de variar y ocupar también el patio. Lo hice un par de veces pero como fueron días calurosos no me duró mucho tiempo el hábito. Además, también vi en el patio la oportunidad de trotar dando vueltas a su alrededor, ya que en Resistencia acostumbraba a ir cada tanto a realizar esta actividad en una avenida cercana a donde vivo. Fue recién a mediados de abril que sumé un trote de 10 minutos a mi rutina de ejercicios diarios. De todos modos, tampoco duró mucho, poco menos de dos semanas.

Nuevas formas de interacción social: más cerca que nunca

Desde un aspecto más interno o familiar de las interacciones, tuvimos que modificar un poco nuestra forma de relacionarnos con mi abuela materna. Ella tiene 87 años, como ya mencioné vive al lado de mi casa con una señora que la atiende, y mi mamá acostumbraba a ir todos los días a, por ejemplo, tomar mate con ella. Desde que empezó la cuarentena, sigue yendo a visitarla por supuesto, pero intentando mantener un distanciamiento físico y sin compartir el mate. Los primeros días fueron un poco difíciles para mi abuela porque solamente nosotros que vivimos al lado, podíamos pasar tiempo con ella. Después de las primeras

semanas de aislamiento, al ver que aún quedaban muchas semanas por delante en estas condiciones, mis tíos decidieron también venir a verla a diario para que no se sienta triste.

Desde hace unas cuantas semanas acostumbro a ir y pasar tiempo con ella con cierta frecuencia, algo que antes nunca hacía. Volverme consciente de la vulnerabilidad de las personas mayores frente a esta enfermedad me hizo revalorizar a mi abuela y querer estar más cerca de ella. En esta misma línea, mi papá llama a su mamá todas las noches –algo que antes él tampoco hacía– y en algunas de esas ocasiones también yo hablo con ella. Antes del aislamiento tenía contacto con mis abuelos paternos en muy pocas ocasiones, solamente cuando viajábamos a Empedrado, donde ellos viven. Ahora con el aislamiento, si bien no los veo, me contacto con ellos con mayor frecuencia que antes.

Además, desde que empezó la cuarentena siento que mi familia nuclear está más unida. Imagino como si entre todos firmamos una especie de contrato tácito para intentar poner cada uno de su parte y así mantener un buen clima de convivencia mientras dure nuestro confinamiento. Si bien, como es de esperarse, seguimos teniendo algún que otro conflicto cada tanto, estos son con mucha menor frecuencia que antes. Durante lo que va del aislamiento, sin dudas, prevaleció entre nosotros la paz y la armonía, y asumo que esto no solamente tiene que ver con los deseos de una buena convivencia, sino que también con la sensibilización frente a los hechos caóticos y tristes que escuchamos y la consecuente revalorización del otro.

En mi casa contamos con un kiosco y otro cambio que tuvimos que implementar en las interacciones dentro del hogar se encuentra relacionado con este negocio. Nunca lo dejamos de atender, aunque sí en horarios reducidos. En un principio, mi papá prefería ser él solo quien lo atendía así después se aseguraba de tomar las medidas de higiene necesarias posteriores al contacto con otras personas. Entre estas medidas, higienizaba los billetes que recibía pasándolos por un trapo bañado en alcohol y luego inmediatamente se lavaba las manos con abundante jabón. Ahora que Corrientes se presenta como una de las provincias de menor riesgo ya que hasta hace un par de días no presentaba ningún caso activo, mi papá ya no realiza a rajatabla ese ritual post atención al cliente, aunque conserva el lavarse muy bien las manos.

En lo que respecta a mi relación con mis amigos los que conservo de la escuela secundaria, durante las primeras semanas solía jugar prácticamente todos los días con ellos a un juego de cartas online por medio de una aplicación llamada Plato que nos permitía interactuar entre nosotros en tiempo real. Al principio jugábamos hasta 2 veces por día, a la siesta y la noche. Progresivamente fuimos

dejándolo, primero jugando cada tanto, 2 veces por semana o una sola vez por semana. Ahora hace ya varias semanas que no volvimos a jugar. Todos estamos muy ocupados con la facultad. Además, nos acostumbramos a escribirnos todos los días y prácticamente todo el día, algo que antes del aislamiento no hacíamos. Esto ayudó mucho a no sentir tantos cambios en cuanto al distanciamiento social, yo al menos los siento más cerca que nunca. De todos modos, esto también fue decayendo, si bien ahora nos escribimos todos los días ya no lo hacemos durante el día entero ni hablamos tanto.

Otro hecho singular que realizamos con mis amigos en esta cuarentena con el afán de sentirnos más cercanos fue hacer un encuentro por zoom y, a la vez, unirnos a un en vivo de Instagram que se volvió muy famoso en este contexto, el de “Fiesta Bresh”. Se hace cada fin de semana –o al menos se hacía, hace un tiempo ya no escucho nada al respecto- y un DJ pasa música de boliche. Se unen decenas de miles de personas. Mientras uno de mis amigos ponía el en vivo en volumen alto para que lo escuchemos todos, los demás bailábamos frente a la computadora. Fue muy loco, la verdad es que pensé que solamente conversaríamos mientras escuchábamos la música, pero como nos gustaba, terminamos bailando, incluso nos levantamos de nuestras sillas para bailar. Me divertí mucho, más que en algunas de las fiestas “presenciales” a las que fui.

Efectos del aspo en mi estado emocional y anímico

En los días de aislamiento que llevo registrados, caratulé a uno solo con tristeza, desgano y desmotivación. Era poco común en mí, si bien suelo tener días de desgano, por lo general nunca son tristes. Esta combinación de sensaciones me es familiar en Resistencia, donde me suele pasar con cierta frecuencia, pero acá en mi casa no me ocurre. Imagino que tuvo que ver con un momento de saturación mental por los deberes de la facultad, además ese día el tiempo estuvo muy feo, todo el día gris y nublado; seguro eso también influyó.

A fines de abril fue la primera vez que empecé a sentirme aburrido, como si extrañara salir por otras formas de esparcimiento. Los modos de entretenerme en casa ya no me complacían, me refiero a hacer ejercicio o simplemente pasar tiempo con mi familia. Afortunadamente esa fue la única ocasión en que me sentí de ese modo ya que unos días después acordé con dos amigas y compañeras de la facultad empezar a mirar una serie juntos para poder comentar cada capítulo. Hacía mucho que no miraba ninguna serie, la última que vi fue antes de empezar la cursada virtual. Sin dudas el tener una actividad fija que me despejara me ayudó a superar ese tedio que empezaba a sentir. Actualmente me hago el tiempo

para mirar dos series, aunque no todos los días. Las dos me entretienen mucho así que cuando me canso de estudiar, miro alguna de ellas.

Retomo la cuestión del “gimnasio” que montamos en mi garaje porque le atribuyo una importancia significativa desde esta dimensión mental ya que antes de que empezara a mirar las series, el hacer ejercicios era el momento del día que esperaba para poder esparcirme. Nunca fui muy atlético ni constante siquiera cuando iba al verdadero local del gimnasio, pero en estas semanas me sentí con muchas ganas de hacer actividad física, no solamente porque así descargaba mi energía, sino que también porque la consideraba casi como mi salida de esparcimiento. Con todo esto reflexioné que también en Resistencia, para no saturarme por estar todo el tiempo dedicado a la facultad y además sin compañía, hacía constantemente planes de salidas con mis compañeros, al menos, día por medio. Estas salidas incluían ir a trotar, pasear por el centro, o simplemente juntarnos en el departamento de alguno, aunque sea para realizar trabajos grupales. Ahora que no puedo salir de casa, encontré en el hacer ejercicio el reemplazo a todas estas actividades.

64

Una constante en todos estos días de cuarentena fue el pensar cada tanto cómo estaría yo si estuviera pasando el aislamiento en Resistencia. Esto me hizo valorar mucho mi familia. También pienso bastante frecuentemente respecto a cómo sería el regreso al Chaco después de acostumbrarme a estudiar en casa, a todas las comodidades que tengo acá. Ahora no me quedan dudas de que cuando tenga que volver me va a costar mucho más la re-adaptación que el año anterior. Voy a extrañar mucho la compañía de mi familia, aunque a veces prefiera estar solo, me genera mucho confort saber que ellos están cerca. Además acá no me tengo que preocupar por lavar, limpiar, ni cocinar.

A pesar de las distintas emociones negativas que relaté, solo se presentaron en pocos días puntuales. A lo largo de todas las semanas de cuarentena prevalecieron las emociones positivas. Si bien todos mis días son monótonos, cada uno de ellos me siento animado, con ganas de hacer cosas. Sé de amigos, compañeros y familiares que no están sobrellevando igual de bien el encierro, así que me considero afortunado en este sentido.

De manera que a diferencia de mucha gente, nunca padecí el aislamiento social. Siento, por el contrario, que lo disfruté y lo sigo disfrutando. Al empezar la tercera etapa del aislamiento, el 13 de abril, afirmé en mis registros personales que hasta me llegaba a dar gusto su prolongación. Me sentía muy cómodo con la situación ya que nunca sentí muchos deseos por salir y disfruto mucho de estar en mi casa con mi familia. Para esa fecha ya me encontraba bastante adaptado a

mi nueva rutina. El tener que armarla fue lo único que me perturbaba al principio.

En fin, hay varias cuestiones que personalmente rescato como positivas de esta situación y que fueron mencionadas a lo largo de todo el texto. Si bien hasta ahora me encuentro bien en estas condiciones de cuarentena, no significa que no reconozca que hay muchas personas que la están pasando muy mal, tanto en lo que se refiere al miedo por su salud como a la incertidumbre económica. Esto ha venido pesando en mis pensamientos últimamente y por ello deseo, como creo lo hacen todos, que la pandemia del coronavirus termine pronto y que, a pesar de mi buena experiencia personal, el aislamiento también llegue a su fin.

LO PERDIDO Y LO GANADO EN LA CUARENTENA

MARTÍN DOMÍNGUEZ

Retomando mis registros, de los cuales extraigo lo que escribí de manera recurrente, creo que el aspecto más apreciable que se modificó fue la libertad. La libertad de circular, la libertad de correr en una plaza, la libertad de tomar un café en un bar, la libertad de juntarse con los seres queridos, o simplemente quedarse hablando sin más en alguna esquina con otra persona. En fin, aquello inestimable que siempre tuvimos pero que no nos dábamos cuenta.

Todo esto fue entregado o perdido, pero en aras del bien común. Quién va a poner en cuestión semejante esfuerzo altruista. Al principio lo vi casi sin problemas, pero conforme pasan los días y debido a que tengo la costumbre de hacer uso de mi libertad, es una cuestión que difícilmente pueda pasar desapercibida, en varias oportunidades me surgió la impetuosa necesidad de salir. Pero por las cuestiones de la hora o días permitidos, no estaba habilitado a circular y no lo pude hacer. Inclusive puede decirse que tuve cierta actitud de berrinche, ¿hacia quién? Al gobernador, a la provincia, al mundo al virus, no lo sé.

Nadie dijo que fuera fácil o el esfuerzo que postulé anteriormente, no iba a pedir nada a cambio. Es así que de apoco estoy aprendiendo a convivir con esa regresión a etapas donde no podía salir de mi casa. ¿Etapa infantil? Entonces se puede decir que hice una regresión.

Desaprendiendo y aprendiendo: la nueva realidad

¿Salgo de compras o a comprar suministros para subsistir? Como todo lo que hacemos por primera vez es torpe, tosco, las primeras salidas al supermercado eran bastante aparatosas (ahora que lo leo en mis registros es hasta gracioso). Realizando todo un preparativo antes de salir, con barbijos, guantes de látex, mucho alcohol en gel y con la incertidumbre de no saber cómo es esto de comprar en tiempos de ASPO. Gente sin rostro, con los barbijos, con anteojos, apurados más que de costumbre y por el altavoz del supermercado se escucha que no demoremos que hay gente que quiere comprar. Allá quedaron los días en los cuales uno decía que se iba a hacer una compra para pasear, como algo recreativo. Tiempo pasado, ya es historia, ahora a hacer cola, entrar con el chango a toda velocidad para hacer las compras.

Del punto A al punto B: ahora todos sabemos dónde vamos

Se desvaneció esa actividad de ¿cómo se llamaba...? ¡ah sí!, deambular. Bueno, pasear para ser más claros, voy directo a los lugares que ya tracé un recorrido mental por dónde ir. Sé que tengo que comprar y volver a mi casa. Tendrá que ver con la “hostilización” del espacio público seguramente, en donde el único espacio donde uno se puede sentir seguro es la casa, lo demás es peligroso. El espacio público se desvaneció como el humo ¿Qué tan rápido podemos cambiar los hábitos? Si la adaptación es condición de supervivencia estamos poniendo a prueba esa cualidad. Veo la rapidez con que circulan las personas sin esa acción “deambulante”, ya nadie pasea, todos sabemos a dónde vamos y de dónde venimos, no hay lugar para cuestiones que no sean imprescindibles. Esta pérdida del paseo como actividad recreativa se marida perfectamente con la pérdida de ir de compras por placer, o al menos no ir a hacer las compras como acción de subsistencia. Son inevitables las asociaciones con las películas post-apocalípticas.

67

Transcribo una de las crónicas que escribí en este tiempo, la del viernes 24 de abril de 2020

Llego a uno de los tantos retenes que se encuentran de camino al supermercado, un tanto ansioso (no sé porque) ya que el policía me preguntará la última cifra de mi patente y yo le diré el número impar que me “abrirá las puertas” a la libertad de circular. Ah ya recordé porqué estoy ansioso, no entendí bien cuáles son las razones para dejarme circular aparte de la terminación de una patente. Tal vez me tomen la temperatura y tenga indicios de tener covid-19 y no pueda volver a ver a mi familia durante semanas; tal vez me lleven preso por no saber qué día es y haber salido un jueves con patente par; tal vez tenga que dejar de pensar ya que me olvidaré lo que tengo que comprar en el super.

Recorriendo las calles noto otro ritmo, más frenético, pues ya todos sabemos dónde vamos, del punto A al punto B, es lo primero que te pregunta la policía. Ya no hay puntos intermedios, quedarse a hablar, dar unas vueltas más, “pasear”, solo salimos a hacer lo que tenemos que hacer, punto. Llego al supermercado y me espera una larga fila, donde hay dos tipos de personas, las que están sumamente preocupadas por la situación y las que no les interesa en lo más mínimo ¿Yo donde me encuentro? Prefiero que mis actos hablen por mí. Ingreso al supermercado y de nuevo noto este frenesí, nada de comprar por placer, esto es casi un acto de

supervivencia. No me doy cuenta y tengo el antejo de sol con el barbijo, además de los guantes por supuesto (aunque escuché en la radio que no tiene mucho sentido usarlos). Sin querer choco el carro de una señora que estaba hablando por teléfono, hago un gesto de disculpas y me da vuelta la cara. ¿Tendrá un mal día? ¿En una pandemia existe eso? O son todos malos.

Sigo haciendo las compras a un ritmo acelerado, me toco la cara por reflejo. ¡Qué error más grave! Pero ya saben lo difícil que es erradicar los reflejos después de 30 años. Me doy cuenta que tengo el antejo de sol y barbijo, que imagen más impersonal debo de dar, sin boca, sin ojos, sin rasgos que puedan facilitar la comunicación. Ahora entiendo porque la señora me dio vuelta la cara, porque “mi gesto” de disculpas no pudo ser descifrado bajo el camuflaje que llevo puesto. Si antes era complicado no entrar en conflictos por malentendidos, creo que ahora estamos en problemas.

Pago los productos en una larga fila, recuerdo que hace unas semanas atrás una señora no dudó en hacerme sentir como un desubicado por usar barbijos, recuerdo su comentario: “este tipo me pone nerviosa, mejor me voy”. Me gustaría cruzarla de nuevo y decirle: ¿y ahora quién es el desubicado? Pero me es imposible descifrar las caras de las personas y más aún, si tratás de buscar un rostro que viste hace semanas, ahora se redobla la seguridad, no solo se usan barbijos también botellas plásticas cortadas en la cara. Tal vez la señora esté usando una.

Vuelvo con las compras a mi casa, tengo los recaudos necesarios para no “contaminar la zona”, y vuelvo a “mi mundo”, ahora circunscripto a las cuatro paredes.

He vuelto de un “mundo hostil”, lleno de incertidumbre, y “mirá” que estoy acostumbrado a la “hostilidad del mundo”, pero ahora siento que he pasado otra “prueba de fuego”. No fui preso, no me contagié (creo), no choqué y quedé a la deriva por no haber ambulancias. En qué punto ir al supermercado se convirtió en turismo aventura. Bueno algo más que me dejó un día “común”.

Aprendiendo los días de la semana

Es evidente que algo cambió, ya que la realidad imperante lo solicitaba, el tiempo quedó dentro de lo roto o lo obsoleto. Respecto a una cuestión del tiempo, y a ello me refiero a las horas y los días de la semana, les comparto el siguiente

texto, donde expongo no solo el tiempo como tal, sino las sensaciones del tiempo que me genera un día viernes, por ejemplo...

¿Quién fue el gracioso que se robó la diversión del viernes?

Es viernes y estamos en la semana 6, ya pasamos por lo peor, creo (curva de contagio). Ya se ve a la gente como más a gusto, inclusive ahora hay tapabocas con diferentes motivos, algunos inclusive graciosos, como desdramatizando un poco el que “todos nos vamos a morir” de la semana 1-2, poniendo un poco de humor a la situación.

Volviendo al tema del tiempo en varios de mis registros, me refiero a que no sé bien qué día es. El sentimiento es compartido en varias de las entrevistas, es algo raro o raro por sentir la falta o ausencia de eso, no sé qué es. En retrospectiva, me pongo a pensar que hacía semanas atrás, cómo deseaba los viernes que era un sinónimo de anarquía, ¡el viernes que hermoso día! Pienso que estoy “libre” que puedo dormir hasta cualquier hora que me esperan aventuras alucinantes: visitar a algún amigo, compartir un mate con mi abuela, ver dos películas seguidas en netflix, una vuelta por la costa y volver para las 5 am. Es esa sensación, pero dónde está, no la encuentro. No quiero pensar mal, pero creo que se robaron la alegría del viernes.

También le pongo un poco de humor (e ironía tal vez) ¿qué más queda sino? La cuestión que quiero denunciar es esta re-cotidianización (nueva construcción de lo cotidiano), después de la abrupta caída de la cotidianización. Allá cuando podíamos andar por la calle sintiendo el aire en las caras y que alguien tosiera no te hacía pensar que te puede estar sentenciando a muerte. Allá donde el tiempo era algo innegociable, como yo lo veía, una enorme máquina que te llevaba puesto, que difícilmente te sorprendía, y que para una persona como yo que tenía todo el tiempo acomodado a algo (pobre de mí que no lo siguiera), que era uno más de la frase cliché del “tiempo vuela”. En esta re-cotidianización, el tiempo ya no es el que te lleva puesto, el que avanza a pasos gigantes, ahora se ralentizó o al menos hasta ahora, tal vez nos acostumbremos a no estar acostumbrados.

Es así que de nuevo me pregunto qué paso que no tengo esa sensación de “qué se yo” el viernes a la noche. Si lo pienso bien ¿se habrá llevado también esta re-cotidianización la angustia del domingo? Seguramente ya no estoy con esa otra sensación porque si el viernes me creí invencible, el domingo sentí que el mundo se me venía encima. Tal vez exagero un poco, pero mentir jamás, el estar

preocupado por no olvidarme nada para el lunes, ver si no hay corte del puente, si subió la nafta, sin reprocharme por un sábado sin haber hecho algo relevante.

Tal vez estoy reconstruyendo esta nueva cotidicanización del tiempo (re-cotidianización), donde lo que te generaba un día como el viernes asociado a aventuras, de un día que no sigue los caprichos de lo pautado, de ese día que supo ser insolente y te sorprendía, quedó bajo el yugo del ASPO. El mortal, agobiante y aburrido ASPO.

Creo que veo el potencial de esta re-cotidianización podría ser, por no ser fanático de las interacciones sociales, que no tengo que pensar que al día siguiente tengo que andar pendiente del reloj y que otras personas estarán pendientes de mi trabajo. Reconozco que en esto, el ASPO me da una paz que no tiene precio, en realidad tiene su precio y es la pérdida de libertad, la precariedad de la salud.

Es así que mi vida se re-cotidianizó de nuevo, en aras de lo que ahora tiene sentido, aprendí a que así tiene que ser. Todos los días son iguales y lejos de reprochar eso, solo tengo que velar a mi viernes, mi feliz viernes. Poco es el precio que tengo que pagar por estar en el espacio más cómodo de mi casa, sabiendo que muchas veces me quejé, hasta me lamenté por no tener este tiempo que tengo ahora, este tiempo que ya no tiene sentido dividirlo por días.

Ahora me pregunto en qué día se supone que me encuentro (si todos los días son iguales). Según las sensaciones que me genera, yo creo que me encuentro en un rotundo jueves, lejos del frenetismo del lunes, no tan lapidario como el domingo, ni hablar del divertido viernes, yo creo que todos los días son un jueves, nada mal para mis parámetros.

Lo que me dejó de enseñanza el ASPO

Retomando mis registros y las entrevistas desarrolladas en el marco de la cátedra de Antropología Social y Cultural, pude ver que había personas que pese a semejante “movida de piso”, retomarán sus vidas sin más, y sí, yo sé que muchos lo harán culpando a un murciélago de Wuhan por todo. Es decir, tomando la realidad de manera literal, cuando tal vez este ASPO también nos mostró otros problemas y no el del virus. Sino otras cuestiones que surgieron como ser la solidaridad, el respiro de la naturaleza, cómo de un día para el otro todo puede cambiar. La mejor herramienta que tengo es la de la adaptación.

A lo largo de estas semanas (intensas) de ASPO pude entender las distintas miradas de las personas que entrevistamos, de mis compañeros de facultad, de conectarnos a través de una pantalla y compartir las diferentes vivencias. Fui

aprendiendo a medida que cambiaba apresuradamente el contexto. Creo que dentro de lo ganado va a quedar el no despreciar un día de sol para ir a tomar mate a la plaza, tomarse al menos unos minutos para disfrutar del aire libre, y decir que si hice todo lo hice con una pandemia de por medio, no tengo excusas para hacerlo sin ella.

ADECUÁNDONOS A CAMBIOS EN NUEVOS TIEMPOS

LUCIANO ECHAVARRÍA

Principio de cuarentena

Para describir cómo estoy viviendo el ASPO (aislamiento social preventivo obligatorio), puedo decir que la cuarentena la estoy pasando en mi casa, con mi familia en Corrientes Capital. Tengo 20 años y soy estudiante del profesorado de Ciencias de la Educación de la UNNE. Vivo en un barrio llamado Ponce, bastante alejado de los otros barrios. Tardo una hora en colectivo para llegar al puerto en donde tomo el Chaco-Corrientes. Como estudio en Resistencia, voy y vengo todos los días, en época de clases presenciales o si debo rendir exámenes.

En mi casa somos cinco integrantes, como soy el hermano mayor, después me siguen mis otros dos hermanos que se encuentran realizando el nivel primario, soy el responsable de realizar las compras semanales en el supermercado que se encuentra en el barrio donde vivo. Voy prácticamente todos los días, mañana y tarde, desde el inicio de cuarentena me toca hacerlo. Al salir a la calle y andar por el barrio, veo como al principio del ASPO había una cierta preocupación y conciencia acerca del virus, ya que las personas utilizaban barbijos, tomaban distancia, y además en el barrio había controles de circulación, por lo que en las calles no había movimiento.

En estas últimas semanas del mes de mayo, el barrio se encuentra más transitado, no hay controles, en algunas ocasiones las personas no toman las precauciones necesarias para la circulación. Por otro lado, los negocios y el supermercado todavía mantienen e imponen su régimen, que abarca la utilización de barbijos, y el empleo del alcohol en gel antes de ingresar.

Algo que me conmovió bastante en la primera semana, en la que cambiaron muchas cosas, ya sea el hecho de no saber cómo íbamos a seguir las clases o que iba a pasar más adelante (destaco la primera semana porque fue muy confusa y tuvo un cierto impacto tanto en lo personal como en mi ámbito de estudio). También fue el hecho de que en mi barrio se activó un protocolo de coronavirus, ese día me había enterado por las redes sociales y me generó un cierto impacto cuando me enteré que era a una cuadra de mi casa. A raíz de esa situación, en mi casa tomamos los recaudos necesarios y procuramos no salir de nuestro

domicilio, ya habíamos realizado las compras necesarias para la semana, así que estuvimos atentos a los medios de comunicación informándonos al respecto.

La rutina: el antes y el después del ASPO

Algunas cuestiones cambiaron bastante, y se ven más reflejadas en mi vida como estudiante universitario. Si bien se produjo un cambio de rutina en mi vida cotidiana, algo que puedo notar y que siempre me sorprende fue básicamente como los días fueron pasando muy rápidos, a diferencia de lo que solía ser mi rutina anterior al ASPO. Ya que de lunes a viernes, me encontraba en la facultad prácticamente todo el día, llegaba de noche a mi casa, cenaba, leía y me iba a dormir.

Esto implica también un cambio en mi espacio para el estudio. Antes del ASPO, un lugar de estudio para mí era la biblioteca de la facultad, teniendo en cuenta que soy de Corrientes, no puedo ir y volver a mi casa por una cuestión de tiempo. El fin de semana, me encontraba con amigos, con otros familiares y con mi pareja. Realizaba actividad física, una de ellas es ir a jugar al fútbol un día por semana. Hay momentos en los cuales extraño ir a jugar, pero trato de no pensar tanto en eso.

Ahora mi rutina se basa en levantarme, desayunar, organizar tareas, ir al supermercado, algunas veces cocinar, luego almorzar, dormir algunas siestas o reemplazarlas realizando actividades para la facultad etc. Esto se me hizo bastante repetitivo, desde el día uno de cuarentena estoy realizando esta rutina. Además, en estas instancias debo buscar las comodidades en mi casa para realizar mis actividades, tareas y las clases virtuales, teniendo en cuenta los horarios para dedicarles a cada materia de las que estoy cursando.

En un sentido más personal, para despejarme de la cuarentena y algunas veces de la facultad, suelo mirar algún documental, escuchar música, series o el uso de redes sociales, mediante estas actividades el aislamiento me es más llevadero. Me fui adaptando al cambio de rutina, es algo que me costó diariamente, aunque ya no tanto, a pesar de algunas dificultades que se me presentaron a lo largo del ASPO. Al principio me costaba aceptar el no poder estar con mis amigos, realizar alguna actividad física, o el poder ver a otros familiares, al principio me costaba aceptar. Pero me di cuenta, que el aislamiento es una herramienta necesaria para poder vencer al virus.

Dificultades de conectividad

Como no cuento con red de WiFi, y teniendo en cuenta las clases virtuales, me encontré en la situación de no poder descargar materiales, ingresar a las plataformas digitales, etc. Las primeras semanas tuve dificultades de conectividad para poder ingresar a las aplicaciones donde se dictaban las clases virtuales de las materias que estoy cursando. Fui buscando otras alternativas. Unas de ellas fue comunicarme con mi pareja, ella también es estudiante universitaria, me iba ayudando al principio para poder ingresar al aula virtual o yo iba realizando trabajos y ella me hacía el favor de enviarlos, ya que cuenta con las condiciones o herramientas necesarias, ya sea WiFi, computadora, etc. Antes del ASPO, esta situación se me hacía más fácil, ir a su casa y realizarlo yo mismo. Pero con el aislamiento y el hecho que no vivimos tan cerca se me dificultaba aún más el poder ir.

74

Por otro lado, me comuniqué con la empresa de mi línea del celular, pude arreglar los inconvenientes que tenía, y durante la semana del 4 de mayo pude lograr una conectividad eficiente, pudiendo estar al día con las materias e ir a buen ritmo con las cátedras. Me genera un cierto alivio que profesores se han preocupado ante mi situación, y aún más el alivio de poder resolverlo antes de quedarme por el camino con las materias. Como sabemos la virtualidad y la tecnología en general, juegan un rol fundamental e importante en esta educación a distancia. Anteriormente, como lo había dicho, no contaba con una conectividad suficiente para poder conectarme a una clase virtual, lo cual estar en esa situación es muy frustrante, y por un momento, se me presentaron desesperación y la angustia.

Sensaciones

Las sensaciones de incertidumbre, desesperación, angustia, pero también las de felicidad y alivios, ocupan un papel importante en este recorrido de ASPO, desde el principio de cuarentena. Como estudiante estas sensaciones se me hacen presentes, de una manera especial al momento de poder adaptar ciertas cuestiones, como la virtualidad.

En la segunda semana de mayo tuve el fallecimiento de mi abuela, la mamá de mi madre, en mi casa no la pasamos muy bien en esa semana, por lo que la angustia se hizo presente. Al pasar los días, traté de despejarme, siguiendo con mis deberes, como estudiante, realizar mis actividades, tareas y también dedicarle tiempo a mi madre que no se encuentra muy bien en estas últimas semanas.

En las últimas semanas de mayo la incertidumbre creció respecto a que, en la provincia de Corrientes avanzamos y se han liberado varias actividades, a comparación de la provincia del Chaco, en donde la situación es más complicada. Me resulta difícil pensar en una vuelta a clases presenciales este año en Resistencia, y quizás el que sigue, lo cual me parece desesperante porque, al igual que los demás estudiantes queremos volver a cursar de manera presencial.

En conclusión, considerando a la pandemia como un factor de cambio que nos obliga a aislarnos, es importante pensar en el ASPO y lo que eso conlleva, como un nuevo hábito momentáneamente, es decir, se produjo una ruptura en aquello que era una rutina o vida cotidiana que teníamos y ya no existe por el momento. Por lo tanto, tendríamos que adecuarnos a estos nuevos e inesperados cambios, que son indispensables, aunque si no conseguimos adaptarnos totalmente, tampoco está mal. Además, considero que estos nuevos cambios, en parte ya no son “nuevos” en sí, porque ya forman parte de mi vida cotidiana.

REGISTRO DE MI VIDA EN TIEMPOS DE PANDEMIA

MARINA. S. ESCOBAR

Vivo en Fontana, Chaco, tengo 37 años y soy ama de casa. Mi familia está compuesta por mis tres hijos, mi marido y tres perros, todos vivimos juntos en mi casa desde que comenzó la cuarentena el 10/03/20. Es difícil ser ama de casa, tener una familia y estudiar, pero no imposible, mi sueño más grande es poder algún día ser profesora.

76 Mi rutina en estos tiempos de cuarentena es levantarme a las 8:30 o 9:00hs. de la mañana, prepararme algo para desayunar, puede ser mate, café, o té, prendo mi computadora y me pongo a ver todas las actividades que tengo para hacer. Estoy cursando seis materias, así que bastante agitada con mis clases y trabajos prácticos, sumado a esto tengo que hacer la comida para la familia, limpiar la casa, hacer las compras, ordenar las ropas, ayudar a mi hija con sus tareas, o veces la ayuda el papá. También tengo que organizarme para poder tener un espacio para mis actividades en la casa, porque no es muy grande y estamos todos juntos.

Por otro lado, están mis clases virtuales y las de mis hijos, que también ocupan la computadora, ya que tenemos solo una. No es fácil hacer todo y con poca ayuda, de parte de mis hijos y marido. A veces, me tengo que enojar para que me ayuden con los quehaceres de la casa y la verdad que no me gusta estar insistiendo que me ayuden, entonces lo hago y voy haciendo lo que puedo, tampoco me quiero estresar para no ir al médico.

En estos momentos, recibo ayuda del gobierno porque no tengo trabajo. Por su parte, a mi marido le paga su jefe por semana, aunque no trabaje, él es secretario de un abogado y es su amigo también. Dentro de toda esta situación no pasamos tantas necesidades, estamos bien, por lo menos tenemos un plato de comida en la mesa todos los días. Estamos bien de salud todos los que vivimos juntos en la casa y nos llevamos bien o por lo menos tratamos de que así sea.

En esta cuarentena estoy aprendiendo a cómo usar la tecnología ya que antes no sabía. Aprendo día a día a convivir con mi familia, más unidos que antes, ya que la vida agitada llena de actividades no nos permitía estar mucho tiempo juntos. También estoy aprendiendo a tenerles más paciencia a mis hijos, porque antes no la tenía por estar pendiente más de mis actividades académicas que me llevaban mucho tiempo. Igual que ahora, pero con la diferencia de que hoy estoy

todo el día en la casa, y a veces manejo un poco mejor mis horarios. Antes, por ejemplo, tenía que salir de mi casa una hora antes para tomar dos colectivos y poder llegar a horario a la facultad, dejar todo medianamente ordenado y algo de comida en la heladera para cuando mis hijos llegaban del colegio, tuvieran algo para almorzar.

Para mí, tener que hacer todas las materias por aula virtual fue bastante frustrante, significó aprender rápido todo lo que implica la tecnología, como usar la computadora, como hacer los trabajos prácticos, como hacer un PowerPoint, como usar el Word. Cosas que no hacía habitualmente y ahora estoy aprendiendo día a día, ya que si no lo lograba, quedaba atrás de mis compañeros, quienes saben un poco más como usar la computadora y resuelven rápido algunas cuestiones de los trabajos prácticos. La verdad es que nunca estuve tanto tiempo frente a una computadora, para mí es todo nuevo lo de la tecnología y creo que también esto les pasa a muchos.

Este aislamiento modificó, sin duda la vida de todos. Mis hijos no pueden ir al colegio, mi marido no puede ir a trabajar, yo no puedo ir a la facultad, no podemos juntarnos con la familia y amigos, no puedo ir al gimnasio, no podemos llevar a la plaza a mi hija, no podemos ir al cine y no podemos salir a pasear.

A partir de esa fecha, 10 de marzo del año 2020, se marcó un antes y un después, porque nada volverá a ser igual. Emocionalmente tengo sentimientos de tristeza, por ejemplo, mi cumpleaños fue el 26 de abril, al igual que mi hermana melliza, no lo pudimos pasar juntas. Ella vive en Paso de la Patria, Corrientes, y como dije, yo en Fontana, Chaco. Ella pasó el día solita con su único hijo. Yo con mis hijos, mi marido y mis vecinos amigos. Hice un asado y una torta para festejar, aunque no pudo venir mi papá, ni mi otra hermana, con quienes siempre pasábamos juntos. También fue el cumpleaños de mi sobrino y tampoco pudimos festejar todos juntos.

Nada volverá a ser igual para la humanidad porque este virus se llevó masivamente muchas personas sin que sus familias pudieran despedirse y eso es algo que me genera tristeza. Como también la situación de tener que salir a hacer las compras y ver a las personas haciendo largas filas para comprar pan, leche, carne, verduras etc., cosa que nunca había visto y nunca imaginé ver, todos o la mayoría con barbijos, guantes, distanciamiento entre las personas. Es algo increíble, pero nos está sucediendo.

Este aislamiento obligatorio se debe a un virus, llamado coronavirus o covid-19, del que se contagiaron algunas personas en Wuhan, China, y sin saberlo contagiaron a otras personas y así el virus se fue propagando hasta lograr llegar a todo el mundo. Se trata de un virus muy contagioso y mortal para algunas

personas, todavía no hay cura, solo tratamientos, precauciones y cuidados personales, pero sobre todo el aislamiento social. Algunas medidas que se sugieren de cuidado implican lavarse bien las manos, usar barbijos, alcohol, y salir solo para comprar alimentos y productos de necesidades básicas.

Desde que la cuarentena empezó, allá por mediados de marzo sentí que mi vida cambió un cincuenta por ciento. En el sentido que no puedo ir a la facultad, no me levanto tan temprano como lo hacía antes alrededor de las 6.00hs de la mañana para llevar a mi hija a la escuela, ella entraba a las 7:30hs., luego ir a pagar algunas cuentas. No cocinaba en mi casa porque mi hija almorzaba en la escuela y mis otros hijos se cocinaban, y yo a veces almorzaba en la facultad, mi marido almorzaba en la oficina o a veces almorzábamos juntos.

El otro cincuenta por ciento sigue casi igual, porque soy mamá y ama de casa, como cuando llegaba más o menos 16:30hs. después de retirar a mi hija del colegio; o bien si tenía clases, la retiraba mi marido e iban a la casa. Luego cuando llegaba, tomaba alguna merienda o mate, conversaba un ratito con ellos (mis hijos y marido) y luego me ponía a ordenar, limpiar algunas cosas, más tarde a hacer los trabajos prácticos y leer algunos textos.

Es difícil vivir así, en esta incertidumbre, de no saber cuánto tiempo estaremos en esta situación que nos afecta a todos los seres humanos. El temor al contagio, el miedo a la muerte, la pérdida de los seres queridos, el aislamiento en soledad, el colapso de la economía familiar, la ansiedad, la preocupación. Ver los noticieros o las redes sociales es algo que me crea un poco de paranoia, porque algunos dicen una cosa y otros otra cosa y uno no sabe a quién creerle. Hay informaciones que cuentan sobre los contagiados que hay, cuantos suman cada día los muertos en todo el mundo, la tristeza de las personas de no poder despedir a sus muertos como quisieran, la tristeza de no saber si podrán seguir soportando tanta desgracia y la falta de empatía hacia las personas que la están pasando realmente mal. Algunas personas como yo, en estos momentos que estamos viviendo, nos refugiamos en la fe y la esperanza de que, si existe Dios, él nos pueda ayudar a seguir viviendo y luchando para que todo pueda ir mejorando poco a poco. Es importante saber que igual hay que cuidarse mucho y no salir de la casa, o solo para comprar alimentos, hay que tomar conciencia de lo que nos está pasando.

Esta pandemia, sin duda, cambió y está cambiando al mundo entero, produjo un impacto muy fuerte, porque no estábamos preparados para este virus mortal, que afectó la economía, la salud, la educación, etc. En cuanto a lo económico, hay personas que no pueden ir a trabajar para solventar los gastos diarios, creando así una angustia económica -personas sin trabajo, niños que no

tienen para comer, desigualdad social- e incertidumbre del no saber qué hacer, y como estar preparados para afrontar tales dificultades. En la salud se generó una crisis de insumos por la que no se da abasto y no hay para todos. Y en la educación se forjó una enseñanza virtual a la que no todos pueden acceder, porque algunos alumnos no tienen computadoras, internet o un celular por donde puedan comunicarse con los maestros o profesores para realizar las actividades escolares. Todo esto, por nombrar algunos de los cambios que ocasionó esta pandemia.

Considero que entre todos tenemos que cuidarnos y respetarnos para que podamos salir de esta situación. Viendo el lado bueno de todo esto, los animales, las plantas, la naturaleza son los únicos beneficiarios. Por ejemplo, los mares están limpios de barcos que tiran residuos, no hay fábricas tirando humos negros al aire, ni máquinas cortando árboles. Esto es bueno para la naturaleza, considerando los aspectos negativos que antes se vivían y conocían, y que tienen que ver con que nadie la cuidaba: se tiraban basuras en los mares, sin pensar en los peces y otros animales marinos; humos negros de las fábricas contaminando el aire puro; se cortaban los árboles sin pensar en los animales que vivían ahí; en fin, el maltrato del medio ambiente. Ojalá y algún día después que se termine esta cuarentena todos los seres humanos aprendamos a tener empatía con la naturaleza y la cuidemos porque también es nuestro hogar.

Mientras leía lo que escribí, me fui dando cuenta de ciertos cambios emocionales fuertes, como un nudo en la garganta, es decir, impotencia, tristeza, y haber aprendido algo de psicología, se me ocurrió pensar en el Yo del pasado, el Yo presente y cómo será mi Yo en el futuro. Me di cuenta, que estoy haciendo una introspección sobre mí misma y como soy frente a situaciones extremas que a veces uno o yo, no soy o no somos capaces de saber qué hacer hasta que nos sucede algo; también creo que el ser humano es capaz de salir adelante aún bajo mucha presión. Es así que cuando nos vemos en situaciones sin parámetros, ponemos todo nuestro esfuerzo en adaptarnos, caso contrario nos lleva por delante la situación. Creo que a partir de ahora cuando se me cruce con algún problema voy a decir: si con la pandemia lo hice porque no voy a poder ahora, forjando aún más mi carácter y dándome más fuerza a mi espíritu.

EFECTOS COLATERALES DEL ASPO

RUTH ESCOBAR

80

La, mal llamada, cuarentena, nos tomó de sorpresa. De pronto, empezamos a ver cómo ese terrible enemigo que acosaba a Asia y Europa, nos pisaba los talones. Como siempre yo, desconfiada de todo lo que venga de esos lugares, me resistí a creerlo o por lo menos a digerirlo.

Mis sentimientos de enojo, reticencia, resistencia, se acrecentaron cuando noté que el aislamiento sería impuesto por las fuerzas de seguridad. Le tenía tanto miedo a los abusos de autoridad de las fuerza armadas. En este país y en nuestros países hermanos latinoamericanos, sabemos mucho sobre eso. Siempre es bueno hacer memoria y recodar que el poder económico y político usa la FFAA para meter miedo.

Bien, el 21 de marzo, un día después de que el presidente anunciara el comienzo de la cuarentena, debo grabar y hablar sobre el ASPO en un video de Antropología, una materia que estoy cursando (a los saltos). Ese ejercicio me interpeló de muchas formas. Primero, me descubrí pensando sobre el fenómeno social al que nos estábamos enfrentando; y luego, el video de presentación (que odié hacer por cierto, ya que no me gusta verme ni escucharme, ni siquiera en un audio de WhatsApp) me obligó a reflexionar sobre mi percepción sobre el asunto.

Mi abuelo me decía: “Vivimos con el culo mirando al norte”. Tanta profundidad tiene en mí esa frase que escuché hasta los 13 años de su boca y que después siguió solamente viva en mi memoria, y cada vez la entiendo más. Reconozco su discurso en mí, muchas veces en la vida y en este momento especialmente, en el que la locura, la paranoia, la incertidumbre, sacan a flote sentimientos de la humanidad que quizás sean naturales. En definitiva, somos mamíferos luchando por la supervivencia, pero nosotros luchamos con palabras y significados.

Pensé que exagerábamos con lo de la pandemia, que no era tan así, pero todos tenemos el alma un poco domesticada. Un día comencé a tener síntomas de COVID-19 y me volví literalmente loca, porque vivo con mi mamá y en este caso, yo sería potencialmente un peligro para ella y para mis hijos. Tampoco soportaría la condena social que conlleva infectarse.

Llamé al 0800 que el gobierno preparó para que te saquen las dudas y hablé con una chica muy amable que me dijo que la fiebre del coronavirus no baja con ningún antifebril y que por lo menos debía tener dos síntomas propios de la enfermedad para poder asistirme o hacerme el test. Al parecer no era nada.

De vuelta a mi vida normal, aunque como dijo Axel Kiciloff el otro día: “la normalidad tal y como la conocíamos ya no existe”. Me puse a hacer tapabocas porque la plata no alcanza y esta situación hace que se nos dificulte económicamente todo. La situación financiera, no solo del país sino del mundo, se verá afectada con esta pandemia. La poca actividad productiva hace que todo se aletargue. El sistema político y gubernamental deberá llevar a cabo medidas de auxilio a las familias.

Yo por mi parte, soy costurera desde los 12 años, gracias a mi abuela que no me dejaba salir a jugar y me enseñó a coser, cosa que agradezco todos los días porque me encanta. Soy una admiradora de las cosas que hago. Siempre tengo la sensación de no alcanzar las expectativas de los demás en casi todo, menos en la costura. Ahí sí que no necesito que nadie me apruebe, sé que lo hago bien.

Escribo esto y me interpela la niñez, mi feliz niñez con mis abuelos. Cuando leí el texto de María Florencia Conde (2016), me hizo pensar en ellos, en cómo mi abuela escondía que hablaba y entendía el guaraní porque se “deformaba la lengua”. Descubrí hace poco que su papá era paraguayo. Jamás me contó eso, para ella era austríaco. Era descendiente pero de paraguayo, le digo yo ahora que lo sé.

Mi vida en el ASPO representa para mí, más trabajo y dificultades en la facultad (yo iba tan bien y hoy no puedo cumplir ni con lo mínimo). Es que una cosa es salir y cursar, salirse del escenario del hogar, del trabajo. Por eso quiero aprovechar este espacio para “defender el aula”. No sé si el aula tradicional, donde los profesores tenían la razón y los alumnos eran depósitos de saberes, ni el mobiliario preparado para recibir la información del dueño del saber y de la verdad que era el docente. Lo que quiero defender es el intercambio físico y conceptual que hay entre alumnos y profesores, entre pares, ese mate compartido con alguien a quien nunca vi en la vida pero considero un igual porque pertenece a una institución que nos nuclea. Ese otro que, tiene otra vida, otra realidad, otras metas, otras posibilidades pero es mi par, aunque seguramente lo doblo en edad y lo triplique en responsabilidades.

Nos faltan las miradas, los gestos, tomar notas de las frases relevantes. La virtualidad puede otorgar la posibilidad de tener el video a mano, por eso mismo

no tomamos nota. No hacemos ese ejercicio sano y no anotamos aquella frase que nos parece significativa para hacer la sinapsis correspondiente.

Es época de parciales, los profesores no saben cómo evaluarnos en esta situación. Tienen miedo, y justificado, de que sea desigualadora la situación y que no se pueda por medios cuantitativos medir el esfuerzo que cada uno hace por llegar al mínimo, por lo menos de lo exigible. Sí, esta situación me desborda, nos desborda a todos.

Ya pasé por la etapa de creer que el ASPO es una exageración, que es una mentira, una conspiración, un castigo de la naturaleza, un fenómeno natural... hoy ya no pienso en nada. Veo como cada cultura tiene su modo de responder ante la adversidad, cómo el capitalismo se puede reproducir hasta en una pandemia, donde el consumo nunca baja, solo cambia de ejes. No soy religiosa, por lo tanto no puedo ni culpar ni pedir a un todopoderoso que nos salve. Creo en que la raza humana ha sido capaz de dominar a la naturaleza de algún modo (por lo menos parcialmente, hasta que tengamos recursos naturales) por eso sé que de esta situación aprenderemos a valorar las cosas simples.

82

Escuché a Sztajnszrajber hace unos días hablando en TN (vi el video, no miro ese canal), diciendo tan acertadamente que después de este fenómeno del aislamiento, el que era choto lo seguirá siendo y el que era solidario también lo seguirá siendo, que no pensemos que esto cambiará a alguien esencialmente, que nos apartemos de esa idea porque sería romantizar demasiado esta triste situación.

Pero espero sinceramente que esto acabe pronto, no por mí, por la gente que no tiene trabajo, que no tiene medios, que no tiene capacidad ni de comprar lo básico. Odio ver a los famosos en sus ostentosas casas diciendo que te quedes en casa. ¡Si yo tuviera esa casa me quedo un año encerrada con todo gusto hermana!

Quiero volver a clases, quiero dejar de tener miedo a enfermarme y enfermar a mi madre, quiero ver a mi ahijada, a mis sobrinas, a mi gente, a mi abuelita que tiene 89 años y ya no sabe quién soy, pero yo sí sé quién es ella. Quiero poder abrazar a los demás, quiero dejar de escuchar a los periodistas hablando de muerte, de enfermedad, de pobreza. Quiero que dejen de culpar a los pobres de no cuidarse, si no fueron ellos los que esparcieron el virus por el mundo.

Lo del barrio Gran Toba es un claro acto de xenofobia, pero acá ya estamos acostumbrados a que se culpe al pobre de todos los males, los gobiernos de derecha lo hacen ideológicamente y los de izquierda lo hacen de forma velada. En mi negocio escucho hablar de los Qom como si fueran usurpadores y

descontextualizados. “In-civilizados” les dicen, porque no se adaptan a nuestras reglas sociales. Nadie piensa que los descontextualizados somos nosotros, que miramos a Europa tratando de ser un poco como ellos, de pertenecer a la cultura que nos impuso su dios, su idioma, su gobierno, etc. No quiero enojarme más, pero ahora hasta nos imponen si quedarnos en cuarentena o no.

Quiero terminar contando que ahora me obligo a escribir todos los días lo que hago, no para compartirlo porque eso me cuesta todavía, pero este ejercicio me hizo dar cuenta que existe en mí, alguien de quien dentro de unos días puedo aprender mucho. Leerme me gusta, me enseña, me cuestiona, me interroga y agradezco a la cátedra por eso.

REENCUENTRO CONMIGO MISMA EN MEDIO DEL ASPO

LARA FERNÁNDEZ

No vivan ya según los criterios del tiempo presente; al contrario, cambien su manera de pensar para que así cambie su manera de vivir y lleguen a conocer la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que le es grato, lo que es perfecto.

Romanos 12: 2

Viví la cuarentena en domicilios diferentes, en un primer momento las primeras 7 semanas del ASPO estaba conviviendo con mi abuela en su domicilio, luego regrese a mi casa. Ambos domicilios se encuentran en Resistencia, Chaco.

84

Las primeras dos semanas de convivencia en ASPO fueron muy tediosas, no me sentía cómoda con lo que estaba ocurriendo y me estaba costando mucho adaptarme. No lograba asimilar el encierro, nunca antes viví una situación parecida. Las medidas que tomó el gobierno nacional significaron algo muy nuevo para mí. Mis sentimientos encontraron una redefinición distinta a lo que actualmente me conforma como persona, me sentía muy angustiada, desconcertada, sentimientos ambivalentes. Entre ellos predominaban los miedos, miedo a cómo continuaría cada etapa, cómo nos íbamos a organizar como sociedad, y -particularmente- si ese virus podía llegar a nosotros, a mi familia y a mis conocidos.

El temor se apoderaba de mí durante las horas de la tarde, generalmente cuando me ponía a pensar en lo que hacía antes que acontezca la pandemia. Mi rutina, mis amigos, mis salidas recreativas e ir a la facultad. También sentimientos encontrados por parte de los que nos mostraban los medios de comunicación, las redes sociales y unas que otras conversaciones que se escuchaban en las filas de los supermercados o kioscos cuando salía hacer las compras.

El miedo fue el sentimiento que más me caracterizó durante la cuarentena, tanto por lo que detallé al principio como por mi vida académica. Me pasaba horas pensando cómo íbamos a sobrellevar las horas en las cátedras y la elaboración de los trabajos prácticos. Esas horas y horas de pensarme, me generaban mucha más angustia porque me considero una persona muy

organizada con lo que refiere a lo académico y la formación a través de la virtualidad al 100%, no era de mi agrado.

Actualmente, después de 9 semanas, puedo decir que me encuentro más adaptada y acostumbrada, tanto las medidas tomadas desde el Estado como con lo que nos ofrecen en la facultad como herramientas virtuales y recursos pedagógicos. A pesar de que tuve muchísimos problemas para poder llevar a cabo mis actividades por la conectividad, porque fueron muchas las veces que no contaba con una computadora, y otras veces no lograba comprender ciertas actividades que proponían en las diferentes cátedras. La situación que pasaba en esos días me alteraba y me enojaba muchísimo, pero logré solucionar las cosas a tiempo. Llegando casi al final del cuatrimestre me siento satisfecha porque pude cumplir con todo lo que nos demandaban los equipos de cátedra.

En cuanto a lo académico, además de cumplir con las actividades propuestas, pude adaptarme a la virtualidad y a mis equipos de trabajo. En cada materia logré crear vínculos diferentes con los profesores como con mis compañeros, quiénes fueron de gran ayuda para que hoy pueda decir “aprobé mis parciales y los trabajos prácticos”. Pero no voy a soslayar las crisis emocionales que tuve que pasar las primeras tres semanas, crisis que repercutían en mi trato personal con las personas que me rodeaban, con una compañera de grupo y hasta incluso tuve un cruce de palabras con una profesora. Todo fue de gran aprendizaje, todo lo que ocurrió fue de gran ayuda. Siento que todo lo vivido me ayudó a crecer como persona y como futura profesional en Ciencias de la Educación.

Con el correr de los días pude identificar cómo la tranquilidad se comienza a familiarizar conmigo y mi ritmo de vida. Tranquilidad al ver que estoy avanzando con los trabajos, que interpreto lo que solicitan los profesores y también frente a las flexibilizaciones que se fueron sucediendo en cada fase del ASPO. De forma positiva pude llegar a controlar todo lo que sucedía dentro y fuera de mí, pero no lo logré sola, fue de forma conjunta que fui construyendo y revisando mi carácter y mis sentimientos en la cuarentena.

El tiempo fue otra de las categorías que identifiqué en mi análisis. Durante los 58 días que llevamos de aislamiento, la experiencia del tiempo tomó diferentes formas. En las primeras tres semanas no tenía noción del tiempo, la perdí totalmente, no sabía si era lunes, martes o miércoles. El único día que podía diferenciar era el domingo, día en el que el presidente de la nación daba conferencias de prensa; y ahí ya comenzaba nuevamente la semana. Sólo por ese motivo pude notarlo. Al transcurrir la cuarta y quinta semana pude ir recuperando de a poco la rutina que tenía o, mejor dicho, fui formando una nueva rutina con el pasar de los días.

Actualmente, la noción de tiempo ya la tengo asimilada, recuperé totalmente la semana conformada por sus 7 días, cosa que pude encuadrar dentro de una rutina que me mantiene orientada. Levantarme a la mañana, desayunar, una vez que termino, hago las cosas de la casa, luego las compras, almuerzo, duermo la siesta y hago ejercicios por la tarde. Una vez que me levanto de la siesta hago mis actividades de la facultad, luego de la cena miro mi programa de televisión y así de lunes a viernes fui creando una nueva rutina de manera ordenada.

Antes me organizaba de otra manera, mis días arrancaban muy temprano y terminaban tarde, una rutina muy acelerada que me dejaba cansada. Ahora me siento mejor conforme a estos horarios nuevos que implemente junto a las actividades.

El reencuentro con el afuera fue un baldazo de agua fría, por el cambio que se podía visualizar y las vivencias principalmente de los primeros días en todas las áreas de la vida cotidiana. Eran evidentes las nuevas medidas tomadas por parte del sistema de salud y seguridad, eso causaba en mí cierto extrañamiento. El hecho de usar barbijo cada vez que salía, ir por las calles y no ver el mismo movimiento de personas y vehículos, ponerme alcohol cada vez que salía y entraba a un lugar. Todo era nuevo no sólo para mí, también para toda mi familia.

En cuanto las medidas de prevención tomadas por los comercios dejaron de ser algo extraño luego de algunas semanas. La adaptación de parte de los comerciantes y de la sociedad se hizo tangible en muchos aspectos, por ejemplo, en las horas de apertura y cierre, cantidad de personas dentro de cada negocio, el distanciamiento entre personas, el uso necesario de barbijo, así entre otras. Luego de las flexibilizaciones que dio el presidente de la nación, la vida social está encontrando una nueva forma de marchar con días y horarios de salida acorde a los números de patentes, salir a hacer trámites con los permisos emitidos por la comisaría más cercana de cada domicilio y, en el caso de no contar con ello, ser demorado/a.

Encontrarme con mi YO interior fue de ayuda para poder reconstruirme y analizar varios aspectos de mi vida, con lo que me conforma como persona. Con esto hago alusión a lo que dije al principio del escrito. Algo que fue de gran ayuda en lo personal, que contribuyó muchísimo a que pueda encontrarme y redefinirme como persona, fue la fe y la relación con Dios.

En los días de aislamiento, tuve acercamientos profundos a las escrituras cristianas y en unos de los pasajes me encuentro con un versículo que fue clave para vivir mis días de otra manera y dar significados positivos a lo que me tocaba vivir. Me ayudó a poder enfrentarme a los acontecimientos sociales como

cotidianos, contribuyó a que cambie mi perspectiva y mi forma de llevar las cosas en mi vida cotidiana poder ver de una manera más positiva lo que nos sucede cotidianamente. Hoy puedo decir que cambié como persona y maduré en aspectos de mi personalidad y mi forma de tratar a los demás. Me atrevo a decir que necesitaba que mi vida se detuviera para poder encuadrar cosas que estaban fuera de lugar y desorganizadas. Como, por ejemplo, manejar mis tiempos, ordenar mis hábitos, y dar prioridad a los asuntos de mis sentimientos y mi forma de vivir el día a día.

CRÓNICAS DE UNA ESTUDIANTE UNIVERSITARIA QUE REESTRUCTURÓ SU VIDA

MARÍA EUGENIA GABARDÓS BITTLER

88

Reestructurar, una palabra que engloba tantos aspectos de lo que implica la pandemia en nuestras vidas. Modificar la manera usual de estudiar, leer, vestirse (usando tapaboca), comprar, relacionarse, interactuar, hasta de cómo saludarse con los demás. El aislamiento, el distanciamiento social sin dudas impusieron cambios; así como sacaron a flote cuestiones existentes, como las condiciones paupérrimas de un sistema de salud abandonado, circunstancias tantas veces dejadas de lado. Así como ocurrió a nivel macro-social, lo siento a nivel micro-personal. Cambié de hogar de un día para el otro, sin imaginar que a fines de mayo seguiría en mi casa materna; cambié de hábitos de estudio, con la computadora como mi fiel aliada y los “pdf” de mochila; cambié de espacios, mi habitación se convirtió en sala de lectura-descanso-juego-encuentro, entre otras tantas re-organizaciones. Todo esto hizo surgir en mis intensos sentimientos, muy pocos nuevos, trajo cuestiones del pasado y del futuro que me hacen vivir en una inestable temporalidad, entre la lejana nostalgia y la expectante ansiedad, más que en el trágico presente. Desarrollé toda clase de mecanismos para escapar de la realidad, desde dejarme estar con la vida, durmiendo o mirando series, hasta estar todo el día ocupada en algo, sin pensar en nada, sin ningún tipo de autorreflexión.

Paro, me leo, me miro, trato de entenderme. Detecto que durante el ASPO se repiten los hábitos de siempre, es decir, almorzar a determinado horario, dormir siesta, despertarse relativamente temprano, ir a acercarle cosas y visitar a mi tía (ahora menos frecuentemente y con los cuidados correspondientes), estar con mamá, con la familia más cercana. Se mantiene el extrañar pasar tiempo con nuestros familiares y amigos, ir a la facu, vivir en el “departamento de estudiante”. Se añora el contacto físico, los abrazos, la normalidad de nuestras relaciones argentas. Se mantienen las dificultades virtuales en los procesos de enseñanza aprendizaje, se mantiene la pandemia y sus daños colaterales. Sin embargo, todo este padecer se va haciendo, poco a poco, costumbre. Vamos aprendiendo e interiorizando nuevas formas, nuevos hábitos y hasta cuestionando las estructuras “normales”. ¿Cuán intensa tiene que ser una conjetura socio-histórica-sanitaria-política como para hacernos reflexionar a

muchos sobre nuestras formas culturales? Formas de relacionarnos, pensarnos, educar, amar, vivir.

En cuanto a los cambios que fui sintiendo y escribiendo durante el aislamiento social preventivo y obligatorio, -que hasta el día de la fecha lleva ya un tiempo considerable, dos meses y cinco días-, me parece interesante pensar en “*la cuarentena: el duelo por perder la libertad*”. Entendiendo al *duelo* como aquel proceso interno que es estimulado por la pérdida de algo valioso para la persona. En este caso la *libertad*, como aquella cualidad humana ligada a la emancipación del ser, siendo éste independiente de todo lo que está fuera de sí. Y me divierte decir que si de algo sé, es de duelos, aunque bastante a tragicomedia suene decirlo (escribirlo).

Fui detectando que en un principio estaba bien, en la etapa de la negación, sabía que la pandemia existía, la sentía lejos y estaba súper motivada haciendo ejercicio, con la facultad, con la vida que pronto volvería a ser de libre circulación. Luego, aconteció la etapa previa a la más triste, la de desorientación, entre negación y comienzo de despegue (o caída en picada) hacia la realidad. No sabía que día era, que pasaba en la facultad, en mi casa, en mi vida; a su vez me sentía melancólica por recuerdos que venían a mi mente de familiares perdidos hace poco tiempo (y en ocasiones siguen haciéndose presentes), abrumada por mis propios fantasmas es que transitaba esos días. Poco a poco fui entrando en la etapa caracterizada por el enojo de estar anclada al devenir de la situación, y la tristeza por lo que estaba y está pasando. Eso que no me deja seguir con mi vida normal, ni a nadie, “eso” que mata a un montón de gente, que muchos realmente la están pasando mal, entre el mal humor y el llanto recorrí este período. Poco a poco me fui acercando a la etapa de la aceptación, de las cosas como son, de que hay que seguir ejercitándose, capacitándose, amando intensamente, demostrando, porque la vida realmente no está detenida, solo estamos quedándonos a hacer la vida desde casa. Volví a hacer yoga, a no perderme las clases de la facultad, a leer un poco más, a tener más paciencia y tratar con más cariño a mamá. Resulta que cuando uno está sumido en profunda tristeza deja pasar hasta los detalles más pequeños. De la manera que sea, volví a sentir gratitud por la vida que me toca vivir. Es así como estoy viviendo este período, como si todo poco a poco estaría volviendo a acomodarse. Esto se debe a que en mi pueblo muchos rubros laborales volvieron a sus respectivas actividades, se empezaron a habilitar actividades recreativas, poco a poco todo pareciera volver a tomar forma, un nueva, sin dudas.

Aquella “nueva normalidad” que muchos se atreven a teorizar, conformada en el presente por un afuera controlado por el sistema de seguridad, un afuera

con barbijos por doquier, con gente que viene y va pero un tanto sensibilizada e intranquila por aquellas calles, donde la vida pareciera estar reactivándose. Cabe aclarar que hablo desde mi pueblo Montecarlo, Misiones, teniendo en cuenta que este proceso se está viviendo de manera muy distinta en cada parte de nuestro país.

Al día de hoy estoy convencida de que logré reencontrarme, en parte, leyendo. Me identifico nuevamente con mis altibajos, con mis dudas y certezas de siempre, con mis alegrías y espantos espontáneos. Cada día que pasa tengo más confianza en que las circunstancias de vida, para mí y mis cercanos, mejoran, poco a poco. Siento a mi familia más cerca, cuidando, acompañando, estando presentes. Sin embargo, me aflige leer noticias acerca del Chaco, provincia que nunca pensé extrañar, pero con el tiempo una le va tomando cariño a las costumbres que la rodean. Me angustia pensar en el “Perrando” -hospital local de la ciudad de Resistencia-, sus condiciones sanitarias y la gente que lo necesita y padece. En todos aquellos a los que la pandemia no les está permitiendo trabajar, con todo lo que esto implica para las y los que día a día la pelean por un plato de comida para sus familias. Pienso también en el abandono que puede haber de aquellos sectores asistencialistas por el miedo al contagio.

Ya en un plano más personal, me angustia un poco pensar en el tiempo que falta para volver a los pagos *resistencianos* y a la vida de estudiante universitaria, con sus hermosa -falsa- independencia de vivir sola en este lugar, las experiencias y aprendizajes, los nuevos -y ya no tanto- amigos y compañeros de estudio, de vida. A su vez, me genera sentimientos encontrados el hecho de pensar, simplemente, volver a vivir sola, a salir a las calles día a día, ¡qué miedo y ansiedad por volver a mi vida de antes! ¿Cómo será ésta después de que todo pase?... flotando en mi inestable temporalidad.

Para cerrar esta reflexión, cito a una hermosa persona que admiro y aprecio, quién hace unas semanas me dijo “uno siempre está con quien tiene que estar y donde tiene que estar, yo lo pienso así”.

NINGÚN LUGAR A DONDE IR... UN TIEMPO QUE VENCER

FÁTIMA GARCÍA

91

Tengo 23 años y estoy cursado materias de tercer año del profesorado en Ciencias de la Educación. Nací en un pueblo del Chaco llamado Taco Pozo y me mudé a Barranqueras hace aproximadamente 5 años. A pesar de que tengo un cariño muy profundo por mi pueblito, me encanta la vida en la ciudad.

Me encontraba en mi casa, viviendo con mis padres y mis dos hermanos cuando el presidente anunció la medida del Aislamiento, Social, Preventivo y Obligatorio. Ese día había mucho de qué hablar, se miraban las noticias y durante la primera semana no había mucho para hacer, lo recuerdo bien porque esa semana debía empezar las clases de la universidad y no fue así. Debo reconocer que, al principio, subestimé al virus que nos irrumpe. Creí que el virus y la medida del aislamiento solo serían cuestión de días, pero no. Todo se complicó y ya llevamos 60 días de cuarentena.

Los días pasaban lento. Empecé a aprender a cuidarme más y ser mucho más higiénica que de costumbre, la casa se limpiaba más seguido y el temor de la enfermedad seguía latente, por la suma de infectados en el país. Trataba de pasar el tiempo leyendo libros, mirando series y conectándome a las redes sociales. Dormía mucho y mis sentimientos no cambiaron demasiado, siempre estuve tranquila y no sentía incomodidad alguna con la cuarentena, me gustaba mucho esto de no ir a la universidad.

La siguiente semana fue más dificultosa, debía ayudar a mi hermanito con sus tareas (las cuales eran demasiadas) y ya tenía mis propias actividades de la facultad. Estaba un poco confundida con algunas materias ya que solo había consignas para responder sin entender el propósito de ellas, las realice igual. Trataba de acomodarme con las plataformas virtuales, con los programas de las materias y hasta debía anotar los nombres de las profesoras de cada asignatura para poder comprender los correos, porque llegaban de a montones. Pasaba muchas horas sentada en el escritorio, con lecturas, actividades; y eso, la verdad, ya me estaba estresando. La casa se volvió una locura, mis papás discutían por cualquier ridiculez y no sé si era mi percepción pero mi hermanito menor tenía más energía que nunca (pero lo entendía, no podía salir a jugar). La cuarentena empezó a notarse mucho más, todos estábamos alterados y cada vez que había que salir a hacer compras discutíamos sobre quién iría. Teníamos ganas de salir aunque sea un rato, “hacer las compras se había vuelto un paseo muy esperado”.

El día que salí a realizar las compras me encontré con un “mundo extraño”, me detuve por un segundo a mirar a mí alrededor y pensé: “hasta donde llegamos, ahora nos encontramos saliendo a comprar con mucha prisa y todos con barbijos, mirándonos de manera extraña”. Cuando volví a casa, sentí mucha nostalgia de lo que estaba sucediendo, de alguna manera en ese momento sentí que estaba logrando entender la seriedad con la que deberíamos manejarnos en la pandemia.

Como si el virus, la cuarentena y la facultad no fueran suficientes, la cuarta semana se complicó mucho más. Miramos por el noticiero que confirmaron varios infectados en el centro de hemodiálisis donde concurre mi papá por su enfermedad crónica. Creo que ahí, logré entender del todo la gravedad de todo lo que estaba pasando. Todos nos asustamos y por ello decidimos no mirar más noticiero. Yo por mi lado, miraba ciertas noticias en las redes pero no comentaba nada en casa, porque el aire que se respiraba ya era demasiado melancólico.

Durante esta semana recibimos muchos llamados, no importaba la razón pero estábamos contentos de hablar con nuestros familiares de mi pueblo natal. Los días transcurrieron rápido, y estuve muy enfocada en los trabajos prácticos de la facultad, sentía que las cosas iban mejorando, al menos en casa. También empecé a realizar actividad física con mi hermano por las tardes, lo cual me mantenía entretenida y me hacía sentir mejor, con más energía.

Las actividades facultativas y “extra-facultativas” no varían demasiado en esta quinta semana de cuarentena, había trabajos prácticos para entregar los cuales no fueron difíciles de hacer. Lo complicado fue lograr coincidir con los compañeros en ciertas situaciones, aunque ya habíamos trabajado juntos antes. Comprendí que no solo yo me sentía afectada por el encierro y debía tener empatía con ellos, aunque no comentaran lo que les estaba pasando. La música se había vuelto una buena compañía para mis horas de descanso y con mi familia nos dedicamos a jugar a las cartas, nos divertíamos mucho.

La cocina también fue una actividad entretenida para pasar el encierro, con mamá aprendimos a preparar muchas recetas nuevas. Las compartíamos con nuestro vecino y amigo de la familia que por circunstancia del Covid-19 pasaba muchas horas del día trabajando, él es policía. Fue nuestra manera de agradecerle por su cooperación en este difícil momento, aunque ese es su trabajo me imagino que también debe estar asustado cada vez que sale de su casa. Pienso que si hay algo que vino a enseñarnos esta pandemia es a pensar en colectivo y no solo como individuos.

Las cosas fueron mejorando en cierto sentido, de alguna manera fui adaptándome a la cuarentena, y sobre todo logré darme cuenta de lo afortunada

que soy al tener a mi familia conmigo. Cosa que, mucha gente no puede disfrutar por el estado de alarma.

A las clases virtuales, logré agarrarle el ritmo, y ya no pienso todo el tiempo en querer volver a la “normalidad” (no como lo hacía al principio). Ya no me siento de mal humor ni estresada, y aunque llevo bien la situación, deseo que todo acabe lo antes posible para celebrar la vida con todos mis seres queridos. **Tengo esperanzas que falta poco para volver a salir con toda libertad.**

MÁS ALLÁ DE LO EVIDENTE

YUYU

Tengo 20 años y nací en la localidad de General Pinedo. Soy una persona que le encanta estar en familia, amigos y sobre todo con los animales. Disfruto mucho de la paz que me genera el campo, también me considero una persona apasionada por los retos, bastante sociable. Por último, quiero agregar que me dedico mucho a cuidar el medio ambiente con diferentes proyectos ya que considero que es lo más importante que tenemos como sociedad y porque la naturaleza nos necesita más que nunca.

Desde que comencé a registrar mí día a día en esta cuarentena pude notar que mi vida fue tomando diferentes rumbos, fui atravesando nuevos cambios que de alguna manera fueron dejando marcas en mí.

94

Comenzaré señalando los cambios que se produjeron en cuanto al lugar de realización del ASPO pues cuando yo comencé a realizarlo estaba en la Zona Rural cuyo nombre es El Palmar, que se encuentra a 55 kilómetros por camino de tierra de la localidad a la que pertenece, en este caso (General Pinedo) La distancia entre la zona rural y el pueblo contribuye a que la señal sea escasa por ende el acceso a internet no es muy bueno, debido a esto tenía inconvenientes para ingresar al aula, para acceder a las clases y, para las video llamadas.

Fueron semanas sumamente intensas, había días en los que me sentía incomoda al recibir ayuda de mis compañerxs. Sentía que era mucho que estén pendientes de mí siendo que cada uno tenía sus responsabilidades. Eso me frustraba demasiado. Trataba de ocultar a mi familia toda la impotencia que me generaba esta situación porque no quería ser una carga más. Hasta que un día exploté, quise abandonar el cursado de forma virtual porque creía que fracasaría en el intento. ¿Pero saben qué? tuve la dicha de que siempre hubo alguien que a pesar de la lejanía estuvo ahí, apoyándome. Comprendí que la distancia puede ser dolorosa pero no un impedimento para acompañar y recibir compañía.

En esas semanas también viví nuevas experiencias porque compartí mucho con mi familia, me divertí y a su vez pude dedicarles más tiempo. Incluso padecí mucha incertidumbre frente a los diferentes problemas que se presentaban en mi entorno familiar. Como ser, los deseos de que en los días de lluvia no se produzcan inundaciones porque nos afectaría aún más, a la hora de

viajar para comprar mercadería, problemas que quizás van más allá de nuestras posibilidades.

Las semanas seguían pasando y la facultad me demandaba cada día más tiempo, los trabajos prácticos comenzaron a ser más complejos, necesitaba unirme a las clases porque no llegaba a comprender muchos contenidos adecuadamente. El hogar se convirtió en un estrés notable porque no solo yo estaba en esas condiciones, sino que mis hermanos también estaban padeciendo lo mismo, fue entonces que decidimos irnos a realizar la cuarentena en la casa que tenemos en Pinedo. Tomamos esa decisión para mejorar nuestras condiciones de acceso a internet.

Fue un cambio radical para mí esta decisión por dos razones. Primero porque fue sumamente doloroso tener que irme del campo y dejar a mi familia, animales, etc. Y segundo porque de tener aire puro del campo, con un espacio sumamente grande para recorrer, pasé a tener que estar en un encierro absoluto, reducido a una casa. Puedo decir que comencé a vivir lo que mucha gente de la vida urbana estaba viviendo, tener que mirar desde la ventana lo que está sucediendo afuera.

Tuve que acomodarme a una nueva rutina, repartirnos los quehaceres del hogar con mis hermanos a un nuevo espacio de estudio y meditación. Percibía que los días pasaban de forma acelerada quizás porque prácticamente todo el día estaba ocupada realizando actividades de la facultad. Al finalizar el día me animaba mucho realizar video llamadas con mis amigos porque podía verlos, aunque sea a través de una pantalla, escuchar cómo fue su día, lo que realmente se convirtió en una caricia al corazón en estos momentos difíciles.

Los dolores de espalda y cabeza se hicieron cada día más frecuentes debido al cansancio que cargaba del cursado virtual. Llegué al punto de llorar prácticamente todo el día para canalizar el estrés que poseía acumulado.

Hubo días en los que me divertí mucho con mis hermanos con diferentes actividades como así también, días en los que discutíamos un montón por cualquier cosa. Recuerdo patente una charla que tuve con mi hermano en la que él canalizó conmigo todo su enojo con respecto a su carrera. Ambos coincidimos en que sentíamos que con tantos trabajos prácticos aprendíamos muy poco porque no teníamos tiempo de pensar, ni mucho menos de generar nuevas experiencias de aprendizaje ya que lo hacíamos por aprobar, por inercia.

Siento que esta cuarentena me permitió volver a mirar con otros anteojos la vida, a ver más allá de lo evidente. Entre prisas y prejuicios, entre lo superficial y lo obvio, muchas veces pasan desapercibidas las realidades más hondas de las personas que nos rodean. Mirar más allá de lo evidente me permitió ver esos

pequeños gestos cotidianos se transforman en milagros que alegran el corazón, porque cuando suceden lo hacen de forma espontánea y natural.

TIEMPOS DE CUARENTENA:

LA EVOLUCIÓN DE UNA FAMILIA CORRENTINA

FRANCISCO GÓMEZ

97

La noticia de que debíamos cumplir con el ASPO la recibí una tarde en mi casa, mientras regaba las plantas de mi abuela y mientras mi madre cuidaba de mi hermanito y mi padre estaba trabajando. En un primer momento pensé: "¿y ahora qué?", demostrando mi clara incertidumbre acerca de lo que se avecinaba. Sentimiento que primó en mi cabeza durante varios días y que también coincidían con los de mis padres, que se veían mucho más preocupados que yo. Pudiendo imaginar que seguramente su trabajo (agencia de quiniela) sea parcialmente suspendido, y consecuentemente, no puedan tener una fuente de ingresos para abordar los siguientes días, semanas o meses.

Esa incertidumbre se prolongó por semanas, en las cuales percibía a los días como todos iguales y mis horarios fueron cambiando con el pasar de las semanas. Llegando a pasar uno o dos días sin dormir, pensando acerca de qué iba a pasar con mi facultad, con mi gimnasio, con mis juntadas con amigos. Llegando incluso a pensar que no iba a poder realizar esas actividades por años. Pero bueno, ese dramatismo tan característico de mamá debía ocupar algún lugarcito en mi personalidad, al pensar siempre los peores escenarios posibles, sin tener en cuenta todas las posibilidades que se podían dar de manera no tan drástica.

Las semanas transcurrían y a mi parecer el tiempo pasaba muy lento, los días se hacían interminables. Recuerdo estar esperando a que sean las 8:00 p.m. para mirar un programa en la TV con papá, y al estar casi todo el día acostado en mi cama, el tiempo parecía congelarse y la hora no llegaba nunca. De a poco comenzamos a darnos cuenta de que esta situación no se iba a prolongar por tiempo indefinido, pero de lo que estábamos seguros en mi familia era de que esa prolongación iba a ser extensa. Lo cual nos provocaba mayor angustia, porque ello significaba que mis padres iban a estar bastante tiempo sin poder trabajar. Pero darnos cuenta de ello también llevó a que comencemos, de alguna manera, a acostumbrarnos y a afrontar esta nueva forma de vida de manera más positiva, aceptando los nuevos modos que traía consigo y tratando de salir adelante a pesar de las dificultades que se presentaban. En mi caso con la universidad y en el caso de mis padres con su trabajo.

Luego de 3 semanas monótonas y casi interminables de ASPO, tomamos una decisión que cambiaría rotundamente nuestra situación de aislamiento, no solo por el cambio espacial que implicaba, sino porque conllevó también un cambio de organización y de percepción del tiempo. Esta decisión fue la de ir a pasar el resto de la cuarentena a la casa de mi abuelo, casa de la que nos habíamos mudado hacía pocos meses. Lugar en donde mi abuelo vive solo y donde todavía había muchas cosas nuestras, desde ropa hasta ciertos electrodomésticos. Esto era así porque básicamente ésta también era nuestra casa, ya que luego de habernos mudado, solíamos seguir viniendo a visitar a mi abuelo y a quedarnos por dos o tres días aquí, para hacerle compañía.

Así fue como llegamos a la casa en donde actualmente estamos cumpliendo con el aislamiento y automáticamente nos comenzamos a sentir más cómodos. Quizás la costumbre de haber vivido mucho tiempo en este hogar haya sido el factor que permitió esa comodidad, o quizás también el hecho de que la anterior casa es demasiado grande para nosotros. Nuestros horarios se comenzaron a acomodar paulatinamente; ahora, por ejemplo, nos levantábamos siempre a la misma hora. Comer, dormir siesta, estudiar, cenar y dormir de nuevo, de esa manera se estructuraron nuestros días hasta la actualidad, sin tanta desorganización como ocurría las primeras semanas en la otra casa, donde no había horarios fijos para realizar esas actividades. El hecho de estar con mi abuelo y saber que él se encontraba bien estando con nosotros, también fue otro factor que ayudó a nuestra tranquilidad. Mi mamá se mostraba más contenta de poder estar con su papá y ese bienestar se contagió a nosotros. Ahora todos cooperábamos con ella en el orden y limpieza de la casa, entre otras cosas; hecho que no ocurría en el otro hogar, en donde ella se encargaba de todas las tareas domésticas y eso llevaba a que se la veía cada vez más agotada y desganada.

Personalmente, durante esta "segunda etapa", pude adquirir un hábito de estudio que antes no había logrado. Ahora podía sentarme a estudiar a determinada hora, con el silencio necesario y en un espacio personal. Eso fue un alivio bastante grande ya que hasta ese entonces los trabajos y las clases facultativas eran un dolor de cabeza.

Así fue como las siguientes semanas fueron pasando, todavía seguía un poco esa sensación de que todos los días eran parecidos, ya que realizaba siempre las mismas actividades. Pero a la vez esas mismas actividades, sobre todo estudiar, me mantenían ocupado durante varias horas, por lo que ya no percibía que el tiempo pasara tan lento como lo hacía antes.

Por otro lado, continuaba la obvia incertidumbre de no saber hasta cuándo seguiríamos así. Pero lo importante era que ya habíamos aceptado que esta

situación iba a llevar un tiempo bastante largo. Durante ese tiempo, mis padres lograron salir adelante económicamente debido a que comenzaron a preparar y vender comida. Actividad en la que también me veía involucrado, ayudando con los pedidos e incluso cocinando. Por suerte, nos fue bastante bien y con ese dinero que se juntaba podíamos comprar mercadería y seguir subsistiendo, pero con lo justo y necesario. No nos podíamos dar el lujo de gastar mucho.

Así pudimos sobrellevar la situación entre todos, ayudándonos mutuamente, hasta que llegó un fin de semana en donde se daría lo que a mi parecer fue otro quiebre durante el periodo de ASPO. Dos hechos fueron claves para llevarme a percibirlo de esa manera.

La primera noticia que recibimos fue que finalmente mis padres podrían volver a trabajar. Fue inevitable conmoverme al ver a mamá y a papá tan contentos hasta el punto de soltar un par de lágrimas al enterarme de la noticia. Obviamente, esta noticia fue muy aliviante ya que nos mostraba que de a poco las cosas se volvían a acomodar y volvían algunas actividades: como salir a correr, poder ir a la plaza con los niños y la reanudación de ciertas actividades laborales, pero siempre con los cuidados pertinentes. Se percibía que nuestra provincia estaba en buen camino y saliendo adelante lentamente, dado que la mayoría de las personas se estaban responsabilizando, cumpliendo con el aislamiento y las medidas nuevas. Sinceramente era imposible no hacer la comparación con Chaco, provincia vecina que a diferencia de nosotros su situación cada día se veía más complicada. Hecho que también nos tenía preocupados a nivel social por tener tanta cercanía y contacto con ella.

El hecho de que mis padres volvieran a trabajar significó una nueva reestructuración temporal, ya que básicamente nuestros horarios volvieron a ser parecidos a los que estábamos acostumbrados. Mis padres trabajando por la mañana, mientras yo cuidaba a mi abuelo, el almuerzo todos juntos cuando llegaban, la siesta, luego la tarde de estudio, mientras mamá se quedaba a ordenar la casa, papá que volvía a salir al trabajo, etc. Esa rutina, la cual para nosotros era la cotidiana y “normal”, volvió casi en su totalidad, y nos ayudó a sentirnos un poco más cómodos.

La segunda noticia, o mejor dicho, el segundo hecho que me llevó a percibir un quiebre, fue que decidimos adoptar una cachorra que necesitaba un hogar y una familia que la cuidara. Esta decisión nos marcó a todos en la familia, ya que hace no mucho habíamos sufrido la pérdida de nuestra mascota y todavía seguíamos dolidos por ello. Así fue como Tota llegó con nosotros, y trajo consigo un montón de responsabilidades nuevas, ahora debíamos ocuparnos de ella y de educarla como a toda mascota. Tener una implica cuidarla y atenderla como si

fuera un bebé, aparecieron nuevas tareas como sacarla a hacer sus necesidades, darle de comer, etc.

La primera semana fue muy difícil ya que ella no tenía vacunas y al parecer el cambio de hogar hizo que sus defensas bajaran y se ponga débil. Durante esos días, todos nos sentíamos un poco tristes porque nos habíamos encariñado con ella muy rápido y parecía que no iba a lograr superar esa situación. Ello iba a significar la segunda pérdida de una mascota en un lapso de 4 meses, lo cual sería devastador. Afortunadamente de a poco, Tota se pudo recuperar, ya que la habíamos llevado diariamente al veterinario, así logró salir adelante y eso nos levantó el ánimo a todos. Ese cambio se notó en la convivencia, trayendo más momentos de alegría, risa y disfrute. El hecho de adoptar una mascota fue percibido por todos como una renovación, como algo nuevo que se presentaba dentro de tanta monotonía, en la que veíamos siempre las mismas caras y las interacciones y actividades se volvían en algún punto repetitivas. La llegada de Tota, como pude explicitar antes, traía además de mucho cariño para dar y recibir, nuevas actividades y responsabilidades distintas de las que hasta ahora debíamos realizar y cumplir.

100

Así pasaron las siguientes semanas, hasta llegar a este momento, en el que mis padres ya trabajan normalmente a pesar de que seguimos cumpliendo el aislamiento, tomando todos los recaudos como lo hicimos el primer día. Pudimos naturalizar relativamente esta nueva manera de vida, aunque no niego que todos extrañamos salir para ver a los demás familiares, juntarse con amigos, entre otras cosas.

Habíamos comenzado la situación de ASPO en un hogar tan grande que no podíamos conectar, ni encontrarnos, recibiendo una noticia negativa tras otra, y todo hacía parecer que se venía una situación de caos absoluta. Ahora esas sensaciones ya quedaron atrás, nos encontramos en un hogar más pequeño, lo que lleva a que interactuemos más seguido y donde nos sentimos más cálidos y a gusto por haber vivido mucho tiempo aquí. Cada día que pasa estamos más unidos que el anterior y nos cuidamos como nunca entre todos para que nadie se enferme. Estamos convencidos de que las medidas que se adoptan son las mejores para todos a pesar de tener que renunciar a muchas cosas. Ahora solo queda seguir aguantando, con esa manera positiva de pensar que se creó de a poco durante la convivencia, ya que sabemos que cada vez falta menos para salir todos juntos de esta situación y volver a nuestra vida normal que tanto nos gusta.

NADA CAMBIÓ, PERO NADA ES IGUAL:

RELATO DE UNA PIBA QUE VOLVIÓ A LA CASA FAMILIAR

ABRIL GONZÁLEZ

Tengo 21 años, nací en Corrientes Capital y pasé mis primeras semanas en la casa de mi abuela paterna. Después, con mis papás y hermanxs mayores, viajamos a Goya, que es donde viví toda mi vida. Mi casa está ubicada a 10 km de la ciudad de Goya en un paraje llamado San Pedro. Físicamente el espacio es grande, es un campo de 7 hectáreas, de lo que mi casa ocupa 1/2 hectárea más o menos. El patio está lleno de árboles y plantas, algunas autóctonas y otras que mi mamá fue comprando o que le regalaron.

Este año me encuentro cursando el 3er año del profesorado y la licenciatura en Ciencias de la Educación. A principios de marzo me encontraba en Resistencia, en el departamento al que me había mudado en febrero. Había estado presente en el cursillo de ambientación de la carrera desempeñándome como tutora par, además de eso esperaba ansiosa que comiencen las clases. Quería reencontrarme con mis amigxs, comenzar la cursada con nuevas materias y nuevas experiencias.

El 9 de marzo se confirmaba el primer caso de coronavirus en Resistencia. La persona que había contraído el virus había estado en la Facultad de Humanidades. Rápidamente las autoridades, tanto de la Facultad como de la UNNE, comenzaron con los protocolos de salud e higiene, se evaluaba la posibilidad de posponer el inicio de clases, comenzar de a poco mediante un cursado virtual, etc.

El domingo 15 me encontraba en mi departamento, cuando a la tardecita recibí una llamada de mis papás que me preguntaban, más bien me ofrecían, viajar para pasar la cuarentena con ellos (todavía no se había decretado el ASPO a nivel país). Al día siguiente -y con casi nada de equipaje- viajaba hacia Goya, con mucha incertidumbre y miedos sobre lo que iba a pasar, pero feliz de tener la posibilidad de atravesar esta situación con mi familia.

Vida ¿nueva? en cuarentena

Nada era nuevo al principio. Me encontraba en mi casa con mi familia, mi mamá, mi papá y mi hermana menor. Los días transcurrían normales, se

sucedían en una especie de loop repetitivo y monótono. Sentía incertidumbre por la situación del país, pero era optimista y pensaba que íbamos a volver a más tardar en mayo-junio a la facultad. Mis papás se buscaban cosas para hacer en la casa, desde regar las plantas, hasta hacer una huerta. Con mi hermana pasábamos algunas tardes inventando actividades para divertirnos juntas. Poco a poco, nos íbamos “acostumbrando” sin saberlo a esta nueva vida encerradxs.

Las semanas fueron pasando, las actividades y trabajos de la facultad comenzaron a ponerse pesados y me demandaban más tiempo que antes. Mi hermana terminaba en pocas horas sus trabajos de la escuela, por lo que comenzó a dificultarse estudiar juntas. Actividad que habíamos comenzado a hacer desde el inicio del aislamiento.

De a poco y con el transcurrir de los días “me fue cayendo la ficha”, a la facultad no iba a volver tan pronto y la situación del país daba para largo, la cantidad de casos aumentaba día a día y, por lo tanto, el ASPO seguiría extendiéndose. En mi casa ya nos comenzábamos a cansar de la cuarentena, la convivencia comenzaba a pesar y eso hizo que me invadieran montones de sentimientos en poco tiempo. Me sentía frustrada, angustiada, llena de trabajos, parecía que no me alcanzaban las horas del día para hacer todo, (mucho de esto por no organizarme mejor).

Estaba triste y apesadumbrada, y trataba de ocultarlo, además me estresaba mucho la cursada virtual. La poca por no decir nula- conexión de internet para poder estar presente en las clases virtuales me llenaba de ansiedad. Varios días no tuve ganas de nada, no me concentraba cuando leía, me dispersaba fácilmente, no prestaba atención en las clases, dejaba pasar horas que podría estar estudiando y todo eso me generaba aún más estrés y ansiedad. Todos estos sentimientos guardados lograron salir, y de la peor manera, al discutir con mi hermana. Nos dijimos muchas verdades que, si bien, fueron hirientes, nos desahogamos un montón.

Todo esto me dio muchas ganas de irme, de que la cuarentena termine para volver a mi departamento. Tenía muchas ganas de volver a la normalidad y que todo se acabe de una buena vez. Quería volver a mi vida en Resistencia. Después de casi dos años viviendo lejos de mis padres, me había establecido un tiempo, una rutina y un día a día muy diferente al de mi casa familiar. Adaptarme de nuevo a la vida en familia fue y sigue siendo todo un proceso. Hay un tiempo para todo, las tareas del hogar se dividen y hay que hacerlas. Además de esto, me tenía que acostumbrar a estudiar y hacer mis trabajos en un ambiente que siempre significó para mí un lugar de descanso y ocio para despejar mi mente de la vida académica.

A pesar de todo, debí agradecerle a la discusión que tuve con mi hermana. No solo me ayudó a desahogarme, también me hizo dar cuenta de muchas cosas en las que debía mejorar (como hermana e hija), además de que reforzó el de por sí enorme vínculo que tenemos entre ella y yo. Gracias a todo eso, mi humor volvió a cambiar, esta vez para mejor. Avancé con la facultad, logré -al fin- organizar las horas de trabajos y lecturas, por un lado, y las horas de descanso y ocio por otro. Me sentía feliz de estar en mi casa con mi familia. Disfrutaba las pequeñas cosas, desde sentarme en el patio y escuchar a los pajaritos, hasta tomar mates con mis papás. Comencé a hablar más con mis amigos y familiares que están lejos. Empecé a usar la música para todo, lavaba los platos, me bañaba, hasta dormía con música. Armaba una lista con las canciones que más me gustaban y la dejaba sonar completa, algunas eran alegres y fiesteras, otras más tranquilas y suaves. Me ayudó a pasar los días más difíciles.

Las semanas empezaron a sucederse con más rapidez. De repente, estábamos a finales de abril y comenzando mayo. Me fui adaptando mejor a esta nueva forma de vida. Mi papá cada vez que puede me recuerda lo feliz que está de que yo esté con ellos. Empezamos a tener charlas y debates cada vez más largos, sobre educación, sobre la situación actual, sobre el futuro y también sobre los cambios que de seguro impactarán en la sociedad. Se sorprenden de lo mucho que sé gracias a la facultad, y me ayudan dándome su opinión referente a los temas y contenidos que estoy abordando ahora con las clases virtuales. En varias ocasiones acudí a ellos para que me ayuden a entender conceptos o ideas que no me quedaban del todo claras, trataban de utilizar ejemplos de cosas que yo ya conocía. En parte, gracias a todo eso, la cursada se me hizo más llevadera. Verdaderamente me encontraba más tranquila que antes. Empecé a preocuparme menos por “la calificación numérica” de las actividades y trabajos y me concentré en ver qué era lo que verdaderamente aprendía. Me ayudó muchísimo a bajar unos cuantos cambios.

No fue solo eso, lo que me ayudó a aplacar un poco mi ansiedad. Con mi mamá habíamos charlado a principios de mayo para hacer un cambio de plan para el teléfono, para tener más gigas. Con este cambio ya no tuve problemas, ni mala conexión y tampoco excusas para no participar de las clases virtuales.

Si bien todos los días extraño un poco las clases presenciales y a mis compañerxs, con el pasar de los días me fui dando cuenta del poco tiempo que me llevó acomodarme a esta nueva modalidad. De un día para otro ya tenía una rutina y un horario diferente para cada actividad, cronometraba los horarios de descanso y volvía al ruedo después. Mis papás y mi hermana tratan de

dejarme el comedor para mi sola siempre que pueden, y también hay días que se sientan al lado mío a cebarme mates en silencio, y yo les amo por ambas cosas.

Con mis amigos y compañeros de facultad nos apoyamos y ayudamos siempre que podemos. Desde mandarnos un PDF a contarnos que pasó en la clase porque no pudimos estar, o el simple hecho de escucharnos. Tratamos de enviarnos buenas vibras y mensajes de que todo va estar bien. Y todo eso me hizo pensar en que esta cuarentena reforzó mucho más los vínculos de lo que creía. Siento que el hecho de no poder encontrarnos (presencialmente) con la gente que queremos, nos lleva a buscar otros métodos para estar cerca. Con mis familiares nos empezamos a video-llamar una vez por semana, hablamos de cosas banales, de lo que vamos a comer, de cómo nos extrañamos o de los proyectos que queremos comenzar en la casa (hacer una huerta por ejemplo).

Aun creo que me va costar un poco más de tiempo acostumbrarme del todo. Creo que nadie se acostumbrará del todo. Pero ya no me da miedo, ansiedad, ni incertidumbre el saber que seguiremos así durante bastante tiempo más. Me di cuenta de que soy una privilegiada en comparación con algunxs de mis amigxs y familiares. Me encuentro en un espacio grande y verde donde puedo disfrutar del solcito y el cielo azul, no me tengo que preocupar por pagar cuentas o ver lo que voy a almorzar, ya que mis papás se ocupan de eso; pero principalmente, estamos en una ciudad que hasta la fecha no tiene ningún contagiado. Esto sobre todo, siento que hace la diferencia en cuanto al miedo y la incertidumbre por el contagio del virus y la situación pandémica.

Finalizando con este relato, me quedo con esta reflexión: si bien en mi casa todo sigue igual que antes de mi partida a Resistencia hace ya dos años, (con respecto a los muebles, el patio, la pieza donde duermo, etc.), pareciera que soy yo la que cambió. El estar lejos me ayudó a crecer, pude aprender a estar sin mi familia, aunque no había día que no les piense y extrañe, logré independizarme en algunos aspectos, como el ir al supermercado o administrar el dinero para llegar a fin de mes. Es este crecimiento interno el que hace que al volver este año, por una situación extraordinaria como lo es la pandemia, y al analizar(me) (en) este contexto, mire todo de manera diferente. Siento que es un aprendizaje fundamental para cada unx. El entender que tenemos que, y nos merecemos, abrir nuestro paso, volar persiguiendo sueños y objetivos. Porque soltar es también parte de crecer.

MIS DÍAS DENTRO DEL ASPO

DANIELA GONZÁLEZ

Tengo 22 años y estoy cursando la carrera de Profesorado en Ciencias de la Educación, vivo en un barrio de Resistencia-Chaco junto con mis padres. Durante este tiempo vivido, el aislamiento y todo lo que trajo a nuestras vidas, no puedo dejar de pensar en el cambio que se produjo para mí, y seguramente para muchas personas más. Precisamente por eso, definiría a la cuarentena como un *cambio repentino que nos invadió a todos, obligándonos a adaptarnos a lo “nuevo”*. Con lo “nuevo” me refiero al encierro, a reestablecernos dentro de esto y a buscar diversas alternativas para sobrellevar los días en estas condiciones.

Este periodo nos permitió ver o darnos cuenta de muchas cosas sobre nosotros mismos y sobre los otros. Nos permitió cuestionar nuestras acciones y pensamientos. No siempre podemos hacer la vista gorda sobre estos temas, creo que reflexionar sobre todo esto, nos hace crecer y ser más sabios, como un proceso para mejorar como personas.

Pude notar la importancia que tiene la rutina para nosotros, en un momento me sentí perdida, trataba de administrar mi vida, mis días, mis ideas para no sentir tanto estrés o ansiedad. Aunque llegué a la conclusión que es en vano, porque por más administrada/ordenada que sea siempre va a surgir algo que me cause esas emociones. Creo que el encierro hace que todo eso se profundice un poco más. Tratando de rearmar una rutina en aislamiento, que ahora se basa en la mayor parte del día hacer lecturas y actividades de la facultad dentro de mi habitación -que se volvió mi lugar de estudios-, pude notar que mis días se vuelcan fundamentalmente realizando esas tareas. Esto que siempre fue visible, y que ahora pude verlo, causó en mí el interés de hacer otras cosas diferentes como actividades físicas, hacer algo que me guste o me llame la atención. Y entonces me pregunté: ¿toda mi vida debe centrarse en mi formación como profesional? Si bien pienso que cuando termine la cuarentena “se me va a pasar y todo va a volver a la normalidad”... ¿Será así?

Como dije anteriormente, me di cuenta que me la paso estudiando, leyendo, haciendo tareas pendientes. A veces trato de mantenerme ocupada haciendo esas cosas para poder olvidarme por momentos de que no puedo salir y ver a mis seres queridos. A parte de eso, mis horarios de sueño cambiaron y van cambiando constantemente, hay días que duermo mucho, y otros que duermo

poco. Me di cuenta que esto no solo me pasa a mí, también les pasa a varias personas que conozco y que son cercanas a mí. Mi papá es uno de ellos, además de que cambió sus horas de sueño, también trata de mantenerse ocupado arreglando la casa para no pensar de más.

Al principio del ASPO, y unas semanas antes de que el coronavirus cobrara el peso que tiene ahora, casi todos los días, cuando miraba televisión escuchaba las noticias para ver como seguía el progreso del virus en nuestro país y en el mundo. Digo el peso que tiene ahora, porque cuando salieron en las noticias, las primeras informaciones sobre este virus que surgió en China, la mayoría no le daba importancia porque era un acontecimiento que sucedía muy lejos de nosotros. La gente pensaba, me incluyo entre ellas, que esto no iba a pasar en nuestro territorio, o si pasaba iba a tardar mucho tiempo en llegar hasta acá. Me impactaban demasiado las muertes y cómo afectaba todo eso a nuestro futuro. Nunca me imaginé poder vivir algo así. Me ponía a pensar cómo un ser que solo se puede ver en un microscopio podía causar todo ese daño, desplomando a naciones poderosas del primer mundo. El virus no discrimina raza, estatus social, ni género. Somos muy distintos ¿no? Pasando los días, poco a poco, dejé de ver la televisión, llegué a un punto en el que ya me cansaba de que en todos lados, se hable de lo mismo. Me harté. Me hacía mal. Ahora ya no miro televisión y cuando quiero entretenerme me pongo a ver YouTube o Netflix. Cosa que al comienzo no hacía mucho, pero ahora lo considero como otra forma de entretenimiento “más sano”.

Por otro lado, no puedo evitar extrañar la universidad, el estar ahí, el poder estudiar con mis amigos y hablar con ellos, el poder leer desde una fotocopia y no desde un celular o computadora. Fue un poco difícil, pero no imposible, adaptarme a las clases virtuales, aunque siento que ahora me hace tener más ansiedad y estrés que antes. A veces estoy ahogada por las materias y necesito como un “escape” de eso, ya que me demandan muchas horas de lectura y actividades. Además, tengo miopía alta y el estar muchas horas con la computadora me hace mal. Busco otras formas para poder leer, estudiar o intento, aunque a veces no puedo concentrarme por el ruido, estar en diferentes lugares para cambiar un poco mi entorno. A pesar de esos intentos, generalmente estudio en mi habitación para estar más cómoda y lograr comprender las lecturas o tareas.

Si bien mis padres generalmente hacen las compras, tengo que salir de vez en cuando a comprar algo, por ejemplo, para merendar. Cuando lo hacía, sentía algo extraño el usar barbijo, y ver a toda la gente también usándolos. Me sorprendía que hasta algunos tenían barbijos personalizados con diferentes colores y hasta

dibujos. Eso me hizo volver a la primera semana de cuarentena, cuando fui a hacer compras muchas personas no usaban barbijos y había muy pocas con ellos, y los mirábamos de forma extraña como algo exagerado. Y ahora es totalmente lo contrario, las personas que no lo usan cuando salen son tomados como irresponsables.

Dentro de estos días que voy narrando, sufrí un quiebre y terminé llorando mucho. Tuve problemas familiares que fueron muy duros y que son muy difíciles de entender, me ocasionaron muchas emociones como enojo, tristeza, entre otros. Me molestaba no poder estar con mis amigos/personas cercanas para poder charlar con ellos cara a cara y que me puedan alegrar un poco. Es difícil conformarse solo con mensajes de WhatsApp en momentos así. De igual manera, trataba de poder desahogarme o sentirme mejor con música, siempre me gustó cantar y me hacía bien. También acepté conformarme con hablar con mis amigos solo por mensajes, empecé a hablar más de seguido con ellos y conversar sobre cómo nos sentimos, qué cosas hacemos durante el día, cómo van las clases virtuales, etc. Entendí que aunque solo hablemos por mensajes, la amistad sigue en pie, por más que no nos veamos.

Sé que para todas las personas es difícil la situación que estamos viviendo. Por eso, quería incluir algo que siempre trato de decirme a mí misma para poder sobrellevar el encierro o cuando me siento triste, y que podría ayudar o alentar a alguien que lo necesite.

La cuarentena seguramente va seguir durante varios meses más teniendo en cuenta cómo está la situación, habrá que aguantar y seguir sacando fuerza para no darnos por vencidos. Buscando apoyo de las personas que más queremos por más que estén lejos o no, de nuestros compañeros o hasta de alguien que tal vez, no conocemos mucho pero aún así nos puede dar un “empujón” para continuar. También puede servir buscar algo que nos guste hacer y nos haga bien o sentir mejor. ¡A NO DECAER!

EL DESAFÍO DE ENCONTRARNOS AISLADOS

AGUSTINA GUELARDI

Soy Agustina, tengo 20 años y actualmente me encuentro cursando el 3er año de la Licenciatura en Ciencias de la Educación. Este tercer año lo inicié junto a una pandemia que consume al mundo, consume nuestras vidas, nuestras aspiraciones, nuestras relaciones sociales, nuestra afectividad... nos consume a nosotros, como seres sociales y emocionales.

La cuarentena me permitió tener espacios para reflexionar sobre mi presente, sobre dónde estoy, junto a quiénes y si lo que hago me hace feliz. En esta línea, consideré lo que plantea Friedrich Nietzsche en relación al “eterno retorno”, una concepción circular del tiempo en donde todos nuestros actos, comportamientos, etc., se repiten eternamente. A partir de esto, podemos analizar nuestra forma de existencia en el mundo. Partiendo de esta idea es que fui regalándome pequeños momentos de reflexión. Empecé a registrar sobre mi existencia y pude notar que estoy siendo realmente feliz. Me parece totalmente valioso ser conscientes de esto para valorar a las personas, las condiciones en las que estamos viviendo. Es un proceso totalmente liberador, ya que nos da la oportunidad de pensarnos y no transcurrir deprisa la vida, como si fuera simplemente una rutina en la cual nos dedicamos solo a un accionar vacío de sentido. En esto me base en la elección del título de este texto.

Me parece pertinente nombrar los hechos y cosas que se mantuvieron a lo largo de este proceso, como es el caso de la interacción presencial con mi abuela, dado que no podía relacionarme con nadie más de esa forma. En este tiempo nuestra relación se fue tornando más amena, ya que nos caracteriza una personalidad con aspectos similares. Si bien, desde hace 4 años convivo con ella, fue durante la cuarentena donde reconocí este hecho, dado que fui compartiendo más tiempo y actividades con ella, y por otro lado, las emociones y sentimientos fueron desenvolviéndose con más fuerza. Por esta razón, considero mi relación con mi abuela uno de los aspectos más importantes en esta situación de ASPO, por todo lo que implica. Me significa una gran responsabilidad, salir al exterior, hacer las compras, abastecernos y realizar las actividades esenciales, tomando todas las medidas de prevención para no contagiarme de Covid-19 para de esa forma no contagiarla a ella, sabiendo el gran riesgo que corre.

En cuanto a la realización de las actividades áulicas de la Universidad, siempre se mantuvieron, más allá de que los tiempos de dedicación fueron variando. Personalmente, pude notar que, si bien la educación a distancia es disfuncional por la precaria retroalimentación que existe en la virtualidad, significó un aspecto fundamental en mi rutina al ayudarme a ocupar mis tiempos vacíos. Y, ya que si no estuviera estudiando no sabría con qué más rellenar ese hueco en mi rutina que originó el ASPO. Por otra parte, me di cuenta de que mi proceso de aprendizaje no es fructífero, no siento el mismo acompañamiento en las diversas cátedras. Por momentos siento que nuestra educación actualmente se basa en producir calificaciones a través de la entrega de trabajos prácticos y nuestro docente, nuestra fuente de enseñanza pasó a ser en formato de pdf. Es muy interesante detenernos a observar y analizar estas cuestiones, como si verdaderamente estamos cumpliendo con un proceso de enseñanza-aprendizaje; o si solo nos limitamos a un sistema educativo en el cual las calificaciones determinan este proceso, dejando así al aprendizaje como un simple producto. Es relevante también detenernos a analizar los "chistes" o "memes" que a menudo consumimos en cuanto a la educación virtual, porque si bien estos nos hacen reír y entretenernos, nos están otorgando un mensaje que, la mayoría de las personas que formamos parte del sistema educativo, lo sentimos en cuanto a las complicaciones que surgen ante la ausencia y/o carencia de un feedback entre profesor-alumno.

Por otra parte, pude observar las diversas modificaciones que fue sufriendo mi rutina semana a semana, más que nada teniendo en cuenta a la temporalidad y a mis interacciones. En las primeras semanas me encontraba más motivada a realizar video-llamadas con mis amigos, a dedicar las tardes a actividades físicas y demás quehaceres del hogar, a levantarme temprano y "aprovechar el día de una forma productiva", lo cual se repitió en la totalidad de los registros como algo fundamental en mi estado anímico. Siempre sentí cierta tensión acerca de la productividad de mis días, de mi vida. Estoy en constante necesidad de sentirme "útil".

Al pasar el tiempo, mi estado anímico fue decayendo debido al abandono personal en el que me encontraba, dormía la mayor parte del día y no tenía aspiraciones por nada durante el día. Considero que la salud mental y las cuestiones emocionales fueron realmente relevantes. La intriga de no saber durante cuánto tiempo vamos a estar viviendo una pandemia y la asfixia, junto con la angustia, de no poder salir de mi casa a disfrutar del aire libre, fueron las emociones que más afloraron en mí durante estos meses. No obstante, en cuando al aislamiento social no me vi muy perjudicada, ya que acostumbro a tener una

personalidad introvertida, es decir, no siempre me nacen ganas de socializar, ya que disfruto de mi compañía y mi espacio. Fui adquiriendo cierta costumbre a estar en aislamiento y no precisar mucho de mis relaciones sociales, e incluso siento cierta extrañeza al pensar en que algún día voy a poder salir y volver a relacionarme con mis amigos.

Además de mi rutina, el espacio de mi casa también cambió, ya que pasó a ser lo más parecido a una cárcel, dado que al encierro como mandato de una autoridad lo solemos relacionar como un castigo, más allá que en esta oportunidad no tenga las mismas finalidades, sino más bien de un encierro preventivo.

Finalmente, me encuentro en una posición de resignificar mis espacios, interacciones y demás aspectos en los que influyó el ASPO, ya que estos meses fueron pequeños regalos de reflexión que fui adquiriendo. Estos meses significaron detener la vida que va deprisa y pensarme dentro de ella, reconocer mis emociones, reconocermé a mí, en mis intentos por reformular esa construcción rutinaria que le da sentido a mi vida.

RELATO Y ADAPTACIONES DE LA COTIDIANEIDAD

EN PLENA PANDEMIA

MACARENA HIPPER

111

Por extraño que parezca, en un primer momento recuerdo el principio del ASPO con entusiasmo y gracia. Me motivó muchísimo disponer de tiempo legítimo para poder hacer realmente lo que me plazca, ya que mi rutina hace años venía cada vez apagándose más. Lo que también pasó fue que se desconocía por completo la durabilidad de este periodo, entonces estaba dispuesta a pasarlo de la mejor manera posible aprovechando este recorte de responsabilidades, que pensaba en un principio que duraría solo un mes. Mi idea era ver todas las series inconclusas, explorar películas, terminar los libros que acumularon polvo en mi biblioteca, cocinar cosas ricas y tomar una cervecita diaria sin culpa. Si bien, vivo sola en un departamento muy pequeño, pensé que no extrañaría tanto a mi familia o amigos, quizás en un intento de seguir positiva ante este proceso. Mi gato Drago es mi única compañía y siempre que cuento sobre él, lo presento como el gato más bueno que me ha tocado adoptar, súper cariñoso y hasta limpio.

La realidad me cacheteó fuerte, el tiempo de sobra se volvió aburrido, la idea de ser productiva se tornó lejana, y los cambios de horarios de sueño, aparecieron jugando su mala pasada. Ya no encontraba ninguna serie que mirar, ya no tenía ganas de leer un libro, y lo único que hacía era cocinar cosas hiper calóricas que calmasen la ansiedad. Tan rápido y fuerte fue el desdén que hasta tomar mate sola, me parecía triste.

A las dos semanas de iniciado este periodo, me enfermé terriblemente y el miedo se metió muy dentro de mis ideas diarias. Pocas veces recuerdo que un dolor de garganta me tirara a la cama y me diera fiebre, ya que si bien convivo con alergia y gripe todo el año, es rarísimo que me de fiebre. La cabeza no me paraba, la idea de haber contraído el virus de COVID 19 me atormentaba, y no solo a mí, sino a todes quienes me rodean (en lejanía). Al estar sola, tenía que ir avisando a toda mi familia y amigos cómo iban los síntomas, y si sentía mejorías. Tuve que recurrir al auxilio de mi padre para que me llevase al hospital y que me inyecten algo. Los síntomas no cesaban y mi culpa por no empezar con las cosas de la facultad tampoco me dejaba en paz.

Finalmente, y luego de muchos días, me diagnosticaron faringitis y pude darle fin, gracias a la toma de antibióticos. Lo primero que hice ni bien comencé a

sentirme mejor, fue ponerme al día con las actividades de la facultad en 3 días. Acto seguido, coordinar con la persona de RRHH de mi trabajo, algunos turnos para trabajar. Al final de la semana, hasta ya había vuelto a agendar una cita virtual con mi psicóloga, cosa que también venía pateando durante todo este tiempo por pensarlo como un gasto de plata en vano.

Considero que fue menester reestablecer una rutina diaria, algo que me acomodase los horarios de sueño, que no me dejase a la deriva de ver videos raros en YouTube, sino que sintiese que mi tiempo volvía a ser provechoso. Un análisis que leí y me pareció muy interesante fue uno en donde mencionaban que algunas personas no podían liberarse de sus cadenas, esas por las cuales tanto tiempo lucharon de quitárselas. Me encontré justo allí, pidiendo mis cadenas, pidiendo mis horarios exhaustivos, reclamando mis obligaciones y responsabilidades. Ésta, sin duda, fue una de las más importantes enseñanzas que me dejó este periodo.

Para volver a trabajar había muchos protocolos nuevos que seguir, primeramente sacar un permiso nacional y otro provincial para poder circular por la ciudad de Resistencia. El uso obligatorio de barbijos que en verdad hoy en día me molesta y reniego muchísimo, y el uso de mi bicicleta como principal vehículo de traslado. Recuerdo que fue demasiado chocante tener que pasar por tres controles policiales mientras me dirigía al local céntrico de la empresa donde trabajo. Raramente sentía que yo estaba en falta, por más que tuviese todos mis permisos en regla, me sentí hasta mal porque me encontré siendo muy sumisa ante las fuerzas de seguridad, esa misma fuerza que tanto nos provoca a los sectores vulnerables en épocas anteriores. De todas maneras, esas primeras rarezas, rápidamente se convirtieron en algo casi normal o esperable. Disfruté mucho ir a trabajar, tener contacto humano y sentirme útil, jamás pensé que extrañaría tanto volver a tener contacto con mis compañeros de trabajo.

Cambiando de tema, otra cosa que noté es que me costaba mucho mantener el registro diario de lo que hacía para el trabajo de investigación, así que opté por dejar de hacerlo, para luego empezar a realizarlo solo de manera semanal. Como volví a trabajar con normalidad y también estaba al día con mis materias, me parecía muy repetitivo, y creí que podría ser más provechoso rescatar los elementos de mayor importancia. Un claro ejemplo de esto fue pasar mi cumpleaños completamente sola, fue la primera vez en mi vida que lo viví así. Al comenzar el día me había levantado un poco optimista, pero como también seguía enferma para entonces, el día se fue tornando cada vez más oscuro.

Como tengo asma, sinusitis y alergia crónica, la verdad es que estoy muy acostumbrada al estado gripal, pero estas enfermedades de base me posicionan

como paciente de riesgo ante el COVID-19. La pelea mental estaba entre dejar de ir a trabajar y seguir con la cuarentena absoluta en mi departamento sola, o tener una distracción semanal que me saque de esta rutina entre cuatro paredes y me obligue a relacionarme con personas yendo a trabajar. Estas alarmas aumentaron a medida que también lo hizo el número de contagios en Chaco. Una parte de mí intentaba hacerse la tonta, con una falsa esperanza de que a mí no me pasaría nada, si me cuidaba de la manera correcta, pero mi familia y amigos me hablaban constantemente del peligro que significa ir a trabajar. Lo que decidí finalmente, después de un mes y medio cumpliendo con mis horarios con regularidad, fue ponerme en cuidado especial y proponerle un acuerdo a la persona de RRHH en donde mis turnos se limitasen lo más posible o simplemente presentaría un certificado médico avale mi situación. Finalmente acordamos lo primero.

Verdaderamente hago un intento importante de no pasarla mal todo el tiempo, tampoco al extremo de mentirme a mí misma con una felicidad falsa, pero sí estoy enfocada en recordar el periodo de ASPO (cuando pase), como algo no tan malo individualmente. No quiero volver al pasado en un futuro y recordar solo pesar.

PROYECTO: MI PRIMER DIARIO

TE INVITO A LEERME

MARÍA MERCEDES IBARROLA

Tengo 21 años y soy de Corrientes Capital, Argentina. En el siguiente escrito espero poder expresar mi experiencia de vida en contexto del aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO) debido a la pandemia del Covid-19.

Una vida no tan solitaria

Si tuviera que definir mi estado actual diría que vivo sola en un departamento en una zona céntrica de la ciudad. Sin embargo, esta afirmación no es del todo cierta. En primer lugar, tengo una gata y una perra que siempre están conmigo, me acompañan a todos lados, cuando estudio, cuando duermo... hasta para ir al baño. Son mi compañía de todos los días, yo las cuido y ellas me cuidan para que no me sienta sola la mayor parte del día. Por otro lado, mi hermano mayor vive en el mismo edificio, en un departamento unos pisos arriba del mío. Si bien, no nos vemos todos los días, suele venir a comer y estar un tiempo en mi casa. Es con quien más tuve relación en esta cuarentena -exceptuando a mis compañeras de piso de cuatro patas-, pasamos algunos momentos de enojo, pero muchos más de risas y alegrías.

Antes vivía con mi mamá, pero hace unos meses se mudó a una casita que construyó. Ella es la persona que más extraño, ya que era con quien más estaba y compartía mi tiempo; al igual que a mi abuela, solía visitarla unas veces a la semana. Lamentablemente, por esta situación, tuve que alejarme de mi abuela porque no quiero ponerla en riesgo, al ser una persona mayor y estar dentro de la población de riesgo ante esta enfermedad. Pero, por suerte, a mi madre la suelo ver una o dos veces cada semana, me suele traer mercadería o viene a mi departamento para conectarse y trabajar de forma virtual debido a que en su casa no tienen Wi-Fi. Ella es docente y varias veces hemos hablado sobre la situación de la educación en este contexto. Además, es estudiante de abogacía en la misma universidad en la que estudio, por ende, estamos pasando por experiencias y dificultades parecidas ante esta nueva modalidad de enseñanza en el ASPO.

Educación virtual, amigarse con la tecnología

Al comienzo de la cuarentena obligatoria pensaba que iba a ser una situación pasajera, que no duraría tanto, me parecía bien la decisión para que no se propague esta enfermedad tan contagiosa y que no colapse el sistema sanitario en nuestro país. En mi imaginario pensaba que volvería a la facultad en un tiempo, que solo me tendría que cuidar en la facultad llevando alcohol en gel y no compartiendo el mate. Varias veces consideré a la cuarentena como “vacaciones con tarea” debido a que no llegué a iniciar el cursado en la facultad, justo el primer día de clases había comenzado la cuarentena. Por ende, se sentía que el receso escolar continuaba. Además, mis vacaciones ya consistían en quedarme en casa.

En cuanto a las clases virtuales, estaban caracterizadas por los problemas o dificultades de conexión más o, en mayor medida, por parte de los equipos docentes de las cátedras que decidí cursar este año. Aún pasadas las semanas, hoy en día seguimos sufriendo de los mismos inconvenientes, pero con menor frecuencia. Al principio no podía acostumbrarme a la virtualidad. No entendía el aula virtual, me angustiaba cuando se trababan las clases en vivo y no entendía lo que la profesora decía. Hacer los trabajos en grupo por videollamada me parecía en vano porque no nos podemos explicar como lo hacíamos antes. Era realizar o cumplir con las consignas sin hacer un verdadero trabajo en equipo que consistiera en hacer una comprensión profunda de los temas. Considero que tampoco quería acostumbrarme, creía que ya volvería a la facultad, a las clases presenciales y que no tendría que usar el aula virtual más que un par de veces al mes, admito también que nunca fui muy amiga con la tecnología. Pasadas las semanas, sentía que me estaba adaptando al igual que mis profesores, ellos intentaban usar diferentes formas y medios de comunicación, además de aplicaciones y plataformas para trabajar.

Esta situación no es fácil para nadie porque nadie estaba preparado para esto. El aula virtual era un complemento para las cátedras, ahora es el espacio organizador del encuentro educativo. Sin embargo, el aula suele “caerse” y por suerte hay otras formas de comunicarnos como el Facebook, WhatsApp o correo electrónico; dentro de todo, hemos podido adaptarnos y encontrar alternativas para esta situación particular.

Pero, reflexionando sobre esto, algo me queda claro es que no todos tenemos las mismas oportunidades ni recursos. Tengo compañeros del interior que no tienen señal, otros que solo usan los datos móviles del celular, a muchos se le corta la luz por diferentes motivos... lo que implica un mayor esfuerzo de su parte

y mayor frustración de seguro. Esta modalidad virtual de educación es conveniente para los privilegiados que tienen los recursos necesarios para el acceso y permanencia en la cursada sin mayores dificultades. Considero que la educación virtual no es la mejor opción para todos, pero es la única lamentablemente.

El día a día, cuesta adaptarse

Reflexionando sobre este periodo considero que lo podría dividir en dos partes. Al comienzo, no me hallaba en una rutina, me pasaba los días viendo series y películas mayormente, cocinando, limpiando de vez en cuando y estando al día con las materias de la facultad, pero sin un horario fijo. Me aburría, pasaba rápido el día al estar acostada mirando una pantalla y a veces dejaba para el otro día lecturas o actividades que debía hacer, no tenía ganas para levantarme de la cama. De igual forma, sufría de insomnio por las noches, solía dormirme muy tarde estando con el celular por horas hasta tener sueño a eso de las 3:00 o 4:00 a.m. terminando por levantarme al mediodía.

Por el contrario, en esta “nueva etapa” pude reestructurar mi tiempo, tengo una rutina armada, se me acomodó el sueño, ya no padezco de insomnio, me levanto temprano por la mañana e intentó ocupar bien mi tiempo, porque a veces siento que no me alcanzan las horas del día para hacer los deberes. Ahora es habitual que los profesores nos llenen de actividades y al mismo tiempo tengo que mantener mi casa. Al terminar con todo eso en la semana, es común que un día a la semana esté sin ganas de nada, agotada, cansada y decaída, quedándome en cama la mayor parte del día. Según mis dichos, es para “recuperar fuerzas” y para volver a la rutina.

Motivaciones y pasatiempos

Para pasar el tiempo en esta cuarentena, busqué hacer cosas nuevas y proyectos que desde hace tiempo tenía ganas de hacer: desteñí remeras viejas, probé cocinar nuevas recetas, aprender a usar Photoshop y a sacar fotos desde mi casa. También decidí acomodar mi casa y ordenarla de otra forma, para no sentirme tan encerrada en un departamento pequeño tantos días de aislamiento. Fue como una forma de redefinir y descubrir nuevos espacios. Un proyecto que me apasionó por días era arreglar mi balcón. Comencé por limpiar y tirar muchas cosas, luego lijé y pinté las rejas, lo que me tomó muchos días y varias manos de pintura. Por último, aprendí a cuidar mis plantas, reciclé y decoré macetas para adornar mi pequeño espacio de aire libre. Mi nuevo espacio favorito: el

balcón. Me gustaría resaltar que la mayoría de estas actividades las acompañaba con música. Sinceramente era para romper con tanto silencio dentro de mi casa, para alegrar el ambiente. De igual forma, me levantan el ánimo hacer las cosas bailando y cantando.

Por otro lado, empecé a hacer ejercicio en mi casa. Algo que nunca pensé que podría hacer. Es más, al comienzo de este periodo de aislamiento guardaba plata para cuando terminara y poder empezar gimnasio. Al ver que esto tenía para rato, me animé a poner videos en YouTube y empezar con clases de yoga, y luego con BodyPump. El ejercicio es algo muy bueno para el estado anímico de una persona, más en estas situaciones en que el encierro puede acarrear desánimo y sentimientos depresivos, a mi parecer. Es necesario liberar endorfinas y otras hormonas de la felicidad, para esto es útil mantenerse en movimiento, como también es bueno para la salud obviamente.

Acortar distancias

117

Aunque los días los pasé sola, también tengo presentes a mis amigos y familia a la distancia. Me suelo conectar con mis amigos y compañeros para hablar, ver películas y jugar online. Con mi familia nos llamamos y mandamos mensajes para saber del otro, me suelen acercar mercadería también. Sin embargo, saber de los demás me produce sentimientos ambivalentes. Me alegra saber que están bien y se están cuidando, pero al mismo tiempo me da nostalgia y me gustaría volver a verlos pronto.

Recordando una de las primeras actividades para la cátedra de Antropología Social y Cultural, en una consigna sobre describir este momento que nos atraviesa, había escrito que el distanciamiento o aislamiento entre las personas provoca ciertas consecuencias en las psiquis de los sujetos ya que somos seres sociales, no poder ver y socializar con nuestros seres queridos es doloroso, provoca ansiedad y tristeza. Y que, desde aquí, también toman gran fuerza las tecnologías y las redes sociales para acortar las distancias, mantenerse informado y entretenido. Esto es algo que lo sigo afirmando pasadas las semanas desde esa actividad.

Recordando mis miedos

Por último, me gustaría expresar mi condición de salud, soy una persona asmática, hace un año me lo diagnosticaron, además padezco de alegrías. Esto me ubica dentro de la población de riesgo por tener de una enfermedad respiratoria. Si bien tengo episodios 2 o 3 veces al mes por lo regular, la noticia

del virus me aterrorizó al comienzo, más que nada porque sé lo desagradable y tedioso que es tener dificultad para respirar. Se sabe que el coronavirus agrava esto, causa sensación de falta de aire, y puede provocar neumonía y otras afecciones, algo que me asustaba con tan solo pensar que me podría pasar. Me tenía preocupada la situación en Resistencia, por tantos casos confirmados en la ciudad. Solía buscar todos los días en internet noticias sobre el coronavirus.

“La escritura sana”

Por último, me gustaría expresar mi proceso de escritura y composición. Para la cátedra de Antropología Social y Cultural se nos pidió realizar registros sobre nuestra experiencia en la cuarentena. Con este propósito decidí hacer registros diarios, comenzar con mi primer diario ya que nunca se me ocurrió realizar uno. No me gustaba escribir sobre mi vida, mis sentimientos y pensamientos. Era algo nuevo para mí y me aterraba un poco.

118

Al principio, mis registros describían las actividades que realizaba. Luego, decidí volcar mis ideas, qué sentía en los momentos de tristeza y soledad, así como qué cosas me alegraban. Desde ese momento, empecé a tomarle el gusto a la escritura, sentía que me hacía bien. Era una forma de expresar por todo lo que estaba pasando en este contexto particular. Asimismo, en la cátedra se nos propuso el análisis de nuestros registros, lo cual era un nuevo desafío. Tendría que expresar mi reflexión acerca de mi experiencia para ser leído por otros.

Mi proceso de escritura fue emocionante, al recordar aquellos momentos volvía a sentir las mismas emociones. Llegué a manifestarlo con lágrimas al momento de escribirlo y esto me sorprendió. Este trabajo implicó encontrarme con mis sentimientos, algo que solía reprimir de cierta manera y como lo expresa Elsie Rockwell (1987, p.4) *“ayuda el escribir. Es muy difícil, a veces angustiante, escribir lo de uno, sobre todo en la versión para otros.”* Que otros me lean... que me vean, que sepan lo que me pasó... lo que sentí, genera angustia, pero también me ayudó a sobrellevar esta situación.

Gracias por leerme.

LA VUELTA A CASA... ¿QUÉ ME PASA?

MILAGROS IRRAZABAL

Comencé el 2020 con muchas aspiraciones, como todo año nuevo, me propuse metas, objetivos porque, en fin, como diría mi madre: *“uno tiene que tener los objetivos claros para poder alcanzarlos”*. Después de pasar todas las vacaciones en mi pueblo, Pampa del Indio, como estudiante del interior que soy, me tocaba volver a Resistencia. Volví semanas antes de que empiece el cursado para hacer cosas típicas como ordenar el departamento, comprar cosas y lo más importante, adaptarme a estar sola otra vez.

“La vida nos sorprende” se suele decir, y vaya si no es así en estas circunstancias, parecía tan lejana la llegada del COVID-19, un virus que aparentaba ser externo a nosotros, que era impredecible como toda cosa nueva que aparece. Sin embargo, llegó a mediados de marzo a Resistencia-Chaco, justamente en el lugar que yo habitaba. En ese momento, tomaba todas las precauciones e indicaciones, pero me repetía a cada momento *“no es para tanto”*, quizás para ocultar el miedo que me generaba pensarlo, hasta que decidí volver a mi pueblo porque cada día sumaban otros casos. Ese domingo se confirmaba el cuarto caso en la ciudad.

Volví a mi casa, mis padres me abrazaron y con los ojos llenos de lágrimas me dijeron *“por fin estas acá, teníamos mucho miedo”*. Fue ahí donde entendí y acepté la gravedad del asunto. Tres días después el presidente Alberto Fernández declaró cuarentena absoluta, el ASPO (asilamiento social preventivo y obligatorio). Esta emergencia sanitaria que estamos atravesando es una situación difícil que nos pone a prueba en lo humano, en lo personal, en lo físico, etc.

Mi familia “un bloque de cuatro”

Mi mamá, desde que tengo memoria, ante cualquier situación nos dice “somos un bloque de cuatro” y cuánta razón tiene. Por eso elegí este subtítulo, representa a mi familia en su máxima expresión. Mi familia está conformada por mis papás que tienen 53 años, mi papá tiene problemas respiratorios, del corazón, hipertensión arterial y diabetes, por lo que es un ciudadano de alto riesgo en

estas circunstancias; mi hermano de 27 años, quien también es un paciente de riesgo porque tiene asma; tenemos dos mascotas una gata y una perra.

En las primeras semanas compartíamos mucho tiempo y actividades juntos, jugar a las cartas empezó a volverse nuestra rutina. Pero además de ser un simple juego, era un espacio donde nos reíamos, charlábamos y se podría decir que hasta dejábamos de pensar, por lo menos por un rato, en el encierro, en los casos positivos, en la triste situación que estamos viviendo como sociedad. También durante este periodo sentíamos distintos sentimientos: incertidumbre, angustia, tristeza y, sobre todo, preocupación. Solíamos mirar constantemente la televisión y todos los canales hablaban de lo mismo “*se confirmaron X casos positivos, tenemos X muertos*”, lo que causaba aún más temor.

Con respecto a las medidas de precaución, las seguíamos al pie de la letra. Todos los días lavábamos los pisos con lavandina, si alguno salía, al llegar se hacía “el ritual de desinfección”. Sin embargo, eso después de unos días se volvió cansador, pero con el transcurrir de las semanas se volvió parte de nuestra rutina y no lo llamaría ritual sino “rutina de desinfección”. Lavarse las manos, desinfectarse con alcohol diluido, lavar con lavandina los pisos y superficies ya se volvió parte nuestra, de nuestros días, lo hacemos sin pensarlo, ni cuestionarlo. Es más, noto que con el pasar de las etapas de cuarentena ya no registró estos momentos y me preguntó: ¿Será por qué ya estoy acostumbrada a esto?, ¿se volvió un hábito? Pienso que sí, y quizás es mejor así.

La convivencia se hacía cada día más difícil, todos queríamos salir y había una mezcla de sentimientos que muchas veces se expresaban en peleas o discusiones pequeñas, pero además también en el silencio. Extrañaba mi departamento, quería volver a mi “vida normal”, necesitaba mi soledad y la tranquilidad, más en momentos donde tenía que estudiar, quería volver a mis tiempos, mis espacios. Sin embargo, a pesar de todo, siempre charlábamos con mi familia, aunque sea unos minutos al día, y buscábamos alternativas para mejorar la convivencia y pasar más tiempo juntos. En mis momentos más tristes los tres se volvieron mis mejores amigos, los abrazos de mamá eran mágicos, las palabras de papá me daban fuerzas y las risas de mi hermano eran mi salvación. Por eso, se me viene a la mente “somos un bloque de cuatro” porque a pesar de cada dificultad, de esta situación difícil siempre estamos ahí, los cuatro, no importa cómo, pero estamos... siempre buscando lo mejor para la familia.

En este último tiempo, nos acostumbramos y hasta me animo a decir que me apropié de los espacios y los tiempos. Fui asimilando y adaptándome a este gran cambio, en mi casa ya no se sentía tanta tristeza ni angustia, pero sí seguía la incertidumbre presente, y aparecía un nuevo sentimiento: la resignación.

Resignación a que no podemos cambiar la emergencia sanitaria, resignación a que vamos a seguir en cuarentena, y yo de apoco, me voy resignando a que no voy a volver a Resistencia, mi otro hogar, por un buen tiempo.

Reconstruyendo y resignificando lugares

Mi casa es amplia, tiene dos comedores, un baño, tres piezas, la cocina, un lavadero y un pequeño patio. Sin embargo, algunos de estos lugares cobraron, a mi parecer, otros significados y se fueron reconstruyendo en base a estas circunstancias, no son sólo lugares físicos, sino que además acarrearán sentimientos, emociones explícitas e implícitas. Estos lugares ya no tienen el mismo significado que los de mi infancia, ni siquiera los mismos significados de hace unos meses atrás, cuando recién comenzaba el año.

Mirar y remirar los lugares, como propone Cardoso de Oliveira (2004)¹ implica descubrir nuevos significados a partir de nuestra nueva “rutina”, tanto individual como colectiva, “escuchar” con atención lo que nos atraviesa y poder “escribir”. En las primeras semanas de aislamiento, el patio pasó a ser un lugar de entrenamiento junto a mi hermano, mi papá lo llama “el gimnasio”. El comedor ya no es solo un lugar donde comemos y nos cruzamos, sino que se volvió un lugar de recreación, donde jugamos nuestros campeonatos del UNO (juego de cartas). Además, también charlamos entre los cuatro, expresamos ideas, contamos cosas, por ejemplo, mis padres y mi hermano cuentan cosas del trabajo y yo de la facultad, entre otras cosas personales.

Un lugar de importancia para mí en estas circunstancias es mi habituación, que ya no la llamo así, sino que ahora es “mi cueva”. Allí paso la mayor parte de mi tiempo, estudio, tengo clases. Qué loco pensarlo ¿no?, ¿cómo vas a tener clases desde tu pieza? Charlo con profesores, hago trabajos prácticos con mis compañeros por video llamada. En estos días, la tecnología cobró un sentido muy importante ya que nos permite comunicarnos y avanzar. Además, también se volvió un lugar donde vuelco mis emociones, por lo general, sentimientos de frustraciones, tristezas, pánico, mis llantos que por momentos parecen interminables. Sin embargo, se volvió también un lugar donde saco fuerzas, donde digo “yo puedo”, me seco las lágrimas y sigo. Es mi lugar de angustias y fortaleza al mismo tiempo.

¹ Cardoso De Oliveira, Roberto. 2004. “El trabajo del antropólogo: mirar, escuchar y escribir” Revista AVA N°5. PPAS. UNaM.

Amistades- ¿qué significa la distancia?

Ñeri significa un hermano, una hermana, un amigo y una amiga, un lazo incorruptible por las fantasías del tiempo, la complicidad hecha carne y, sobre todo, una lágrima partida al medio para enjuagar dos ojos que se miran. Todo en simultáneo. (Juan Solá. Ñeri)

El ASPO vino para generar una ruptura, nos pone a prueba como seres humanos y como sociedad con nuestras rutinas, costumbres y por, sobre todo, con nuestra vida planeada. Estamos tan acostumbrados a ver a la otra persona, tocar, abrazar, compartir un mate, sentirla cerca, pero... ¿Qué pasa ahora? Pienso que cobró sentido, más que nunca, la tecnología, las salvadoras video llamadas que nos permiten ver y escuchar a las personas que queremos, nos facilitan ponernos al día, reír y llorar. Esto me hace pensar en la importancia de lo físico como presencia, pienso que a través de la video llamada podemos hacer estas cosas nombradas anteriormente; pero, sin embargo, eso parece no ser suficiente para mí y repito una frase de seguido “*que ganas de estar juntos*” ¿Qué significa *estar juntos* en estas circunstancias? Porque a pesar de tener lejos o de no poder estar físicamente con mis amistades las siento conmigo, siento que están ahí para brindarme su apoyo, como siempre.

En las primeras semanas, con un torbellino de emociones y como si eso no fuera suficiente, me tocó pasar el cumpleaños de mi mejor amiga “lejos” de ella. Así pensaba en ese momento. Esto me generó mucha angustia y hasta el momento creo que fue unas de las situaciones más tristes, lo pienso semanas después y todavía me invade ese mismo sentimiento. El 28 de marzo a la tardecita mi amiga me mandaba fotos de su torta y de cómo su mamá había decorado para recibir su cumpleaños. Ella me repetía “*estamos juntas amiga, yo sé que estás conmigo*” y en ese momento no entendía muy bien porque me decía eso, quizás como consuelo o quizás ella veía más allá de lo que yo podía ver. A las 00:00hs hicimos una video llamada, somos tres en mi grupo de amigas, le cantamos el feliz cumpleaños, cada una tenía algo con que brindar, nos reímos, charlamos. En un momento, una de ellas dice “*no es lo mismo, pero a fin de cuentas estamos juntas, como siempre*”. Entendí que sí, fue una experiencia nueva, pienso en como las personas que queremos nos hacen ver las cosas de otras maneras, que no todo es tan malo como parece.

Antes pensaba que la distancia nos alejaba de las personas que queríamos, que estar y sentirse lejos podía romper vínculos, que la distancia podía ganarle al afecto. Hoy creo que aprendí que los vínculos se alimentan, se los hace crecer,

con el paso del tiempo se vuelven fuertes. Por eso no se derrumban ante estas circunstancias, la tecnología se volvió nuestra aliada y qué suerte que exista.

Educación virtual en situación de pandemia

Por último, pero no menos importante, me encontré con la educación virtual, un cambio repentino que generó un gran impacto en mi vida. Pocos días antes de comenzar el cursado anuncian que las clases se van a dictar virtualmente y me pregunté: ¿qué significa esto? Al principio no me generó preocupación, quizás porque mi mente estaba en otra cosa, antes de venir a mi pueblo pensé que como “*no iba a ser para tanto*”, ¿para qué llevar todas mis cosas de la facultad? Traje cuadernillos usados y mi cartuchera. Ahora me pregunto: ¿por qué no traje todo? ¿Por qué no me tomé un tiempo para pensar la gravedad de la situación? En esa primera semana, empezaron a llegar correos de algunas cátedras y de otras no. Estaba tranquila, las tareas que indicaban no me llevaban mucho tiempo y no tenían dificultad alguna. La plataforma del Aula Virtual tenía inconvenientes, costaba entrar, no subía las cosas, etc., lo que me generaba bronca y estrés. En el transcurrir de las semanas, las profesoras fueron buscando distintas alternativas de plataformas para poder “dar clases”. Me pregunto: ¿qué es dar clases?, ¿qué es enseñar? Siempre nos enseñaron que debe existir un espacio físico -aula- donde hay una transmisión de conocimientos, por parte del profesor/profesora en interacción con los y las estudiantes. Nos enseñan desde la didáctica a trabajar en un aula con participación masiva... ¿y ahora? ¿Cómo pensaríamos esas teorías por excelencia? A mi parecer, esta pandemia traerá grandes cambios a nivel educativo -y ojalá así sea, si es para mejorar-, aunque todavía no tengo respuestas para mis preguntas, es todo muy incierto y lo incierto me desespera, me angustia.

La mayor parte de mi vida siempre me gustó tener todo controlado, y pues, así era en la facultad, con mi grupo vengo trabajando prácticamente desde primer año, por lo que ya nos conocemos de sobra. Pasábamos la mayor parte del tiempo juntos, mi departamento no era solo mío sino también de ellos, estaba acostumbrada a verlos, a estar en la facultad y decir “*a tal hora nos juntamos para hacer el trabajo*” o “*almorzamos y después estudiamos*”. Más allá de lo académico también formamos un vínculo de amistad, cuando tenía días difíciles, ellos estaban ahí para darme un abrazo aunque odiaba que me abracen, sabía que me hacía bien y que en este “tren facultativo” no estaba sola y eso era grandioso. Todo esto cambió, de pronto nos encontramos buscando plataformas

que nos permitan trabajar a todos a la vez, si es que el internet nos ayuda, nos “juntamos” por video llamada para hacer trabajos o estudiar. Vuelvo a decir, de un día para otro, la tecnología se volvió nuestra aliada, esos abrazos se transformaron en mensajes que dicen “*te abrazo a la distancia*”.

Con el transcurrir de las semanas las tareas aumentaron, los famosos pdfs se volvieron mis peores enemigos, de la “tranquilidad” pasé a la desesperación, sentía que las horas del día no me alcanzaban. De pronto, los días empezaron a transcurrir más rápido y sentía que por más que intente, nada salía bien. El no tener “clases” se volvió mi peor pesadilla, pasaba mucho tiempo en la computadora hasta que mis ojos me dolían, dejé de pasar tiempo con mi familia y de hacer cosas que me hacían bien. Sentía que debía elegir: ¿facultad o entrenar?, ¿facultad o pasar tiempo con mi familia? Percibía que se rompía otra vez la rutina de cuarentena que me hacía bien a pesar de todo. Fueron semanas difíciles, era todo tan incierto, es más, pensé en abandonar porque me invadía el sentimiento de frustración. Me preguntaba: ¿cómo salgo de este sentimiento? Expresé en un registro: “*me siento muy enojada con algunas cátedras, me parecía injusto muchas cosas y siento que no puedo más, me siento insuficiente, frustrada y me enoja sentirme así*” (Registro día 28/04). A pesar de esto, había cátedras que me hacían sentir bien, acompañada, que me daban ganas de seguir y eso sumó y sigue sumando a mi formación.

Para cerrar, pienso que los seres humanos estamos hechos para adaptarnos a las situaciones y no hay dudas de eso. Este último tiempo pude encontrarme conmigo misma, pude entenderme y supe abrazarme. Aprendí a valorar los abrazos, los besos, las voces de la gente que quiero, los “te quiero” y los “te extraño”, valorar aquellas pequeñas cosas que hacen a grandes momentos como escuchar reír a mi familia y ver jugar a mis animales. Aprendí a decir lo que siento porque hoy estamos y mañana quién sabe, entendí que todo se acomoda, como diría un escritor que admiro “*la oscuridad no es más que un instante de luz dormida.*” Ojalá podamos reflexionar acerca de lo que nos sucede más de seguido y no solo por una pandemia mundial. Pero no puedo negar ni dejar de lado que me invade un sentimiento de tristeza al escuchar las noticias, los testimonios de las personas que han perdido a sus seres queridos, la situación de pobreza del país, y ni hablar de las condiciones de los hospitales. Espero que después de esto podamos ser mejores personas con más empatía para construir una sociedad mejor.

NARRATIVAS EN TIEMPOS DE ASPO

DANIELA JUNCO

En la siguiente narrativa quiero contarles lo que me pasa durante la cuarentena, los pensamientos, las situaciones que fueron presentándose en mi alrededor a medida que pasaban los días, proponiéndoles una mirada desde la reflexión y las desigualdades sociales en situación de ASPO.

Al comienzo de la cuarentena, lo veía tan lejano que llegara el virus a nuestro país. Era un problema en otro lugar del mundo que parecía no involucrarnos, mientras tanto acá estábamos tranquilos riéndonos de los memes que iban surgiendo en las redes sociales. Pero cuando vimos que esto se iba haciendo cada vez más grande, nos empezamos a preocupar hasta que salió Alberto a anunciar el ASPO. No lo creímos en mi casa, en mi entorno familiar, también me comentaban personas conocidas, mis compañeros y amigos.

Cuando empezamos a ver los primeros contagios, el primer fallecido por coronavirus y que de alguna manera Chaco era uno de los focos principales, comenzamos a preocuparnos. Pero creíamos que no iba a durar tanto, en el barrio igual seguían saliendo, creo que todos tuvimos esa idea de “a nosotrxs no nos va a pasar”, que eso le pasa a la gente que ya tenía alguna enfermedad previa, que no iba a ser tan contagioso. Es lo que percibí a mi alrededor y esa era la sensación que me daba la situación. Se llevaron a cabo las medidas de prevención que consistían en evitar aglomeración de gente, evitar salir, solo hacerlo en caso de que sea muy necesario, cuidar nuestra higiene personal, y mantener la distancia entre las personas.

¿Cómo se cumple una cuarentena donde las desigualdades sociales siempre están presentes?

El contratiempo o problema en cuestión desde mi punto de vista era: ¿cómo hacía la gente que tiene que salir todos los días para ganarse el pan?, ¿cómo hace una familia para sobrevivir el día a día si no sale a buscarse el mango? Porque una o dos semanas con suerte aguantas, y ¿si la cuarentena se extiende por más tiempo?

Ante estas diversas realidades, me parecía que el discurso de #“Quédate en casa” era muy clase mediero, es decir, dirigido a un determinado sector de la sociedad, porque no todos podían hacerlo por más que quisieran.

Seguí en las noticias cómo se buscaron alternativas a través de políticas públicas, para mí muy buenas, ya que beneficiaban a todos los trabajadores que no contaban con un trabajo estable y que en su mayoría trabajaban de changas o en negro. Me parecía que detrás había un pensamiento de ayudar a los que más necesitan y que el gobierno de verdad tenía ese compromiso. Era una ayuda muy importante y un primer paso, para tratar de achicar esas desigualdades sociales.

También creo que tuvieron el enorme trabajo, de solucionar la problemática de la salud pública. Tuvieron que reconstruir un Ministerio de Salud devastado por un gobierno neoliberal que retrocedió todo lo que llevó años y años en construir. Considero que se pusieron todos los recursos posibles que se tenían al alcance para enfrentar la pandemia.

¿Educar me a través de la virtualidad, cumplir con las clases o aprender?

¡Qué debate! se me viene a la mente cuando hablo de las clases virtuales ya sea con mis compañeres o con mi familia. A veces creo que el Ministerio de Educación tiene que hacer algo para que no los critiquen y que no digan después que “no hacen nada”. Pero, en el medio de todo eso, me encuentro “asistiendo” o participando en las clases virtuales, porque hoy los contextos se dieron a mi favor ya que tengo acceso a internet y computadora.

Pero a veces me pregunto: ¿cómo se puede exigir a los alumnes que cumplan con las clases virtuales para no perder el año?, sabiendo que muchos de mis compañeres y amigos no tienen acceso a wifi en sus casas, ni computadoras y algunos no tienen ni celulares de última generación que les permita el acceso. Es difícil y duro pensar que, en el siglo XXI, año 2020, les alumnes no cuenten con estos recursos en sus casas, pero es una realidad que se vive todos los días. Todavía no entiendo como muchos se sorprenden al descubrir que sus alumnes, amigos y vecinos no cuentan con estos recursos que para otros es tan común y normal dando por hecho que todes tienen. Sin contar con los que directamente no comenzaron el año en sus carreras, como por ejemplo en los terciarios, y los que no se enteraron de nada respecto a lo educativo porque simplemente no tienen cómo acceder a la información.

Otra problemática que me pregunté fue: ¿cómo garantizar el aprendizaje?, ¿Cómo se hace para que les alumnes entiendan lo que se les pide y que los profesores puedan dar sus clases sin dificultades? Sumado además a que los docentes no tienen capacitaciones en las TICs, que no tienen experiencia con las nuevas tecnologías, ya sea por falta de implementación de las políticas públicas necesarias, por falta de capacitación, interés o por falta de compromiso de los

mismos docentes a implementarlos en el proceso de aprendizaje. Incluso por negación parte de algunos docentes que se resisten a los “nuevos cambios” de las nuevas generaciones y sus exigencias.

Entiendo que son dificultades y desigualdades que no surgieron ahora, que las venimos arrastrando generación tras generación pero que en un contexto actual como es éste, en medio de una pandemia mundial, se ven reflejadas todas las falencias en todos los niveles educativos.

Un relato que evidencia estas desigualdades, que la verdad cuando la escuchaba pude entender su mirada y su posicionamiento porque lo comparto y me alegra saber que hay muchas personas que se preguntan lo mismo que yo, es el de una persona que convive conmigo durante el ASPO, que es maestra de un jardín ubicado en un barrio carenciado. Ella se planteaba lo que estaba pasando de una manera preocupante y angustiante, porque pensaba en cómo deben estar pasando sus alumnos y pensaba en que ella y su familia eran privilegiados ante esta situación, porque seguían cobrando un sueldo y tienen para comer todos los días. En cambio, muchos de sus alumnos desayunaban y almorzaban en el jardín reflejando de alguna manera las carencias de esas familias que perdieron su trabajo o no tienen trabajo estable para poder sostener una familia. Y cómo podía ser que ella, como maestra, exija a sus alumnos realizar tareas con materiales específicos (por ejemplo, plastilina, cartulinas, temperas) que tienen un costo alto para esas familias. Se sentía que no estaba en una posición de exigir a sus alumnos cosas que están fuera de su alcance, entonces, como tenía que seguir dando clases, buscó la alternativa más simple que la mayoría podía tener a su alcance: hacer los trabajos con materiales reciclables.

Pero es una cuestión de conciencia, empatía y mirada comprensiva de lo que pasa a nuestro alrededor, porque entre las maestras no todas piensan en las posibilidades de sus alumnos de la misma manera, muchas ni si quieren se lo plantean. Esto mismo pasa en todos los niveles como en el secundario, terciarios y en la universidad, donde exigen realizar las tareas y continuar las clases virtuales, pero ¿qué pasa con los chicos que no tienen cómo acceder y continuar el año? Quedan fuera del sistema educativo por las condiciones sociales que atraviesan. En estas circunstancias, las medidas tomadas no solucionan la inclusión de todos, sino solo de los que tienen la posibilidad por contar con esos recursos.

Los medios de desinformación

Sentí mucha falta de coherencia y razonamiento en las opiniones de las personas, expresadas en las redes sociales, debido a la desinformación que circulaba por todos los medios de comunicación. Donde tuvieron un papel más que importante en este sentido.

Pero la verdad, no me sorprende que sean los medios de comunicación los que están marcando constantemente “la brecha”, incentivando a la opinión pública sin información concreta, sin ser al menos revisada, obviamente intervenidos por la ideología dominante occidental, de años y años de sometimiento de América Latina.

Debo aclarar que este papel que vienen desarrollando los medios de comunicación no es de ahora, pero que de algún modo la pandemia lo evidenció. A veces apago la tele y dejé de ver las redes sociales, cansada de ver lo que muchos de las personas conocidas, amigos, y familiares postean, peleando por cosas que dicen en la tele o en las fake news de las redes sociales. Poniéndonos en una postura donde sí o sí tenés que estar de un lado o del otro, donde ellos siempre son los buenos y los demás están mal, siendo totalmente extremistas y generando pánico en las personas, llevándolas a actuar muchas veces sin pensar o razonar antes. Me provoca tanto disgusto ver cómo se introducen en el pensamiento de las personas y como pierden la decisión propia. Solo repiten lo que dicen los medios, con frases trilladas, hasta salen a una marcha en contra de la pandemia los que están en contra de las marchas, llamando “piqueteros” a los que salían a las calles a reclamar por sus derechos.

No puedo creer que manipulen tanto a la gente, pero a veces es más fácil no revisar una información y compartirla, sin antes plantearse y analizar. Digamos que pensar no es cómodo, te saca de tu estado de confort. Es como filosofar, tarde o temprano terminás con una angustia existencial. Pero éstos también son los mecanismos de poder de la ideología dominante, son sus formas para que las personas no piensen, no reflexionen, no conozcan y no decidan por sí mismas. De este modo, puedo ver la influencia de los medios de comunicación sobre la opinión pública de la gente, y como a su vez ésto provoca que la gente no reflexiona, no se cuestione la situación que estamos pasando como sociedad. Donde la posibilidad de sentir empatía por el otro, es cada vez más difícil porque alimentan su individualidad y sus intereses personales.

Creo que este aislamiento me sirvió para sacar un montón de sentimientos y reflexionar estas cuestiones, aunque de por sí, siempre lo hago, pero en este contexto noto la importancia de hacerlo y me sirvió mucho escribir mis dudas,

mis incomodidades, lo que me molesta de las actitudes de la gente. No digo que por ello se va a solucionar todo porque tenemos para rato, que el ASPO me va a dar todas las respuestas. Es más, creo que a medida que pasan los días tengo más interrogantes que respuestas, pero me ayuda a expresar y evidenciar de alguna manera lo que pienso. El detenerme y escribir me ayuda a salir un poco de la rutina y del encierro, es una especie de terapia por así decirlo.

Solo puedo decir que todavía hay mucho por hacer y mejorar desde la individualidad de cada uno, desde los actos particulares que hacemos, tomando conciencia y pensando en el otro, el plantearnos que lo que hacemos puede tener consecuencias y afectar al otro.

NUEVO ESTILO DE VIDA:

QUEDARSE EN CASA PARA PROTEGERNOS

GONZALO EXEQUIEL LEDESMA

130

Para comenzar a redactar mi trabajo de análisis, voy a comentar brevemente mi situación actual en este momento de ASPO que estamos atravesando. En primer lugar, me encuentro viviendo en la Ciudad de Resistencia, Provincia de Chaco. Antes de la cuarentena me encontraba rindiendo las mesas de exámenes, cuando a los pocos días antes de comenzar las clases presenciales, el presidente declaró la cuarentena obligatoria. En un primer momento, pensé que íbamos a salir rápido de esto, fue un bajón pensar que no iba poder volver a cursar, a juntarme con mis amigos, y sigue creciendo la incertidumbre de hasta cuándo vamos a estar en cuarentena.

Los primeros días de cuarentena se vivían momentos angustiantes en mi familia. Sentía que las clases iban a ser más difíciles de manera virtual. Los primeros días costaba mucho familiarizarme con el aula virtual, con las aplicaciones como zoom para poder escuchar al profesor. Al correr de los días me fue más accesible, me acostumbré a realizar todo desde casa, me pude ir calmando y bajando la ansiedad de a poco.

Fuimos muy estrictos con los cuidados necesarios para salir a hacer las compras, o algún que otro trámite. En mi barrio noté que respetaron todos los protocolos.

Como dije anteriormente se me complicó los primeros días adaptarme al modo online. Aunque siempre usé redes sociales, elegiría siempre poder cursar presencialmente, ya que estando en el aula con los compañeros y la profesora, la clase se vuelve más interactiva. Forzadamente tenemos que estar enfrente de una computadora o un celular, realizando las tareas del aula. Aprendimos también con mi mamá a pagar las cuentas desde la web.

A pesar de todos los inconvenientes que pude llegar a tener, haciendo las actividades por este medio, me pude mantener al día, ya que por ahí el aula virtual no respondía o mi internet por ahí fallaba, o la computadora dejaba de funcionar. Se trata de problemas que cursando presencialmente por ahí no teníamos. Con la ayuda del grupo pienso que fue mucho más accesible hacer

todo, porque de esa manera nos estamos ayudando constantemente, por nuestro grupo de WhatsApp, videollamadas, etc.

Al principio no me gustaba tener tantos grupos en WhatsApp de la facultad, porque por ahí me confundía, pero ya me acostumbré a esta modalidad, y pienso que cuando volvamos a la facultad, nos vamos a sentir raros. La verdad no quiero volver más durante este año al menos. Escuchar casos nuevos cada día, me da un poco de temor volver a salir y más aún cuando se trata de ir a la facultad donde estás constantemente interactuando con personas.

Desde el primer día sentí mucha empatía con la cátedra, me gustó mucho realizar las primeras actividades de filmarnos y presentarnos cada uno, tanto los profes como nosotros mismos. Siempre están ayudándonos constantemente, a mí en particular me gusta escuchar las clases de la profe Caro, me deja tranquilo, porque vamos de a poco y vamos haciendo las actividades semana a semana.

En cuanto al grupo de estudio, aprendimos a entendernos, a respetar las dificultades que presentaba el otro, siempre haciéndonos el aguante y hablando por nuestro grupo, haciendo las actividades en drive donde ahí podíamos ir editando los cuatro en simultáneo y hablar en el chat. Se volvió un clima muy lindo de estudio, de chistes, de todo un poco. Hasta ahora vamos re bien, en los dos grupos donde estoy, en los que además soy el único varón. Con las chicas creamos un vínculo donde se ve mucho el compañerismo con el otro.

Trato de mantenerme ocupado la mayoría del tiempo. Hago tareas de la facultad, miro series y juego videojuegos en el celular con mis amigos en línea, escucho música. Mi momento más relajante, es cuando no tengo nada que hacer de la facultad y me siento a tomar mates con mi mamá. También me gusta mucho ordenar mi habitación y mi casa en general, limpiar todos los días un poco, hasta pinté mi casa en cuarentena.

Así voy llevando mis días, con más dudas que certezas respecto a este virus, pero al menos con mi familia tenemos salud y tratamos de cuidarnos de la mejor manera.

UN VIRUS QUE REVOLUCIONÓ EL MUNDO Y HASTA MI PROPIA VIDA

ROCÍO LENCINAS

132

Tengo 23 años y soy estudiante de la Licenciatura de Educación Inicial, vivo en la localidad de Fontana, Chaco. En la primera semana de marzo, me encontraba rindiendo un final del profesorado de nivel inicial, con esa materia me recibía, pero lamentablemente salí mal. Dos semanas después, mientras estaba cenando con mi familia, sale en el noticiero del canal 9 de Resistencia, la noticia del “primer caso de Coronavirus” que estaba acompañada de la imagen de la facultad. En esos momentos, me quedé sorprendida por lo acontecido, me esperaba otro lugar, no en la universidad. ¡A la pucha! ¡Bien cerquita apareció el primer caso! Mientras que el reportero comentaba, que era una becaria de la facultad de humanidades y había dado positivo de COVID.19. Más me produjo la intriga de saber ¿quién era? Pensaba, ¡será que es de Inicial! O ¡será que la conozco! Pero escucho que era parte del departamento de geografía, así que inmediatamente descarté poder conocerla... No dieron mucha información en ese momento, solo decían que se tomaron todas las precauciones necesarias para evitar el contagio. Lo que comentaban es que esta chica se había ido de viaje al extranjero y contrajo el virus.

En esos momentos mi celular comenzó a llenarse de mensajes, comentando sobre el caso cero “un solo revuelo” eran los grupos de WhatsApp. Yo prefería no opinar. Como no sabía nada sobre el “Coronavirus” decidí buscar en Google todo acerca de este virus. Había leído que fue algo que se inició en China, y luego se fue desatando en otros países extranjeros. Todo comenzó debido a los platos de comida que hacen en China con los animales, y fue específicamente un murciélago lo que causó esto. ¡No sabía en esos momentos si reírme o si me estaban tomando el pelo! ¿Es posta esto?, ¿esta chequeada esta información?, me preguntaba.

Fui uniendo lo que busqué, más lo que comentaban en los grupos y obviamente los memes que acompañaban los mensajes. Me acuerdo del primer meme que mandaron, la pregunta que aparecía decía: “¿Qué tanto era el hambre para tener que comerte un murciélago?”

A partir de esa noche, comenzó a haber cambios. En la facultad de humanidades se suspendieron mesas, y no se permitía el acceso a la facultad. Sólo estaban algunos profesores. Se cancelaron las clases, y en caso de suma urgencia, podías acercarte. Yo me veía obligada a ir a la facultad, ya que no me podía inscribir a la cátedra de Antropología, así que me fui hablar con Rafa, el encargado de Asuntos Estudiantiles, para ver qué solución me daba. “No había un alma” por la facultad, los pasillos estaban vacíos, en los centros de estudiantes y las mesitas de agrupaciones que suelen estar en los pasillos, no había nadie. Era medio raro todo, dos semanas atrás los pasillos estaban llenos, no podías cruzar debido a la multitud de estudiantes que había, y ahora nadie, un “silencio mal.”

Llego a mi casa y estaba mi mamá, antes de entrar me dice: “¡sacate la zapatilla! Y déjalas en un costado para lavarlas, y subí a bañarte, tu ropa poné adentro de este fuentón con agua.” Obviamente que le hice caso en todo, pero me impresionó la forma en cómo actuó cuando llegué. ¡Algo desquiciada! diría Me acuerdo que me dijo: “¿es necesario que vayas a la facultad con lo que está pasando?”

Escuché esta frase en la radio y me quedó resonando en la cabeza:

“Tiempos benditos para reconocernos, es decir para redescubrirnos y entender que somos finitos y vulnerables. ¡Ahh! y no tenemos el control.

Puedo expresar que “mi tiempo quedó en pausa”, es decir mi rutina, el salir a juntarme con mis amigos en la plaza o en algún espacio público, compartir unos mates etc. El trayecto hacia la facultad, las clases presenciales, y otras actividades que desarrollo, quedaron en “Stop”. Y ahora, mi tiempo se pasa completamente al estar en mi casa, aislada de todos ¡De un día para otro todo cambió! hasta el propio control de mi vida, actualmente solo sigo lo que nos piden que hagamos “el quedarnos en la casa y nada de contacto”, ya que podemos contagiarnos. Y como dice el flaco Spinetta “Cuida la vida y al que tenés al lado”

“Quedarme en mi casa” implica para mí recorrer por todos los espacios, aunque pasó más tiempo en el “balcón”. Me gusta estar ahí porque no es un lugar cerrado, sino al aire libre, encima puedo ver los atardeceres o los árboles, estar en contacto con la naturaleza ¡Un aire y vista diferente! Sentir de alguna manera, la libertad que tenía antes del encierro.

Verdaderamente no me está resultando fácil el quedarme en mi casa, y en lo que respecta a mi horario es un ¡desastre! Ya que por la noche tengo insomnio y me quedo hablando con mis amigos, no como antes, sino que ahora a través de

las redes estamos de alguna forma en contacto, pero no es igual. Otras veces, me quedo escuchando música o por ahí me entretengo con alguna película. Y al otro día no me puedo levantar temprano me cuesta demasiado.

Por otro lado, “vivo el día a día”, trato de manejarlo con mucha calma pero siempre aparece esa incertidumbre a lo desconocido, ya que no tengo una rutina armada. Aunque en el transcurso de esos días me doy cuenta que hay cosas que se repiten, como los mates con mi mamá por las mañanas al igual que por las tardes, como no dormimos siesta (ya que me levanto tarde) se vuelven “siestas de pelis”, creo que esto sirve para desconectarse un poco ante tantos caos de información que circula. Además, lo que veo como algo positivo, es que se comparte más momentos con la familia, cosa que antes no podíamos debido a la rutina que teníamos cada uno.

Asimismo, puedo decir que sigo manteniendo estable el estudio, desde febrero vengo preparando mi final pendiente y ahora me divido con la materia que estoy cursando vía online (la manera nueva de cursar). Es más que nada porque no quería perder el ritmo y el hábito que creé de sentarme a estudiar, ya que verdaderamente cuesta retomar después. Además, ahora siento que el tiempo me sobra y de alguna forma busco la manera de mantener la cabeza ocupada. Tanto es el tiempo que tengo que decidí realizar una introspección de mi propia conciencia y reflexionar. El haber salido mal en el final, teniendo en cuenta que después de haber rendido no me quedé muy bien (porque es una materia muy complicada) así que trabajé mucho sobre esto y sobre como “reencontrar la valentía”, de volver a estudiar sin miedo. También venía cansada porque en las vacaciones de verano, estuve activamente participando de un movimiento juvenil (pensé que me iba a recargar en ese momento, pero no). Verdaderamente necesitaba tiempo para pensar, sanar y descansar. A fin de poder retomar mis cosas, estando en paz conmigo misma.

Por otra parte, “volví a dibujar”, eso me sirvió para desestresarme un poco, me propuse algo que verdaderamente es un gran desafío para mí y es aprender a cocinar sin quemar las cosas, incluyendo los repasadores. En efecto, para ponerme más en el papel de cocinera, comencé a seguir en las redes sociales, páginas que muestran el paso a paso de cómo hacer postres o ciertas comidas. Esta cuarentena me está llevando a DESAFIARME a mí MISMA.

El tiempo nos cambia

En la cuarta semana, el tiempo que manejo lo voy viviendo con más tranquilidad y no con tanta intriga, de alguna manera me estoy armando mi

nueva rutina como ayudar más en la casa, por la siesta sigo sin dormir para no darle lugar al insomnio por las noches. Así que en ese tiempo estudió, aprovecho para bañarme o hacer algo para acompañar los mates de las tardes. Los días pasan y últimamente ya no es lunes, ni martes, ni miércoles, solo mañana, tarde y noche. Pero lo bueno es que comienza a sentirse el fresquito, entonces me lleva a “no querer salir afuera”. De alguna manera me acostumbré al estar en mi pieza y puedo pasar horas allí. Por lo que mi mamá me “obliga a salir de mi cuarto” aunque sea solo por un momento. *Creería que de alguna forma la cuarentena me está afectando.* Por ende, me está llevando al quedarme en mi casa, siendo que antes buscaba la manera de salir de ella, en cambio ahora, prefiero estar en mi cuarto.

El mundo fuera de casa

Con respecto a cómo es el mundo afuera ahora, lo que alcanzo a ver y a escuchar desde mi casa, es que a partir de las 16:00hs nadie sale, las calle se vuelven vacías y el silencio predomina más. A partir de las 18:00hs empiezan las sirenas y los policías recorren los barrios, para ver que nadie esté afuera o que los negocios permanezcan cerrados. Los medios de comunicación acompañan recordando la alarma sanitaria.

En la tercera semana, me tocó salir a hacer los mandados (el uso de barbijo no era obligatorio todavía) cuando llegué a la carnicería, al ver que la puerta estaba arrimada, directamente pasé. En eso, sale una señora diciendo: “¡acaso vos no sabes que yo te tengo que avisar cuando podés pasar!” Me quedé con vergüenza, le comenté que no sabía y me disculpé. Creo que podría habérmelo dicho de una manera más sutil. En esas salidas, comencé a notar nuevas normas de convivencia de la sociedad que desconocía. Ahora tenés que hacer una fila respetando cierta distancia, solo pueden entrar al negocio cuatro personas, no más. En esos momentos de espera, voy percibiendo una interacción diferente, nadie habla o el que habla es para exagerar las cosas, como el juzgar a los que están infectados. “Estos que trajeron el virus.” “Mira qué casualidad, justo las personas de plata.” “Y el pobre de pedo que sale.”

Lo que me generó molestia fue una conversación que escuché en el kiosco. Decían: “mirá si les agarra a los barrios de los sectores vulnerables”, “a esos directamente los mata a todos”, “esa gente es dura de entender”, “ya que siguen saliendo y tienen menos cuidados.” Estos comentarios me afectaron mucho porque vengo participando hace bastante tiempo, de un movimiento juvenil de la iglesia. Somos un grupo de jóvenes que vamos todos los domingos por la tarde

a compartir con los chicos que son justamente viven en un barrio marginado. Tratamos de ayudar a las familias de ese barrio, mediante donaciones que se consiguen. A causa de la pandemia y el aislamiento obligatorio se nos informó que por el momento no tenemos permitido el ir para ese lugar, pero seguimos ayudando con el grupo mediante donaciones de ropa y mercadería a las familias. Lo bueno es que de alguna manera se mantiene el contacto con ellos, además comentan que toman todos los cuidados necesarios. A los niños prácticamente no los dejan salir, solo salen los adultos para hacer sus changas o retirar la comida en el comedor. Son conscientes de que si uno contrae el virus puede afectar a todo el barrio, así que se cuidan entre todos tomando las precauciones necesarias. “A la sociedad le está costando mucho lo que sería la empatía o nunca la tuvo” porque lo único que hacen y escucho siempre, es el juzgar al otro.

Hay que ser consciente de que no a todos nos va a afectar de la misma forma esta cuarentena, muchos tienen que salir a trabajar o salir a buscar su comida en los comedores y es obvio que se van a juntar, no es porque quieran, sino que necesitan para sobrevivir. *¡Ni con todo lo que nos está pasando podemos hacer clic ante la realidad!*

Con relación a esto en la cuarta semana, me tuve que ir para el cajero, mientras me acercaba al lugar notaba la fila de gente que estaban esperando a ser atendidos en el Supermercado Mariano. Un lugar donde tienen precios muy accesibles y aceptan también las tarjetas alimentarias otorgadas por el gobierno. En ese momento, pensaba que a pesar de este duro golpe que está causando la pandemia, la gente sigue recibiendo cualquier tipo de ayuda, eso es algo muy positivo, da cuenta de la humanidad y fraternidad que existe en estos tiempos tan críticos. Pensaba había demasiada gente debido a la distancia que tomaban, y en ese momento, ya era obligatorio el barbijo, así que apenas se les llegaba a ver los ojos, otros tenían al descubierto la nariz.

Cuando llegué al cajero, había alrededor de 30 personas adelante mío, pero al estar separados parecían más, todos estábamos distanciados. No era necesario que el policía repita o se acerque a decir, la gente misma no tiene problema en decirte, o con la mirada ya te lo hacían entender. La mayoría de las conversaciones eran sobre la pandemia, algunos trataban de hablar sobre otros temas, pero se volvía al mismo asunto del Coronavirus. Se me hacía eterno el esperar, ya que la gente tardaba en sacar la plata, tardé dos horas hasta que llegó mi turno y miraba para atrás y la fila estaba llegando a la otra punta de la cuadra. La hora pasaba rápido, pero se tardaba más en hacer las cosas. También observé que antes de entrar al cajero, un personal de la municipalidad te colocaba alcohol en el gel en las manos, lo mismo cuando salías. Me pareció algo muy bueno.

Se me hacía muy raro el salir de mi casa y notar que hay otras formas de convivencia en la sociedad. La locura de cruzar la avenida y mirar para todos lados, y ahora que están tan vacías las calles, las personas con barbijo, guantes y a cada rato se rocían las manos con alcohol. Pero disfruté mucho el salir de mi casa, al menos por un rato, para ver qué pasa afuera. Me cuesta andar con el barbijo y no puedo respirar bien. ¡Es algo muy incómodo!

El vaivén de las emociones y sentimientos producido por el ASPO

Durante la cuarta semana, también comencé a experimentar cierta melancolía por el simple hecho de sentir mi casa en silencio. Como siempre es el lugar de encuentro ya sea familiar o también de los culturales (que implica tener pautado cierto día para organizar un encuentro ya sea entre amigos o familia). Asimismo, empiezo a recordar los domingos de oratorio, que es el nombre del movimiento juvenil de la iglesia en la cual participó activamente, las tardes de mates o teres que compartía con mis amigos/as, motivo que llevaba a realizar algo después. Es en este momento donde valoro más esas épocas. En esta misma semana, experimenté como una especie de *déjàvu*, en el cual había días que me llevaba a sentir como que ya lo había vivido. Pero hablando y compartiendo con mi familia, me doy cuenta que también pasan por cierta nostalgia, dado que cuando pueden traen sus recuerdos a la mesa.

En esta semana, el día miércoles 8 de abril, aparece el primer caso en Fontana, mi celular se tildó de los mensajes que me llegaban. Al mismo tiempo que se escuchó detrás de mi casa, la ambulancia y sirenas. ¡Fue todo un show! No entendía mucho qué estaba pasando, me agarró de sorpresa, entonces miré los mensajes y todo era acerca del “caso cero” ¡Llegó a Fontana! Sabía que no estábamos exentos de esto, traté de tomarlo con calma, pero el miedo se hacía presente de alguna manera. Hasta ese momento, no se sabía quién era y de dónde era, pero no hizo falta que pase mucho tiempo para saber que era una enfermera la que contrajo el virus en el hospital de Resistencia. En uno de los grupos, fue tanto el desquicio, con solo decir que se despedían, sobre todo una vecina de la enfermera se lamentaba el haber salido, porque en una de esas salidas se la cruzó, lo que ocasionó que se altere aún más. Traté de mantenerme al margen, no opinaba casi sobre el tema, a lo sumo llegué a decir “cuídense más”. En estos momentos, me doy cuenta que el virus afecta a cualquier persona.

Esto fue noticia de varios días, “el gran tema”. Me cansé de oír en la radio sobre todo en una sintonía que es muy escuchada en Fontana. “Pobre señor”, lo llenaron de preguntas, él no estaba muy al tanto del tema, solo comentaba lo que

sabía. Obviamente que salieron al aire algunos desubicados para comentar sobre el tema. El desquicio de la gente aumentó más con la noticia, llegaron a decir tantas cosas que en un momento me empezó a doler la cabeza y notaba que me estaba alterando. Entonces decidí apagar la radio.

A pesar de todo lo acontecido, lo que rescato personalmente es que estoy tomando con más tranquilidad mis fines de semana, porque cuando llega el “viernes y tu cuerpo lo sabe” ya iba preparando algo para hacer los sábados, no era que salía, pero por arte de magia, surgían esos culturales. Pero eso cambió y para no extrañar tanto, me pongo a mirar series o alguna que otras películas, mejor no pensar y relajarme... El fin de pasado me agarró una nostalgia y mi cabeza no paraba de recordar, lo que no me parecía muy bueno que digamos, porque me sentía mal. Al igual que mis sentimientos “ya no sé cuáles son mis verdaderos sentimientos y cuáles son producto del encierro y de la cuarentena”

Educación en tiempo de pandemia

138

Clases virtuales más trabajos prácticos, PDF, manejos de distintos programas, la conexión que se va, es igual a llorar y dormir. “En caso que puedas dormir” (Meme)

Vi este meme, me venía justo a la descripción gráfica por lo que estaba pasando. A pesar de todo lo que estaba sucediendo en la cuarta semana, yo seguía con mi estudio porque esto no se detiene, de alguna manera se avanza. Ahora es a través de programas como Zoom o Jitsi que estamos conectados. También mediante videollamadas en caso de que la conexión falle. Aprendí a manejar muchos programas en esta cuarentena, en estos momentos estoy realizando un trabajo grupal y a pesar de que trato de ver con anticipación que todo esté bien, siempre a una se le iba la conexión. Mediante esto percances es que comienzo a ver hasta dónde llega mi paciencia. No sé hasta qué punto es bueno lo virtual, pero después de tanto insistir, pudimos restablecer la conexión. A partir de ese momento, le dedicamos un buen rato al trabajo, obviamente que por ahí nos desviamos del tema, salían esas charlas donde se compartía la incomodidad que genera el aislamiento, manifestación de nostalgia, etc. Algo que me cuesta es el entablar una conversación de esta manera, ya que soy muy charlatana e impulsiva, extraño esas charlas donde salíamos hablar todas juntas.

Sigo sosteniendo que la mejor forma de estudiar es como era antes, el juntarnos y estar ahí en cuerpo-alma, presencia total, y que salgan esas palmaditas por las espaldas o los abrazos cuando terminas un trabajo que llevó horas en hacerlo, o compartir la frustración de no entender un trabajo o ciertos

textos. En todas las videollamadas que hice, ya sea por cuestiones de estudio o para hablar con mis amigos, parientes, lo que cuesta es el *despedirnos*. Decís chau y seguís hablando, o sacas temas para no cortar la conversación. ¡Qué loco! El tiempo en estos momentos transcurre tan rápido, aunque no me importa mucho que digamos, porque de alguna forma estoy tan feliz de verlos, aunque sea por estos medios de comunicación.

Por otro lado, en la quinta semana estuve a full con el estudio, era una tras otra, y quería llevarlo al día, mientras podía. Ahora la profesora del práctico hace como tutorías o clases más personales con los grupos, el único medio en el cual la conexión no se corta es por WhatsApp, probamos por otros medios, pero no se podía. En estos momentos tengo en cuenta varias cosas: la hora, al igual que voy viendo con anticipación si puedo utilizar los programas, no solo me preocupó por ser puntual, sino que tengo que pensar otras cuestiones ya sea que el internet funcione bien, tener cargado el celular, los auriculares a mano y algo para anotar.

139

De alguna forma, estoy volviendo al caos de tener tantas cosas por leer y hacer, no es que me estoy quejando, pero extrañaba esta parte y además “el no saber para donde disparar.” Esto hace que mi cabeza se centre en eso, y no da pie a los pensamientos, porque ya me conozco y sé que “me doy manija con todo”.

Al mismo tiempo me puse a ver los programas para hacer el cuadro del práctico, ¡Como me cuesta el manejo de la tecnología! creo que peleo más con los diferentes programas que en los debates que surgían en las clases. Me altera esta forma de estudiar y me cansa también. Traté de avanzar con la lectura lo más que pude, pero esos “benditos PDFs”. Leo una parte y ya me olvido lo anterior, entonces voy anotando las ideas principales (para retener la información) ¡Necesito las fotocopias! Antes pensaba en no perder el cole, ya que tardo un hora y media en llegar a la facultad, y ahora tengo que ver que funcione el internet que la señal no se vaya, buscar un lugar silencioso para hacer los videos o escuchar las clases, tratar de no distraerme cuando leo los PDFs. Al igual que ahora mi lugar favorito en toda mi casa ya no es el balcón, sino que es mi habitación, paso prácticamente el día completo encerrada. Lo bueno es que tengo todo a mano, ya sea mate, comida, agua. Lo esencial tengo para sobrevivir, tampoco me molesta el pasar la mayor parte de mi tiempo en la pieza.

En la séptima semana, me pasó algo similar justo en la clase de los martes de la (profes. Flor y Caro) mi conexión era muy mala no me dejaba directamente conectarme, así que intenté hasta lo último y no pude. Era pasar del grupo de WhatsApp a la computadora. Comenzamos a utilizar el programa Zoom y la

verdad que no sabía mucho el manejo de esa aplicación. La única forma de aprender es mediante la exploración o si hacía una macana, le llamaba a mi hermano, ya que él entiende un poquito más. La cuestión es que lo tuve que llamar porque no podía activar la cámara y el audio, me solucionó el problema y me agarró una alegría, al poder conectarme. “Soy yo ahora de vuelta” va a sonar algo raro, pero al encontrar una solución ante tanta frustración por no saber manejar estos programas, es algo para “estar feliz”. Con solo decir que la profe Flor “también se puso contenta”. Después de todo esto, decidí que los miércoles son mi día libre, porque los martes termino muy saturada, entonces me tomo un descanso, trato de desconectarme un poco del mundo virtual. Pero estando al tanto de las cosas que debo hacer.

El tiempo en las calles

140

En la sexta semana el día martes, me tocó salir, no de compras ni nada de eso, tuve que realizar unos trámites en el Banco del Chaco en Resistencia. Había salido temprano con intención de hacer todos mis trámites y así llegar a las clases. Era lo más lógico, pero ¡no señores! Tardé el doble para solicitar el papel que me permitía circular, perdí 2 horas. Pero mientras esperaba, le ayudaba a rellenar los papeles a las personas que me pedían, porque algunos no veían las letras (hasta a mí me costaba ver). Me pongo a pensar en esas personas mayores que no entienden mucho de la tecnología. Por ejemplo, cómo descargar un archivo o el mismo hecho de rellenar esos papeles en el momento. Otra cosa, que ocurrió en la fila, es que había una señora que no sabía escribir, lo bueno es que se acercó una chica que le ayudó, porque justo yo no podía debido a que estaba asistiendo a otra persona. Es en situaciones así donde se ven más las desigualdades, en el momento de espera circulaban comentarios de este tipo: “si salgo, es por cuestiones de pago o porque tengo que trabajar”, “no es porque quiero salir a pasear.” “¡De qué vamos a vivir! “¡Te dicen que no te cobran intereses! Pero es pura mentira.”

Una vez que obtuve el permiso, me fui a tomar el cole, ahora tarda 2 horas más todavía, el tiempo pasa pero las acciones que desarrollamos para hacer cierto trámites lo hacemos más lento. Se me fue toda la mañana y siesta en hacer la diligencia, a la vuelta me tocó venir caminando ya que pasaban los colectivos, pero no podían alzar los asientos estaban ocupados. Lo bueno es que me encontré con un conocido y nos vinimos caminando desde el club Sarmiento hasta Fontana. En el camino salieron un montón de temas, como la intolerancia al encierro, las desigualdades que se marcan aún más, la nueva forma de

estudiar “vía online”. Fue bueno el compartir una buena charla pero siempre respetando la distancia. Llegué a mi casa y me fui directo a bañarme, almorcé y me acosté a dormir un buen rato, después comencé a mirar los links de las clases. En este sentido, me parece muy positivo la educación virtual porque de alguna forma estoy al tanto de los temas que se desarrollaron evitando que me atrase. Después de ponerme al corriente con la materia decidí desconectarme, pero sabía cuáles eran mis responsabilidades, era más que nada para dejar por un momento la computadora y el celular.

El cambio corre para todos

En la sexta semana, festejamos el cumple de mi hermano que se vivió de manera diferente, solo la familia y nadie más. Los saludos eran virtuales al igual que los abrazos. Algo raro porque estamos acostumbrados a pasar el cumpleaños acompañado de la familia completa (tíos, tías, primos/as), la mesa queda chica cuando estamos todos. Fue un “cumple en cuarentena” solo la familia disfrutando del momento.

Durante la séptima semana, se presentaron ciertos cambios en mi casa provocando nuevamente una reorganización de mi tiempo. A causa de la incorporación de mi mamá al trabajo, se me sumaron más cosas para hacer de los quehaceres del hogar. No solo fue un cambio en casa, sino que también en el ámbito laboral de ella, como es cuidadora de una señora, los jefes le pidieron que se quede de lunes a jueves y los demás días le dan para descansar. Antes de la pandemia trabajaba de lunes a lunes, por lo tanto, es un cambio bastante positivo. A partir de esto, se me agregan más cosas, por un lado, el estudio, y por el otro, los quehaceres de la casa. Aunque cuento con la ayuda de mi papá y la de mis hermanos, de igual manera me volví a reorganizar con mi tiempo, y sobre todo con el estudio para más que nada, no perder el ritmo.

En definitiva, esta pandemia -que revolucionó al mundo y hasta mi propia vida- nos obligó a enfrentarnos de golpe a una nueva realidad, forzándonos a modificar rápidamente las dinámicas habituales que veníamos desarrollando ante este caos. Este “enemigo invisible” nos está sacando del modo automático e insertándonos en un escenario incierto, provocando ciertas limitaciones en relación con nuestras opciones de libertad y control, promoviendo a elaborar rutinas y hábitos nuevos. El mundo se detuvo y nos está poniendo a prueba, el tiempo parece sobrar, pero a la vez no, el contacto físico se está perdiendo mientras que lo virtual crece pasando a convertirse en la nueva forma de comunicación. También está repercutiendo en otros ámbitos, por ejemplo, en el

laboral y familiar, produciendo importantes cambios, positivos y negativos, lo que se acompaña de nuevos sentimientos y emociones encontradas.

MI VIDA EN EL ASPO: UNA SERIE NO TRANSMITIDA

SILVANA R. LOZANO

El presente análisis es acerca de mi vivencia en el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) que produje utilizando como fuente primaria mis registros personales, los que comprenden un recorte temporal desde finales de marzo hasta finales de mayo. Antes de todo, siento pertinente presentarme. Soy Silvana Lozano, tengo 20 años y soy de Villa Guillermina, Santa Fe. Actualmente estoy cursando el Profesorado y Licenciatura en Ciencias de la Educación virtualmente desde mi pueblo en la casa de mi familia.

A través de todas estas páginas, traté de plasmar una parte de mi vida, en la que mi ámbito facultativo y familiar se vincularon entretejiendo una trama de emociones, nuevas rutinas y recuerdos que emergen, los que compusieron esta narrativa. En toda mi vida, tuve el hábito de ver series que no solo considero como un momento de recreación, sino que también me acompañaron, me abrazaron y construyeron con las experiencias e historias de sus personajes. En la cuarentena, las series no dejaron de estar presentes en mi cotidianeidad. Y lo curioso es que, recuerdo que el año pasado conversamos con una amiga mientras salíamos del campus universitario acerca de que no existen tantas series sobre la vida de los estudiantes universitarios, ni siquiera recordaba haber visto alguna con esa trama.

Así que estas páginas tratan de relatar esas vidas que no son contadas a través de las pantallas, esas historias que, aunque no son contadas, existen y son vividas. Y espero que sus palabras puedan abrazar a alguien a pesar del distanciamiento social producido por el ASPO.

El cursado virtual y los sentimientos

“...a la hora de ponerme a hacer las actividades siento que se me va muy rápido el tiempo o que yo soy muy lenta haciéndolas”

Si me hubiesen preguntado hace un año, o incluso meses antes de que comenzara el ASPO, si algún día cursaría una carrera de forma virtual, les hubiera respondido que nunca estaría en mis planes hacerlo. Incluso recuerdo aquellos tiempos cuando era mi último año en la secundaria y estaba decidiendo

qué carrera elegir, y nunca pensé hacer alguna de las carreras a distancia que ofrecían en mi pueblo. Y acá estoy, cursando desde mi casa en mi pueblo.

A través de revisar todo lo que aconteció durante estas semanas de aislamiento, me encontré con diversos sentimientos generados por el cursado virtual, así como también las nuevas formas de organizarme, comunicarme y aprender.

La segunda semana de cursada, comencé a organizarme más, a levantarme temprano; aunque todavía seguía en mi casa desde las vacaciones, tenía que asumir que éstas habían terminado. Hacer una lista de las actividades pendientes de la facultad resultó ser útil. Cuando me daba cuenta que necesitaba poner un orden, planeaba un día antes las actividades o hacía algo más general como planear las actividades que debía terminar en la semana. Esta organización hizo que sienta que tenía más tiempo para mí debido a que no se me acumulaban tanto las cosas de la facultad. Sin embargo, la vivencia del tiempo al hacer las actividades parecía a veces como si se me escapara de las manos porque no podía saber cuánto me llevaría exactamente hacerlas. Esta sensación la encontré plasmada en mis registros al finalizar el mes de marzo: “a la hora de ponerme a hacer las actividades siento que se me va muy rápido el tiempo o que yo soy muy lenta haciéndolas.”

Igualmente, mi organización fluctuó mucho en todo este tiempo. Había semanas en que sentía que perdía este orden, que no era muy productiva o que colapsaba debido a que tenía demasiadas tareas por hacer y se acumulaban, aunque trataba de ir al día. Había momentos en los que estaba cansada mentalmente y no podía funcionar eficientemente, aparte de algunos momentos de mala conexión a Internet. En esos días era cuando más establecía mis rutinas, con éxito parcial.

Se me hace prudente mencionar que a pesar de que varias cosas cambiaron en el cursado comparado con los anteriores, como por ejemplo, cómo se trabaja en grupos, cómo nos comunicamos para hacer las tareas, o el espacio físico del aula; hay algo que persiste. Antes, para trabajar en grupo nos juntábamos en alguno de nuestros departamentos o en la biblioteca de la UNNE por horas para terminar los trabajos². A su vez, casi gran parte de nuestro tiempo, lo pasábamos en las aulas de la facultad debido a que teníamos que cursar las materias, entre otras cosas. Con respecto a eso que persiste, hay algo que transmutó pero sigue estando: “las clases” y “la formación de grupos para estudiar”. En el transcurso de los meses, las clases en modalidad virtual siguieron teniendo horarios

² Trabajos prácticos.

pautados para sus transmisiones en vivo, lo cual a su vez condicionaba mi tiempo. En algunas materias esto era negociable, es decir, si el día estaba saturado de otras materias, las profesoras tenían consideración y pautábamos otra fecha, otras profesoras a su vez se excedían del tiempo pautado y como eran transmisiones por Instagram no quedaban guardadas.

Al principio, asistía a todas las transmisiones de las materias, aunque en las últimas semanas, falté a varias clases debido a mi conectividad o a no tener tiempo. La escasez de tiempo se debía a que las cátedras daban demasiada lectura bibliográfica y actividades, quizás en un cursado normal podía sobrevivir a tantos requerimientos planificados, pero los tiempos y las modalidades son otras, así como también las circunstancias. Antes, la mayoría de los textos los tenía impresos, lo cual me permitía leer e ir resaltando a la vez. Ahora todos los textos son digitales y muchos de ellos no se podían resaltar o modificar por lo que tenía que leerlos varias veces para hacer algunas tareas, hasta que después de mucho tiempo encontré una página que los volvía a convertir. Sumado a esto, leer en la computadora me cansa más la vista y no puedo llevar el mismo ritmo de lectura de esta forma. Así como también, mis tiempos de estudio se vieron modificados ya que convivo con mi familia y tengo que encontrar el momento en el que esté más concentrada para realizar las tareas o lecturas. A su vez, las tareas en equipo parecieran ser más que las dadas en otros años, teniendo que coordinar algún horario y tratando que la conexión de Internet no falle. Inclusive hace unas semanas tuve un parcial grupal con consignas complejas, largas y con muy poco tiempo para la entrega. Ante esta situación todo el curso le planteó a la cátedra si se podía extender la fecha de entrega del parcial, ya que no llegábamos. Pareciera que las profesoras no entendían que no todos estábamos en la misma situación de igualdad de conexión o tiempos como en años anteriores. Pareciera que no tenían consideración de que no estamos del todo adaptados a cursar virtualmente (por todo lo que mencioné antes) como lo hacíamos de la manera presencial y solo importase realizar los parciales dejando de lado el proceso de aprendizaje. A su vez, nuestro grupo estuvo hasta las 22:00 hs para poder avanzar, siendo que todo el día estuvimos sentadas cursando, esto se repitió durante los días siguientes que nos quedaban para realizar dicho parcial. Después de eso, mi cuerpo no daba más del cansancio y del dolor. Y ante esta situación me preguntaba si las medidas de enseñanza tomadas eran las correctas, y aún me lo sigo preguntando.

Con respecto al trabajo en equipo, terminé encontrándome siempre a través de llamada o video llamada. La primera vez que hicimos una video llamada, lo sentí todo como un caos y me puse nerviosa ya que se me había cortado la señal

de Internet, hasta que pude conectar de nuevo. Además, me pareció un poco extraño volvernó a ver de esta forma. ¿Quién diría que se puede trabajar de esta manera? Sin estar frente al otro, escuchándole la voz robotizada, tratando de acordar a través de una pantalla o ante una cámara apagada. En mi caso, además la cursada se vio influenciada porque convivo con más personas y me pasó que en una de las llamadas cuando estaba haciendo la tarea con mi grupo, mi familia comenzó a discutir y no podía concentrarme. Es por esto que creo que estar cursando en un ámbito familiar -forma en la que no estoy acostumbrada-, tiene asimismo su peso en los procesos de enseñanza-aprendizaje, comparado con cursados anteriores. Esta manera de comunicarme con mis grupos se mantuvo como una rutina en lo que va del ASPO, aunque a veces me estresaba porque con un grupo concordábamos para hacer las tareas y se posponía una y otra vez, lo cual me hacía sentir mal porque no me podía concentrar en otras cosas y perdía mi tiempo.

En la última semana, debido a un suceso imprevisto con mi conexión de Internet y “la predisposición” de un grupo en el que estoy, me cuestioné: ¿qué tanto un grupo está para el grupo en sí mismo, es decir, para todos los integrantes que conforman dicho grupo? O si solo están por las conveniencias que acarrea, y cuando algo no te produce las cosas que necesitas, no ayudas o no tenés en consideración a los demás. Afortunadamente, todo se solucionó y solo fue un pensamiento que tuve en el momento.

También había momentos en los que estaba cansada mentalmente o mi mente se bloqueaba debido a que pasaba horas estudiando, leyendo, haciendo tareas individuales o trabajando en equipo. A veces me sentía molesta porque tenía la sensación de que era muy lenta haciendo las cosas. Hubo días en los que estuve estresada o que estaba tranquila. Y mis inseguridades, al hacer las cosas, no fueron un factor positivo tampoco. Y a través de esto, recordé que casi siempre me dijeron que soy insegura.

La semana pasada, no aguanté más y lloré. Lloré frente a mi computadora tratando de desahogar los sentimientos de impotencia que me había estado guardando. Impotencia por la insatisfacción que me producían los resultados de mi estudio, impotencia porque sentía que no podía llevar el ritmo que requiere de mí la facultad, y la impotencia de que mi conectividad a Internet en esos momentos me había sobrepasado ya que tenía una reunión para hacer una prueba piloto de una presentación oral en equipo y no lograba conectar.

Esta situación de conectividad fallida, a su vez me hizo reflexionar en todos mis compañeros que seguramente han vivido cotidianamente con esta situación. Si yo en un solo día me sentí así, ¿cómo se sentirán ellos? Esto también lo podría

tomar como un argumento en relación a lo que me pregunté con respecto a si las medidas tomadas por algunas cátedras para enseñar han sido certeras.

Vivencia del espacio compartido y relaciones familiares

“A veces sentía que si me quería poner al día con la facultad, no tenía tiempo para estar con mi familia.”

Siguiendo con la anécdota que comenté sobre la conectividad de internet, puedo decir que me hizo acordar de mi vida en Resistencia, ya que cuando estaba en mi departamento, esa era mi situación habitual, es decir, tenía una pésima conexión y además compartía Wifi con mis vecinos. Aunque a veces me sacaba de quicio, estaba acostumbrada. Me frustraba allí, pero tenía todo un espacio para mí donde podía estar con mis sentimientos pesimistas. Y ahora en mi casa trato de no demostrar estos sentimientos para que los demás con quienes convivo, no se preocupen tanto y no me vean en este estado de fragilidad.

147

Los espacios que habito durante la cuarentena son el living, la cocina, el patio y una pieza en el fondo de mi casa. El espacio que más ocupo es el living ya que paso bastante tiempo en la computadora viendo series o haciendo tareas. Mi relación con el espacio y lo que hago en él no varió mucho con la aparición de la cuarentena. Puedo rescatar que al principio salía más al patio de lo que lo hacía en vacaciones, ya que antes de la cuarentena no era de salir tanto tampoco. Es por esta razón que creo que al comenzar la cuarentena tuve más herramientas de adaptación que otras personas ya que estaba acostumbrada a quedarme bastante tiempo dentro de casa, es decir, salía muy poco durante las vacaciones.

Mi casa parece un poco cerrada pero ya estoy acostumbrada. Con respecto a mis relaciones y espacios habitados durante estos meses de cuarentena, la mayoría se mantuvieron sin cambios. Creo que estoy siguiendo una rutina.

Pensando en las interacciones con otras personas, la mayor parte del tiempo hablé con mi hermana o mi mamá. Si me despertaba temprano desayunaba en el patio con mi mamá mientras charlábamos, en cambio, si me levantaba un poco tarde desayunaba en el living viendo series con mi hermana y de esta forma nos entreteníamos y la pasábamos bien. A su vez, siempre almorzaba en la cocina con mi familia, mi mamá, papá y hermana.

La mayoría de las veces me gustaba estudiar a la siesta en el living porque es el momento en que encuentro más tranquilidad para concentrarme, ya que al convivir con mi familia, ellos tienen derecho a hacer sus actividades, ver tele o charlar. La mayor parte del tiempo que estuve leyendo o haciendo una tarea estuve frente a la computadora.

Cuando tenía alguna clase o llamada les decía antes para que no hagan tanto ruido. En la primera llamada con mi grupo había decidido estar acostada en mi cuarto para estar en un ambiente cómodo y no molestar a mi familia, pero debido a que se cortó Internet tuve que mudarme a la computadora del living. Es irónicamente gracioso, la mayoría de las veces que recuerdo que me quedé sin Internet fueron cuando debía hacer cosas de la facultad.

Considero que con el transcurso de las semanas mi familia y yo nos adaptamos a convivir y llevar a cabo nuestras actividades sin incomodar a los demás. Incluso, a veces sentía que ellos veían todas las cosas que tenía que hacer para la facultad y me daban también sus espacios o me ayudaban con algunas cosas.

Hasta mediados de abril, la rutina de ver series con mi hermana se mantuvo y vimos muchas series porque somos constantes a la hora de verlas si tenemos tiempo. Pero en las últimas semanas esto osciló, había semanas que si podíamos ver y en otras no porque casi siempre tenía que hacer tarea. Además, mi hermana fue la persona con la que más tiempo pasé.

A veces sentía que si me quería poner al día con la facultad, no tenía tiempo para estar con mi familia. Cuando parecía que terminaba todas mis actividades se sumaban más y más, haciéndolas pasaba casi completamente mi día frente a la pc. Además, a veces siento que mi contacto comunicativo con las personas con quienes vivo es demasiado estrecho. En si trato de ser una persona más habladora debido a las circunstancias; sin embargo, casi siempre fui una persona un poco tímida o que no sabe expresarse a la hora de dialogar.

En un fin de semana, noté que no me podía concentrar en las charlas con mi familia, es como si estuviera en otro lugar. En esa semana tenía muchas cosas por hacer y fechas de parciales acercándose.

Reflexionando sobre las semanas de aislamiento, quiero hacer una mención a los dos pilares fundamentales en mi vida y en esta situación de ASPO, mi hermana y mi mamá, que estuvieron siempre conmigo apoyándome, mostrándome afecto y por sobre todo, soportándome. Considero que nos apoyamos mutuamente en esta situación de aislamiento. Aunque ya estaba acostumbrada a estar adentro más que ellas, no es lo mismo estar adentro cursando y llevando todo este estrés encima. Ellas siempre están conmigo y hacen que mis días sean más agradables, quizás en mis registros no anoté tantas cosas positivas y ahora las recuerdo. Y desde mi parte, trato de que no piensen que es tan malo el aislamiento porque sé que ellas no están acostumbradas a quedarse tanto tiempo en casa.

Nuevas actividades y organización: establecimiento de rutinas, cambios y habituación

“Esta semana hay momentos o recuerdos que quedan plasmados y otros no, supongo que es porque ya estoy acostumbrada a vivir de esta forma y ya no hay tantas cosas que me sorprendan.”

Para comenzar este apartado quiero aclarar que varias rutinas ya las mencioné en la narrativa previamente, así que ahora destacaré otras cosas que aún no he nombrado. Ante esta situación de pandemia, pude observar que en mi casa comenzamos a tomar recaudos, como por ejemplo, estornudar en el pliegue del codo, aunque al principio nos costó habituarnos a esta práctica.

A principios de abril seguía con la rutina de ver series con mi hermana, aunque debido a todo lo que tenía que hacer para la facultad no pudimos implementar las nuevas actividades que quería hacer con ella, como por ejemplo bordar, practicar una coreografía o dibujar. Lo que me hizo sentir mal por no poder cumplir con esto a pesar de que tenía la intención y el deseo de hacerlo. Se sintió como si estar en casa, en un mismo espacio, no fuera suficiente como para poder concretar actividades con otras personas ya que siempre hay algo que me limita.

En la tercera semana de abril todo transcurrió normalmente con las rutinas que venía haciendo: asistir a clases virtuales, ver series con mi hermana y reunirme por video llamadas con mis compañeras para hacer las tareas.

Casi finalizando abril todo parecía tornarse tan estable que ya no distinguía cambios drásticos en mi rutina cotidiana por lo que había momentos que quedaban plasmados y otros no en mis recuerdos, ya que al parecer me estaba habituando a vivir en cuarentena y no había tantas cosas que me llegaban a sorprender del día a día, tal como lo cité al principio de este apartado.

Si bien pude rescatar algunas variaciones como ser: ausencia a algunas clases virtuales, desayunar y merendar la mayoría de las veces sola, ya que casi siempre a esa hora tenía reunión grupal para hacer alguna tarea por lo que no podía seguir viendo series con mi hermana con la misma constancia que antes mientras nos alimentábamos.

Al vivir la transición de un mes a otro (abril-mayo) me replanteé más los acontecimientos de esa semana. Mi situación anímica cambió bastante, incluso en un mismo día, por ejemplo, mi hermana me comentó ese día que me vio bien en algunos momentos y que en otros no sabía lo que me pasaba.

Entre algunas rutinas que se mantuvieron de los meses anteriores, podría mencionar las tardes en las que veo series con mi hermana mientras merendamos (excepto, claramente, si tenía alguna clase virtual), las lecturas de los textos asignados y las charlas diarias por WhatsApp con mis amigos: Carla y Elías.

Y entre las nuevas rutinas podría mencionar que empecé a ver una serie con Car y Eli a pesar de la distancia para pasar el rato y porque nunca habíamos visto una serie juntos. Nos organizamos primeramente en ver un episodio entre días intermedios, pero después de ver algunos consideramos cambiar esta regla para ver un episodio por día. A su vez, cuando cada uno termina de ver el episodio, lo comentamos en el grupo de WhatsApp. En realidad, esta serie ya la había visto pero me encanta demasiado así que no tuve problemas en verla de nuevo, incluso fui la que la recomendó. Además, comencé a hacer ejercicios de equilibrio, una de las razones es que sentía que mi cuerpo se estaba agotando demasiado de estar tanto tiempo sentada y otra fue porque me di cuenta de que eran necesarios para mejorar algunos movimientos de baile.

Otra cosa positiva es que por fin había empezado a tejer a principios de mayo. Al comienzo parecía que iba a abandonar porque no me salía pero le agarré la mano. Tejo más relajada en una habitación del fondo y a veces está mi hermana leyendo ahí, así como también, en las últimas semanas me invitó a escuchar algún podcast³ en Spotify mientras tanto. Las agujas que estoy utilizando ya estaban en casa, son de mamá. En cambio, la lana, tuve que pedirle a ella que compre porque no había acá. Es de color violeta, exactamente de la misma tonalidad del primer tejido con dos agujas que realicé en primaria, gracias a mi maestra de grado que me enseñó a hacerlo en extensión⁴. Otras maestras ya me habían enseñado a tejer con telares. Ese primer tejido con dos agujas fue una bufanda, que debe estar abrigando los recuerdos de mi infancia, guardada en uno de los tantos cajones de ropa de mi casa. Ahora estoy tejiendo una manta y parece que es el mismo punto⁵ que utilicé para mi bufanda, aunque al principio tuve que pedirle a mamá que me muestre cómo hacerlo porque ya me había olvidado (ni siquiera sé cómo se llama este punto). Afortunadamente no me costó tanto “agarrarle la mano” como dije antes, ya que lo que se aprende una vez cuando lo

³ Técnicamente, un podcast es una publicación digital periódica en audio o vídeo que se puede descargar de internet. Sencillamente se trata de un programa de radio personalizable y descargable que puede montarse en una web o blog, incluso en plataformas tan populares como iTunes, Spotify, SoundCloud o Ivoox, entre otras.

⁴ Clases a la tarde donde realizábamos artesanías, manualidades, entre otras cosas.

⁵ Hacer punto consiste en dar una serie de lazadas (llamadas puntos), unidas entre ellas de forma que constituyan una malla.

reaprendes es más rápido. Esta manta la estoy haciendo porque se acerca el invierno⁶ y mi hermana dio la idea de empezar a tejer, así como también porque recordé que una amiga me recomendó hacerla el año pasado cuando pasé algunas noches de frío en Resistencia. No sé si la voy a dejar acá en mi pueblo o la llevaré conmigo a Resistencia para los futuros inviernos. Tampoco sé cuándo estaré de nuevo allá ¿será en primavera? o ¿en verano? ¿quizás en otoño? ¿o recién en el invierno del año que viene? Lo único que sé, es que al ir tejiendo punto por punto no me concentro en el tiempo que pasa y la mayoría de las veces lo hago cuando me doy un espacio de los estudios para relajarme o, mejor dicho, intentar relajarme porque a veces me pongo tensa cuando se me escapa algún punto.

Reflexiones en cuarentena y sentimientos que emergen

“¿Quiero lo mismo que quería antes?”

151

Desde antes de la cuarentena estaba esperando que llegue el mes de abril, esperando algo importante que ocurriría en esas fechas. En febrero por fin me había decidido a participar en un concurso de literatura, siempre había querido hacerlo hasta que me animé, y el ganador iba a ser anunciado el 13 de abril. No tenía muchas esperanzas de ganar porque era mi primera vez. ¿El resultado? Claramente no gané y se sintió un poco amargo cuando se hizo real, pero recordé que el motivo por el que participé no era en si ganar, sino ir teniendo práctica y constancia en la escritura, que tanto me gusta pero que no es un hábito.

Aunque en mayo comencé a ver sola un programa de supervivencia de cantantes que querían formar un grupo de K-pop⁷ y vi como chicas más jóvenes que yo se esforzaban por sus sueños. Por ejemplo, en una de las pruebas tenían que aprenderse una canción y la coreografía en tan solo tres días, siendo además que muchas no hablaban el idioma de la canción. Y al finalizar la primera temporada debían viajar de Japón a Corea del Sur para seguir entrenando, alejándose así de sus familias. Esto hizo que me pregunte ¿qué pasó con mis sueños? ¿Por qué siento que estoy estancada? ¿Debería seguir con los mismos sueños o debería renunciar a mis antiguos sueños y ver lo que mi yo de 20 años quiere? ¿Quiero lo mismo que quería antes? No quería ser negativa, pero a veces

⁶ Winter is coming o el invierno se acerca, es una frase de una de mis series favoritas (Game of Thrones), la cual comencé a ver de nuevo con mis amigos.

⁷ K-pop (abreviación de Korean popular music, en inglés o música popular coreana en español), es un género musical que incluye diversos estilos como la música dance electrónica, hip hop, rap, rock o R&B, y que se refiere específicamente a la música popular de Corea del Sur. Aunque el K-pop generalmente se refiere a la música popular surcoreana, algunos consideran que es un género que abarca un amplio aspecto de elementos musicales y visuales.

sentía que estaba viviendo con una constante incertidumbre, lo cual me preocupaba porque no sabía hacia dónde estaba avanzando. Tampoco sabía si esta situación de incertidumbre era para bien o para mal.

A su vez, entre la transición de estos dos meses relatados se me presentaron algunos sentimientos melancólicos, como si algo me faltase, como si no estuviera haciendo algo que necesitaba.

Otra cosa que me cuestioné en mayo es si verdaderamente quiero hacer esta carrera porque como expresé anteriormente no sé a dónde voy y no sé si este es el camino que debo seguir. Pero tampoco es que tenga otra ruta que quiera transitar ¿entonces por qué abandonar ésta?

Para finalizar este apartado quiero resaltar que aún me quedan fuerzas para seguir intentando por mi sueño de ser escritora, aún tengo presente este deseo. Repensar de nuevo todas estas semanas en las que aparecieron estos cuestionamientos y reflexiones es lo que me da las fuerzas para seguir intentándolo ¿por cuánto tiempo más? Ni siquiera lo sé.

Rescatar la felicidad y un gran momento

“Poder tener la posibilidad de encontrarte con otros y que otros te encuentren y te quieran, es uno de los momentos especiales en la vida.”

Al escribir todo esto siento que aparecen muchos sentimientos pesimistas, pero tampoco creo que el tiempo que pasé en la cuarentena sea tan negativo. También me divertí, me relajé, empecé nuevas actividades, pasé horas chateando con mis amigos a distancia e hice lo que más me gusta con mi hermana: ver series, y fueron muchas, incluso estamos conformando una lista y puntuándolas. A su vez, también recibí muchos abrazos inesperados cuando estaba en la pc por parte de mi hermana. Supongo que a la hora de escribir mis registros me centraba más en los sentimientos negativos.

De todas las cosas buenas que me pasaron, hay una que quiero contarla detalladamente porque me parece un acontecimiento que no pasa todos los días y más porque sucedió durante la cuarentena ¿de cuántas otras formas más, nos puede sorprender el ASPO? Sucedió el 12 de mayo. Con mi grupo de WhatsApp, conformado por Carla y Elías, desahogándonos por cómo sufrimos al no comprender cosas de una materia, llegó un momento en la charla que nos declaramos nuestro amor y expresamos explícitamente que somos best friends⁸. Yo lo quería hacer hace mucho -desde marzo- pero nunca encontraba la forma y

⁸ Mejores amigos.

el momento ¿qué raro no? Que se haga difícil expresar sentimientos tan lindos. Y gracias a que lo propuse, declaramos que ese día sería nuestro día del amigo. Me sentí inmensamente feliz recordando este momento más tarde mientras tejía en mi habitación, incluso casi lloré. Poder tener la posibilidad de encontrarte con otros y que otros te encuentren y te quieran, es uno de los momentos especiales en la vida. Me hizo recordar y relacionar esta situación con una frase que escribí en filosofía en secundaria:

“(...) no creo que todo lo que suceda en esta vida es por casualidad. Estamos en este mundo, es decir, existimos, para cumplir lo que nos está destinado. Quizás, el destino de una persona es conversar con otra, transmitirle un sentimiento, quizás, todos tengamos un pequeño destino que desencadenará una gran consecuencia juntos y ni siquiera nos damos cuenta, porque también deberíamos fijarnos de vez en cuando más en lo que nos rodea en vez de encerrarnos en nosotros mismos.”

153

Hubo momentos en que añoré las juntadas del año pasado con mis amigos, aunque no me molestase estar encerrada en mi casa, pero a veces afecta más el encerrarse en uno mismo, en sus recuerdos, sin poder vivir el momento. Y creo que, aunque esta situación de ASPO sea compleja, no nos debemos encerrar en el pasado y en cambio, sí hay que disfrutar cada momento.

Por último, me gustaría traer una reflexión que hice en un trabajo práctico de Antropología:

“creo que es importante que transmitamos a los demás sentimientos positivos, de tranquilidad y de acompañamiento ya que mucha gente se siente sola y afectada en este contexto, por lo que aunque no podamos estar cerca de los demás físicamente debemos mostrarles que nuestros lazos afectivos y nuestros sentimientos no están alejados o distanciados en estos momentos.”

DESCUBRIÉNDONOS EN TIEMPOS DE PANDEMIA

BRENDA MÉNDEZ GONZÁLEZ

Antes de la cuarentena, de los sucesos que nos acontecen, mi vida no era muy diferente a lo que es en este momento. Soy de Presidencia Roque Sáenz Peña, durante el cursado me encuentro viviendo en Resistencia, por más que sean varios los años que llevo viviendo en Resistencia, las amistades que logré hacer con el paso del tiempo son de otras ciudades, pueblos, lejanos al lugar donde resido. Así que el único momento en el que las veo es cuando nos encontramos cursando, luego paso los días encerrada en mi departamento, y en una que otra ocasión hago una salida recreativa.

Fase 1. El comienzo de esta pandemia

Una semana antes de que comience la cuarentena obligatoria, y se tomen las medidas de ASPO, falleció mi abuelo, por lo que antes de lo establecido ya me encontraba realizando mi duelo, sin salir, solo si fuese necesario. Después de ese suceso, sumado a las nuevas medidas que había que tomar, todo en mi vida cambió.

La mayoría en mi familia, con los que convivo de cierto modo, se encuentran dentro del grupo de personas de riesgo, por lo que los cuidados son extremos. Todo fue nuevo, acostumbrarse al alcohol en gel, al uso del barbijo, las medidas de higiene a la hora de entrar y salir, cuando se están realizando las compras, a la vuelta el higienizar absolutamente todo. Me llevó tiempo acostumbrarme.

Cada 15 días tengo que viajar a cuidar a mi abuela, ella es de Tres Isletas, un pueblo que se encuentra a unos 65 kilómetros del lugar de donde vivo. Al principio era fácil circular, es notable cómo no se tomaban en serio las medidas que el Estado había impuesto. Con el paso del tiempo y a medida que los casos fueron aumentando, creo que las personas comenzaron a tomar conciencia de la situación, y empezaron a pedir que se circule con barbijos, permisos, respetando las distancias (dos por auto, uno adelante y el otro atrás), entre otras cosas.

Fase 2. Encontrándonos con sentimientos

Tanto en Sáenz Peña como en Tres Isletas, pude notar, que los primeros días de la fase 1, incluso la 2 de la cuarentena, las personas en todo momento

circulaban con total normalidad, no cumplían con el uso del barbijo, no respetaban las distancias. La gente siguió juntándose con total normalidad, los únicos que cumplían eran los pequeños comerciantes quienes no abrían sus negocios, pero todo lo demás seguía igual, no sé si por falta de conciencia o porque a gente se cree inmune, pero circulaban con total normalidad, como si nada estuviera pasando. En lo personal, las veces que tuve que salir me resultó desesperante, el barbijo que en cierto modo te deja sin aire, el miedo del contacto, el saber que por más que no haya casos positivos en el momento, podría pasar, el contraer el virus, y llevarlo donde te encontrás conviviendo con tu familia, con personas de riesgo. Ser consciente que vivimos en pueblos, en una provincia, incluso un país que no está listo para este tipo de situaciones, el miedo de seguir perdiendo a seres queridos. Son muchas cosas que pasan por la cabeza, y es ahí cuando uno no entiende cómo otras personas se lo pueden tomar con tanta naturalidad.

Fase 3. Seguimos adaptándonos

155

En lo que fueron las fases 3 y 4 que nos encontramos transitando, en ambos pueblos/ciudades donde me encuentro pasando esta cuarentena, hubo primero un caso positivo. Un caso que no saben, no sabemos cómo se produjo. Hay mucha información que no se nos da. Si antes tomaba demasiadas medidas a la hora de salir, después de ese caso, no encuentro palabras para decir cómo fueron. El miedo aumentó. No dan ganas de salir de casa, pero hay que hacerlo, hay servicios que pagar, y compras que realizar.

Hace poco se dio a conocer otro caso en el otro pueblo. Tampoco saben cómo se contagió. A estas alturas no sabemos si no nos quieren dar información y quieren tapar algo, o qué pasa, pero el miedo crece. Después de estos casos, la gente tomó un poco más de conciencia, al principio todos enojados, creo que el miedo los invadió por el hecho de que no venían respetando o cuidándose. Porque creo que quien cumple, con la higiene, con salir cuando solo es necesario y demás, sabría que está segura.

Por unos días, la circulación de personas disminuyó. Tomaban las medidas necesarias para salir. Dejaron de juntarse, y se quedaron en casa, pero no duró mucho. A la semana, todo volvió a ser como antes. Quiero creer que algunos entendieron y cambiaron, otros creo que prefieren seguir desafiando a la suerte. Personalmente, cada vez que tengo que salir solo pido volver bien, no contagiarme, rezo y pido porque mi familia siempre esté bien, que podamos pasar esta pandemia sin más consecuencias, que al final de esto todos sigamos

juntos y que llegado el momento podamos volver a juntarnos y que esto solo sea una anécdota para contar, que, entre tantas cosas malas, quede algo bueno y nos podamos reír.

Es difícil para mí esta situación, creo que nadie está acostumbrado a estar tanto tiempo encerrado, sin tener contacto con otras personas. En mi caso, más allá del viaje que hago para cuidar a mi abuela, solo tengo contacto con ella y mi mamá, en ningún momento me reuní con otras personas. Respeté la cuarentena, aunque por momentos me hubiera gustado no hacerlo y tener algún momento con amigos para poder descargarme. Porque además de los sentimientos encontrados por todo lo que nos acontece, hay muchas cosas más que a veces lo ponen muy triste a uno. Pero no queda otra que buscar la manera de aguantar y seguir.

Se habilitó hace unos días la reapertura de gimnasios, algunos centros de actividades físicas. Me alegra esa idea, me gustaría poder retomar, aunque sean solo 45 minutos al día, algo de mi rutina de antes. Pero el miedo no se va, por más medidas que se tomen, porque son varias las medidas necesarias para poder concurrir. No es fácil sabiendo que si por el descuido de alguien más, me vea afectada y de esa manera pudiese llegar a afectar a alguien de mi entorno. Soy una persona que piensa bastante, todo el tiempo, por lo que el día a día es una gran lucha con mi cabeza, ojalá pronto sea solo un recuerdo esto y podamos volver a nuestra vida normal.

Fase 4 de la cuarentena, seguimos en camino, con bastante incertidumbre

Fase 4, en algunos lugares 5 de esta cuarentena. El tiempo sigue pasando y sinceramente solo me puedo entristecer. Salgo y observo cómo todos comienzan a volver a su vida normal, a su rutina, aunque no esté permitido. No sé si es falta de conciencia ya o porque sinceramente necesitan salir. Considero que todas las personas “somos un mundo diferente”, solo uno mismo puede saber por lo que pasa. La gente comienza a protestar, ya sea por nuestro servicio de salud, o los pequeños comercios preocupados por su economía. Mientras realizo las compras necesarias, pienso si esto en algún momento pasará, o si debido a todas las movilizaciones que están surgiendo me tocara vivir en carne propia, o de alguien cercano, contraer el virus.

Vivo en un barrio, no salgo mucho al frente exterior de mi casa, pero cuando lo hago, e incluso en el silencio de la mañana y noche, se puede escuchar cómo poco a poco comienza a haber más movimientos, y realmente es preocupante. Este año me tocó perder seres queridos, y el pensar que si la “rutina”, la

“normalidad” debe ser retomada, aunque no se encuentre una solución o cura para lo que nos acontece, es difícil y causa pánico.

Educación y economía familiar en tiempo de pandemia

No sé cómo seguirá nuestra economía después de esto, gracias a Dios hay un ingreso fijo en casa, pero no sé hasta cuándo. Mi mamá es docente, hermosa profesión, pero la menos valorada, la peor pagada, y la más esencial para sacar el país adelante, porque solo con la educación se puede llegar lejos. No son solo conocimientos, sino también valores los que se enseñan dentro de un aula. Valores que aunque deberían ser enseñados en la casa, la mayoría son aprendidos en las instituciones. Pasamos un poco más de un cuarto de nuestra vida frente a profesores, quienes muchas veces se convierten en ejemplo para nosotros.

Desde el 2017, me encuentro estudiando en Resistencia, por cosas de la vida no pude llevar a cabo la carrera como esperaba, pero me gusta y por eso decidí seguir y esforzarme más. Este año tuve muchos planes, quise mejorar en muchos aspectos, pero debido al suceso que vivimos, cambiaron todos los planes. La cursada se hizo un poco difícil, tanto alumnos como profesores no estábamos familiarizados con lo virtual. Y, por mucho que uno intente estar al día, es imposible a veces. Aunque lo que es tecnología y conectividad, con nuestro avance tecnológico, debería estar al alcance de todos, es algo que no pasa. La mayoría volvió a sus casas, a sus pueblos a pasar esta cuarentena, y sinceramente, los servicios de internet, dejan mucho que desear. Al igual que las realidades de cada uno, son muy distintas, no todos poseen una computadora, y con el celular no es muy cómodo estudiar o realizar trabajos.

Nos tocó esta pandemia, en un momento muy inoportuno, pero deja a la vista, muchas cosas que verdaderamente, para un futuro, son necesarias. Son muchas cosas las que pasan, realidades que no vemos, no conocemos, después de esto no sé qué va a pasar. En fin, ojalá pueda, a pesar de los problemas que surjan y lo que vaya a pasar, seguir estudiando, y concluir mis estudios.

Esperanza

Como ya dije, ojalá esto pase a ser como una anécdota tragicómica, que todos podamos salir adelante y que cuando todo esto pase podamos ser mejores personas, no volver a lo de antes. Creo que todo pasa por algo y si estamos viviendo esto es porque hay cosas por cambiar. Hasta la naturaleza nos agradece este respiro que le estamos dando, porque verdaderamente nos está brindando

los días más hermosos en esta cuarentena. Aunque por el momento solo salgan sentimientos negativos, por todo lo que nos acontece, espero que con el tiempo esos sentimientos se transformen, y así poder convertirnos en mejores seres cuando todo esto acabe.

UN DÍA A LA VEZ

BÁRBARA OJEDA

Con propósito de relatar y reflexionar acerca de mi experiencia llevada a cabo en el Aislamiento Social Obligatorio en Argentina, uno de los primeros países en adoptar esta medida en base a las estadísticas que se observaban en países que estaban siendo afectados en mayor medida por el COVID-19. Un virus gestado principalmente en una ciudad asiática que se extendió globalmente provocando pánico e incontables muertes a lo largo del globo terráqueo. Me dispuse a relatar en parte mis vivencias y sentimientos a lo largo de estos cinco meses (Marzo-Junio).

Ubicando mi ASPO en tiempo y espacio

159

Este trabajo comenzará dando lugar a la descripción de mi Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO). Actualmente, me encuentro residiendo en mi casa, ubicada en una ciudad al sur de la provincia de Corrientes llamada Esquina. Antes de que el revuelo sobre la pandemia comenzase y se declarase cuarentena obligatoria para todos los argentinos, ya había empacado mis cosas para volver a Resistencia, ya que me encontraba desde el mes de diciembre aquí en mi ciudad.

Rondando la primera decena de marzo, mis planes eran viajar una semana antes de comenzar mis clases para acomodarme y arrancar organizada el año. Recuerdo el primer y segundo caso de COVID-19 en el Chaco. Eran dos mujeres, provenientes del exterior, y que habían ido a trabajar toda la semana antes de presentar síntomas. Una de ellas acudió a la Facultad de Humanidades ya que trabajaba allí.

En un principio, no me alarmé porque no conocía con exactitud de qué se trataba, solo sabía que había salido de un lugar bastante recóndito en China y se había esparcido por, básicamente, todo el mundo. Creía que las posibilidades de que nos llegue y se instale en el país eran muy bajas, pero sucedió. Y así comenzó la travesía, ya a más de 60 días, empezaré a relatar mis vivencias transcurridas durante el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio en Argentina.

Sentimientos encontrados

Mis primeros días fueron un caos, existía una incertidumbre a tal punto que hasta nos costaba comunicarnos y hablar del tema porque sinceramente nos daba muchísimo miedo. Sentía muchísima angustia porque al no poder dimensionar la magnitud de este virus, no sabíamos qué se nos venía. En un primer momento, sabíamos que el virus moría con agua caliente, con jabón o detergente en las manos o exponiéndonos al sol. Me recuerdo los primeros quince días, tomando té negro con limón antes de dormir. También recuerdo en el terror que se convirtió tener un mínimo dolor de garganta, o la nariz tapada. Siendo que ésta es una época del año donde los resfriados son muy comunes. Es aquí cuando me surge, después de tanto tiempo el miedo a la muerte, sentía que todo lo relacionado a ella se encontraba tan cerca y que bajo ninguna circunstancia nos podíamos salvar. Mi mayor preocupación siempre fue cuidar la salud de mi abuela que vive frente a casa, pero se encuentra sola y el encierro la había alterado muchísimo, y la de mi papá que es el pilar de la casa. Las noches se hacían más largas, los despertares ya no eran tranquilos, el día en sí se tornaba eterno.

Mis interrogantes sobre mi permanencia en la facultad comenzaron a surgir, quería saber si podía llevar mi carrera de la misma manera que lo hacía en forma presencial. Desconfiaba muchísimo del sistema virtual, creía que después de un mes de intentar tener clases, las facultades iban a desistir y yo iba a perder un año, sabiendo que mi único objetivo es terminar la carrera en los años que normalmente se establecen en el plan de estudios para no generar más gastos económicos. Por suerte, ya después de más de dos meses, aquí estoy, creería, que con un pie dentro de aprobar este cuatrimestre.

Con el transcurrir de los días, tengo que aceptar que me fui acostumbrando a mi vida así, ya me había creado una rutina para no perder la cabeza, y las actividades de la facultad me ayudaron bastante a distraerme, tanto que creo estar llevando la vida de estudiante que llevaba en Resistencia. También aprendí que, con esta modalidad virtual, sí se pueden lograr los objetivos planteados de manera presencial, y que el trabajo en grupo también es de igual manera gratificante. Poder comunicarme con mi grupo muchas veces me levantó el ánimo y me ayudó a sobrellevar este cursado.

El ojo que todo lo ve

Recuerdo una salida al cajero, relaté lo siguiente:

(...) Puedo ver una cola bastante corta de lejos, pero cuando me acerco me encuentro con la sorpresa de que las personas que están haciendo la fila se encuentran sin respetar el distanciamiento social. Lo mismo en la estación de servicio que se encuentra enfrente, las motos están pegadas unas a otras. Me coloco en la fila respetando el distanciamiento social, pero con el miedo de que por estar tan separada de las otras personas que no están respetando, piensen que no estoy en la fila y se meta otra persona en el medio (...)

Cuando salgo veo que las personas se encontraban distanciadas y me sorprendí, pero cuando cruzo la calle me doy cuenta que estaba la patrulla de policía pasando por el lugar. Mi reflexión es que estas personas, solo respetan cuando hay alguien viendo, como ser la policía o la prefectura. No se están cuidando a sí mismas o a lxs otrxs, solo les interesa que la autoridad lxs vea. Considero que el distanciamiento está lejos de convertirse en un hábito que nos dejará la pandemia, o por lo menos en donde vivo.

En los primeros días, el país se volvió algo parecido a un gobierno de facto, (aunque ya sabemos que no lo es, todo lo contrario) militares por todas partes controlando los accesos a las ciudades, personal de la salud controlando la temperatura de los viajantes, condiciones con respecto a los horarios comerciales que llegaron a rozar el toque de queda, la policía rondando por los barrios con las luces prendidas. En fin, lamentablemente nuestra realidad parecía de película.

Para completar, desde todas las ramas de la vida, existían los teorizantes, que si era obra de Dios, un castigo, resultado de la contaminación, que si un plan económico para matar a la mitad de la población. A esto sumándole aun el papel los medios de comunicación que, desde mi punto de vista, fue deplorable y lo sigue siendo.

Conforme a los resultados (cuantos casos positivos, cuantas personas recuperadas o cuantas muertes), el presidente cada dos semanas aparecía en la televisión y extendía la cuarentena dos semanas más.

Soy consciente de la idea de encontrarnos viviendo bajo reglas y castigos a lo largo de nuestra vida terrenal. Nos basamos en la noción de que si "no desobedecemos a las reglas" nos irá bien en la vida, de lo contrario podríamos recibir un castigo que nos condenaría socialmente por el resto de nuestros días. A

esto me refiero con "el ojo que todo lo ve". Cuando relaté mi salida al cajero durante mi confinamiento, lo que pude llegar a ver me hizo cuestionar esta idea. ¿Qué tanto creemos que nos vigilan? ¿Sólo al ser conscientes de la presencia de la autoridad nos comportamos como "deberíamos" ser? O nuestra vida se basa en realizar acciones que, aunque nadie nos esté viendo, sabemos que pueden ser buenas o malas ¿Si son buenas somos compensados y si son malas castigados de alguna u otra manera?

Mi idea foucaultiana de pensar a la vida como una gran Institución donde, los veas o no, existen vigilantes que tarde o temprano tomarían decisiones sobre nuestras acciones tembló, al ver que estas personas no se preocupaban por sí mismas o por el otrx. Solo si veían al único cuerpo capaz de castigarlxs (la policía) hacían lo que en este momento se considera "correcto" hacer, por ejemplo, separarse para lograr el distanciamiento requerido y así evitar el contagio del virus.

Considero que, si el requerimiento de confinarnos es para rato, deberíamos comenzar a pensar en que tarde o temprano nuestras acciones van a tener un resultado, y espero que este sea gratificante, de lo contrario, ¿habrá valido la pena? Después de relatar y pensar, considero que la mejor forma de sobrellevar esta situación es un día a la vez.

EL ASPO Y YO: REFLEXIONES EN TIEMPO DE ENCIERRO

ROCÍO OJEDA

Creo que sería bueno que sepan quién soy antes de recorrer las palabras o reflexiones que están aquí escritas. Tengo 20 años y vivo en Resistencia, Chaco. Este es mi tercer año estudiando el Profesorado en Ciencias de la Educación y es el momento en el que me topo con la cátedra Antropología Social y Cultural, la cual nos propone realizar registros y hablar de nuestra vida atravesada por el ASPO (Aislamiento Social Preventivo Obligatorio). Lo haré a continuación.

El comienzo de todo

Extrañamente, dos meses después me puse a pensar en las fechas en que surgió todo esto, cuando el miedo a salir comenzó a rondarnos y la prevención debió estar primera en nuestra lista de cosas por hacer. El 3 de marzo se dio el primer caso de coronavirus en Argentina y desde el 20 de marzo el presidente decretó el inicio la cuarentena, o mejor dicho el ASPO.

El 14 de marzo fue el último día que salí, increíblemente, sin un barbijo. En ese momento todo parecía tan lejano, pero todos éramos medianamente conscientes de lo que se venía, o al menos algunas personas, porque hasta hoy existen noticias de encuentros o reuniones que no están permitidas.

En mi primer registro y en los comienzos de escribirlos creo que no esperaba encontrarme con algunos cambios y tantos sentimientos o situaciones al estar simplemente en casa. Al realizar dichos registros no los hacía de manera extensa, capaz no sabía bien cómo hacerlos, cómo expresar en palabras lo que rondaba en mi mente. Pero fui hallando la forma de hacerlo, y ahora, al leerlos, me muestran los altibajos que pude llegar a tener en este tiempo en torno a la manera de atravesar todo, encontrándome distinta, tal vez. Al inicio era quizás más comprensiva y con una ilusión de que esto duraría menos. En estos momentos ya no pienso tanto en que ese encuentro sea pronto, lo veo distante, dado que la situación y los contagios han aumentado.

En un primer momento, nos llenamos de información dentro de casa respecto a la situación. Queríamos saber todo lo que pasaba. Ahora no tanto, redujimos bastante el uso del tema para conversaciones, aunque digamos que en todos lados lo único que se menciona son noticias que rondan esta cuestión. A veces simplemente cansa escuchar la palabra “*coronavirus*”.

Las primeras semanas de marzo y el comienzo de abril fueron momentos en los cuales el tiempo pasaba más lento, o al menos así lo sentía. Días en los cuales las semanas eran eternas y los segundos de espera de que algo distinto sucediera. Algo que ahora veo que no sucedió o no iba a suceder.

La modificación de la rutina y la forma de convivir

En casa es todo tan monótono, en realidad siempre lo fue, pero ahora se nota de una manera más clara. Levantarse a cierta hora, hacer los mandados, limpiar, comer, quedarme en el comedor con las cosas de la facu mientras todos en casa duermen la siesta, merendar, bañarse, comer y dormir. Todo esto superpuesto con las clases, que a veces surgen en nuevos horarios. Existen momentos en que nos encontramos los cinco en una parte de la casa (mamá, hermana, sobrina, cuñado y yo). Hay otros momentos de soledad, donde cada uno está en su mundo.

Antes de todo esto, en la cursada presencial, no estaba tanto tiempo en casa, había días que hasta comía en la facultad y no volvía hasta la tarde, por una cosa o por la otra. Ahora tenemos que convivir de tiempo completo, lo cual es agotador en cierto punto. Hay días que nos levantamos y no hablamos, días que lo hacemos todos juntos, y días que nos somos sinceros y decimos “*no aguanto más*”, pero no queda otra.

Quien diría que en poco tiempo aprendería a recorrer cada espacio de mi casa. Tenemos un patio medianamente grande, el comedor donde está el escritorio, dos piezas y la cocina. Creo que hasta el momento roté bastante por cada lugar y los tiempos dedicados a la facultad. Todo lo referente a ello ahora ronda esos espacios, es decir, que ahora las clases atraviesan los lapsos de barullo en casa, y tengo que encontrarme en la búsqueda de la tranquilidad para asistir a ellas.

Mi sobrina está haciendo el jardín de cuatro años y su primera experiencia en el sistema educativo la cruza con la virtualidad a través de un celular, fotos, videos, canciones, de ella y de la seño. Creo que todos estamos haciendo el jardín de nuevo a su lado, porque por instantes nos encontramos todos juntos realizando las actividades con ella.

Es extraño, me cuestiono bastante la virtualidad y cómo sentirán los demás esto, si estará bien o mal todo su uso, y al mismo tiempo me cautivan bastante las formas que se buscan para realizar algunas cosas, tanto nosotros o cómo las personas que tratan de seguir con su trabajo, sus estudios, sus vínculos familiares, amigos o parejas.

Llevamos tres cumpleaños estando encerrados, el de mamá, sobrina y hermana, de los cuales con dos ya implementamos cantar por video llamada. ¡Cantar el cumpleaños feliz por video llamada! Lo cual se sentía muy raro ya que antes, sin la necesidad de un cumpleaños, nos veíamos una vez por semana y la interacción y los abrazos siempre estuvieron presentes. Es extraño escuchar a familiares que no demuestran sus emociones y no se expresan tanto, ahora ser sentimentales. A todos nos afectó un poco lo emocional esta cuarentena creo.

Todos, al menos una vez a la semana, queremos escaparnos, salir de este encierro y estar cerca de quien está lejos. Antes de todo esto, al menos pasaba unos días a la semana o al menos un rato en el día con mi pareja o amigos y sinceramente resulta extraño desacostumbrarse a eso, aunque ahora nos seguimos conectando, ya sea por mensajes o llamadas. Por momentos son las cosas que extraño más, y que aun conectándonos se torna raro no poder abrazar a alguien. Justo que me había acostumbrado a ser mimada, pero bueno son las cosas a las que uno empieza a adaptarse y a encontrar diversas formas de vincularse.

La facultad y la modalidad virtual

Lo raro que fue iniciar el cuatrimestre así y que el último día que pisé la facu fue el 04 de marzo cuando rendí mi último final, días antes de que empiece todo el revuelo con las primeras personas infectadas.

El comienzo sin conectividad o plata para crédito fue sumamente molesto, pedir prestado Wifi, cosa que poco a poco fui acomodando. Por el momento estoy más activa en lo que requiera internet. Por suerte puedo cargar el teléfono cuando se habilitó el PROGRESAR, porque no sé cómo hubiera seguido cursando con todo lo que se requiere.

En este último tiempo sobrecargado, me pregunté bastante si podría seguir con todo. La facultad ronda todos los días de mi semana, y me viene consumiendo más que antes que cursaba presencialmente. Francamente necesito un momento de la semana desconectarme de todo eso, recargar energías y ganas para terminar todo, o al menos intentarlo.

Los pdfs me matan la vista y no son buenos compañeros lamentablemente. Compré el cartucho para la impresora y volvió a quedarse sin tinta. Duró poco la felicidad de marcar y leer los textos en papel.

Es raro porque todo lo externo está tan adentro del hogar. Antes mi familia lo único que sabía de la facu eran mis horarios o fechas importantes. Actualmente ven más todo lo que debo hacer o lo que cumplía anteriormente sin que me

vieran: mis frustraciones, cuando me largo a llorar porque por más esfuerzo no puedo hacer algo. La cruzada entre las llamadas con mis grupos de trabajo en las distintas asignaturas o mis quejas de todo lo que acarrea estar cursando este cuatrimestre así. Ahora son más comprensivos e incluso tratan de darme mi espacio en silencio para realizar mis cosas. Lo único que espero ahora es poder atravesar este año de la mejor manera en torno a lo facultativo, porque por momentos me siento cansada de continuar con todo.

Cabe mencionar también que la satisfacción de terminar un trabajo se hace presente, aunque a veces obtener una buena nota y su alegría dura poco, porque seguidamente surge un trabajo o lectura extensa de nuevo para estresarse.

Sentimientos relatados

Al leer las palabras de mis registros me cruzo conmigo en días buenos y malos. Días buenos, cuando me siento abrazada a la distancia o terminando mis pendientes. Días malos en los que me largo a llorar porque extraño tanto, o quién sabe bien el motivo concreto. Hay días difíciles en los cuales quedarse en la cama sería una buena opción, aunque no deba. Cuando creo que me voy adaptando, a veces algo pasa y todo lo que iba bien se va a la mierda.

Al ponerme a leer me di cuenta que lo dramática y sentimental no lo perdí, dado que siempre traté de poner alguna que otra nota medio filosófica para tirar en una conversación. Meme cuesta seguir el hilo de mis palabras, más ahora que no sé en qué momento tiene sentido o no qué decir mientras escribo todo esto.

A este tiempo de reflexión le sumé anotaciones de color que coloqué en mi celular: *“que extraño tal cosa, que no me olvide de otras”* o simplemente escribir para desahogarme un poco de los momentos en los cuales ni siquiera yo sé muy bien que sucede. Me encuentro con contradicciones al pensar que alguien más lea esto y le encuentre algún sentido, cuando a veces ni yo lo hayo. Que se cruce con mis sentimientos, familia, la facultad y todas las cosas que hasta ahora conté, factores que a veces hacen feliz y otros que generan tristeza. Esto es un pie para más sentimientos encontrados y reflexiones de mi vida encerrada, una vida que seguirá por mucho tiempo más al ritmo que vamos.

Interacciones que buscan la vuelta

En este tiempo salí solo dos veces: una al cajero y otra a hacer compras de insumos. En el barrio debí salir un poco más seguido, por las compras de pan, por ejemplo. Es tan extraño, y saber que será así por más tiempo lo hace

aún más extraño. Ver a las personas con barbijos, guantes y con miedo. Un miedo que a veces podés notar en su mirada, si es que en realidad te tomás el tiempo de mirarlos bien.

Es extraño pensar que todos estamos pasando por esto, pero que hay cosas que duelen y generan más temor a algunos. Hay días en los que me pregunto sobre lo que le estará pasando a la gente que conozco y ¿por qué no?, con la que me cruzo o veo que trata de hacer las cosas bien, ¿qué pasará por la cabeza de las personas que hoy por hoy recién están cuidándose o no? Siendo realista, día a tras día todo empeora. Ser positivos y pensar que esto se solucione pronto es a veces improbable, porque cada vez se ve en mayor medida el incumplimiento de las nuevas normas o de la cuarentena misma, y de esa forma solo podemos esperar más contagios y muertes.

Así como todos nos topamos con distintas reflexiones en cuarentena, también nos cruzamos con distintas maneras de pensar todo esto. Un claro ejemplo de esto es el siguiente: mi abuela, por parte de mi mamá, que vive medianamente lejos, dijo un día *“de algo hay que morir”* y en un principio no se cuidaba como debía o se quejaba bastante de todo lo que pasaba. Aunque cueste creerlo tuvo que hablar con la mayoría de los integrantes de la familia para entender un poco mejor que no es tan simple la situación como lo plantea ella y que esto no solo le afectaría a ella si algo sucede. Pero bueno, al menos creemos que lo entendió, una persona de ochenta y tantos, acostumbrada a ser “libre”, tuvo que aprender nuevas medidas de higiene y nuevos modos de interactuar. A veces le resulta difícil.

No sé muy bien por qué cuento esto, pero me llama la atención escuchar las versiones de cómo se vive o lo que se aprendió en tiempo de encierro. Las quejas en común, el que todos digan *“te extraño”* aún más y las expresiones de cariño, que aunque a veces sean demasiado cursis me agradan bastante, y demuestran que hay maneras de conectarse con el otro a la distancia. Por ejemplo, en Instagram un chico publicó que todos los domingos iba comer raviolos a la casa de los papás y en las primeras semanas de cuarentena mostró que le mandaban por moto mandado la comida, era otra forma de sentirse en casa.

Las mil y una maneras de sentirnos cerca que encontramos me gustan bastante, y no me canso de decirlo, había una frase que decía *“los mimos no saben de fronteras, ni protocolos, ni pandemias. Escribirnos es acariciarnos a la distancia.”* (@noritamusicardi). Quizás esas mil maneras de sentirnos cerca me gustan porque se sienten como mimos a distancia.

Todavía quedan cosas o emociones que recorrer en esta cuarentena, que como dije antes se va a hacer bastante larga, todavía es un camino que no tiene fin y la

meta no está definida, seguiré escribiendo y quizás en un futuro lean qué sucedió después de este escrito, esta historia aún no termina.

LA CHICA QUE QUERÍA TRABAJAR, PERO NO DESDE SU CASA

M. FERNANDA ORTEGA

¿Cómo se siente uno cuando todo lo que conocía hasta el momento ya no existe? La sorpresa es el factor clave y de allí tenemos diferentes opciones. El aislamiento social, obligatorio y preventivo nos halló a los argentinos con muchos planes y proyectos ya que el año estaba comenzando. Mi situación no fue distinta a la del resto de los ciudadanos. A continuación, pretendo describir el contexto en la que me encontraba cuando el 17 de marzo el país se detuvo a causa de la pandemia por Covid-19.

El año pasado en septiembre lograba cumplir el sueño de todo estudiante: rendir la última materia y aprobar. Me recibí de Profesora en Educación Inicial en la Universidad Nacional del Nordeste, soy alumna del profesorado desde el 2015 y en el 2018 decidí también realizar la Licenciatura en Educación Inicial. Una vez recibida, inmediatamente comencé con los trámites para inscribirme en el Ministerio de Educación, requisito indispensable para hallar trabajo.

Mis planes eran sencillos pero contundentes, todo estaba preparado para este 2020: yo quería trabajar en la medida de lo posible y estudiar al mismo tiempo. De esta manera, en marzo logré conseguir una suplencia hasta diciembre de este año como maestra de sección en el Jardín Maternal y de Infantes N° 52 “Inmigrantes Italianos” de la localidad de Fontana-Chaco, ubicado en el barrio Villa Oro. Me encontraba muy emocionada por tener mi primera experiencia laboral y con niños de 3 años, ya que ambas cuestiones son novedosas para mí. En primer lugar, por ser mi primer trabajo, pero también porque nunca en mis años de prácticas en los jardines tuve la oportunidad de estar con niños y niñas de esa edad. Sentía que no sabía nada, pero a la vez era una gran ocasión para aprender de ellos.

Sin embargo, el deseo de trabajar no era solamente motivado por el anhelo de ejercer la profesión que escogí sino también por necesidad económica. Quería colaborar con el sustento de mi hogar, ya que vivo con mis padres y ambos son jubilados. Mi papá es camionero desde los 20 años, y mi mamá es ama de casa. Ninguno de ellos terminó la educación primaria, pero a pesar de eso siempre nos motivaron a estudiar y con excelencia, se dedicaron a criar a 4 hijas, de las cuales soy la menor y la única soltera.

En este sentido, hace un tiempo me preguntaba ¿no es tiempo ya de que como hija pueda devolverles un poco de todo lo que ambos hicieron por mí? Es por esto que trabajar tiene una connotación mucho más grande que el simple hecho de ejercer una profesión y recibir un sueldo. Para mí esto es un acto de amor. Es mi manera de decir gracias por tantos sacrificios, por quedarse sin comer algunas noches para que yo tuviera algo en mi estómago y pudiera dormir para, al día siguiente, poder ir a la escuela; por renunciar a comprarse ropa nueva para comprármela a mí, que frecuentaba lugares a los que “tenías que ir bien vestido” y tantas otras cosas que, al momento de realizar mis registros de observación en el contexto del ASPO vinieron a mi mente y estallaron en mi corazón.

Trabajar y estudiar al mismo tiempo: algo complicado

“Ma, tengo trabajo”. Eso fue lo que le dije en una llamada saliendo del jardín donde se realizan las designaciones de cargos en Fontana. Esa semana comenzaron las clases y estuve 3 días en la institución, trabajando de manera presencial. El contacto con los docentes y las familias fue agradable lo cual aumentaba mi emoción. Los niños de 3 años me cautivaron, muchos llorando porque no se querían quedar y otros echándolos a los padres para quedarse con la seño. Hasta que el lunes no pudimos volver al jardín. El Covid-19, algo que parecía tan lejano a nosotros, llegó a nuestras tierras y con muchas ganas de quedarse.

Sin embargo, la pandemia no puede impedir que los estudiantes de cualquier nivel educativo, accedan al derecho a la educación. Es por ello que, la decisión de las autoridades nacionales de continuar con las clases de manera virtual me posicionó en dos lugares a la vez: como docente a cargo de una sección de jardín de infantes; y también como alumna de la Facultad de Humanidades de la UNNE, ya que me había inscripto en la cátedra de Antropología Social y Cultural con el fin de apropiarme de herramientas que me resulten útiles al momento de desarrollar mi trabajo de tesis de licenciatura.

Este infortunio me causó muchas emociones, pero la que me dominaba era la ansiedad por no tener el control de las cosas. Soy una persona meticulosamente planificadora, los imprevistos me desequilibran y me desespera el no saber cómo voy a hacer lo que tengo que hacer en ese momento.

Este sentimiento me llevó a la frustración y al enojo. Me enojaba no poder estar con los niños y las niñas en el jardín, me enojaba que la directora nos pidiera muchas cosas, me enojaba no poder ver a mi familia del interior de

Chaco, ya que justo había planeado viajar y pasar unos días con ellos en abril. Me enojaba que algunas personas se tomaban la situación a la ligera, haciendo chistes y burlándose de todo, mientras realmente había familias viendo morir a sus seres queridos tras haber padecido la enfermedad.

La preocupación también visitó mi corazón y se quedó conmigo las primeras dos o tres semanas de cuarentena. Una de las razones era que no contaba con una red de internet estable en aquel momento y, además, tenía problemas con la línea de mi celular. Todos los meses me cortaban el servicio por “adeudar” una factura que sí había pagado. Así que eran horas invertidas en llamar a atención al cliente. En mi registro escribí:

*“...al final no entiendo, uno que siempre hace o intenta hacer las cosas bien, sale perjudicado. Suena hasta ilógico que, haciendo el bien, te vaya mal. Me parece totalmente absurdo y me da bronnnnca”
(Registro del 03/04/2020).*

171

En medio de esta crisis emocional, los audios de mis alumnos diciéndome que me extrañaban y extrañaban ir al jardín, y las videollamadas que realizamos con mi familia y mis amigas fueron las cosas que me llevaron a explotar en llanto. Fue todo un día en el que estuve muy sensible y a la noche no pude más y lloré desconsoladamente en mi cama. Le hacía tantas preguntas a Dios, le decía que eso no era lo que yo le había pedido pero que me ayudara a entender y disfrutar, porque si me había puesto en este tiempo en esta situación era para aprender algo muy importante. A continuación, pretendo explicar un poco mejor este punto de inflexión de mi aislamiento.

#IglesiaConectada: mi relación con Dios

Asisto a la Iglesia de la Ciudad hace un par de años. Estoy agradecida por haber llegado a encontrar allí personas que me amaron y me abrazaron cuando más lo necesitaba. En este contexto de pandemia, no fue la excepción.

Las reuniones presenciales se suspendieron desde el primer momento. Sin embargo, la congregación decidió continuar realizándolas de manera online. Si bien, esto ya se venía haciendo desde hace mucho tiempo, nunca tuvimos la necesidad de que todo fuera puramente virtual. De esta manera, los pastores José Luis y Silvia Cinalli junto al equipo pastoral, tuvieron que realizar algunas modificaciones y reestructurar la organización interna para asumir un nuevo desafío: comenzar a transmitir en vivo por distintas plataformas digitales (Facebook, Youtube, radio). Todos los días transmitían una programación

especial a la mañana y a la tarde, abordando temáticas actuales y específicas, destinadas a diferentes grupos etarios y en diferentes circunstancias (niños, adolescentes, jóvenes, adultos, personas sin trabajo, con familiares enfermos, solteros, estudiantes, matrimonios, familia, abuso sexual infantil, etc.).

Dentro de esos cambios nos encontrábamos nosotras, las chicas de la célula. La iglesia tiene una manera de organizarse para poder atender y acompañar a cada persona que se acerca en búsqueda de Dios. Nos reunimos en pequeños grupos un día a la semana, alrededor de 2 horas aproximadamente, con el fin de pasar un tiempo juntas en la presencia de Dios y aprender de su palabra, contarnos nuestras experiencias semanales y ayudarnos a superar las dificultades, celebrando las cosas en las que nos va bien. Hay una persona que lidera este grupo que está preparada para realizar esa tarea y, además, es responsable de velar por el bien de las personas que forman parte de esta pequeña familia.

A esto llamamos célula y su nombre proviene del concepto biológico. Por definición, la célula es la unidad básica de la vida. De esta manera, si trasladamos esta noción al contexto de la iglesia, el conjunto de las células (grupos de personas) formamos el cuerpo de Cristo, conocido más comúnmente como iglesia. Cabe destacar que la vida en la célula es Jesús. Él es el centro y sustento de este grupo. Por medio del sacrificio que hizo en la cruz, perdonando nuestros delitos y pecados, trajo salvación a la humanidad, lo que es la vida eterna. Creo que, al reconocerlo como Señor y Salvador, Dios me llama hija y él es mi Papá, y así sucede con cada persona que lo recibe en su corazón. De esta manera, pasamos a tener muchos hermanos, el mismo Padre y formamos una familia en la fe.

El apoyo familiar es indispensable para acompañar y crear un ambiente propicio para el crecimiento de una persona. Yo tengo el privilegio de contar con mi familia de sangre que siempre me apoyó y también con esta nueva familia a la que pertenezco hace unos años. Es así que, reunirnos con las chicas de la célula de manera virtual fue un gran sustento para mí en este tiempo. Conversar con ellas y compartir la palabra de Dios, me transmitía una sensación de protección y cuidado. Alejandra, la líder de la célula, cada tanto me escribía y a veces hablábamos por teléfono, compartíamos cosas que nos estaban pasando y comentábamos cómo actuábamos o de qué manera podíamos resolverlo. Ella me sugirió que escriba cómo me sentía en determinadas situaciones, lo cual coincidió con la tarea de los registros de antropología, por lo que decidí unir ambas tareas en ciertos aspectos, al fin y al cabo, soy la misma persona que está pasando por procesos en distintas áreas.

Desde que soy parte de esta gran familia aprendí muchas cosas, pero la más importante fue a cultivar una relación personal con Dios. Creo que, cuando Jesús ascendió a los cielos, nos envió al Espíritu Santo para que nos ayudara a vivir en la tierra hasta que él regresara. Por lo tanto, y partiendo de la verdad de que el Espíritu Santo es una persona, aunque nuestros ojos naturales no lo puedan ver, bastó con que lo creyera en mi corazón para que todo en este caos, cambiara.

De esta manera, todas estas cuestiones me llevaron a acercarme más a Dios y buscar el propósito de este aislamiento, intentando hallar las cosas positivas y mantener mi enfoque en conocerme más, mis gustos y disgustos, lo que me hace bien y lo que me hace mal, en fin... en descubrir quién soy y si quiero o no ser eso. Porque siempre la decisión va a estar en mí.

Virtud en medio del caos

Carecer de esta cercanía habría perpetuado mis emociones negativas. El hecho de releer mis registros y verme unas semanas atrás me hizo darme cuenta de que mi problema era el enfoque. Yo estaba muy preocupada y alterada por las dificultades y principalmente por lo que no tenía o no podía hacer. Pero mantener esta postura me impedía ver todo lo que sí poseía.

Luego de esto, tomé una actitud de regresar la mirada a lo importante. Y ¿qué es lo importante? Bueno, depende de la persona que lo responda. En este caso, yo soy la que está escribiendo, así que la pregunta tendría que ser elaborada de otra manera: ¿qué creo yo que es lo importante?

Mirando en las actividades que tuve después de estos acontecimientos observé que mi manera de organizar el tiempo cambió. Esto da cuenta de lo que yo considero valioso. En aquello en lo que más invierto mi tiempo, es a lo que más importancia le doy. Y esto no quiere decir que no tengo que dedicárselo, por ejemplo, al trabajo o al estudio. Sino más bien considero que no me tiene que llevar más tiempo del que merece. Intentaré explicar mejor esta idea.

Creo que existe un tiempo para cada cosa. Sin embargo, mi ansiedad, preocupación y deseo de tener todo bajo control me estaba quitando momentos con mi familia, mi mamá y mi papá que son las personas con las que conviví toda la cuarentena. Me estaba perdiendo de cocinar con ella ahora que estaba más en casa, de compartir unos mates en el patio con él, ya que ambos tomamos mate amargo y mi mamá dulce, de jugar más con mis mascotas, entre otras cosas.

En este sentido, enfocarme en lo que es importante para mí, me hizo ver mi situación desde afuera. En antropología, la palabra exacta para describir este

hecho es “extrañamiento”. Me “alejé de mi vida” para pensarme y percibí que estaba siendo una desagradecida. Inmediatamente me percaté de todos los privilegios de los que puedo gozar: en medio de una crisis económica mundial pude hallar trabajo, no me faltó qué comer ni qué vestir, tengo casa y comodidades para sobrellevar el aislamiento, mis seres queridos tienen salud y a pesar de que, por diferentes razones, mis hermanas tuvieron que salir en ciertas ocasiones, no se contagiaron del virus, puedo estudiar y avanzar con mi carrera... es decir, son muchas cosas buenas comparadas con las cosas malas.

Por otra parte, visualizar mi condición me llevó a pensar que realmente hay personas sufriendo necesidad de todo tipo y comencé a plantearme de qué manera poder ser de ayuda. En ese sentido, observé mi entorno y comprendí que lo que más estaba a mi alcance era dar contención a las familias de mis alumnos. La manera de hacerlo la voy inventando y reinventando cada día, pero una de las estrategias que empleo es preguntarles de manera personal a cada uno, cómo están, qué sienten, qué dificultades tienen. Mi ayuda solo consiste en escuchar, en contener, en apoyar y orientar a las familias que perdieron el trabajo, que de repente se convirtieron en docentes porque tienen que enseñarles a sus hijos la tarea que mandan los maestros, que tienen miedo por sus abuelos, etc.

Me propuse habilitar espacios de contención y escucha. Con esta actitud quizás no logre cambiar el mundo entero, pero sí los mundos de las personas que están a mi alrededor y bajo mi cuidado. Dar de lo que recibí. Eso es sacar virtud del caos.

SOBREVIVIENDO A LA PANDEMIA COVID-19

MICAELA PANZARDI

Cuando comencé a escribir mi registro del ASPO, el mundo estaba atravesando por una pandemia por causa del COVID-19. Esta situación me afectó emocionalmente, tenía mucha incertidumbre, falta de seguridad y confianza por la gravedad que conlleva este virus. Al enterarme de esto sentí mucho miedo por toda mi familia, ya que este mismo virus te puede llevar a la muerte.

Luego de un mes en cuarentena, puedo decir que me adapté en este giro veloz que realizó mi vida, y el proceso de adaptación que realicé no fue nada fácil. En los primeros días de aislamiento, sentí mucho impacto y agobio. Por ejemplo, recuerdo que cuando me enteré de la llegada del virus al Chaco, sentí un impacto al saber que un virus podía llegar a todo el país, y también mucho agobio a su vez por no saber específicamente los cuidados para prevenir el contagio. Con el correr de los primeros días fui enterándome de qué se trataba y cómo podemos evitar el contagio del COVID-19, y sentí mucha tranquilidad al saber que siempre me encuentro en mi hogar y mantengo siempre los cuidados posibles para prevenir el contagio.

En las primeras semanas de cuarentena sentía muchas emociones juntas, una de ellas era la angustia de cómo va a seguir el tema de las cursadas en la facultad, por no poder cursar presencialmente como siempre lo hacíamos, ya que se declaró cuarentena obligatoria en todo el país, en la misma semana en que iban a comenzar las clases. Y a su vez, tuvimos que cursar virtualmente por primera vez en la facultad, era algo nuevo que nadie sabía hasta cuánto iba a durar. Me costó mucho acostumbrarme porque no soy muy buena con la tecnología y me enojaba por eso, me molestaba a la vez la cantidad de lectura que nos hacían leer en los primeros días sin ninguna clase de apoyo. Luego estos problemas se fueron acomodando porque empezamos a notar que esto iba a durar meses y teníamos que seguir como podíamos, por parte de los alumnos y profesores. Empezamos a tener clases por muchas aplicaciones y páginas web, algunas como: *Aula Virtual, ZOOM, Classroom, YouTube y Google Meet, etc.* Y el aprendizaje se hizo más llevadero y comprensivo.

Por las noches tenía insomnio me dormía a altas horas de la madrugada, pensaba y me preguntaba: ¿cómo iba a afectar al mundo entero esto que estamos pasando? Sabía que con la llegada del virus se producirían muchos cambios a

partir de ahora y uno de ellos eran los nuevos hábitos de la higiene. Por ejemplo, aseos, limpiezas y desinfección constante de los hogares; el uso del barbijo cuando se sale de las casas; uso del alcohol en gel en las manos o de agua con alcohol en la ropa para desinfectar al momento de ingresar a las casas.

En las primeras semanas del aislamiento fui a comprar al supermercado y en el transcurso del viaje pude observar que las calles estaban vacías, había muy pocas personas circulando. Las personas que salían usaban barbijos y tomaban distancia unas de otras, también al salir pude observar el miedo y el pánico que había en las personas, ya que por ejemplo, no paraban de hablar de lo que estábamos pasando, de la incertidumbre de saber cómo seguirá todo, sumado al aumento de infectados día a día.

Luego de un mes, están más flexibilizados los horarios de las salidas y los permisos que podés sacar en la comisaría más cercana de tu casa. Incluso salir en auto y moto si es necesario, dependiendo de tu patente impar o par, aunque de forma individual, no se puede circular de a dos. Me impactó mucho esta situación al ver cómo cambiaron los hábitos sociales de cada sujeto ante esta pandemia. Jamás imaginaba que ocurriría esto, fue algo que me impactó mucho en mi vida, saber que por el aislamiento no podés salir si no es de urgencia lo que necesitas, no poder ver a tus seres queridos es algo que jamás pensé vivirlo.

Luego de dos meses de cuarentena, puedo decir que sigo extrañando los hábitos sociales que tenía en el mundo exterior: el ir a la facultad a escuchar las clases y quedarme a comer en el comedor universitario; estar con mis amigas en la biblioteca estudiando y charlando; el poder ir a entrenar radical fitness. También lo que extraño mucho es la tradición que tenemos en mi familia, de almorzar todos los domingos juntos y estar todo ese mismo día realizando actividades y divirtiéndonos en familia. Pero trato de sobrellevarlo, porque cuando termine el aislamiento podré volver a mis hábitos sociales.

En los primeros días aprendí mucho sobre la convivencia del hogar con mi familia, en las primeras semanas organizábamos juegos para no aburrirnos, y con mi madre por las tardes hacíamos repostería. Destaco que puedo pasar más tiempo con mi familia, conocerlos aún más a todos y poder compartir muchos momentos lindos en el hogar. Quizás antes no podíamos porque mis padres trabajan, mi hermano y yo teníamos siempre diferentes horarios, y solo hablábamos a la hora de almorzar. Ahora por la cuarentena estamos todos los días juntos. Poder aprovechar a mis padres y hermano es una linda experiencia que estoy disfrutando y la llevaré el resto de mi vida.

En la segunda semana también tenía muchas desorganizaciones y una de ellas era en relación con el espacio y el tiempo tanto en la vida personal y facultativa.

No tenía horarios, tampoco un lugar específico para estudiar, por más que tenía mi escritorio en el cual estudiaba, me sentía incómoda e iba con todos los apuntes por toda mi casa. En relación con el horario, sentía que no me alcanzaba el tiempo para realizar todas las actividades que quería y me sentía muy angustiada por ello. Luego me di cuenta, en la tercera y cuarta semana, que estas ideas de “*falta de horas*” y “*sentirme desorganizada*” eran algo psicológico en mi mente, porque me alcanzaban las horas para todo, solo que me encerraba en mis pensamientos de que no tenía tiempo para nada. Empecé a darle sentido a mi vida, traté de marcar los tiempos y las actividades, fui anotando en papeles y cuadernos mis horarios y lecturas, tuve una gran organización con respecto al tiempo y espacio.

Lo que remarco de la cuarentena, es poder encontrarme conmigo misma, *mis valores y mis motivaciones*. En los primeros días estaba pasando por momentos de muchas emociones por toda esta situación de pandemia y no los podía encontrar en su totalidad. Pero hoy en día, después de dos meses, logré encontrarme conmigo misma, pude contenerme y calmarme y gracias a eso hoy me siento muy bien.

Logré encontrarme como nunca antes pude hacerlo, me ayudó mucho un registro que nos hicieron realizar en la facultad, en la cátedra llamada antropología social y cultural. El registro consistía en anotar lo que vivía durante todos los días y gracias a esto logré una conexión conmigo que nunca tuve. Fue por leer las cosas que escribía y poder comparar cómo me sentía cuando empezó la cuarentena y cómo me siento luego de dos meses. Las primeras semanas me dejé ganar por la incertidumbre, y no tenía nada estable, pero después de dos meses empecé a generar tiempos y actividades conforme a lo que tenía que hacer y cuando hacerlo. Poniendo énfasis y prioridad a los diferentes asuntos.

Destaco el estado emocional más importante para mí: “*la aceptación*”. La aceptación de entender el aislamiento obligatorio, de aceptar que estoy en un momento muy difícil de mi vida y del mundo, que nuestras vidas rutinarias hicieron un giro. Y logré aceptarlo y adaptarme a esta vida que estamos teniendo y hoy en día se me hace costumbre estar en cuarentena. Creo que cuando todo vuelva a la normalidad me sentiré rara, porque logré hacerla parte de mí y naturalizarla tanto que se apropió de mí, por el hecho de estar tanto tiempo aislada. Hoy en día llevo aproximadamente dos meses de cuarentena en Chaco y los casos de infectados aún siguen en aumento, ahora de forma veloz; pero lograremos salir de esta pandemia, costará, pero lo lograremos todos juntos como sociedad.

POR UNA NUEVA CONVIVENCIA

MOIRA ALEJANDRA PEÑALVER

178

Leyendo mis registros pude notar que el tiempo en las primeras semanas de cuarentena, lo experimentaba de forma diferente porque al principio del ASPO me encontraba en un estado de serenidad y con un argumento de “*esto ya va a pasar*”. Creo que es algo difícil llevar este aislamiento, tal como a mí me pasa, también hay otras personas a las que les suceda lo mismo. Cuesta el volver a acostumbrarse a estar en el hogar, realizar actividades que antes no se realizaban, notar que los días se hacen cada vez más y más largos, parece que nada cambia y que la rutina es siempre la misma. Pero poco a poco me voy adaptando, trato de organizarme con mis horarios, con mis actividades de la facultad y también en brindar ayuda a mi familia, tanto en el hogar como con el cuidado de mis hermanas.

A su vez, volver a habitar el hogar de mis padres, en el cual ya no vivo hace cuatro años, puede parecer algo nuevo, raro, y difícil a la vez. Me siento como en un lugar en el que no pertenezco, ya que no me encontraba viviendo acá por haberme mudado a otra ciudad para estudiar en la universidad. Todo me molesta, todo me aturde, éste no es el lugar al que estaba acostumbrada, extraño “*mi rinconcito*”. Y la pregunta de ¿hasta cuándo vamos a estar así? me acompaña en todo momento.

Podría llegar a decir que mi vida cambió totalmente con la cuarentena. El día se basa en mates, charlas, ver noticias, el estar todo el tiempo adentro de la casa y en sí no mucho más que eso.

Van pasando los días, las semanas, miramos las noticias, cada vez más casos confirmados, cada vez más cerca y es inevitable el tener miedo tanto yo como mi familia. Creo que mucho más por el hecho de que estamos en constante contacto con las personas por el kiosco que tenemos con mi familia en mi hogar.

Sigue pasando el tiempo y no logro salir al exterior, esto se va volviendo rutina y ya no le veo el sentido al tener que salir. ¿Puedo decir que llegué a acostumbrarme a vivir en cuarentena? O mejor dicho, ¿la cuarentena generó en mí una especie de miedo a salir? O ¿tal vez miedo a las personas? Bueno, son preguntas que hasta el día de hoy no les puedo encontrar respuesta.

Con tanto tiempo para pensar, reflexionar y/o cuestionar, puedo decir que la pandemia me dejó varios aprendizajes personales y en muchos aspectos. Ya sea

en volverme una persona mucho más tolerable, respetar el tiempo de los demás, ya que no todos estamos transitando el ASPO de la misma manera, y principalmente en poder reorganizar mis tiempos, horarios. También traigo a colación lo mucho que me sirvió realizar mis registros, las actividades que fueron las que me sacaron de mi zona de confort y/o a lo que estaba acostumbrada.

Creo que toda esta situación del aislamiento acarrea muchísimas cosas, tanto como las que mencione antes que me dejan enseñanzas; y también, señalar que cuando todo esto termine y volvamos a la normalidad, va a ser todo un desafío en todo sentido, y para mí particularmente, el desacostumbrarme. Es decir, el lugar en donde en un principio me costaba encontrarme, va a ser al que más voy a echar de menos, así como el vínculo más fuerte que se pudo lograr en el interior de mi familia.

¿CÓMO VIVÍ Y CÓMO VIVO EL ASPO?

MILAGROS LUCILA PEREYRA

Hoy viernes 15 de mayo con una visión distinta sobre toda esta pandemia, tratando de llevar la convivencia con calma y paciencia, intentando lograr una rutina un poco más puntual con mis responsabilidades dentro de casa, cumpliendo con ejercicios y una buena alimentación. Mi manera de sobrellevar las cosas ya no es la misma que cuando la cuarentena comenzó, de a poco me fui adaptando, extraño mucho mi vida de antes, de ahora en adelante la vida y el mundo cambiaron en base a esta pandemia y este virus. Tendremos que mantenernos dentro de nuestros hogares y seguir al pie de la letra con los cuidados necesarios y la higiene, y por sobre todas las cosas, mantener la distancia y evitar la aglomeración de personas para cuidarnos entre todos.

180

En mi escrito explicaré algunos aspectos que destaco sobre mi convivencia en el ASPO, y en qué aspectos o circunstancias lograron afectarme en algunas situaciones y cómo las voy viviendo día a día.

Cursar virtualmente con muchas horas de estudios y con falta de herramientas

Me cuesta hasta el día *de hoy*, después de dos meses, adaptarme a la plataforma virtual. No cuento con todas las herramientas necesarias para cursar online, la voy llevando desde mi celular. Las lecturas por PDF se hacen más largas e interminables, a veces hasta se tarda un día entero con un texto de tantas páginas, y a la vez ir escribiendo y resaltando las cosas más importantes. Sé que no soy la única que está pasando por esta situación, sé que nos costará a muchos adaptarnos al ritmo de las clases de esta forma.

Hablando durante días con mis compañerxs, me contaban cómo están viviendo y cómo le afecta a cada uno, algunos tampoco cuentan con todas las herramientas. Hoy en día no es fácil, y los gastos no alcanzan para una PC, que es un recurso necesario para avanzar. El servicio de internet cada vez cuesta más. La situación de cada alumnx es una cuestión en la que se debe profundizar. Muchxs de ellxs presentan este tipo de problemáticas en lo económico y sin acceso a estos recursos. La tecnología cada día avanza más junto a la ciencia. Es muy injusto que muchxs tengamos que atrasarnos o quedar excluidos por no contar con las herramientas. Por suerte, tengo buenos grupos de estudio, nos

ayudamos y apoyamos en todo, tenemos una buena manera de organización con nuestros aportes a la hora de realizar los trabajos o actividades.

Respecto a la hora de acomodarme con mis estudios, no es lo mismo estudiar dentro de cuatro paredes y con la familia encima. Quizás haya muchxs estudiantes que la están pasando solxs, pero en casos como el mío, a veces no nos respetan o no nos dan nuestro espacio de estudio. A la vez, estos problemas y el no contar con las herramientas necesarias, hace más difícil el estudio. Es muy pronto por el momento, pero por lo menos hoy me cuesta menos que antes o un mes atrás, y así con el tiempo ya estaré más adaptada con el sistema y las clases virtuales.

Frustración sobre la economía en tiempos de ASPO

Esta situación que está viviendo mayoría del mundo, nos afecta mucho psicológicamente. El estrés y ansiedad que genera la incertidumbre sobre lo que va a pasar con nuestra economía es algo inevitable. En mi casa todavía no nos pudimos acomodar económicamente y con esta pandemia las cosas se vinieron un poco más abajo. Es muy triste ver todos los días por TV, o escuchar por la radio, gente que pierde sus trabajos, empresas que se declaran en quiebra en estos tiempos para evitar deudas a futuro. Pocas son las personas que están bien económicamente o que esta crisis no les afectó tanto. Hablé con amigas que dijeron algo similar, también veía entrevistas en la televisión donde algunas personas contaban que su economía seguía estable y estaban viviendo un aislamiento severo y tranquilo dentro de sus casas. En síntesis, son minoría los casos que no presentan la falta de dinero en estos tiempos de aislamiento.

Cuidado personal - Salud - Higiene

Hoy puedo reconocer que soy muy estricta con el lavado de manos y desinfección de las cosas. Reconozco que ya no tendré la misma tranquilidad que antes, no en el sentido de paranoia, sino que el lavado de manos puede salvarnos de muchísimas infecciones hoy en día. Es increíble todo lo que tuvo que pasar para que la mayoría de las personas tomemos conciencia de lo importante que es la higiene y el cuidado personal. Esta vez ya no es solamente para el cuidado de uno mismo, sino para un cuidado más colectivo y tratar de ayudarnos entre todxs. Nunca me imaginé tener que estar usando estrictamente el barbijo, es algo a lo que todavía no me acostumbro (como muchxs), supongo que con el tiempo será más familiar y menos extraño salir a la calle y ver a todas las

personas usándolo. La plata hoy la invierto en alcohol en el gel, jabones y demás elementos de desinfección o limpieza.

Mi mamá es personal de Salud Pública, tiene que ir todos los días a trabajar. Ella me guía con las desinfecciones y limpieza, incluso hasta a la hora de lavar la ropa, las dividimos y ponemos en canastos distintos, para evitar gérmenes y bacterias.

Con el tema de la salud hoy estoy más atenta con mis síntomas, ya sea un simple resfriado o alergia, tratamos de evitarlos con rapidez. Por ejemplo, yo soy alérgica, y ahora que hace frío enseguida me tomo un calmante que reduzca los síntomas y así evitar engriparme.

Hoy soy mucho más puntual con la limpieza de los pisos, picaportes, antes de tomar en un vaso lo lavo si o si, entre otras formas de mantener la higiene. No me considero exagerada, solamente llevo todos los cuidados para ir acostumbrándome cada día más, porque siempre prevenir será la mejor opción ante cualquier situación.

Comunicación a través de una pantalla

La comunicación por videollamadas es un sistema al que no estamos acostumbrados aún. La conexión a veces no es muy buena, los audios se escuchan cortados; Me pasó cuando me comuniqué por videollamadas para algunas clases, con amigas y algunxs familiares. Todo me causa nostalgia, de por si la mayoría de los individuos no podemos vivir sin él contacto, o sin charlas intensas y largas, que son un momento muypreciado y especial. A través de una pantalla también se puede pasar uno charlando durante horas, pero no genera la misma situación y es incomparable a una charla personal.

Encuentro personal y emociones

El tema de las reflexiones, encuentros con uno mismo y las emociones son tres aspectos fundamentales que fui descubriendo a lo largo de todo este encierro. Comencé a tener muchas reflexiones conmigo misma, a valorar cosas más esenciales que antes no le daba mucha importancia. Tras vivir días encerradas junto a muchos otros problemas, la afinidad con mi mamá se volvió más fuerte y el apoyo es más incondicional para lograr salir de todos estos pequeños inconvenientes que tenemos que atravesar para seguir adelante. A veces me pongo melancólica y extraño compartir esos momentos que nos quedaron pendientes con mis amigas, salir al parque o una plaza y disfrutar del aire libre, espacios y momentos que hoy no podemos, y tampoco tenemos

permitido disfrutar. También el no saber cuándo se restablecerá todo, o saber al menos cuando cada unx de nosotrxs pueda volver a nuestra rutina, es algo que genera angustia, o somos poco pacientes y queremos una solución rápida a todo o en poco tiempo. El saber que no hay un tiempo determinado para volver a nuestra vida normal, es una de nuestras peores angustias en esta situación.

Lo que hice a lo largo de estos tres meses fue brindar apoyo psicológico a mis compañerxs y amigxs, ya que la mayoría estamos afectados con el aislamiento, el encierro, y cada unx con problemas distintos.

Rutina dentro de casa y puntualidad con los horarios

Comencé los primeros días de cuarentena con los horarios muy desacomodados. Como mi cuerpo no tenía rutina, no estaba cansada y me costaba dormir. De a poco me fui acomodando, organicé actividades para cada día y sí o sí cumplir con media hora de ejercicios diariamente, mejoré con la alimentación, además de cumplir con las cuatro comidas. A las mañanas me levanto temprano y cada día de la semana me pongo alguna tarea distinta de limpieza, lo que sea de la casa, también salgo a hacer compras necesarias al supermercado o farmacia. Por las tardes, me acomodo con las lecturas y trabajos de la facultad. Los fines de semana trato de pasarlos terminando trabajos y actividades pendientes que me hayan quedado. Con esta cuarentena aprendí a ser más puntual y responsable con los horarios, al menos dentro de casa, para evitar cualquier situación de estrés y mantener mi mente ocupada.

Para ir cerrando, estos aspectos de la cuarentena junto a las actividades que fui llevando en estos meses, cambiar mi perspectiva a lo largo de este tiempo. La importancia de los cuidados que voy tomando junto a la higiene y la rutina dentro de casa.

LA FACULTAD EN CASA:

HISTORIA DE UNA COMPUTADORA REBELDE

MELISA DENISE QUIROZ

184

En primer lugar, puedo destacar que desde que comenzó el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) sentí que hubo como tres períodos, en los que surgieron nuevas cuestiones como por ejemplo cambio de lugar de cursada, mis tiempos, espacios de estudio, relaciones personales, estados de ánimo, cambio de ideas, todo dentro de un corto tiempo. Cuando comencé a escribir mis registros personales, aquel lunes 23 de marzo dentro en un contexto de cuarentena, en un principio el tema del ASPO no me interesaba mucho que digamos o no quería escuchar sobre ese tema puntual. Ya que estábamos en el constante “qué pasará después” y a mí en un cierto punto me generaba un poco de angustia y preocupación del “que podía pasar después”. Este registro personal surgió de la cátedra Antropología Social y Cultural, comencé a escribir en un principio mis registros todos los días pero luego decidí hacerlo los domingos al finalizar la semana, para tomarme mi tiempo y pensar en cómo pasé la semana en cuarentena

Estaba comenzando una nueva cursada aunque virtual del tercer año del profesorado en Ciencias de la Educación en cuarentena, en Bella Vista Corrientes. Estaba en mi casa con mi familia, mi mamá, papá y dos hermanas: una mayor y otra menor (sí, soy la del medio), mis mascotas, mi lugar de siempre. Anteriormente al ASPO vivía en Resistencia Chaco.

En el primer periodo arrancaba con estos relatos míos o estados de ánimos, o simplemente ideas que tenía de mi casa, de mi familia, de mi misma, de las actividades de la facultad, etc. o simples preguntas que me hacía en situaciones particulares. Además, nunca he tomado nota, ni registros de mis quehaceres o rutinas, creo que nunca tuve esos famosos diarios íntimos en la infancia o adolescencia, y tampoco me iba imaginar que para una actividad de la facultad tenía que tomar registros de mí día a día. Por lo tanto, ésta pequeña producción es algo novedoso.

Al comienzo de la cursada de la cátedra de Antropología Social y Cultural, en el contexto de pandemia, aprendí el concepto de la redefinición de los lugares. Para comprender este concepto nuevo lo relacioné con mis vivencias. Por ejemplo en mi caso el living se ha transformado en “mi aula”, que anteriormente

sólo era un lugar de estar o casi nunca estaba situada ahí, pero ahora desde que arranqué mi cursada virtual estoy parte del día en “mi living-lugar de estudio”. Es un lugar espacioso y tranquilo, tiene una biblioteca, está la impresora para imprimir apuntes de la facultad, mesa, sillas, y hay una ventana amplia que por las mañanas se aprovecha una buena iluminación. También mis hermanas han tomado esta nueva imagen o redefinición del living y hacemos nuestras tareas académicas allí como el lugar de estudio.

Trataba de recrear como en las cursadas presenciales, los recreos, y entre las actividades académicas miraba recitales por internet, es algo que me apasiona mucho, hasta diría que ir a los recitales a ver mis bandas favoritas me da vida. Obviamente que no es lo mismo ver a través de una pantalla que estar frente a tu banda favorita con tanta electricidad encima y disfrutar de la música, amigos/as. Teniendo presente la idea de que los recitales iban a estar cancelados por un tiempo indefinido hacía que extrañe un poquito más lo de antes, ir a los recitales. Y así comenzaron mis días de aislamiento, las primeras semanas de la cursada virtual en el contexto de ASPO pasaron con un ritmo importante: aulas virtuales, cátedras nuevas, profesores/as y ritmo académico nuevo, todo nuevo.

Como todo comienzo de año, ¿no?, traen cosas nuevas, pero ante todo esto nuevo para mí tenía una *protagonista* que ya la conocía, pero me di cuenta de que no tanto. Estoy hablando de mi computadora que antes de que comience mi cursada virtual sólo la utilizaba para cosas básicas en cierto modo. Pero ¿por qué digo que es protagonista? Porque a medida que pasaban los días de cuarentena noté que me levantaba en las mañanas y tenía a mi computadora al lado. Literal, abría los ojos y ya comenzaba a hacer las cosas de la facultad. Entonces en mi día no podía faltar la presencia de mi computadora. Claro, era mi canal de comunicación con mis pares de la facultad, mi herramienta de estudio, acceso a plataformas, información, etc. es decir que la computadora pasó a ser una compañera.

Quiero señalar (que tal vez no viene al caso en este contexto de pandemia) que soy de la generación que empezamos a usar las computadoras de escritorio a los 12-13 años, en la escuela secundaria o en los cybers por una hora que salía 20 pesos, ¡tiempos dorados!! En fin, tengo 24 años y creo que recién comienzo a tener un uso más adecuado, y provechoso de la computadora.

Bueno, seguían mis días así, levantarme y conectarme con mi grupo de estudio, leer, preparar trabajos prácticos, tener clases virtuales y todo con la computadora. Parecía que tenía el control de mis tiempos para dedicarme al estudio, a las reuniones, a las lecturas, actividades áulicas virtuales, debates grupales de estudio, charlas extracurriculares con mis amigas/os de la facultad,

sí... suena como que vivía sólo para adaptarme a la nueva vida académica y virtual. ¿No estaba pendiente de otra cosa? Hasta aquí no, no pensaba en otra cosa más que en estar pendiente de los quehaceres de la facultad y sí, todo el día con la computadora.

Como mencioné, tenía poco interés en el ASPO, no estaba muy informada que digamos. Por ejemplo, a la hora de los almuerzos en mi casa está prendida la televisión y se escuchan las noticias sobre el ASPO: escuchaba decir “ya son tantos los casos, los muertos, el virus llegó a tal lado”. En ese momento, empezaban las prohibiciones de las cosas, lugares, ya estaban las medidas instauradas de sanidad obligatorias, y otras cuestiones en relación con eso. Pero luego con el ritmo que estaba teniendo con las actividades de la facultad y al estar todo el tiempo con la computadora, llegué a un punto que dejé de estar en la mesa o estaba poco tiempo en las horas de almuerzo debido a que me tenía que levantar al rato para hacer alguna que otra cosa con la computadora o a veces tenía clases.

Desde mi punto de vista la televisión como medio de comunicación “confiable y garante de la realidad” sólo fomentaba el pánico y tomé la decisión de no dar importancia a ello. Decidí informarme lo justo y necesario de fuentes confiables. En mi casa era mi mamá quién salía a hacer las compras y demás, al igual que mi papá. Ellos eran mi fuente confiable de cómo estaba la situación afuera de mi casa en mi ciudad, como yo no salía ni a la esquina a comprar pan no sabía nada del afuera. Sí... no salí hasta por casi dos meses. Iba desde el living “aula” a mi pieza, o pasaba tiempo con mis hermanas.

En relación con el estudio, con mi hermana mayor compartimos mates y algunas veces hacemos apuntes juntas por las mañanas, y con mi hermana menor compartimos los momentos de recreación, con las mascotas de la casa, escuchar música, cantar, bailar. O bien pasamos tiempo las tres juntas cuando vamos al quincho que tenemos al fondo de mi casa. Fue idea de mi hermana mayor ocupar ese espacio y destinarlo como el lugar de recreación en la cuarentena, allí hacemos rutinas gimnásticas y en algunas ocasiones mi mamá también se suma, si no está ocupada. Además, todos los integrantes de mi casa - mamá, papá y hermanas- tenemos actividades y ocupaciones con sus respectivos lugares en la casa, entonces cada cual con sus cosas.

Volviendo al tema de mis actividades académicas y con la cursada virtual, con el pasar de los días me di cuenta de un cambio en mí, en cuanto a mi desinterés por el ASPO. Este cambio tiene que ver con el desarrollo del trabajo de investigación por parte de la cátedra de Antropología Social y Cultural. Me hizo notar que había comenzado otro período, diferente al primero, porque tenía una

nueva perspectiva sobre el ASPO. Al convertirse en el objeto de estudio de la cátedra, hubo como un pasaje de un primer período: en donde estaba una Denise en una nube donde había actividades de la facultad, lecturas, reuniones, clases virtuales, como todo muy estructurado. A un segundo período: en donde esa Denise en la nube se transformó en una que investiga, observa y registra su entorno, su rutina, sus relaciones con la familia, el modo en que ocupa su tiempo y los que sentimientos al desarrollar sus quehaceres. En fin, comencé a recolectar información para llevar adelante un estudio del ASPO desde mi casa, propuesto por la cátedra. Esta idea de hacer un trabajo de campo e investigar “con lo que tenía” ayudó a que me interese aún más, y toda esa información la volcaba en un pequeño textito los domingos, el famoso registro semanal.

En este cambio de perspectiva también tuvo que ver el trabajo que hice a dúo con una compañera de Resistencia Chaco. Tarea que nos asignó la profesora y titular de la cátedra Carolina, para hacer de a dos. Con mi compañera de dúo, aunque no la conocía llegamos a trabajar muy bien. Juntas compartimos charlas muy productivas -y el resultado de este trabajo en conjunto, me permitió ver la “otra cara” con respecto al ASPO, de cómo lo vivía ella, en su casa, su barrio, su familia, actividades de la facultad, etc. Y entonces conocer esa otra cara del ASPO contada por una estudiante, al igual que yo, también ayudó a que cambie mi perspectiva sobre el objeto de estudio. Sobre todo- porque noté que había muchísimas cosas para analizar, observar, notificar, como cambios de hábitos en la sociedad o en nuestras casas mismas.

Bien, venía cumpliendo con mis tareas cotidianamente y respondiendo las demandas de la facultad y el uso de la computadora cada vez me sentaba mejor, ya estaba familiarizada con el manejo y me sentía a gusto porque sin querer queriendo aprendí algo nuevo en cuarentena. Todo me caía bien, comenzaba entonces este nuevo período, en donde estaba de acuerdo en que mi pensar sobre el ASPO cambió y mis días tenían ese ingrediente de que estaba haciendo un trabajo de investigación. Hasta que una buena mañana... me sentí cansada mentalmente, porque físicamente casi todos los días trataba, al menos una hora, de hacer gimnasia en el patio, ya que me pasaba casi todo el día sentada con la computadora. Lo que trato de hacer es estar bien, casi siempre, estar en un equilibrio entre varias cosas, y me refiero a “equilibrio” con situaciones de mi casa, mi familia, vida social, vida académica, etc. Comencé a sentirme cansada de la virtualidad y sentía también que una fuerza negativa empezó a tener un peso sobre mí y me resultaba difícil sentarme y conectarme con la computadora para realizar todo lo pactado en el día. Lo que hacía era escribir en un papel las actividades por hacer y a medida que lo iba haciendo iba tachando cosas de la

lista, y notaba que esa lista tenía cosas sin tachar, lo cual me tensionaba. A su vez esto me daba una exigencia que yo misma me proponía de llegar a hacer todo en un día, pero esto y más la fuerza negativa que estaba teniendo por la vida sedentaria en un momento se convirtió en un peso. Claro, fue un cambio inesperado de pasarme todos los días con una rutina activa, yendo y viniendo a estar encerrada, y al no estar acostumbrada al uso de la computadora y de un día para el otro, como de golpe, usar todos los días varias horas el dispositivo me llevó al cansancio.

En este periodo es que comenzaba a notarse el cansancio por la cursada virtual en cuarentena, la protagonista que venía “remando” conmigo la situación empezó a tener fallas, estoy hablando de la computadora. Primero la falla fue con el programa Word, que para los estudiantes es una herramienta útil, y diría que para casi todo. Entonces no tuve una mejor idea que pedirle al técnico que me instale un nuevo programa para poder seguir con mis actividades académicas sin problemas. Pero, antes de contar lo que pasó con la computadora, quiero hacer un comentario personal. Me considero una persona que si algo me sale mal en el día, lo tomo para bien, como un estilo de vida, lo que me sale mal también es bienvenido. Bueno, ante las fallas de la computadora tuve que llamar al técnico para que me pueda realizar una instalación nueva y pueda continuar con el uso del programa Word. Tenía anotado y organizado mis días por actividades de cada cátedra, para colmo en la semana se venía un examen que justamente teníamos que trabajar con ese programa que en mi computadora estaba teniendo fallas. Okey, quería que todo me salga bien, cumplir con mi lista de actividades de la semana, y ¡pum! (explosión) me salió mal lo planeado. En el momento en que el técnico realizó la instalación, yo estaba a medio camino de un trabajo que me costó mucho, porque, como dije antes, estaba sintiéndome cansada al estar muchas horas con la computadora, pero igual le ponía onda. Cuando veo que el trabajo que estaba terminando y debía entregar ese mismo día, sí... imagínense... (te da adrenalina) se había borrado. Bueno, al ver eso lo primero que hice fue estallar en llanto, después me decía a mí misma ¡lo que costó hacer ese trabajo!, intentando buscar explicaciones de qué había hecho mal. Lo que sucedió fue que entre el programa viejo que tenía y el programa nuevo que se instaló se había dañado mi trabajo a medio camino. Pensaba: tendré que rehacer el trabajo, voy a tener que presentar fuera de término, ¿van a creer las profesoras lo de la falla de la computadora? Miles de cosas se me ocurrían, unas detrás de las otras pasaban las ideas. Lo único que quería saber era que se podía recuperar mi trabajo y que podría presentarlo. Al final el técnico logró recuperar la mitad del desarrollo del trabajo. Fue una

noticia agradable en su momento, pero el plano de la facultad quedó en un segundo lugar, y ahí empecé a hacerme unas preguntitas: ¿qué me había pasado? ¿era necesario llorar porque se dañó un trabajo para la facultad? ¿la falla de la computadora fue la gota que rebalsó el vaso del cansancio que venía sintiendo y la exigencia que me imponía? Por supuesto que hablé con las profesoras, comentándoles que estaba retrasada con la entrega del trabajo práctico y me dieron la oportunidad de presentarlo al otro día. Un gesto que me parece importante, por parte de los/las docentes, es la flexibilidad en este tiempo de pandemia conmigo y con todos/as estudiantes.

Al siguiente día, después del episodio con la computadora, sentí que la carga que estaba teniendo con la virtualidad, clases y actividades con la computadora se había ido y estaba un tanto más aliviada, no sentía esa fuerza negativa ni mucho menos el cansancio. Y aquí empezaba a transitar por un nuevo período, pienso que éste podría ser el resultado de los anteriores: se notaba una Denise familiarizada con el ritmo de clases virtuales, llevando adelante su trabajo de campo de la cátedra de Antropología Social y Cultural, teniendo un buen manejo de la computadora y sobre todo, adaptada a los cambios.

La cursada virtual trajo un ritmo académico distinto al que fui incorporando a mi rutina facultativa pero en casa. Como que la facultad “se mudó” de Resistencia a mi lugar natal y eso me generaba una exigencia y sobrecarga, al estar todo junto en un mismo lugar. Pero también fue producto de la sobrecarga el seguir una rutina planeada y estructurada (con todas las fallas habidas y por haber), que una sola cosa desequilibró todo, *la falla de la computadora*. Este suceso me hizo dar cuenta de cómo venía sobrellevando mi rutina nueva en cuarentena, el estudio y mi vida de nuevo en Bella Vista.

En cierto punto, quizás, fue necesaria esa falla de la rutina estructurada y empezar con otras energías las actividades del día, y dejar de pensar que mi vida académica pertenecía a otra ciudad. ¡Es más! Llegué a guardar en cajas objetos relacionados con mi vida como estudiante en Resistencia, guardé mi bolso de viaje, la mochila que llevaba a la facultad, algunas que otras cosas que estaban destinadas a mi departamento, etc. Necesitaba volver a reestructurar mi contexto actual “facultativo” pero en mi casa de siempre. Necesitaba volver a comenzar pero con todo esto “nuevo” para mí que estaba haciendo en cuarentena, y adaptarme de nuevo a mi casa. Dejar de pensar en “cómo va a ser después” cuando pase la cuarentena, o que podía agarrar mi bolso de viaje para retomar la normalidad, las clases presenciales, los debates grupales en la biblioteca, juntadas con amigos/as y vecino/as en Resistencia.

Hasta ahora, mi rutina pasó a ser combinada con mis tiempos, ya no hay únicamente una computadora y apuntes alrededor mío. Hay música, está mi familia y la presencia, infaltable, de mi gata que se llama Pelusa. Incluso solicité permiso para salir a realizar actividad física por la ciudad, ya que al pasar de los meses en cuarentena, se habilitaron las salidas para hacer actividad física pero con permisos dados por la municipalidad y respetando el aislamiento social entre personas y el uso obligatorio de barbijos, suena raro ¿no? Es decir que en mis días empezaba a influir el afuera y no tanto el encierro de mi casa y las tareas de la facultad. Ya no siento la tensión del encierro y la exigencia que me imponía.

Vi a mis amigos/as después de meses, lo que me ayudó a darle un nuevo ingrediente al período “nuevo” que estaba empezando, bueno, no sé si nuevo porque en éste hay cuestiones presentes de los anteriores. Por ejemplo, ya la tengo clara con la computadora, sigo haciendo mi trabajo de investigación desde la cátedra de Antropología Social y Cultural, continúo con mis registros personales, por supuesto que sigue la cuarentena y por supuesto que seguiré aprendiendo. Es decir que sí, estoy pendiente de las demandas de la facultad pero además incluí un poco de otras cosas para ir haciendo un equilibrio entre todo. Hacer que funcione ese equilibrio, creo, hasta que algo vuelva a pasar, porque sí, todo puede pasar.

TRAVESÍA Y CAMBIOS A TRAVÉS DEL ASPO

NICOLÁS RAMÍREZ

Para hacer el análisis de un registro escrito diario, existen cientos de maneras, lo pensé y lo pensé. Se me ocurrió hacerlo mostrando las diferencias en cuanto a la cursada presencial y la actual en el hogar y vía web. También describiré los tipos de sensaciones y sentimientos que he tenido durante lo que va del aislamiento. Para tener en cuenta, en mi casa habitamos con mis padres, 6 hermanos incluyéndome y 2 sobrinas que están en edad escolar. Soy de Fontana, Chaco, una localidad bastante criticada por el bajo cumplimiento del aislamiento obligatorio por parte de la población.

Por eso, los temas que trataré a continuación tienen que ver con la nueva organización que realicé en el transcurso del ASPO, el cual nos tomó por sorpresa a todos en general. Luego, continuaré relatando cómo se fueron dando las cosas en el transcurso del aislamiento, los arreglos que hice para poder estudiar y las actividades que realizamos dentro del hogar, incluyendo las maneras que se buscaban para distraer a los niños dentro de la casa, quienes tenían actividades escolares que realizar. Sin dejar de lado, los diversos estados anímicos que atravesé durante el aislamiento social, sobre los que hablaré al final, además de recordar algunas de las cosas que volví a hacer.

Teniendo esto en cuenta, comencemos.

Nueva organización diaria

Iniciando el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO), puedo decir que es muy diferente de lo que uno imaginaba o esperaba. Esperaba una duración más corta del aislamiento, que en el hogar ocurriese lo mismo que en la facu, tener cierta organización de tiempo para el estudio, espacios de estudio libres de sonidos y de interrupciones, cosa que en el hogar no ocurre. Estoy acostumbrado a estar en la biblioteca de la facultad, encerrarme con unos auriculares, leer y tomar mate un tiempo bastante prolongado. Todo lo contrario, me sucede en casa, apenas si podía estudiar de 20 a 30 minutos por día al principio, pero a medida que fue pasando el tiempo fui encontrando momentos para hacerlo. Lo pude hacer durante la hora de la siesta cuando duermen, más o menos entre las 14hs y las 16hs. Incluso durante la noche cuando hay un poco más de

silencio, porque mis padres como mis hermanos están en sus habitaciones, son tiempos que uso para leer y hacer los trabajos.

Limpieza, cuidado y juegos de niños en el hogar

Pero no todo es cosa de estudios. A diferencia de la facultad y las cursadas, en donde también estaba el asistir a las cátedras, buscar mate entre medio de las clases para continuar el estudio, se agregaron otras preocupaciones. En casa, si bien me organizaba para realizar las lecturas y trabajos, también estaba la limpieza del hogar. Cuando cursaba y no estaba en el hogar, suponía que mis hermanos y hermanas se encargaban de hacerla.

Ahora que estamos todos, hay que contribuir a mantener limpia la casa, los arreglos para ir a comprar, evitar la exposición excesiva de uno con respecto a la pandemia, también cocinar quienes saben hacerlo, como es mi caso. Es decir, antes había días que me tocaba cocinar, comúnmente durante los fines de semana. Ahora me toca hacerlo durante la semana, todo depende de los ánimos de mis hermanos para cocinar.

No es solo el hecho de la limpieza y los días que me toca cocinar, sino también está la situación que en la facultad no hay niños pequeños que puedan distraernos. En el hogar se encuentran hermanitos y sobrinos que están en edad escolar, a quienes prestamos ayuda en sus deberes y juegos, para hacerles más llevadero el transcurso del ASPO. Desde jugar a armar rompecabezas, hasta jugar a las cartas (loba, casita robada, UNO), asimismo están aprendiendo a usar la computadora, lo que les permite que también jueguen con los juegos que tienen instalados.

Aunque mis sobrinos tengan tareas de la escuela, yo también las tengo. Entre las que se encuentran diferentes actividades de la cátedra: entrevistas, registros, o el análisis de la reflexividad. Digamos que nos permite reflexionar sobre que no somos solo nosotros los que estamos en esta lucha para salir victoriosos de la pandemia. Sino que somos todos y que hay diferentes situaciones. Hay quienes salen a hacer actividades externas: como los médicos y servicios de seguridad. No debemos juzgarlos sino analizar el porqué de sus acciones y razones para salir y exponerse.

Por ejemplo, mi padre es albañil de manera independiente y con el suspenso de actividades, las cosas no han ido muy bien económicamente. Al implementarse la posibilidad de trabajos para los albañiles dependientes, mi padre vio la posibilidad de volver a realizar su actividad con uno de mis hermanos, aunque los que trabajamos con él, somos alrededor de 7 personas,

incluyéndome. Siempre con el miedo de que lo detengan por realizar una actividad que le permite llevar el sustento al hogar y de esta manera soportar el paso del tiempo que lleva y llevará hasta que termine el ASPO.

Recordando pasatiempos

Todo esto puede sonar como excusa, mencionar las cosas que realizaba en la facultad o caso contrario las del hogar, como una manera de evitar comentar lo que realmente es para mí el vivir en Aislamiento.

Tanto al principio como en diferentes momentos durante el transcurso del ASPO hubo períodos en los que me sentí desconcertado. No salir y muchas veces cruzarte con las mismas personas dentro de la casa, no poder despejar la cabeza o juntarse con amigos o compañeros a liberarme, terminó sobre cargándome de cosas. Incluso tuve ideas de abandono de muchas cosas, carrera, quehaceres y salir de la casa por más que exista el peligro. Pero como muchos compañeros dicen siempre, hay quienes nos vuelven el pie a la tierra y hasta ahora me han ayudado a bajar, como dije, compañeros e incluso el acompañamiento de los profes ayuda.

No en todo momento he estado desconcertado, también tuve momentos en los que se podría decir, pude recordar viejos métodos para pasar el tiempo, volví a practicar macramé, tejido, trabajar con madera. No creo que ser ayudante de albañil de mi padre sea recordar, más bien creo que es una práctica normal, porque en los días que no asistía a la facultad me dedicaba a ayudarlo en los trabajos que él tenía que realizar. Por ende, podría decir que fue bueno para recordar viejas costumbres.

Todo lo contado es en gran parte lo que he vivido en casa, las vivencias que he tenido, los cambios que he hecho en cuanto a horarios para estudiar, los cambios de ánimo por los que he pasado. Pero no todo es malo, este aislamiento me permitió pasar más tiempo con mis sobrinas y ayudarlas a estudiar, recordar pasatiempos y volver a hacer lo que hace tiempo no hacía. Así que no todo es malo, lo único malo es el tiempo que ha pasado y el que todavía puede durar la pandemia. Lo que queda es esperar lo mejor, cuidando a nuestras familias y a todos los que nos rodean, teniendo la prevención siempre presente.

EL COVID, LA PANDEMIA IMPENSADA

ROMINA RODRÍGUEZ

En el presente análisis pretendo reflexionar y dar cuenta de mi experiencia como alumna del tercer año de la carrera de “Licenciatura en Ciencias de la Educación”. Me encuentro cursando este semestre en una situación de ASPO debido a la pandemia del COVID-19 que se originó cerca de noviembre del 2019 en China. Llegó a la Argentina y a esta región del país a principios de marzo del 2020, y por sus características de alto contagio y de ser un virus nuevo, que se conoce poco al respecto sobre que tratamientos aplicar entre otras cuestiones, es que los gobiernos toman esta medida de aislamiento obligatorio.

Para el trabajo, fui realizando un registro de mi rutina en el transcurso de estos meses y el lugar que me encontró esta medida de aislamiento es en mi casa en Resistencia donde vivo desde hace cinco años. Si bien soy de Asunción-Paraguay, y suelo viajar bastante a visitar a mis familiares y viendo cómo se fueron desarrollando los acontecimientos sobre este tema, de haber viajado me hubiera tocado vivir el aislamiento en otra ciudad.

Primer momento: cambios y momentos inesperados

Este tiempo está marcado por el inicio de un precipitado cambio en las de normas y medidas de higiene y conducta que marcarían nuestras nuevas rutinas en casi todos los ámbitos de nuestras vidas. En mis registros observo que en esos primeros momentos fue todo muy revoltoso y lleno de incertidumbre. La ansiedad y la desesperación por comprar y tener todo previsto pensando que “*no volveríamos a salir más en todo este tiempo*”. Se sentía como un bombardeo de recomendaciones a tomar, aprender y acostumbrarse a los nuevos hábitos de limpieza y cuidado para evitar contagiarse. Era una cuestión de urgencia, el lavado de manos frecuentemente, el uso constante de alcohol al estar fuera de la casa, el uso de barbijos. Cómo, dónde y cuándo usarlos, etc., y sobre todo una carrera por conseguir todos los insumos. Todo esto empezaba a formar parte de nuestra nueva rutina, también había otras medidas que llevaban más tiempo de preparación que parecían una especie de ceremonia eclesiástica, como la de prepararse antes de salir y el momento de regresar de la calle. Esto empezaba a tornarse extraño, nunca había pensado que algo tan simple como salir y entrar de la calle se volvía un ritual un poco complejo. Más adelante, avanzando en mis

registros, me doy cuenta que las salidas y las compras continuarían y que tuve que volver a salir un montón de veces. Lo único que debíamos era asegurarnos de tomar las precauciones para salir, aunque con cierta ansiedad que representaba una salida de compras.

Los nuevos tiempos

Los días transcurrían en la cuarentena, a veces tenía la sensación de que el tiempo se detuvo y no avanzaba nunca. Era muy difícil encontrarle el sentido lógico a toda mi rutina, levantarme, acostarme, mirar la televisión, comer, ordenar mi casa y estudiar; eran cosas que solía realizar siempre pero ahora, sin embargo, todo me resultaba extraño. Mas adelante en cambio sentía que todo era un caos y que el tiempo volvía a correr con prisa y no me alcanzaban las horas del día para hacer todas mis tareas pendientes. Resultaba contradictorio porque ahora tenía más tiempo que antes al estar en mi casa, y sin embargo, me siguen faltando las horas para hacer todo lo que quería. Empecé a fijarme de vuelta un horario para levantarme, y un tiempo para desayunar o tomar mate, y fijarme si tenía alguna tarea pendiente o alguna clase de la facultad para organizarme mejor el día. Luego, venía la hora de preparar el almuerzo y ordenar un poco la casa, mirar las noticias, leer textos de algunas materias, preparar alguna receta que encontraba, hablar con amigos o familiares por teléfono. Así volvía a tener sentido de vuelta, la organización de mis días, y ya no me resultaba tan extraño y caótico todo, como al principio.

La adaptación de los pequeños lugares

Por otra parte, los espacios de mi casa fueron tomando nuevos significados. Si bien, anteriormente cada lugar de mi casa cumplía su propia función, como el comedor y la cocina eran solo para hacer unas tareas específicas de cocinar o comer; ahora los convertía en nuevos lugares para tener una clase, hacer una lectura, tener una conversación familiar. También fui organizando mejor los sitios de mi casa como para mis clases de la facultad y trataba de destinar distintos espacios para ello, como la sala, el comedor, a veces el dormitorio. Así trataba de que las actividades no se centraran solo en un lugar para no llegar aburrirme en una sola área de la casa.

En la entrada de mi casa preparé un pequeño sitio de llegada y desinfección que contaba con trapos húmedos con cloro para los calzados, un frasco de alcohol para las manos y un pequeño tendedero para colgar algunas ropas. También, al patio le fui sacando más provecho que antes, ocupando más tiempo allí, trato de

pasar la tarde o tener algunos momentos de charlas o juego con mis perras. Paso todo el día en mi casa, por lo que ocuparme de arreglar o darle cierta calidez al ambiente me ayuda a pasarla mejor y no pensarla como un lugar de encierro. Aquí en la ciudad, la cuarentena se hará más larga aun, por lo que pasaré más tiempo encerrada, pero trato de no pensarlo de esa manera. También, al principio intentaba cambiar algunos muebles de lugar, sacaba algunas cosas guardadas que tenía desde hace mucho por las mudanzas, y las adornaba por la casa. Más adelante fui ocupándome de arreglar mejor el jardín y hasta pensaba en hacer una huerta, así pasaba mis días tratando de arreglar y darles un poco más de calidez a los sitios. Realizar estos pequeños cambios y adaptaciones me causó gran satisfacción, ya que fue una tarea pendiente desde que me mudé a esta casa y no lo había podido hacer. También me ayudó a tener una agradable sensación al momento de llevar allí mis actividades.

En la búsqueda de un equilibrio

196

Este periodo de ASPO está cargado de cambios en mis estados de ánimo y mis pensamientos. Por una parte, observo en mis registros los pensamientos un poco tremendistas, tenía momentos en que se me presentaba una película muy fea y apocalíptica. Pensamientos acerca de que todo se saldría de control y el futuro era incierto. Si quería distraerme y pensar en otra cosa, las noticias no eran una buena opción, allí acaparaban todo con el tema de la pandemia. Algunos programas, más allá de transmitir información y tranquilidad, hacían todo lo contrario, solo me creaban más confusión y temor. Algunas noches intentaba no colapsar, pero el llanto era inevitable, resultaba difícil atravesar una situación tan incierta y la preocupación por familiares, amigos o conocidos me sobrepasaba.

Transcurrí este tiempo con episodios de llanto, de no tener ganas de hablar con nadie porque la situación me desbordaba. No sabía que pasaría con las clases en la facultad, todos estábamos con la expectativa de ver cómo continuaban. Lo único que aprendí en este tiempo sobre este aspecto, y también como mecanismo de defensa, es en no darle rienda suelta a mis pensamientos, ya que a veces solo pensaba que dejaría la facultad, que no sabría que iba hacer, que algo malo le podría pasar a mi familia. Sin embargo, no me dejé ganar por la angustia y los malos momentos, necesitaba estar bien y ponerme bien. Muchas actividades de la facultad requerían una gran concentración y dedicación, y no podía estar condicionada solo por mis temores. Por eso intenté ver una serie en la televisión, me conecté más a las redes sociales y con mis amigos, me reía con

los memes de la pandemia, al final reírse de los problemas era una buena estrategia.

Reflexionando sobre salud pública, los estados y la educación

Ahora que empieza a empeorar de vuelta la situación en la ciudad y se retrocede en la fase la cuarentena, es que voy aprendiendo a manejar mejor la situación en base a la poca experiencia que voy tomando en este tiempo, qué hacer si me enfermo, como controlar mi ansiedad ante el menos problema. Una noticia que me impactó mucho fue la muerte de una docente en la ciudad de Córdoba por amigdalitis, la misma afección que tuve yo a finales de marzo. La mujer no llegó a tener una buena atención médica debido a que todo el sistema de salud estaba abocado a tratar el tema del coronavirus. Fue una verdadera peripecia lo que transitó en los hospitales en busca de una atención, lo que tristemente la llevó a la muerte. Todo esto me llevó a pensar y reflexionar un poco más sobre muchas cuestiones a nivel de la salud y de las políticas que ahora estaban saliendo a la luz. Los servicios públicos sanitarios son completamente insuficientes, incluyendo el primer mundo. La salud, así como la educación, no están ni por asomo entre las prioridades de los Estados más importantes del planeta. Pero sí muchos de ellos se jactan de sus riquezas y poderes armamentísticos, y eso sin mencionar siquiera a los países en desarrollo donde las necesidades de contar con buenas políticas públicas piden auxilio. He ahí el gran problema de este nuevo virus, su capacidad de contagio es tan fuerte como su capacidad para desnudar realidades que se encontraban veladas o tenían muy poca atención: desde desigualdades sociales, desigualdades de condiciones para llevar a cabo la tarea de enseñanza-aprendizaje. Hoy son mucho más palpables todos los problemas que afectan a las distintas sociedades. En este sentido, destaco el ingenio y la buena predisposición de muchos docentes para que la educación llegue a todos sus alumnos, como así también algunos, que por suerte son pocos los que no llegaron a tomar dimensión de la situación y que solo dificultan este proceso de aprendizaje. Creo que hoy en día no debe resultar una cuestión difícil de dilucidar para un docente, conocer las desigualdades que atraviesan las sociedades, y cómo esto afecta y pone en desventaja a muchos de los alumnos con menos recursos, lo que hoy con esta epidemia se acrecientan aún más.

La unión a pesar de la distancia entre compañeros de la facultad

Las clases y el semestre de la facultad es un momento que están muy marcados por el ASPO, si nuestras vidas y rutinas se vieron atravesadas por un gran cambio también lo estaba la cursada en la facultad. Todo lo que conocíamos acerca de un establecimiento, un aula donde se desarrolla un proceso de enseñanza-aprendizaje, un espacio en la que hay una constante socialización entre diferentes personas, ahora ya no estaba. Era como si todo eso se debiera reinventar y trasladar a un espacio virtual para llevar a cabo todo ese proceso de educación. En un principio, me llevó dos semanas organizar y disponer un lugar apropiado y materiales adecuados para las clases, los momentos de lectura y de estudio. También, acostumbrarme a los horarios virtuales me fue un poco difícil. Si bien eran mucho más manejables al estar dentro de la casa, me sentía un poco perdida con respecto a eso, ya no era a qué aula tenía que ir, sino a qué enlace y qué página ingresar. Sobre todo, no tener un contacto más estrecho con los docentes y los compañeros, me resultaba raro.

198

Las condiciones materiales son una cuestión fundamental para garantizar una buena cursada, y aun así, teniendo todos los recursos nada garantiza que aprendamos en estas condiciones de cursado. Además, como ya mencioné, si antes de la pandemia existían desigualdades de condiciones que afectaban el proceso de aprendizaje de los alumnos, ahora las había en mayor porcentaje. Toda esa garantía que antes nos brindaba la facultad en su establecimiento, que nos proporciona espacios y recursos adecuados, ahora ya no lo teníamos. Debíamos ser nosotros los que teníamos que proveernos y garantizarnos nuestros propios recursos educativos, y en este sentido, fui viendo que eso solo hacía levantar aún más la brecha entre alumnos. Los que tenían mejores recursos materiales para poder transitar mejor la cursada y los alumnos que no contaban con las suficientes condiciones o recursos; es decir, solo desnudaba y agudizaba una realidad antes oculta. Esta situación me generó mucha tristeza e impotencia entre las vivencias que escuchaba de algunos compañeros, de las dificultades que tenían al momento de presenciar alguna clase o elaborar algún trabajo y la frustración que les generaba todo esto. Aunque algunas situaciones de dificultad sirvieron para apoyarnos entre todos y ver la forma de ayudarnos, así también muchos docentes entendieron esta cuestión y fueron mucho más flexibles.

Por otro lado, las clases de algunas materias, por momentos me resultaban casi inentendibles o sus contenidos o las consignas. Al principio, veo en mis registros, que casi no confiaba en que pudiera seguir con la cursada porque todo me costaba. Sin embargo, poco a poco fuimos reuniéndonos de forma virtual

con algunos compañeros, nos preguntábamos y re preguntábamos sobre alguna tarea o algún contenido hasta sacarnos todas las dudas. Fui hablando con compañeros que presencialmente solo los había saludado y poco más, y tratábamos de ayudarnos entre todos. Creo que el apoyo y la empatía entre compañeros en este momento de cuarentena con el ASPO bastante prolongado, son una parte fundamental de todo nuestro transitar como estudiantes.

LO NUEVO SIEMPRE ASUSTA, MÁS CUANDO TE TOCA DESDE LO MÁS PROFUNDO DEL CORAZÓN

YESICA SANDOVAL

200

Sin poder imaginarme cómo, de un momento al otro me encontré con el ASPO “aislamiento social preventivo obligatorio”. Un cambio que no solo influía en mí, sino en todos nosotros como sociedad. Desde mi perspectiva, pienso que por lo general los cambios individuales se llevan mejor adelante y se superan más rápido con ayuda de los demás. Pero cuando el cambio es colectivo, todas las personas y las cosas tienen un solo giro, donde se encuentran con el gran monstruo, por el que hoy estamos siendo atravesados, el reconocidísimo gran COVID-19. Es ahí, donde uno no comprende y no encuentra el porqué de las cosas. Y es difícil encontrar el lado positivo, más cuando las malas noticias empeoran. Es una incógnita que sigue vigente, que sigue siempre en mi mente y nunca pero nunca se va, y sobre todo es una pregunta que me atormenta hoy y todos los días: ¿cuándo terminará?

Empezaron las noticias, empezaron las preocupaciones, empezaron los miedos, todos estos sentimientos que como sociedad nos están atravesando, pero yo: ¿dónde estaba?, ¿que creía?, ¿qué pensaba? Preferiría mentir y decir que compartía los mismos sentimientos que mi familia o mis amigos, porque creo que un porcentaje de la sociedad sea mucho o poco, también estaba pasando por el proceso de la negación. Lo digo así, porque me negaba a creer lo que estaba pasando, me costaba tanto pensar en la dimensión que tenía este virus. Recuerdo que mientras pasaba los días me asustaba, tenía miedo, pero no por este motivo del virus, sino por perder mi libertad. Empezaba a creer que todo era un montaje donde solo querían controlarnos y privarnos de ella; pero también se crearon dudas cuando se necesitaba pensar y cuestionar muchas cosas sobre la libertad misma.

Este cambio rotundo me llevaba a divagar en lo más profundo de mi imaginación, suena raro, y más cuando sé que lo estoy escribiendo. Imaginaba a mi país, donde ya nadie podía hacer lo que el corazón le dijera, donde los sentimientos tenían que ser congelados, frenados. Es como que no deberíamos sentir para no romper con el ASPO. Entiendo que debería ser todo lo contrario, es decir, evitar hacer todas estas cosas, para cuidar a nuestros seres queridos y a todo el mundo. Me preguntaba ¿qué es el ASPO?, ¿en qué momento se creó? Es

difícil poder responder cada pregunta que va surgiendo en mí, más cuando sabes que no se puede responder y que es difícil de aceptar esas respuestas cuando van en contra de nuestros pensamientos.

Me parecieron demasiado profundos estos cambios, rotundos porque no quería, no podía aceptarlos. Quería salir, es más en algunas ocasiones cumplí el aislamiento, y eso condujo a muchas discusiones, preocupaciones, entre familiares. Pero no quería dejar de abrazar, de besar, de tocar, de salir, de ver a las personas disfrutando, de ver las cosas que ellas mismas me decían en un solo instante sin hablar, solo observando. No quería dejar de sentir, de acercarme a las personas. Los cambios me tocaron desde lo más profundo de mi corazón, por eso no aceptaba al virus, no quería que formara parte de mi día a día, de mis pensamientos, de mis sentimientos. No lo quería, pero es lo que estoy viviendo.

Transcribo lo que escribí en mi primer registro semanal respecto los cambios, donde expresaba que:

Definitivamente los cambios asustan, me asustaron, siempre tuve y sigo manteniendo los pensamientos de libertad, amo saber que a pesar de todas las dificultades que tenemos como sociedad, y sobre los ejercicios de poder que tienen sobre nosotros, puedo si quiera un día pensar y sentirme libre, sin sentir presión, y salir a recorrer los lugares que más me gustan y me hacen sentir como un “ave”. Pero esta situación me hace pensar que cada vez me siento más y más prisionera, encerrada. Sobre todo, porque no tengo la certeza de cuando termina todo.

201

¡Tic toc, tic toc! “El tiempo es un campo de batalla infinita”

Tic toc, tic toc, escucho de fondo a mi reloj seguir su curso, pensaba que nunca le prestaría atención a ese ruido que por el momento me hace sentir en calma y en otro me desespera. Es un ruido infinito que aunque me tapo los oídos, no para, todo sigue su curso, no hay nada que pudiera cambiarlo o pararlo.

En este momento del ASPO observo el tiempo como limitado. Antes de romper con mis rutinas pensaba que el tiempo nunca me alcanzaba, creía que pasaba tan rápido la hora que al final no terminaba haciendo nada, trataba de ordenar lo más posible mis tareas para que todo coordinara perfectamente. “Terminar en tiempo y forma” es una frase que utilizamos reiteradamente en mi universidad.

Hoy aquí, en el ahora, en el presente, siento al tiempo como una carga muy pesada. Siento que el pasado, el presente y el futuro siempre están relacionados, y creo poder comprender que a estas alturas el tiempo tiene diferentes valores, y que al pasar los días modifica mis pensamientos y mis acciones. En el pasado

el transcurso del tiempo me parecía limitado, en el presente me parece ilimitado, y en el futuro no me creo capaz de definirlo. Pensar en esto me transporta a una frase de William Shakespeare, en su obra de Hamlet, en la que ha dicho que el tiempo, el mundo o las cosas están “fuera de quicio”. Es una frase que me gusta mucho, al momento de seguir analizando mis registros, ya que, mi percepción del tiempo ha cambiado.

Recuerdo que a partir de mi tercer registro hasta el ante último que me permití hacer, empecé a odiar con mucha fuerza al tiempo, porque al no crearme capaz de crear una rutina para mí, empecé a enfocarme en el tiempo mismo. Tiempo para mí, tiempo para vos, tiempo para todos, tiempo para nadie, es todo medio confuso escribir de esta manera, es más me sentí y ahora me siento confundida. Tratar de comprender al tiempo en todas sus dimensiones es una tortura total. Hablo del tiempo en el aislamiento jugó un papel muy importante y me marcó mucho. Pasar de un estado a otro, por empezar a creer que estoy encerrada en un reloj donde las horas y los días no pasan, donde todo parece seguir el mismo curso día tras días, donde no puedo ver más allá de mis propios estados de ánimo.

“Es una batalla infinita contra uno mismo” recuerdo decir a mi novio cuando me planteé hablar de este trabajo con él. Me hizo pensar en las cosas que puedo imaginar en el presente, pero siempre pensando en el futuro, donde puedo cuestionarlo todo, sin que nadie pudiera reprocharme. En ese momento imaginé al futuro con un tiempo ilimitado, pero valorado, por vos, por mí, y por todos. Comprendí que en vez de verlo como una carga lo podría ver como una oportunidad más, una oportunidad para cambiar lo que estoy haciendo mal.

Me gusta mucho un filósofo, que en esta situación me hace pensar muchísimo, Darío Sztajnszrajber, él plantea que el ASPO nos pone en una posición de “situación límite”, definida como aquellas situaciones que ponen en evidencia nuestro carácter finito. Es decir, muestra lo limitados que somos como seres humanos y se ve que la “omnipotencia del individuo” se resquebraja. La idea del individuo colapsa, porque ninguno de nosotros tenemos el poder de cambiar o de sobrevivir frente al virus de forma individual. También se colapsa en términos de organización colectiva, porque nadie puede solo salvarse de esto, porque involucra a todos los seres vivos en conjunto.

¿Qué tal si jugamos a blanco-neutro-negro?

¿Qué son los estados de ánimos? ¡Uff, difícil de definirlo! ¿No? ¿Porque digo esto? Supongo que a cualquiera que le pregunte, definiría según lo aprendido, o

buscado en Google o según lo que cada uno piensa que varía “de acuerdo a lo que cada uno está viviendo”.

Yo, por ejemplo, lo definiría en mi vida como situaciones “Blanco-Neutro-Negro”, me gustan los colores y me gustan los números. Habitualmente lo que hago es definir mi día según cómo me fue, y siempre lo hago con números y colores, lo hago como una manera de analizar mis días. Siempre quise hacer algo diferente y salir de lo que para mí sería “lo habitual”, lo que la mayoría de las personas que conozco lo definen como “Bien-No sé-Mal”. Más que una manera de analizar también es como un juego, de esos que a veces te confunden y te entran dudas. Por ejemplo, algunas veces me preguntan ¿cómo te fue? y yo respondo. Pero en ese momento entran preguntas como ¿segura? Y ahí, vuelve a empezar el juego, donde dejó de lado todo obstáculo que me permita mentir y hacer sentir bien a los demás, sin ser sincera conmigo misma. Es un juego que no termina, hasta que esté segura de que lo que contesto, es lo que realmente me pasa y siento.

203

En esta situación del ASPO definitivamente fueron idas y vueltas, una y otra y otra vez este juego. Muchas veces me pasó que no podía definir cómo me sentía, por eso, preferí definirlo como situaciones neutras, de esas que no sabes qué querés, qué sentís, donde todo es confuso y ni yo misma me soporto. Recuerdo escribir en mi registro: “parece que todo terminó, ya nada importa, a pesar de todo este miedo.”

Amo este mundo y no quiero que nadie muera. De verdad, lo que me importa es vivir y si lo hago me pregunto, qué debería cambiar. Por otro lado, hubo situaciones en las que pude pasar en blanco. Una situación, que escribí en mi registro, fue cuando vi a mi sobrina empezar a imitar los movimientos de mis manos cuando le cantaba; “saco una manito, la hago bailar, la cierro, la abro y la vuelvo a guardar”. Fue a mejor situación que pudo definir mi estado de ánimo en todo ese día. Pero también está el otro color, el opuesto al blanco, el negro, ¡Uff! Para no mentir, fue uno de los estados que casi se apodero de mí, digo casi, porque pude calmarme. Estuvo presente en los comienzos del ASPO, fue complicado, había días que me sentía para la mierda, no quería hacer nada, lloraba, gritaba, me desesperaba, cerraba los ojos y esa oscuridad era mi vida, era mi día.

Recuerdo un sentimiento particular que tuve cuando empezó la cuarentena. Odiaba que me preguntasen: ¿cómo estás? Porque creía que tendrían que darse cuenta, que estaba igual que ellos, pero empecé a cuestionarme esto de dar por “obvio” las cosas. Entendí que nadie se siente como el otro, porque todos pasamos por situaciones diferentes, nadie piensa igual que yo y actúa igual que

yo. Empecé a darle importancia a lo que siento, aunque fuera bueno o malo. Darle importancia a los estados de ánimo es necesario, aprendí que este “juego” de ponerle un color o un número a mis estados, me ayudaba a sentirme más aliviada; ya que empezaba a ser sincera conmigo misma, y a no decir lo que muchos querían escuchar, “estoy bien” cuando no lo estaba.

Los cambios y las nuevas cotidianidades siempre traen consigo un torbellino de estados de ánimo, que se van turnando y van variando. Estos cambios que estamos pasando no solo son personales, sino también sociales, culturales y económicos. Uno, en particular que a mí y a la mayoría según lo que he hablado y preguntado afecto sus estados, es la virtualidad en espacios educativos y los cambios que se dieron en la manera de enseñar. Un giro rotundo que provocó que yo como alumna aprenda a hacer un buen uso de las tics, pero también que me sienta en negro y neutro, porque provocaron situaciones de insatisfacción. En estos momentos me pregunto: ¿cuál es el papel hoy en día del docente? y ¿cuál es el mío como alumna? ¿Seguirá siendo el mismo? Cuesta adaptarse a un cambio que a veces te lleva a putear por no saber cómo enfrentarlo, se necesita dedicarle más tiempo a una situación que no logras entender. Y que me lleva a cuestionar todo. Es necesario tener en cuenta diferentes cuestiones, ya que no todos estamos pasando por lo mismo, a algunos nos cuesta más que a otros. Pero también uno debería preguntarse como está y analizar lo que nos hacen sentir frustrados. Más cuando se presenta el sentimiento de extrañar, yo me siento mal cuando extraño, extraño mis rutinas pasadas, las formas en que se daban las situaciones. Una mezcla de cambios que anteriormente me hacían sentirme parte, pero ahora se presenta un sentimiento de alienación, algo que no puedo alcanzar, que esta fuera de mí.

Pasaban los días, los meses, y la pregunta ¿cómo estás? empezó a ser más frecuente. Algunas veces la soportaba, algunas no, tuve altos y bajos, pero también se tornó parte de mí. Preguntaba a mis amigas y familiares, creía que ellos deberían saber la importancia de reconocer los estados de ánimo en uno mismo. El juego de los colores y números a algunos se les hacía raro, pero sentía que funcionaba; en fin, pienso que “nuestro mundo son estados de ánimos”.

Le encontraré la belleza, al espacio y a la historia

¿Cuándo saldremos de nuevo? Eso nadie lo sabe. Por ahora, me toca abrir las ventanas y llegar hasta donde me lleve la vista. Yo sé que el futuro es incierto, pero, aunque cambien las cosas y cierren nuestras puertas, no podrán cerrar

nuestros corazones. Un lugar que me lleva por diferentes sueños, con tan solo cerrar los ojos y respirar el aire puro.

Pronto saldré -escribí y pensé sin ir más allá- a dejar mi huella en el suelo cuando me imaginé sobre las nubes, bajo el sol calentito, sentada afuera en familia, como lo hacíamos siempre. Disfrutando del pasto, nos ensuciábamos todas las manos, junto al agua que nos moja cuando llueve, que parecen cascadas que lloran frente a los paisajes de hojas, que sin darme cuenta del espacio verde que tenemos, hice de él un lugar grandioso que me permite ser yo.

Recuerdo que al comenzar el ASPO, veía todo negativo, sentía que no encontraría un lugar donde pudiera ser yo, el tiempo y la espacialidad no se llevaban bien conmigo, sobre todo el espacio, sentía que todo era pequeño, y me sentía sofocada. Hasta que empecé a sacar de las situaciones malas, cosas buenas. Amplié mi mirada, una mirada que va más allá de nuestros propios sentimientos, una mirada que te saca el opio de los ojos, y fue ahí, donde pude sacar la belleza. Empecé a ver nuevas cosas, nuevos lugares, donde nunca pensé que podría ser. Aunque me sentía encerrada, comencé a tener relación con la naturaleza. Pienso que a veces no valoramos lo que tenemos adentro por estar pendiente del afuera.

Me fui construyendo en relación con mis espacios, por lo que se dividían en espacio de estudio, de relajación, y recreativo. Empezaron a surgir nuevas ideas, y nuevas maneras de llevar a cabo mis actividades, todo comenzó a cambiar un poco. Pero las preguntas siguen siendo parte de mí, y siguen queriendo más.

Me acuerdo estar en el espacio que tenemos arriba de casa, un espacio que falta ser terminado, pero mientras tanto la usamos para alejarnos un poco. Estuve sentada bajo el sol, tomando un té, es uno de los momentos que más me gusta, empecé a cuestionarme todo nuevamente, y surgió una conversación conmigo misma:

¿Y si este es el final? Me pregunté, me tomó tiempo responderme, ni una palabra ni un pensamiento surgía de mí. De repente, miro al cielo y veo un grupo de aves, volar, de repente... vino en mí una voz que se apoderaba de todo mi ser, y sin darme cuenta hablé en voz alta, y con seguridad dije: ¡le encontraré la belleza, a pesar de lo que cuesta, y dejando todas las cosas malas atrás, con una sonrisa pensaré que quizás en realidad, ahora es cuando todo empieza!

¿Quién sabe? Pero así lo haré.

RESIGNIFICANDO VIVENCIAS EN TIEMPOS DE PANDEMIA

ALEJANDRO SOSA

Vivo en la Ciudad de Resistencia, Chaco y voy a contar mi experiencia en situación de aislamiento social preventivo y obligatorio en el marco de la crisis sanitaria. Esto comenzó en el mes de marzo, oficialmente el 17 de marzo, cuando por decisiones del gobierno nacional y provincial se dispuso el aislamiento social como medida preventiva ante el covid19. Me tocó hacer la cuarentena lejos de mi familia, vivo con mi pareja en la misma ciudad, a unos 8 kilómetros aproximadamente de distancia de mi familia.

Inicios de la cuarentena: caos y preocupaciones

Al empezar la cuarentena, todo parecía caótico en mi vida, me sentía muy preocupado por mi familia, por mí y por mis amigos. En mis primeros registros puedo notar que mi atención estaba dirigida al cuidado y prevención del virus. Este caos que menciono tiene que ver con lo que significó para mí reorganizarme con mis cosas: actividades académicas, cosas de la casa, asuntos de mi familia, trabajos que tenía pendientes. Estaba muy preocupado por todxs, principalmente por cuidar y cuidarme. Estaba enfocado en mantener todos los recaudos posibles porque estaba con miedo y pensaba en tener todo preparado, los alimentos, las cosas del hogar, para evitar salir lo menos posible.

Me di cuenta que mi preocupación era porque miraba mucho las noticias locales, videos en *You Tube*, entraba a internet y hacía un seguimiento de los portales de noticias internacionales como España, Francia, entre otros. Prestaba especial atención a todo y pensaba en cómo iba a hacer para: evitar salir; comprar los alimentos una sola vez a la semana; no recibir visitas; desinfectar todas las cosas que traía de afuera; tener cuidado cuando hablaba con alguien; respetar el metro de distancia; y no tocar las superficies de las cosas que estaban fuera de mi casa.

Las decisiones que fui tomando con el correr de los días, siempre estaban dirigidas a opciones que no impliquen el contacto con otrxs, por ejemplo, comencé a familiarizarme con las aplicaciones y plataformas online, gestionar la compra de las frutas y verduras, hasta productos de farmacia. Así también decidir rotundamente no recibir a nadie en mi casa y cumplir a raja tabla las recomendaciones de bioseguridad.

En relación con mi familia, les llamaba todos los días para preguntarles como estaban; lo mismo con mis amigos, sentía que estaba muy preocupado sobre la situación y que ya me estaba poniendo paranoico. Esta situación de extrema preocupación tiene que ver con que siento que en la cuarentena se ha desarrollado una especie de histeria colectiva que nos puso a todos en un lugar en el que la prevención fue una de las cosas más importantes a tener en cuenta. Retomando esta idea, considero que se da por los intensos comunicados que aparecen en los medios de comunicación sobre el covid 19. Y, por otro lado, también pienso que es porque al estar haciendo el aislamiento lejos de mi familia, me resultó más difícil estar tranquilo, porque no sé cómo están, no los veo, no los escucho. Sería diferente si pudiera estar pasando con ellos más tiempo. Es por ello, que desde mi lugar, lo vivencio de esta forma, mientras que a muchas personas que les tocó hacer la cuarentena lejos de su casa, sienten esa intranquilidad.

Las rutinas que se rompieron: momento repensar mi espacio y de estar solo

207

Considero que esta paranoia se fue dando por todo lo que veía y escuchaba por todos los medios de comunicación. Hasta que decidí no prestar tanta atención a eso y fui modificando algunos hábitos de mi vida. Por ejemplo, no salir más con mis amigos y tener más tiempo para mi pareja en casa, que también le tocó hacer cuarentena.

Al principio dormía mucho, me levantaba tarde, como a las 10:00 de la mañana, porque me quedaba hasta tarde despierto, no tenía sueño y no lograba descansar mi mente para no pensar en lo que estaba pasando. Por ejemplo, me quedaba de madrugada para estudiar porque quería ocupar mi mente en algo productivo, no quería pensar en la situación. Siendo que anteriormente no me gustaba estudiar de noche hasta tarde, porque considero muy importante el momento para descansar, por eso prefiero estudiar de día. Sin embargo, en este momento no me quedó otra opción. De todos modos, después fui modificando ese hábito.

Otras de las cosas que se rompieron para mí, fue dejar de ir a la casa de mis padres los fines de semana, no visitar a mis primas con las que frecuento mucho. No salir a caminar, ni ir a la facultad. Miles de rutinas se quebraron y tuve que refugiarme en mi casa donde no estaba tan acostumbrado a pasar tanto tiempo, especialmente de noche o los fines de semana.

Esta situación significó repensar mi relación con mi casa porque tenía que estar aquí y hacer mi mundo, en donde no quería estar mucho porque nunca me

acostumbré a estar demasiado tiempo, la mayoría de las veces estoy afuera porque no me gusta el encierro.

Fue un encuentro conmigo, hacer cada cosa por su lado, y encontrar ese espacio de “estar solo” para estudiar. Antes también sucedía, pero me costaba encontrarme y generar esos momentos donde te conectás con lo que hacías. Sin embargo, esta vez se dio de manera particular, se trataba de dejar atrás otras cuestiones en relación con mi familia, amigos, y esta vez tenía más tiempo para mí, para reorganizarme.

Me sentía bien al pensar que tenía que hacer algo y que podía enfocarme con todas las energías en lo que hacía. Eso me ayudó a que se fuera dando una rutina llevadera y productiva en relación con el estudio, adelantaba lecturas y trabajos de la facultad. Era placentero llegar ordenadamente con todo lo que debía hacer. De hecho, antes también me pasaba, pero con la diferencia que tenía más cosas que hacer en paralelo, ahora lo siento distinto porque estaba encerrado acá en mi casa, en mi mundo.

También considero que fue algo que les sucedió a muchas personas que tuvieron que buscarse la manera de poder estar en casa y acomodarse con sus quehaceres, tanto domésticos como laborales o académicos.

¿La pandemia como reelaboración de vínculos?

Tenía una mezcla total de extrañamiento porque no podía entender el cambio radical que se me estaba presentando, conforme iban pasando los días. Cambios radicales que jamás pensé que se implementarían en mi vida de esta manera. Una de las cosas que registré y me pareció novedoso, fue comenzar a entablar una comunicación más fluida con mi familia, en el sentido de que tal vez antes no solíamos llamarnos por teléfono, porque siempre nos estábamos viendo. Quizás uno que otro mensaje, pero nada más.

El aislamiento nos hizo extrañarnos a todos y ahora es habitual recibir una videollamada de mi hermana, mostrándome cosas que está haciendo o me llama triste llorando (porque es media bajón) y yo la escucho. Estamos así, en contacto permanente, también me pregunta por mis cosas. Lo mismo sucede con mi mamá, ella me llama todos los días y me pregunta cómo estoy, se interesa más en mí. Esto no quiere decir que antes no lo hacía, pero quizás eso estaba implícito. Aunque, esta vez, lo sentí más profundo, más desde la emoción, y me gustó y transformó nuestra manera de vernos y de considerarnos.

Todo esto me resultaba extraño y a la vez me parecía algo bueno porque se comenzaba a hilar una nueva manera de relacionarnos con mi familia, lo cual

estuvo muy bueno, Eso cambió respecto de cómo era antes y espero que se pueda sostener en el tiempo.

Por otro lado, lo mismo pasó y pasa con mis amigos, los fines de semana cuando estamos más tranquilos sin tantas actividades hacemos una llamada grupal y hablamos un rato largo. En otras ocasiones, hemos hecho videollamadas en donde cada uno estaba en su casa poniendo música fuerte y tomando algo fresco como si fuera una reunión presencial. Ocurría también que mi amigo, el encargado de la reunión, llamaba a distintas personas que ni conocía o que habré visto solo una vez y se sumaban al grupo. Lo sentí como una manera de aliviarnos, significó romper con esa sensación de soledad, y se convirtió en algo que hacemos regularmente para relajarnos y desconectarnos de un mundo virtual como el de la facultad o del teletrabajo. De esa manera, nos sumergimos en otro mundo virtual, otro modo de vivirla.

En este sentido, pienso que la pandemia es una de las causas por las que las personas se pudieron replantear o no ciertas cuestiones que permiten hacer un trabajo interno con uno mismo. Así se puede volver a pensar en los vínculos, en lo que necesitamos como personas, para estar bien y sentirnos a gusto.

Definiendo mi relación con la virtualidad

Me resultó muy difícil poder entablar una rutina de estudio en la virtualidad. En la línea de lo que cuento antes, al inicio me resultó algo tranquilo porque no era mucho lo que había que hacer. Todas las cátedras se estaban organizando y no había mucha demanda de actividades, pero ya desde ese momento fui entablando una rutina de estudio que después con el paso de tiempo se fue haciendo difícil de sostener.

Según mis registros, tengo anotaciones como: “me está costando engancharme en esto” o “no me gusta esto” o “me demanda más tiempo que estar en la facultad”. Tenía un sentimiento de rechazo frente a la virtualidad, las clases no se entendían, en algunas cátedras los profes solo graban la clase en audio y te lo suben al aula, otras solo te mandan power point y archivos pdf con la teoría para leer y te habilitan un foro para consultas. En la situación de escuchar la clase, sentía que solo debía escucharla, hacer anotaciones, y el no poder participar y hablar con los demás me provocaba mal estar. Extrañaba la interacción con mis compañeros/as y ese “consultarle a la profe lo que no entendés”, esa inmediatez a la que estamos tan acostumbrado, vernos, preguntar y que haya respuestas inmediatas.

Eso lo viví y lo vivo de manera displacentera en la virtualidad, por suerte en algunas materias las profesoras/es están muy atentas a nuestras consultas, pero sin embargo, en otras se sentía la ausencia. No te respondían inmediatamente, sino que te contestaban a los 2 o 3 días o no te contestaban directamente. En el medio me quedaba con esa falta de respuesta.

De todos modos, pienso que en cada cátedra fue un desafío organizarse para enfrentar esta nueva tarea de enseñar y aprender en tiempos de pandemia, donde la presencialidad corporal es limitada. En este sentido, la corporalidad en estos tiempos fue algo mediado por la virtualidad; es decir, en estos momentos ponerle el cuerpo a la situación de enseñanza y aprendizaje esta mediado por lo virtual por eso digo que es limitada. Esto va marcando una nueva forma de hacer las cosas que si bien, en la cuestión del aula virtual, ya era algo que lo veníamos manejando, ahora se resignifica porque es el único medio institucional para interactuar con lxs docentes, y así seguir aprendiendo en el aislamiento al igual que las diferentes aplicaciones para interactuar.

210

Sin embargo, esta nueva forma de hacer las cosas, rendir parciales por video llamada, hacer reuniones de estudio grupales virtuales por varias horas para hacer un trabajo, fueron formando parte poco a poco de mis rutinas de estudio. Con el paso de los días me fui acostumbrando a la dinámica de las cátedras, entendía que debía esperar a que la profe conteste mis dudas y tener paciencia porque esto ya iba a ser parte de nuestra rutina.

Acostumbramiento y estrés virtual

¿Es posible amigarse con la rutina virtual y lograr un acompañamiento de lxs docentes para este proceso de aprendizaje que se da en el marco de la pandemia?

En este apartado quiero contar cómo pude adaptarme a esta situación de ASPO en la que logré construir armoniosamente mis rutinas tanto de la casa, como del estudio. Se me ha presentado un nuevo sentimiento que tiene que ver con el estrés virtual, le llamo así porque es algo que me marcó en este momento. Siento que quizás este año me sobrecargué de materias con el objetivo de querer recibirme y esta virtualidad me resulta un tanto demandante. Implicó e implica para mí estar muchas horas en la computadora leyendo, hacer reuniones virtuales con mi grupo, y otros tantos grupos de otras materias. A esto se suma que la mayoría de mis apuntes los tengo en la computadora y aunque a algunos los imprimo, generalmente estoy en la netbook leyendo, buscando información que no entiendo y auto gestionándome para cumplir con todo. Creo y considero

que lo pude y puedo hacerlo, pero me sobre pasa y me lleva más tiempo del que invertía cuando estaba en clases presenciales.

La noción del tiempo me cambió, creo que los días y las horas pasan mucho más rápido en la virtualidad, porque cada cosa está sistematizada para mí, y si no tenés un control de lo que hay que hacer, te perdés y te cuesta tener presente cada cosa. Sin embargo, si logras llevar un registro de todo, podés tener siempre un panorama general de lo que hay que hacer para no olvidarte de nada y organizarte mejor con los tiempos y las personas con las que tenés que interactuar para hacer un trabajo.

Este registro que hago siempre me permitió realizar un recorrido virtual por cada materia, y estando en cada una, haciendo y cumpliendo con lo que piden, entregar cuestionarios, actividades, trabajos prácticos, parciales, ejercicios entre otros trabajos académicos.

En esta idea de organizarse para cumplir con todo, no registraba el tiempo, por eso siento que no sé cuándo va transcurriendo el mismo. Sino que voy realizando lo que me piden, anotando fechas y horarios para entregar cosas, y de esta forma se va diluyendo la percepción que tengo del tiempo.

A modo de resumen considero que me fui acostumbrando de a poco a esta rutina virtual que al comienzo me pareció armoniosa, porque sentía que no era mucho lo que había que hacer y que podía cumplir. Después me resultó displacentera porque no podía hacer todo lo que hacía antes en la presencialidad. Finalmente me estresó por la cantidad de cosas para hacer, pero me acostumbré a eso, y cada vez me voy amigando más con esta situación.

El estrés virtual me hizo pensar en otro tema, el rol de los profesores. Si bien creo que me acostumbré a esta nueva manera de trabajar, resulta estresante pero satisfactorio porque puedo cumplir con mis objetivos planteados. Al comienzo creo que una de las cosas que me ha hecho pensar en el estrés virtual es la actitud de algunos profesores de la facultad, quienes no acompañan o no construyen procesos de aprendizaje en esta situación en la que estamos atravesando nuevas maneras de encarar la tarea de aprender. Así también puedo decir que hay docentes que influyen positivamente en los procesos de formación, ofreciendo el acompañamiento constante y brindando soporte virtual. Dar clases, por ejemplo, para explicar cosas que a simple vista no se entienden.

El estrés virtual tiene que ver con que como estudiante se dificulta el cargarte a tu hombro toda la responsabilidad de procesar el conocimiento, sin un acompañamiento pedagógico. En mi caso, tuve que valerme de otras herramientas para lograr entender muchas cosas, y por eso pienso y sostengo la

idea de la virtualidad como un estrés que desde mi experiencia lo viví como algo particular.

Por otro lado, también entiendo que es algo nuevo en la vida universitaria y que tanto docentes como estudiantes, hacemos un esfuerzo doble por intentar hacer bien las cosas. Por eso, no lo digo en calidad de emitir un juicio de valor, sino más bien, como algo que me marcó. Finalmente me pregunto: ¿es posible llevar a cabo un acompañamiento? Y yo digo que ¡sí! Pero es importante poner mucha voluntad de las dos partes tanto de lxs docentes como de lxs estudiantes para lograrlo.

VIVIR EN SITUACIÓN DE ASPO

MARÍA FLORENCIA SOSA

“Cuando salgas de la tormenta, ya no serás la misma persona que había entrado en ella. En eso consiste la tormenta”

Haruki Murakami

Para comenzar, vivo en Margarita Belén donde me encuentro cursando mi último año del Profesorado en Educación Primaria. A 30 kilómetros de mi pueblo, se ubica la ciudad de Resistencia, allí estoy cursando cuarto año del Profesorado en Ciencias de la Educación.

Tiempo antes que se ordene la cuarentena obligatoria, me encontraba preparando y rindiendo materias en las dos carreras que mencioné. La determinación del aislamiento me perjudicó en mis actividades, tanto de mis estudios como de mis quehaceres en el hogar, y a la vez, me benefició en algún sentido.

Empezando a vivir en situación de ASPO

Cuando todo esto arrancó, tenía que rendir un final de la carrera de magisterio. Al declararse el aislamiento en todo el país, me enojó mucho que estuviera pasando esto, justamente ahora. Porque solo era una asignatura por rendir del año anterior para poder cursar libremente el cuarto año de dicha carrera; pero no fue así -jajaja- me río para no llorar. Por el confinamiento, se tuvieron que posponer todas las mesas de exámenes para el siguiente mes, porque según se pensó que el virus iba a pasar rápido, pero no fue así.

Iniciado el periodo de aislamiento social preventivo y obligatorio, y al pasar los días comencé a echar de menos un sinfín de cosas esenciales: reunirme en familia, juntarme con amigos, compañeros de la facultad y compartir el mate, dar abrazos y besos.

Durante las primeras semanas del aislamiento me costó mucho salir a la hora de hacer las compras, ya que de esas cosas se encargaba mi madre, y ahora me tocó a mí. Esto me dificultó por las mañanas, ya que era el único momento en el que me podía concentrar al cien por cien para estudiar. También, el convivir con mis dos sobrinas hacía que no pueda darme tiempo para estudiar, ya que las ayudaba con las actividades que le enviaban sus profesores, las que requerían

mucha paciencia para poder comprender y luego enseñárselas. En cuanto tenía un tiempo lo usaba para dormir o mirar series y relajarme un poco, demasiado podría decir a veces.

Mis tiempos en cuarentena

Como mencioné antes, al principio mis tiempos se encontraban desorganizados, ya que prácticamente entre los quehaceres de la casa, las compras en un horario limitado, y el dedicar tiempo de mi estudio a las actividades de mis sobrinas, consumían toda mi energía. Y en cuanto tenía tiempo para mí, lo desperdiciaba mirando series o durmiendo más de lo debido. Esto hacía que a veces me sintiera mal, porque teniendo el tiempo para hacer las actividades de la casa y las tareas de la facultad, terminaba acostada mirando series.

Con respecto al cursado en de la carrera de Ciencias de la Educación, el aislamiento no nos modificó; ya que contamos, desde que recuerde al entrar al cursado de la carrera, con campus virtual y siempre usamos el correo electrónico. Si bien sus usos no eran muy frecuentes antes que se declarase el aislamiento, ahora sí lo son. Con respecto a las clases, seguimos asistiendo por videoconferencia, obviamente no es lo mismo al no contar siempre con buen internet por cuestiones del clima u otros motivos. Las mesas de examen se tuvieron que posponer, y eso me afectó muchísimo, ya que había sacrificado gran parte de mis vacaciones en prepararme en algunas materias como Historia y Psicología de la Educación.

Lo que sí me duele y extraño un montón es el no poder juntarme con mis compañeros de la facultad, ya sea en biblioteca para estudiar o en la casa de alguno de ellos para estar al día de nuestras rutinas diarias y el estudio obviamente. Lo bueno de la tecnología es que podemos seguir conectados a través de algunos medios como, por ejemplo, WhatsApp. En el que tenemos grupos de algunas materias como Historia o Sociología y así en otras materias, lo cual hace que a veces me vuelva loca con tantos grupos. También grupos con mis compañeros con quienes de vez en cuando hacemos video llamadas, para ver un poco nuestros rostros. Ni hablar las ojeras que te dejan el celular de tanto leer Pdfs y alguna que otras cosas que no tienen que ver con el estudio. Esto hace que me dé cuenta qué tan útiles y esenciales son las Tics en nuestras vidas.

Al contrario, en mi carrera de Magisterio a mis compañeros y a mí nos perjudicó por completo al no poder seguir asistiendo a clases; ya que no contábamos con otro medio para dar clases, ni siquiera usábamos el correo

electrónico. Después de varios meses, me siento contenta porque nos informaron que podremos seguir las clases a través de una plataforma virtual que crearon, y daremos uso también al correo electrónico, algo que me parece muy útil.

A medida que fueron pasando los días me tranquilicé un poco más y fui sobrellevando esta situación tan fea que estaba pasando, haciendo cosas como, por ejemplo, ayudando a pintar las piezas de mis sobrinas de diferentes colores, arreglando las plantas con mamá y poniéndome al día con las diferentes actividades de la facultad. En Didáctica con los foros, en Historia con los mapas conceptuales, en Sociología con trabajos, y así también en otras asignaturas.

Hoy en día, me siento mucho mejor que las primeras semanas que fueron de mucho miedo y angustia, ya que tengo una mamá de 63 años con problemas de hipertensión que se encuentra en riesgo de contraer más fácilmente el virus. Por tanto, tuve que tomar los cuidados necesarios a la hora de salir hacer las compras, higienizando todo lo que traía del supermercado, haciendo limpiezas en la casa con mucha lavandina en los pisos, y lavándome las manos varias veces en el día.

Adaptándome a un nuevo vivir

Las medidas tomadas por el gobierno, en relación con la pandemia del COVID-19, me ocasionaron una mezcla de sentimientos desencontrados. Por ejemplo, había días que me sentía tranquila y no pensaba, porque me pasaba mirando series y jugando con mis sobrinas; y otros en los que no me sentía para nada bien, volvía a pensar todo lo que estaba pasando en todo el mundo. También en los daños que algunas personas le hacen al planeta al forestar lugares en los que ni se tendría que talar ni un árbol, y otras en cambio buscan reforestar lugares que fueron quemados accidentalmente o forestados sin motivo alguno. Y así con otras situaciones que estaban pasando en el planeta.

Hubo semanas, en las que no sabía qué hacer con este encierro, había días que amanecía con toda la energía del mundo, y otros con ganas de estar en cama nomás. Asimismo, creé una rutina en la que estudiaba por las mañanas y por las tardes hacia un poco de actividad física. Comencé a levantarme un poquito más temprano, junto con mi mamá hicimos un cartel de actividades para la casa.

Por esa razón, me organicé mucho más con respecto a las actividades de la facultad, lo que al principio me costaba bastante: el sentarme a estudiar y hacer las actividades dictadas por las diferentes áreas en mi cursado del Profesorado en Ciencias de la Educación como, por ejemplo, Sociología, Historia entre otras.

Con el tiempo, me encontré con mi rutina algo desorganizada, en la que no tenía ganas de hacer nada y solo quería estar acostada. Y otros días un poco mejor, y retomaba los trabajos de la facultad y la limpieza de la casa. Fueron semanas muy inusuales e inestables. Sentí que el tiempo era breve y no me alcanzaba la hora para hacer los quehaceres de la casa como, por ejemplo, sentarme a leer, hacer las compras y ver series.

Al pasar los días y las semanas, me sentía un poco más relajada con respecto a las rutinas de la casa. Me puse al día con las cátedras y sobre todo con Antropología que me importaba llevar al día el dictado de las clases virtuales y los registros semanales, que no estaba acostumbrada a realizar y me encontraba desorientada en cómo hacerlos. Fueron clases muy interesantes y singulares, porque tuvimos que recolectar memes, sobre el aislamiento social preventivo y obligatorio. Al mismo tiempo realizamos entrevistas virtuales, sobre lo que estaba pasando y pedíamos que nos relaten cómo estaban viviendo esta situación atípica para muchos, si esto les estaba dejando algún tipo de aprendizaje. Frente a lo que muchos afirmaban, por ejemplo, la continua convivencia con sus familiares, lo que llevó a tener que tolerarse más entre sí.

Al fin de cuentas, las compras me siguen alterando un poco, porque no estaba acostumbrada hacer cola en los negocios, y menos al uso obligatorio del barbijo que se habilitó hace una semana en el pueblo. Lo que puedo decir es que esta realidad me traspasó y provocho en mí, un cambio total, tuve que ir apropiándome de nuevos e inusuales hábitos que posiblemente en mi vida no pensaba que iba a estar transcurriendo algo así. Y valoré mucho más el uso de la tecnología.

De esta manera, puedo decir que luego de que pase esta situación tan horrible y atroz, ya nada volverá a ser lo de antes. Alas personas, el confinamiento puede hacernos entrar en un estado de ansiedad constante que se traduce en horas de insomnio. A la vez, esto nos lleva a meditar que a fin de cuentas solo nos tenemos a nosotros mismos y a las personas con las que convivimos, tanto en las buenas como en las malas. Pensar un poco en el lugar que estamos, hacia donde realmente queremos ir y cómo nos veremos dentro de unos años. Tengo fe que será así, ya nada volverá a ser como antes, pero todos sabemos que los malos momentos son temporales, y solo hay que aprender a conllevarlos.

NUEVAS REALIDADES FRENTE AL ASPO

FLORENCIA SOTO

Tengo 22 años de edad y actualmente resido en Resistencia Chaco. Estoy estudiando la carrera del profesorado en Ciencia de la Educación y me encuentro cursado el tercer año del recorrido. En este momento, nos encontramos en una situación de pandemia debido al surgimiento de un virus llamado “Coronavirus” (covid-19), que emerge en la ciudad de Wuhan en China. El aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO) comenzó el día 20 de marzo del 2020 tratándose de poner en práctica el distanciamiento social, manteniéndonos cada uno en su domicilio para evitar el contagio y la propagación del virus. Yo me encuentro residiendo en este momento con mi abuela que es una persona de edad mayor y por lo cual se encuentra en situación de riesgo.

217

Mis enojos frente a la pandemia

Frente a la situación epidemiológica que estamos atravesando nuestra forma de vida y nuestros modos de sentir han cambiado, es decir, estamos más sensibles al enfado, la tristeza o la angustia y todo esto nos ha apartado de nuestras familias, de nuestros amigos y hasta de las tareas cotidianas como el recurrir al lugar de trabajo y de la facultad. Todas estas transformaciones dan lugar a alteraciones que modifican nuestra manera de sentir, por ejemplo, al salir al supermercado se necesitan permisos para circular y en algunas circunstancias causa enojo o malestar. También la forma de comunicarnos entre nosotros es más complicada, para mí que suelo molestarme por cualquier inquietud. Mis días han cambiado, el horario en que me levanto y el horario en que me acuesto, también la hora en la que almuerzo y las actividades que realizo durante el día. Incluso en este momento ayudo más seguido en casa, ya que antes habría pasaba la mayor parte de la jornada dentro de la facultad.

Esto también me ha puesto en una posición de responsabilidad y compromiso, debido a que actualmente me hallo viviendo con mi abuela que es una persona mayor y se encuentra en situación de riesgo. Esto significa que es una persona a la que el virus puede quitarle la vida, ya que los adultos mayores son particularmente susceptibles a las enfermedades respiratorias que pueden causar neumonía y otros síntomas como fiebre, tos y dificultad respiratoria. De esta manera, ella necesita de otros elementos para vivir, como son su

medicación, alimentos y otros cuidados médicos. Esto me llevó a aceptar la tarea de salir de la comodidad del hogar para buscar lo que ella necesita. Lo cual me posiciona en un espacio en el que debo cuidarme con todos los protocolos de seguridad y de higiene: utilizo barbijo y llevo alcohol en gel; al llegar a mi domicilio tengo que lavar el barbijo con agua caliente y ponerlo al sol.

Percibo que las situaciones sociales han cambiado de una manera profunda. Debo realizar algunos trámites para mi abuela tales como acceder a una receta médica, lo que conlleva una serie de actos que tal vez se le dificultan a una persona mayor, así como también han cambiado los modos de manejarnos dentro de la ciudad, en la que te encontrás con varios controles policiales en las avenidas de la ciudad. Estos te preguntan a dónde te dirigís, si llevas permiso y documento. A lo que hago referencia es que en algunas ocasiones, tiendo a enfadarme o molestarme debido a las complicaciones que han venido para quedarse, reflexionando que antes circulábamos con toda libertad y para la búsqueda de algún elemento no hacíamos tantos trámites. Estas circunstancias hacen que me encuentre verdaderamente afligida, pero también con miedo a no poder llegar a realizar lo que debo hacer para mi abuela.

Un ejemplo es que yo le facilito el pago de boletas on line, pero siento un peso grande ante todos estos compromisos que asumí. Por todo esto, he perdido un poco el sentido del humor y me encuentro casi la mayoría de las veces desganada y de mal humor, respondiendo de mala manera a algunas personas que solo intentan verme bien, alejándolos de mí. Por otro lado, extraño mucho a mi mamá y a mi hermana ya que son personas que constantemente están conmigo, extraño a mis primas que son especiales para mí, es difícil hallarme lejos de mis amigas que representan todo lo lindo y alegre, por eso me enojo constantemente y pierdo mi esencia de en realidad querer ayudar a mi abuela. Con esto quiero decir que como nieta debo colaborar con ella, facilitándole cuestiones que escapan de su acceso como el pagar boletas. Creo que es también porque no estamos acostumbrados a manejarnos así, con ciertas restricciones sin poder dirigirnos a dónde querríamos y chocándonos con cambios.

El encuentro conmigo misma como enseñanza

Pienso, medito, reflexiono si todo esto que estamos haciendo de mantenernos guardados en nuestras casas, alejados de nuestras familias y amigos sirve para algo. Cuestionándome que el tiempo pasa y pasa, pero creyendo que todo esto tiene que dejarnos alguna enseñanza para el futuro. Los domingos generalmente me siento en el patio, abro una sillita y me ubico en un rincón que me trae

muchos recuerdos de cuando era pequeña y pasaba todos los domingos con mis tres primos y mi hermana. Es un lugar especial, donde no había peleas ni conflictos, donde reinaba el sentido de familia y de unión. Estos momentos me permitieron darme cuenta del don de la familia, del don de la vida y del don de mí misma. Leo libros de autoayuda, trato de alejarme de textos de la facultad para darme un lugar a mí misma, a mi bienestar interior y también el de los demás. Me propuse cuidar de una planta para ver sus avances y los míos, disfruto de la música y también del aprender a estar sola. Recuerdo que estoy con mi abuela, pero a su vez necesito de ese tiempo sola para replantearme que este tiempo tiene que ser fructífero para todos, aprendiendo a bajar un cambio y situarme en la realidad que vivo -que es buena y que soy una bendecida de tener todo lo que poseo-. Me pongo como objetivo cambiar esas actitudes de estrés que me generan algunas de las cuestiones ya mencionadas, los malos tratos y las malas contestaciones. Este alejamiento y distanciamiento social me hicieron pensar en lo valiosa que es la familia y los amigos, en lo necesarios que son en nuestras vidas. Reflexioné sobre los almuerzos que no tenemos y en los cumpleaños que no festejamos, trato de imaginar en lo que cada uno de nosotros sentimos al estar lejos.

El tiempo como factor de repetitividad

El tiempo es mi mayor enemigo, no sé realmente si transcurre muy rápido o muy lento. Al referirme a lento quiero decir que los días no pasan nunca y que tal vez no tengo muchas ganas de realizar actividades, entonces el tiempo pasa lento; y a su vez, también transcurre rápido cuando me pongo a hacer actividades de la facultad, cuando duermo o cuando ayudo a mi abuela.

Me encuentro con una cantidad considerable de actividades de la facultad, con trabajos, textos para leer y a su vez siento que repito todos los días lo mismo, que realizo las mismas cosas todos los días. Aquí me encuentro con sentimientos y sensaciones distintas; es decir, quiero realizar esas actividades, pero a su vez no. Levantarme y pensar "*tengo que hacer tal cosa*" y debo fraccionar el tiempo y descubrir algún sentido a todo esto. Siento que el tiempo es el mismo, que el día pasa rápido cuando estoy poniéndome al día, es decir, haciendo una ocupación con respecto a mis tareas académicas; pero que al mismo momento se desliza lento y pesado haciéndose tedioso el sentarme a leer. Hay momentos en que no quiero levantarme de la cama porque sé que mis labores se repiten, caigo en la monotonía, y eso me aburre mucho y me abruma. También tiendo a querer alejarme de las responsabilidades académicas y dedicarme a llevar a cabo otras

distracciones tales como mirar películas o series, o también cocinar algo, y la posibilidad de comunicarme con mi abuela. Por eso menciono que es difícil estar en cuarentena dado que tengo cosas que hacer de la facultad; pero luego quiero cocinar, pintar, o hacer ejercicios. Es complicado para mí seguir un hilo diariamente, creo que somos jóvenes y nos cuesta emprender alguna tarea muy seguido.

Al concurrir a la facultad me encuentro con mis compañeras, charlamos, tomamos mates y me relaciono creando otros vínculos, pero al hacerlo a través de la computadora lo siento como un poco tedioso. Quiero decir que mi bienestar emocional, anímico y psicológico debe encontrar una estabilidad en estos tiempos de cuarentena, porque el que yo me sienta bien tiene que ver con la presencia de los demás, de mis amigos, mi familia y compañeros, ellos son mi vínculo con la realidad y una ayuda para transitar mi vida.

¿Avance o retroceso de la vida universitaria?

220

En este apartado considero importante analizar la cuestión del cursado virtual, las dificultades que presenta y también sus “avances”. Aquí hago uso de las comillas porque pienso que tal vez falta un poco más para convertirlo en un avance, ya que presenta ciertas complicaciones al momento de utilizarlo. Este análisis sobre la virtualidad me permitió repensar la educación que recibimos, creo firmemente que una buena enseñanza se basa en la comprensión de los sujetos, en saber identificar sus dificultades y sus inconvenientes, y en poder tener la capacidad de poder revisar la planificación rígida y adaptarla a la realidad educativa actual. Actualmente estoy cursando una materia que realmente no la entiendo y no me gusta, en ella se presentan contenidos muy extensos y complicados de entender en mi opinión. Me siento trabada en esa asignatura y se lo planteo a las profesoras, pero no hubo una buena comprensión por su parte, y siguieron con la planificación oficial sin siquiera evaluar la posibilidad de modificarla.

Como mencioné antes, como estudiante reflexiono sobre lo importante de esta situación de aislamiento y definiendo la postura de comprender a los alumnos en sus procesos de aprendizaje. Abriendo caminos y oportunidades para ayudar y acompañar a los estudiantes durante los momentos que estamos atravesando. Creando un espacio y un vínculo de comunicación, intercambio y consulta con nuestros docentes que tienen la función de que podamos formarnos como profesionales a través del conocimiento, pero también de la capacidad de entender al otro.

Siguiendo con la idea que intento expresar, considero que es la de la falta de entendimiento por parte de los docentes que tal vez deberían posicionarse en nuestro lugar como los alumnos, a la hora de realizar la cursada con las complicaciones actuales. Hago alusión a poder resaltar que los estudiantes vivimos y atravesamos esta situación con esta nueva modalidad, lo cual representa un problema en la comunicación con nuestros propios compañeros para ponernos de acuerdo con ideas y trabajos. Defiendo que el objetivo es no perder el año, pero a su vez también es una buena posibilidad de acercamiento a nosotros los estudiantes y alumnos universitarios, sabiendo que todos pasamos por diferentes realidades de vida. Admito que por el momento esto es lo que se tiene para seguir brindando educación. La nueva modalidad virtual, de las clases por Zoom, de grupos de WhatsApp para armar un trabajo práctico y hasta tutorías por video llamada. Me doy cuenta que algunas cátedras no estarían pudiendo resolver los contenidos que se quieren ofrecer, convirtiéndolos en algo pesado y tedioso en algunos casos (quiero aclarar que no hablo de todas las materias, solo de algunas).

221

Por otro lado, y más allá de todo... sostengo que la carrera que estamos estudiando es hermosa y muy rica en conocimientos, y confío en que los docentes que tenemos nos dan el empujón para amarla y valorarla. Pero me cuestiono el momento actual y me pregunto: ¿se nos está educando para el futuro?, ¿Estamos aprendiendo realmente contenidos útiles para las próximas generaciones? Deseo mejorar la cuestión educativa tecnológica, siendo que en el presente y en el futuro se necesita su desarrollo óptimo ya que es una herramienta fundamental para formar a futuros profesionales. Imagino a todos los profesores y a todos los alumnos usando la virtualidad, y los miles de programas que facilitan la explicación de un texto, de un contenido.

Concluyendo con el análisis, considero importante poder situarnos y poder vivenciar la realidad educativa y social que se encuentra atravesando muchos estudiantes actualmente, considerando las desigualdades que surgen a la hora de situarse para seguir con la cursada virtual. Creo que esta pandemia nos posiciona en un lugar para darnos cuenta de que somos capaces de romper barreras con respecto a lo estructural del currículum y poder ir más allá de los modos de enseñar.

EL ASPO Y YO

AIMARA EMILSE TORRES

El 17 de marzo del 2020 comenzaba la cuarenta en nuestro país tras la situación de pandemia decretada por la circulación de un virus llamado “covid-19” y debido a que su contagio se produce al estar en contacto con los otros, todos los ciudadanos entramos en cuarentena. Por este motivo, empezamos a vivir lo que luego se llama el “Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio” ya que se lo consideró como una de las herramientas fundamentales para poder evitar el contagio y poder así, mejorar la situación.

Cuando todo esto arrancó mis sentimientos comenzaron a desencontrarse y comenzaron a salir a flor de piel. Al principio, me sentía enojada y todo el tiempo estaba como pensando en lo que hubiera sido de mi vida si todo esto no hubiera pasado. Pero luego al pasar el tiempo, fui entendiendo un poco todo y comencé a verlo de otra manera. Y pude reflexionar con respecto a la situación y darme cuenta que quizás era necesario parar para poder darnos cuenta, por ejemplo, del daño que le estábamos haciendo al medio ambiente. También arranqué a cursar el tercer año de la carrera del profesorado en ciencias de la educación y fue así que mis días fueron adquiriendo más sentido, a pesar del lío que estamos viviendo social y mundialmente.

Mis tiempos turbulentos

Al principio mis tiempos se encontraban desorganizados o desfasados ya que no lograba tener un buen manejo del mismo o equilibrarlo para que el día me alcanzará. Prácticamente dormía hasta las doce del mediodía y sinceramente el tiempo y el día no me alcanzaban para realizar todas las actividades que me proponía. Pero luego, al transcurrir los días eso fue cambiando, ya que fui armando una propia rutina dentro de mi casa. Me puse un horario para levantarme y poder ponerme al día con las actividades de la facultad para así poder equilibrar esas actividades con las tareas de la casa. Y así comencé a darme cuenta que tener esa "rutina" diaria lograba que el tiempo me durara más que antes. Sin embargo, tuve que adaptarme a esta nueva rutina, porque al empezar a cursar, más allá que sea virtual, requiere de un tiempo importante pues, por ejemplo, debemos "asistir" a las clases a un determinado horario. Por lo que la

cursada virtual fue mi brújula para poder acomodar ese tiempo que al principio estaba desorientado o perdido.

El comenzar a cursar de manera virtual marcó en mi vida un antes y después, ya que antes con la presencialidad quizás se hacía más fácil el asistir a clases porque sabías que tenías que ir, que entrabas a un horario determinado. Pero ahora estando en tu propia casa con todo el tiempo del mundo, y todas las comodidades, se complica quizás un poco más. En mi caso, vivo con mi familia en un departamento, por lo que ahí, el concentrarse o encontrar un tiempo para las clases virtuales es complicado. Por eso considero que fue un antes y después, ya que quizás el espacio no es el habitual, pero a pesar de eso tuve que empezar a adaptarlo para mis nuevas actividades.

Mis sentimientos cuarentenescos

Cuando todo arrancó mis sentimientos comenzaron a salir a flor de piel, como señalé al principio, me sentía muy enojada con todo lo que estaba pasando y estaba todo el tiempo buscando un culpable. Pero de a poco fui entiendo que no se trataba de buscar un culpable o de enojarme, sino que era una realidad con la cual iba a tener que empezar a convivir. A pesar de que empecé a entender, para mí tener que quedarme encerraba en mi casa, de un día para el otro, fue un cambio de 360°. Porque yo era una persona que estaba acostumbraba a salir, que tenía muchísimas actividades diarias afuera de mi casa, como ir a la iglesia, a la facultad, a merenderos. Y todo eso, de un día al otro cambió.

Aunque al principio quizás no sentí tanto el no salir, porque me encontraba en una situación de pánico porque al ser pacientes de riesgo tenía mucho miedo de contagiarme del virus. Sobre todo, porque yo estoy en el lugar donde se desató el virus, acá en Resistencia, lo cual aumentó todavía más mi paranoia porque me agarró miedo por poder contraerlo.

Pero luego, cuando esa situación de shock o pánico fue disminuyendo, me fui informando más sobre el tema y adoptando los cuidados necesarios para evitar el contagio. Uno de los principales fue usar tapa boca en caso de salir de mi casa a comprar o lavarme las manos al llegar. Por lo que hoy en día creo que me encuentro más tranquila con la situación y conmigo misma y es eso lo que me permite poder ver la situación de una buena manera sin maquinarme tanto en el que algo me pudiera pasar.

Una de las cosas, que me ayudó a entender la situación que estamos atravesando, fue el trabajo de campo que realizamos con la cátedra “Antropología Social y cultural”. Haberme metido de lleno a investigar sobre el

ASPO me ayudó a entender que si nos cuidamos entre todos podemos salir adelante.

Para finalizar, lo que puedo decir es que esta realidad que nos atravesó, provocó un cambio total en mi vida, ya que fui adquiriendo nuevos hábitos que quizás nunca pensé que iba a adoptar: como el tener que usar un barbijo el día de mañana cuando vuelva a salir de mi casa.

ASPO:

CUARENTENA, CURSADA VIRTUAL Y NUEVAS COTIDIANIDADES

CECILIA TORRES ORTÍZ

Este ensayo está escrito en primera persona, es decir por mí, estudiante del profesorado y la licenciatura en Ciencias de la Educación en la Facultad de Humanidades de la UNNE, carrera que curso por obvias razones de manera virtual desde mi casa, en Corrientes Capital.

En el texto que leerán a continuación hablo de cómo es mi vivencia de la cuarentena y el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio. Los miedos, ansiedades e inseguridades que esta situación produjo, y en consecuencia también, cómo se vio modificada mi vida en general. Las nuevas rutinas, cambios en mi estilo de vida y en la manera de llevar adelante los distintos vínculos afectivos familiares, amistosos y profesionales en una relación dentro de un tratamiento de TCA (Trastornos de la Conducta Alimentaria) en la que se lleva adelante más un vínculo de profesional – paciente.

Inicio del ASPO: cambios, miedos e inseguridades

Al inicio de la cuarentena, las primeras dos semanas, y sumando toda esta situación del encierro obligatorio, fue una situación nueva porque no estaba acostumbrada a mantenerme por días en casa, siempre, todos los días realizaba una mínima salida. Aun así no cambió mucho mis planes, al menos la primera semana, ya que no tenía planeado asistir al inicio de la cursada porque días antes, me habían hecho una cirugía. Con todo ese tema del virus circulando por la facultad, podría afectarme el doble debido a que tenía las defensas bajas.

Con todo esto, obviamente, tenía mis miedos e inseguridades sobre el tema, trataba de mantenerme lo suficientemente informada a través de distintos medios como ser los noticieros por tv, radio, incluso portales de internet o las diferentes redes sociales que tengo (Twitter y Facebook). Todo para estar al tanto pero tampoco saturarme de información para que eso no me juegue en contra, y así no hacerme la cabeza generándome más miedos... Miedos que siempre estuvieron y están todavía, debido a que mi madre, mi hermana y mi cuñado son personal de salud, y aunque si bien, no están en contacto directo con pacientes,

el hecho de saber que pueden tener contacto con algún otro personal que sí, me genera un cierto nivel de pánico y psicosis, si se quiere y puede decir así.

Nuevos tiempos: rutinas, reflexión y autoconocimiento

Aproximadamente a la cuarta semana de que todo esto de la cuarentena se nos haya impuesto, había empezado a adaptarme a la nueva modalidad de cursado. Me había empezado a hacer nuevas rutinas, de estudio, de ejercicios, me hice de tiempos de recreación en la cocina, descubriendo facetas de cocinera, que sabía que estaban, pero como ahora disponía del tiempo, podría sacarle sus frutos o recetas deliciosas.

Encontré y pude hacerme de tiempos para dedicarme a mí misma, ya sea con ejercicios en casa, que aunque costara ponerme a hacerlos, descubrí que me hacían bien. Ayudándome a despejar la mente de otras preocupaciones, además de que en ese tiempo para mí, pude conocerme más y mejor de lo que ya venía haciendo en mis terapias. Fue y sigue siendo un tiempo de reflexión y autoconocimiento que está bueno que todxs tengamos en nuestras vidas. Hacer un poco de introspección, aprender a conocerse, y respetar lo que el cuerpo y mente te piden. Por ejemplo, a pesar de que me había hechos mis rutinas de ejercicios, hubo semanas en las que puse en práctica la idea de respetar lo que mi cuerpo me pedía. Me tomaba unos días de descanso porque era lo que estaba necesitando, y en su lugar, me dedicaba más a la reflexión sobre diversos temas. Desde aquellos temas personales como cuánto he cambiado y cuánto he aprendido a quererme y aceptarme, mientras que por ejemplo, un año atrás era algo impensable y hasta, si se quiere, casi imposible. Estaba tan encerrada en mi enfermedad que me costaba pensar y proyectar una realidad diferente en cuanto a las percepciones que tenía de mí misma, y al poco (o nulo) amor propio que tenía, lo cual no me dejaba avanzar hacia cosas mejores en todos los aspectos de mi vida.

Y sobre todo, me permitió abrirme a la reflexión acerca de la situación actual como, por ejemplo, observar el egoísmo de algunas personas respecto al virus. O la manera de llevar adelante este acontecimiento por parte del gobierno que por momentos me parece el adecuado, pero por momentos no; porque como pudimos ver que los hospitales y los médicos no cuentan con los suministros necesarios y adecuados para estar frente a las personas contagiadas. Sin embargo, a pesar de todo van y ponen todo de sí mismxs, por y para la cura y el bienestar de un otrx, aunque esto signifique poner su propia vida, y de aquellxs con quienes conviven, en riesgo.

El tiempo, en un principio, con estas rutinas parecía pasar volando, porque al estar organizado en las cosas que iba a hacer en determinados horarios, cuando las hacía, parecía que pasaba rapidísimo. Me despertaba un día y era lunes, pestañeaba y ya era domingo, y el fin de semana pasaba sin que me diera cuenta. Así la concepción que tenía del tiempo. Primeramente, era como si éste no existiera, porque, en verdad parecía ser que no había tiempo, ya que todo pasaba de un momento a otro, sin darte cuenta.

Ansiedad, encierro y ¿falta de tiempo?

Si al principio, el tiempo parecía pasar rapidísimo con las distintas actividades que me había propuesto hacer durante el día y la semana, en cambio en las últimas semanas, éste parecía no alcanzar. Saturada con actividades, lecturas y exámenes de la facultad, por más que me levantase a las 8:00 A.M y dedicará todo el día a la facultad, parecía que el tiempo no alcanzara para nada y pasara más lento. Quizá por la cantidad de cosas para hacer referentes a un mismo tema, sin tener espacio para otras cosas o para distender un poco la mente, y con esto se hacía necesario que los días tengan más horas.

Como dije, con todas las responsabilidades facultativas, atrás quedaban los tiempos de esparcimiento en los que podía, mínimamente, salir al patio y tomar un poco de sol y aire fresco. Ahora, el encierro y el estrés parecían que habían unido fuerzas para sacar a flote mi ansiedad, esa que me acompaña desde siempre, pero que pensé que mantenía controlada. Ansiedad que me hace sobre pensar las situaciones que vivo, que me hace ver las cosas mucho más grandes de lo que son, y me quita el hambre y el sueño, que me hace creer que no voy a poder con todo y que no sirvo para nada. Ese monstruo con el que he aprendido a convivir y a mantener controlado hace unos meses.

A pesar de que sintiera que todo me sobrepasaba, la psicóloga y la psiquiatra me dijeron que con todo lo que le estaba pidiendo a mi cuerpo y la sobre información que cargaba era normal tener ataques de ansiedad, pero a veces, llegué a preguntarme: ¿de qué me sirve que me digan que es normal, si ellxs no están en mis zapatos, en mi piel, no son yo, y no saben lo que es no tener fuerzas para salir adelante? Llegué a sentir y tener ganas de abandonar todo, pero a la vez no podía, ni puedo dejar nada hecho a medias, porque siempre tengo la sensación de que necesito mantenerlo todo bajo control. Soy perfeccionista pero también porque soy cobarde y una parte dentro de mí hace que me auto boicotee, diciéndome esa frase famosa de que “el que abandona, no tiene premio”. Así, estoy tironeada por dos bandos, pero siempre termino cediendo y haciendo uso

de esas pocas herramientas que adquirí en terapia. Las uso, tratando de controlarlo todo, de no sobre pensar las cosas, y hacer de ese monstruo, tal vez pequeño, algo gigante, algo que no es más que algunos miedos e inseguridades, pero que se pueden controlar. Como lo hice luego de que la tormenta pasará y pudiera ver todo con mucha más claridad, cuando el estrés, la ansiedad y los miedos disminuyeron notablemente, una vez que todas las actividades, exámenes y trabajos, fueron entregados en tiempo y forma.

Reconocimiento y apropiación de espacios

Antes de empezar el aislamiento, mi vida se basaba en estar más afuera de mi casa, y el poco tiempo que estaba en ella, se limitaba a estar encerrada entre las cuatro paredes de mi habitación. Ahora con el encierro obligatorio, me vi obligada a reconocer y hacer míos espacios de mi casa que de no ser por esta situación excepcional, no hubiera sido posible. Porque si la vida hubiera seguido su curso normal, no hubiera podido hacerlo, ya que como soy de Corrientes, el tener que cruzarme y cursar desde la mañana hasta la tarde, tomaba gran parte de mi día, y el final de la jornada se resumía en llegar a casa, darme una ducha y acostarme a dormir.

Con el aislamiento se me abrió un abanico de posibilidades para reinventar los espacios, con las rutinas de ejercicio hice del living una especie de gym, espacio que iba mutando entre el patio, los días que se me daba por entrenar al aire libre, o en mi habitación. Lo mismo pasaba con la cocina/comedor, antes era usada solo como comedor y con la nueva disponibilidad de tiempo para descubrir mis facetas de cocinera, panadera, pastelera, pude ir haciendo mía tanto la cocina como sus utensilios. El comedor como un escritorio, al igual que el de mi habitación, fueron mutando y turnándose entre ellos para servirme a mí como lugar de estudio.

El consultorio y el afuera como algo extraño

Después de dos meses de encierro, recibí la noticia de que la institución en la cual estoy, hace poco más un año, haciendo un tratamiento de recuperación y rehabilitación por TCA, más específicamente, por anorexia nerviosa, volvió a abrir sus puertas para la atención a pacientes.

Durante el tiempo en el que la cuarentena era obligatoria en la provincia de Corrientes, todo tipo de controles nutricionales o sesiones psicoterapéuticas eran mediante videollamadas. Con el paso del tiempo, y la disminución de casos del

virus, el gobierno fue flexibilizando poco a poco la cuarentena, otorgando permisos especiales para salidas a centros de salud, como en mi caso.

Así, una vez que me fue informado que volverían a atender, me puse contenta, pues al fin, volvería a salir más allá de los 500 metros que estaban permitidos para el momento. Sin embargo, una vez llegado el día, la paranoia se adueñó un poco de mí, recuerdo que tenía mil miedos respecto de tener que viajar en colectivo nuevamente. El tener cierto contacto con gente que no es de mi entorno, así se mantenga la distancia, el no querer tocar nada dentro del transporte público y cargar siempre una botellita de alcohol en gel para pasármelo por las manos en caso de tocar accidentalmente algo. Al escribir esto siento que si alguien lo lee pensará que “no tengo todos los jugadores” y que quizá el tema se me fue un poco de las manos, y no los culpo. Pero, por otro lado, viendo la situación, creo que para mí era normal ese accionar de higienizarme en todo momento.

Digo, si antes era habitual el higienizarme las manos regularmente, ahora con el virus circulando y las recomendaciones, casi constantes, de higienizarse las manos con agua y jabón o alcohol en gel, todo se potenció. No vemos al virus y, por ende, no sabemos si está cerca o no, pero ante la duda, mejor prevenir. Quizá para mi sea algo exagerado, o no, porque era algo a lo que no estaba tan acostumbrada, pero como ahora, el lavarme las manos con alcohol mientras ando por la calle, o cada vez que salgo y llego a casa, hacer lo que recomiendan, bañarme y poner toda la ropa a lavar, todo por pánico y un estado de psicosis ante las circunstancias, se volvía algo “normal” y “común”. De a poco, todo eso que me parecía exagerado, dejaba de serlo.

Como verán, el tema de viajar en transporte público se había vuelto algo extraño, habían pasado casi tres meses que no lo hacía, y volver a hacerlo de repente, se tornaba como algo nuevo. Además, el volver a ver las calles, todas casi vacías que acompañadas con lo gris del día, me generaba un dejo de tristeza. Claro, estaba acostumbrada y tenía en la memoria imágenes de las avenidas, calles y plazas repletas de gente andando, paseando, haciendo sus ejercicios, niños jugando, y ahora, verlas tan desoladas, era un poco extraño y raro. En fin, lo único que quedaba para entonces era y es acostumbrarme a eso, a ver las calles casi desiertas, poca gente transitando, que la poca gente que haya sea quienes estuvieran haciendo largas filas para realizar compras en los pocos comercios abiertos por la tarde, ya que muchos de ellos atendían de corrido desde las 8:00 AM hasta las 17:00 PM.

Una vez que llegué y entré al consultorio todo el ambiente era extraño, estaba vacío. Encontrarlo así me resultó un poco desconocido y atípico, incluso una vez

que entré a la oficina de mi nutricionista todo me parecía ajeno. De repente entró y era rociarme alcohol por las manos, manteniendo la distancia, la limpieza de los objetos que tocaba para los controles correspondientes, todo nuevo, todo casi insólito.

Como dije, cuando llegué al consultorio ese dejo de tristeza que me acompañó durante el viaje, continuó conmigo una vez que llegué y siguió, incluso, hasta que llegué a mi casa. De igual manera, esto fue la primera vez que fui, ya para las veces siguientes que tuve la oportunidad de salir para la realización de diversos trámites, si bien las colas en los negocios se mantenían, por las calles y plazas encontraba más gente circulando porque habíamos entrado en la “fase 5” y se habilitaron nuevos y más permisos y actividades. Así, ya era notable que el aumento de gente transitando por las calles, haciendo sus ejercicios por la costanera. Se podía ver esta flexibilización en las redes por ejemplo, Instagram volvía a llenarse de historias de juntadas entre amigxs y familiares, todo, de a poco, parecía que iba volviendo a la “normalidad”.

Relación profesional - paciente

Como todo cambió, mis interrelaciones no podían quedarse atrás. En este caso la relación con los distintos profesionales que me acompañan hace un año, se vio modificada por completo. Por ejemplo, como dije más arriba, algunas sesiones y controles se hacían mediante videollamadas, lo cual era algo extraordinario. Es decir, de tener que trasladarme todas las semanas al consultorio, de saludarlas con beso, a corta distancia, de poder acomodarme como quisiera en las oficinas, pasar a hacer todo eso desde mi casa era algo para lo que claramente no estaba acostumbrada (ni preparada), pero a lo que con el tiempo pude acostumbrarme. Aunque por momentos me sigue pareciendo algo fuera de lo común, lo que más ansío es volver a tener las terapias presenciales con quien es mí psicóloga. Sin embargo, con algunas profesionales hemos vuelto, ya, a los controles y sesiones de manera presencial.

Con la nutricionista y la psiquiatra si bien el vínculo no se vio modificado, todo sigue igual, sí cambió nuestra manera de relacionarnos, mantenemos a cierta distancia. Estando en el mismo espacio hacemos uso de barbijos, lo cual me parece un poco incómodo, el no poder vernos las caras directamente, para saludarnos es el típico saludo de codos. Con la única persona con la que ese distanciamiento se corta es con mi nutricionista, ya que para controlar temas como el peso en la balanza, es obvio que estamos a muy poca distancia.

Nuevos espacios y modos de interacción en los almacenes

En los almacenes y kioscos del barrio, en algunos más que otros, se tomaron todos los recaudos y medidas de prevenciones habidas y por haber. Éstas iban desde atender solo desde una ventana, prohibiendo el ingreso al local, hasta el uso de un plástico grueso a modo de cortina en aquellos kioscos que atendieran mediante ventana. Algunos pedían y piden el uso obligatorio de barbijo, así sea a la vuelta de tu casa... Sin embargo, en otros comercios, como una verdulería, no vi mayores cambios o medidas de precaución, solo el uso de barbijos y guantes para la atención al cliente.

Todas estas nuevas maneras de relacionarme con mis comerciantes, y la manera en la que decidieron llevar adelante las medidas de precaución/prevención me parecieron en un primer momento algo extrañas pero aceptables y adecuadas ante la situación.

Relaciones familiares y amistosas

231

Si bien yo me considero una persona bastante cerrada en cuanto a lo que siente y piensa, con la cuarentena y el encierro, esto mucho no cambió. Por ejemplo, la relación con mi familia sí se vio modificada, es decir, siempre tuve poca comunicación para ciertos temas, pero con esta vivencia, supe abrirme más, decir lo que pienso, siento, plantear mis proyectos y el nuevo estilo de vida que estoy queriendo implementar de a poco. Por ejemplo, en relación con el estilo de vida, hace un tiempo he tomado la decisión de, primeramente, bajar el consumo de carne, y más adelante, abandonarlo completamente, y más allá de los chistes que pueden hacer al respecto, lo respetan.

A pesar de que pude ver un aumento de la comunicación, en algunas semanas se vio un retroceso, producto de mis ataques manifestados en crisis de ansiedad, lo que muchas veces me lleva a retrotraerme más y aislarme, viviendo sola todo el tormento que esto puede significar... pero siempre pudiendo superar todo, y retomando las riendas de esa nueva manera de comunicarme que pude ir adquiriendo y teniendo con mis allegados.

Con mis amigxs, claramente, la relación se vio muy atravesada por el aislamiento, de poder juntarnos todos los fines de semana a tomar una cerveza y hablar, pasamos a no poder hacerlo, limitándose todo tipo de comunicación a charlas extensas por WhatsApp o videollamadas igual de extensas en las que se trataban y hablaban miles de cosas. Son pequeñas cosas que para esta situación eran un mimo al alma porque si tenemos en cuenta aquello a lo que estábamos

acostumbrados, ahora no tenerlos cerca, hacía que la sensación de extrañarles y querer/tener ganas de verles aumentaba todos los días un poco más.

Las relaciones que tengo con mis amistades siguieron igual, más allá de las circunstancias, como todos tenemos una vida facultativa que llevar adelante, las conversaciones continuaron. Ahora ya, siendo más espaciadas (una o dos veces por semana, sino es más tiempo), eran más que nada como para ponernos al día con lo que eran nuestras actividades y nuestras vidas. Y es que, pienso que para mantener un vínculo de amistad no es necesario el hablarse todos los días y tener un nivel de intensidad tan alto en ellas, porque a fin de cuentas lo que vale es que a pesar del tiempo, la relación no cambie y que ambas personas saben que si una necesita del otro, van a estar presentes y a su lado, a pesar de todo.

Esto fue así durante unos dos meses hasta que Corrientes entró en fase 5 y se flexibilizó la cuarentena, permitiendo las juntadas entre amigos los sábados, y los almuerzos familiares los domingos. Todo parece, de a poco, ir acomodándose, ya veremos cuánto dura esto. Por el momento lo que nos queda, o lo que me queda es disfrutar de esos pequeños momentos con la gente que quiero y apreciar tanto, y a quienes tengo la hermosa suerte y privilegio de tener en mi vida.

Agradecimientos

Para finalizar, quiero agradecer, enormemente, a la cátedra por posibilitarnos y alentarnos a realizar, desde un primer momento esos registros, y luego darnos la oportunidad de hacer con ellos un trabajo de análisis como el que desarrollé. Siendo sincera, espero que esté bien desarrollado, ya que puse lo mejor de mis dotes como escritora y un buen tiempo de desarrollo, lectura, relectura, modificaciones constantes. Todo para que quedé lo más perfecto y presentable posible.

En verdad que estoy muy agradecida por el acompañamiento tanto de la profe Carolina como de las profes Ayalén y Lucía, sin quienes esto tampoco hubiera sido posible, ya que estuvieron siempre a nuestro lado para guiarnos en este proceso, que dadas las circunstancias, como sabemos, no es nada fácil.

Gracias por no soltarnos la mano, y no dejarnos caer, por los consejos, ayuda, y diferentes actividades que hicieron posible que este trabajo se lleve adelante. Gracias por dar todo de ustedes para que nosotros aprendamos y lleguemos a cumplir todos los objetivos que se han propuesto.

MI CUARENTENA EN EL SIGLO XXI

SHEILA TURBAY

Durante estos dos largos meses de ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio) fui pasando por varios estados de ánimo y diversas situaciones. Este año trajo muchas novedades y cambios rotundos en la economía argentina, la sociedad y otros aspectos.

Pasada la primer mitad del mes de marzo, me encontraba en la ciudad de Resistencia, en una librería donde trabajo, cuando escuché las noticias y sentí pánico en cuanto a la situación que nos esperaba a partir de este “Primer caso positivo en Resistencia”. Incertidumbre es la palabra que describe mi situación en ese momento, en cuanto al trabajo y a la situación social que se aproximaba. Trabajaba en horarios comerciales (de 8:00 a 12:30 y de 16:30 a 20:30) y los días viernes obtenía mi paga.

Después de este caso positivo en Chaco, comenzamos a tomar todas las precauciones posibles, atender a rejas cerradas, desinfectar la reja, utilizar alcohol diluido con agua, y mucho alcohol en gel luego de atender o manejar plata. Ya no podíamos compartir mates, se me hacían eternos los turnos sin tomar mates o sin que pueda ingresar la gente al local.

La situación me daba miedo, por un lado, quería seguir trabajando pero por el otro, quería irme a mi casa y quedarme ahí “protegida” con mi familia. Yo me mantengo y administro sola económicamente, mi mamá me paga el alquiler, razón por la cual no quería que la situación empeore. Tener que volver a mi casa significaba volver a depender de mi familia en muchos sentidos y compartir los espacios (hacía casi 3 años que vivía sola).

Hasta que una compañera por video llamada me comenta que iban a suspender el transporte de larga distancia, por esto decidí hablar con mis jefes para poder volverme, y fue así que al salir del trabajo me armé 4 bolsos con ropa (lo gracioso es que me traje toda mi ropa de salir), metí todas las verduras en el bolso y me volví a mi ciudad. Pasé 5 minutos antes de que se cierre la frontera Santa Fe-Chaco.

A partir de mi vuelta a Florencia fue una nueva vida, toda una odisea, convivir con mi mamá no era algo extraño, ya que todos los fines de semana venía a mi ciudad, pero estar TODO el día en mi casa y vivir bajo sus reglas sí.

¿Cumpleaños feliz?

La segunda semana de Aislamiento en Florencia-Santa Fe era mi cumpleaños, un día domingo y después de once días de encierro total, fue mi cumpleaños veinte. Pasé mi cumpleaños con mi familia, alejada de mis amistades y mi entorno, no me gustaba para nada la idea de no poder juntarme a tomar algo con mis amigos, pero las cosas se dieron así y yo no podía hacer nada, solo compartir en familia y en mi hogar. Desde que nació me festejaban todos mis cumpleaños, creo que fui afortunada por tener una mamá tan atenta en todos los sentidos. Yo soy la preferida.

Una mezcla de emociones sacudió mi cabeza de una manera “rara” no sabía si estaba feliz por estar en familia o si estaba triste por no tener el resto de las personas que apreciaba, como cada año solía festejar. Fue un día soleado, en mi casa, con un asado y una torta hecha por mamá, los días domingos los comercios no se encontraban abiertos (dato que habíamos olvidado), así que nos tuvimos que arreglar con lo que había. El día pasó lento, me desperté temprano, tomé unos mates en familia, y fui contestando los saludos en las redes sociales (Whatsapp, messenger, instagram, mensajes, etc). El almuerzo lo preparamos en familia, por la siesta me senté a mirar series y tomar mates, y por la tarde compartimos charlas en familia.

El aislamiento nos enseña como personas sociales que somos, muchas cosas, sobre todo a valorar a la familia y los momentos gratos que podemos vivir con ellos, a valorar los pequeños momentos vividos, las comidas caseras, los mates, las charlas. Al ser estudiante del interior (como es mi caso) son cosas que no vivimos usualmente y que en estos momentos de pandemia aprovechamos al máximo.

El correr del tiempo ¿genera calma o ansiedad?

Las primeras dos semanas me hallé en mi casa, compartía actividades familiares y descansaba de mi trabajo, lo tomé como unas mini-vacaciones, distribuía mis tiempos en cuanto a lecturas, actividades facultativas, horarios recreativos, actividades físicas, entre otras actividades.

Con el pasar de los días volvió ese sentimiento de incertidumbre, acompañado de miedos y rutinas vacías. Si bien los días pasaban de manera rápida, las rutinas se volvieron monótonas, la facultad comenzó a limitarnos los tiempos, a generarnos rutinas nuevas, a ocuparnos la mayoría del día y los fines de semana. Cada vez se hacía más difícil la conexión con los grupos de estudios, con nuestros docentes, y más aún con nuestras amistades.

Es desesperante por un lado que aunque en Florencia, mi localidad, aún no haya casos estando tan cerca del Chaco, la gente no tome consciencia de este fenómeno que nos atraviesa en todos los aspectos. En mi familia, causa extrema preocupación ya que mi mamá trabaja como personal de salud en el control que se encuentra en la entrada de nuestra ciudad (Florencia), tomando los datos de las personas que cruzan en la ruta nacional n°11 que atraviesa nuestra ciudad, destino del que preceden, hacia dónde se dirigen, si tienen síntomas compatibles al Covid-19. Además de esto, mi mamá es persona de riesgo debido a varias enfermedades que contrae. Tomamos muchas precauciones debido a esta situación sanitaria. Y es por ello que nos causa disgusto que las personas no respeten esta situación de ASPO, teniendo en cuenta que día a día mi mamá se enfrenta a contraer este virus para poder mantener segura a nuestra población.

Por otro lado, se confirmó el primer caso de Covid-19 en el norte de la Provincia de Santa Fe, en la ciudad de Villa Ocampo, tan sólo a 40 km de mi ciudad. Esto implica que todas las localidades se encuentran en alerta debido a la cercanía ya que varios kioscos o negocios se abastecen en esta ciudad (Ocampo).

La facultad y mi vida de estudiante

En cuanto a la facultad, trato de llevar al día las actividades que nos proponen en las distintas cátedras. No es fácil cursar cinco materias a distancia, tengo mucha incertidumbre acerca de lo que pueda suceder en mi año de carrera. Dejé mi departamento hace dos meses, mis cosas, mi ropa de abrigo, y sobre todo, y algo que me preocupa, mi heladera y cosas enchufadas. Además, como estudiante que alquila en la ciudad, debo pagar mi alquiler.

Hace algunas semanas comencé a trabajar haciendo tratamientos capilares, para distraerme en algunos momentos y generar un ingreso para mí, ya que no me encuentro trabajando. Me resulta “liberador” poder trabajar, aunque sea algunos días a la semana, podría hasta decir que es “mi cable a tierra” entre la facultad y el encierro abrumador.

Ponerme a pensar que ya casi nos encontramos a mitad de año y que seguimos en las mismas y tal vez peores condiciones que en marzo, leer las noticias, ver las redes sociales con tanta información a veces falsa o exagerada, sólo produce incertidumbre total, angustia diría.

Con mis compañeros o mis “Facuamigos” (como nos decimos) de alguna manera intentamos estar comunicados, pero no es lo mismo, hace falta la cercanía física. Siento que hace mil años no los veo, me saltan los recuerdos de

publicaciones de meses/años atrás y recuerdo cada momento, las esperas interminables en el pasillo de la facultad para rendir, los mates en el solcito, cuando nos acostábamos (después del almuerzo) en el patio de la facultad a esperar el horario de cursado, las cenas que hacíamos a la canasta (cada uno llevaba lo que tenía en su departamento), los vinos y las partidas de UNO. Extraño tanto convivir con mis compañeros, se convirtieron en mi segunda familia prácticamente. Es lo que más extraño de mi vida en Resistencia, de la facultad y cursar.

Y todo esto me sirve para reflexionar que realmente estoy en la mejor etapa de la vida, la del estudiante que se arregla solo en una ciudad sumamente extraña (con todos los peligros que esta acarrea), tomando muchas decisiones, a veces buenas, otras no tanto, formándome para profesora, con miles de dudas de si seré buena en esto o no. Pero transitando un camino único como es la Universidad, con personas maravillosas y profesores llenos de conocimientos que transmitir.

Ojalá esta situación mejore y nos volvamos a ver pronto...

UN ENCIERRO LEJOS DE CASA

CARLA VALLEJOS

Estoy estudiando la carrera de Ciencias de la Educación en la Facultad de Humanidades en la UNNE, más específicamente en el campus de Resistencia. Nací y viví en Bella Vista, Corrientes, hasta que decidí estudiar esta carrera. Me mudé a un departamento con mi novio para poder asistir a las clases presenciales en épocas de cursada, es así como terminé pasando el aislamiento social preventivo y obligatorio en unas de las ciudades más afectadas por el virus. Actualmente, vivo en un pequeño departamento con mi perro Fermín y mi novio Jorge, en la ciudad de Resistencia. Hoy 17 de mayo Chaco es la segunda provincia con más casos registrados de personas con covid-19.

237

El impacto emocional

Desde que comenzó el aislamiento social obligatorio, he estado viviendo en una montaña rusa de emociones, en la que cada semana parece mejor o peor que la anterior. Desde un primer momento quise volver con mi familia a mi pueblo, pero por distintos motivos no pude hacerlo. Es por esto que decidí tomar una actitud bastante positiva, creía que todo iba a mejorar pronto, puse mucho empeño en las clases virtuales y no tuve miedo.

A medida que el tiempo pasó, esta situación cambió, comencé a tener miedo de encontrarme lejos de mi pueblo y comencé a sentir la ansiedad e incertidumbre de cuando iba a terminar todo esto. Cada día de encierro comenzó a sentirse más difícil que el anterior. Cada día extrañaba más a mi familia y me ponía triste pensar en todos los planes cancelados en marzo, como viaje y recitales ya pagos, por ejemplo. Con el tiempo lo que me ponía triste dejaron de ser los viajes, la tristeza y el miedo venían por la posibilidad de que Jorge y yo nos infectáramos de coronavirus.

Al correr de los días queríamos hacernos entender que siempre y cuando nos cuidemos no había por qué tener miedo. Teníamos que hacernos la idea de quedarnos acá por tiempo indefinido, alejados de nuestras familias.

Los desafíos de la convivencia

La convivencia tampoco fue fácil, los momentos de pánico nos llevaron a Jorge y a mí, a entrar en múltiples discusiones y de hacernos dudar todos los días de las decisiones que íbamos tomando.

Entramos así en un estado de crisis en donde el futuro era incierto y al ser tan incierto no sabíamos qué hacer, seguir quedándonos o pedirle al municipio que nos buscara, como buscaron a los estudiantes que se encontraban en la capital correntina, todo eso pasaba por nuestra cabeza una y otra vez. Días antes el gobierno de Corrientes publicó un formulario en el que los estudiantes del interior que quisieran volver a sus pueblos podían rellenar ese formulario y un vehículo los llevaría a sus domicilios originales. Pero, sin embargo, no era válido para otras provincias, incluso si solo nos encontráramos cruzando el puente.

El conflicto de la convivencia se desató entonces porque Jorge quería irse cuanto antes y yo comencé a dudar acerca de dónde quería estar. El ambiente se volvió pesado, no podíamos ponernos de acuerdo con nada, aunque fuera mínimo, pero esos días difíciles también nos enseñaron a conocernos mejor. En otros tiempos la convivencia siempre fue “perfecta”, atravesamos muchas situaciones difíciles como hambre, enfermedad, mudanzas estresantes, donde no teníamos a nadie más en Resistencia, y todo eso siempre lo supimos resolver. Pero esto era diferente, de repente no teníamos esperanzas sobre el futuro.

Hoy podemos decir que estamos trabajando en ser mejores compañeros cada día, a veces nos cuesta porque estamos en un contexto difícil, y todo hace que estemos estresados y a veces enojados, pero entendemos que solo nos tenemos el uno al otro y se trata de poder ser fuertes superando esto.

Facultad: los amigos, las clases virtuales y el estrés

La situación con la facultad tampoco fue alentadora, aún sigue sin serlo. El hecho de querer irme me hacía recordar que allá no tengo una buena conexión a Internet y tampoco una computadora, entonces entraba en el dilema ¿Intento mantenerme a salvo o estar al día con la facultad? Y sinceramente me daba más miedo perder a mis compañeros en este hermoso trayecto que perder mi salud. Estaba segura y lo sigo estando que mucha consideración por parte de algunos profesores no iba a tener, porque por momentos me hacen pensar que una tarea es más importante que mi salud mental.

Digo esto porque tuvimos una situación decepcionante con una de las cátedras, en donde había que entregar un parcial para el cual se nos había *subido* la consigna un martes y teníamos que entregarlo para el jueves. Los estudiantes

de tercer año de la carrera hablamos sobre cómo íbamos con el parcial y nos dimos cuenta de que la desesperación era mutua. Por lo que se nos ocurrió comunicarle al equipo de cátedra nuestras dificultades con el parcial, ya que muchas consignas no estaban claras y no solo no entendíamos, sino que tampoco teníamos tiempo suficiente.

La primera respuesta de la cátedra fue contundente, cuando intentamos expresar que nadie llegaba con el parcial nos dijeron que la clase “no era un espacio de catarsis” y que debían seguir desarrollando el tema. Esta respuesta nos hizo sentir mal porque ser estudiantes en este contexto hace que las cosas sean menos alentadoras para nosotros. Realizar un parcial tan extenso en dos días supone estar sentado horas y horas sin pensar, o hacer otra cosa más que las actividades de una sola materia, considerando el estrés extra de haber estado encerrados hace 40 días. ¿Al momento de diseñar un parcial nadie se plantea cómo puede incidir en la salud mental de una persona?

Muchos quisimos dejar el cursado por este cuatrimestre y me incluyo, lo pensé muy severamente pero no la dejé por una razón y eran mis amigos. No podía imaginarme ir a cursar sin ellos o preparar finales sola, debido a que ellos siempre hicieron de la cursada algo más llevadero. Si bien ahora no estamos juntos físicamente, son la verdadera razón por la cual encuentro fuerzas para seguir cursando. Siempre que no entiendo algo, ellos lo hacen ver mucho más fácil, o cuando tenemos que rendir saben cómo transmitirme paz en los momentos de más nerviosismo y estrés. Es más, en la distancia lo siguen haciendo.

Todos los días encuentro nuevas razones para quejarme de las clases virtuales, por ejemplo, porque algunas cátedras nos dan demasiados PDF's de 200 páginas cada uno los que tengo que leer en la computadora porque no tengo impresora y me hacen doler la cabeza. O porque la mayor parte del tiempo siento que nos dan muchas actividades para simplemente “mantenernos ocupados” como si tuviéramos mucho tiempo libre. También me quejo porque no puedo hacer los trabajos grupales en persona y hacerlos de manera virtual cuesta muchísimo más, ya sea porque se corta la señal o se pierde simplemente el intercambio fluido que existe entre las personas.

Todo esto me frustra y estresa demasiado, pero tengo que admitir que hay algo que me dejaron las clases virtuales que seguramente en las presenciales no iba a pasar. Conocí a una compañera, con la que nunca había hablado, gracias a una actividad de la asignatura Antropología Social y Cultural, en la que nos asignaron la tarea de hablar con un compañero/a que la cátedra seleccionaba, y debíamos charlar acerca del ASPO y cómo lo veníamos viviendo. De esa simple actividad surgió una amistad hermosa y seguimos hablando todos los días. No

podemos esperar al día que todo esto termine para poder encontrarnos en persona porque nunca antes habíamos hablado a pesar de cursar todos los días juntas.

En fin, la mayoría de las veces pienso que si no fuera por la facultad en realidad llevaría muy bien esto de estar encerrada porque no estaría tan asustada y estresada al mismo tiempo. Lo que hace que de vez en cuando me replantee si dejar todo o seguir.

¿Irme o quedarme? Mi conflicto con los espacios

En medio de esas dudas sobre la facultad, ocurrió algo que me hizo tomar una decisión definitiva, me quería ir. Mi vecina, quién atendía un kiosco a media cuadra de mi departamento se enfermó de covid-19 y falleció a los pocos días. La preocupación aumentó porque era una persona que conocíamos y donde íbamos a comprar todos los días, y lo que antes era una cifra, un número en los noticieros, de repente tuvo cara y nombre. El virus se convirtió en una persona y eso fue lo más espeluznante.

240

La desesperación comenzó, por parte de nuestra familia, amigos y nuestra. Todos comenzaron a ver las posibilidades de llevarnos de vuelta a nuestro pueblo, y yo aunque en el fondo no quería irme, porque más allá de estar en una ciudad donde el virus está presente en cada esquina, estaba cómoda, estaba en mi espacio, mi lugar, mi departamento con mis cosas.

Mi departamento es mi lugar de estudio, con mi wifi, mis computadoras, mis archivos, mis herramientas de estudio, en el fondo no me quería ir. Pero entonces, volvía el miedo, el miedo de estar solos, no tener a nuestra familia cerca ¿y si nos enfermábamos? Nadie podría si quiera pasarnos comida porque nadie nos conoce, no tenemos amigos ni familiares en esta ciudad.

Más allá de tener a mi familia en Corrientes, la decisión de irme también pasaba por el hecho de que allá hacían 10 días que no había nuevos casos y específicamente en Bella Vista hasta el momento no había personas infectadas, el número era cero. Eso comparado con Resistencia que llevaba la cifra de 606, suponía una notable diferencia.

Fue así como comenzamos a ver posibles formas de volvernos. Contactamos con las autoridades de Bella Vista, primero con el secretario de salud, quien nos dijo que si íbamos nos iban a brindar un hotel y comida por 14 días para cumplir estrictamente el asilamiento; pero que no podían buscarnos, ya que debíamos volver por nuestra cuenta, lo cual obviamente era imposible. Es así como nos comunicamos con el concejal de Bella Vista, quien nos dio una posible solución,

podía buscarnos en su auto pero en Corrientes capital. Es decir, teníamos que cruzar el puente con nuestros propios medios, lo cual solo nos dejaba una única alternativa: cruzar en remis. Pero cuando estaba todo decidido y ya habíamos acordado un día para cruzarnos con el permiso adecuado, y todo el protocolo de salud, en el puente prohibieron el paso de remises.

Es imposible describir la tristeza que tuvimos en ese momento y ni mencionar cuando Resistencia volvió a fase 3 y Corrientes avanzó a la fase 5.

La felicidad al alcance de un blog

Así llegué a una semana en la cual todo se me vino abajo, ya no quise seguir, no encontré motivos. Fue ahí, cuando totalmente rendida, estresada y con miedo a contraer el virus, encontré un pequeño rayo de felicidad que fue para mí crear mi propia página web, un blog sobre cine.

El blog se convirtió en mi pequeño escape lejos de esta realidad que tanto me incomoda. Escribir me ayudó a despejar la mente y poder meterme en esas películas que tanto me gustan, escapar por unas horas. Hoy la página no para de crecer y todos los días recibo mensajes hermosos alentándome, lo cual me da fuerzas a seguir escribiendo.

Durante mi infancia siempre quise ser escritora e intenté muchas veces escribir cuentos o novelas, pero al darme cuenta que eso no era lo mío, decidí abandonar mi sueño, sin darme cuenta que podía ser escritora en otros ámbitos. Hoy de alguna manera estoy cumpliendo ese sueño a través del blog, donde encuentro mis dos pasiones, el cine y la escritura. Cuando estaba en 4to año del secundario tenía de tarea escribir un cuento, mi profesora lo corrigió y junto a la nota escribió “¿Pensaste en ser escritora?” Debo admitir que eso quedó profundamente grabado en mí y hoy no recuerdo su nombre pero me encantaría contestarle: “Sí, lo pensé y hoy lo estoy cumpliendo”.

VIVENCIAS EN CUARENTENA

MAURO VARGAS

En el siguiente análisis pretendo reflexionar y dar cuenta de mi vivencia como estudiante del tercer año de la carrera del Profesorado en Ciencias de la Educación. Estuve cursando durante el primer semestre de este año en la situación de ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), debido a la pandemia del COVID-19.

Aislamiento intrafamiliar: sin retorno

Para el presente trabajo de elaboración y análisis de registros, fui realizando un registro de mis rutinas en el transcurso de estos meses. En primer lugar, me gustaría desarrollar cómo es que llego a estar en la situación de tener que decidir en dónde pasar la cuarentena y con quién.

En un primer momento antes de la cuarentena obligatoria, yo me encontraba en mi otro domicilio que es en la ciudad de Barranqueras, donde resido actualmente. El domingo antes de que se dicte su obligatoriedad, mi hermano me pregunta que si quería ir hacia la Isla del Cerrito a pasar un par de días, ya que él venía para la ciudad y se volvía ese mismo día.

Accedí al instante e inmediatamente preparé mi bolsito con algunas ropas y nada más, ya que pensaba que iría por unos días y después volvería hacia Barranqueras. Cosa que no ocurrió hasta el día de la fecha.

Al pasar los días, le empiezo a decir a mi hermano para ir a Barranqueras a pasar la cuarentena allá, a lo que él se negaba. Le preocupaba dejar la casa sola. Por lo que comienzo a entrar en una paradoja de que si, por un lado, me voy a Barranqueras a estar con mamá, papá, mi hermana, mis perros y mis comodidades o, por otro, pasar acá en la Isla. Lo cual implicaba quedarme con mis pocas ropas, regular/baja acceso a la red wifi y una computadora que tiene ya sus años y poca capacidad de memoria. Pero al irme, y lo más fuerte en un sentido, sería la situación de que mi hermano quedaría solo en casa durante toda esta cuarentena obligatoria.

Esta última cuestión, me llevó a plantearme varias veces ¿qué era lo mejor?, ¿qué pasaría si le pasa algo mientras esta solo? Entonces decidí pasar este momento con él, además de que nos tendríamos el uno al otro, sería un buen momento para pasar juntos. En los últimos años desde que empecé con la

facultad, no pasábamos tiempos juntos. A lo largo de las primeras semanas, con mi hermano solo interactuábamos en la mesa, ya que cada uno hacía sus cosas durante el día. En mi caso, yo estaba en la computadora la mayoría del día, ya sea en el aula virtual y/o leyendo los pdf que nos mandan desde las cátedras, o en el celular hablando con mis grupos. Por otro lado, una noche la pasamos juntos en el comedor mirando series, mientras esperábamos el estreno de la cuarta temporada de “La casa de papel”. Vimos media temporada de esta serie en una mañana, incluso empezamos a verla ni bien se estrenó a las 4:00 am. Finalmente, en lo que respecta a la convivencia, ya cada uno tiene su rol específico dentro de casa, nos dividimos las tareas; uno se ocupa de las compras y la limpieza, el otro se encarga a cocinar.

Durante la última semana de abril, fue el cumpleaños de mi papá y sentí un vacío ese día. La familia estaba partida al medio, sentí angustia también por no poder estar junto a él. Hicimos una video llamada, se puso contento y nosotros también al ver que la estaban pasando bien en ese momento. Si estuviésemos todos juntos, lo que tradicionalmente hacemos es un asado entre nosotros y pasar el día en familia, pero esta vez no se pudo.

Adaptación de mis tiempos y espacios durante el encierro

Una vez ya iniciado el periodo de contingencia de aislamiento social preventivo y obligatorio, durante los días posteriores, comienzo a añorar todo de mi otro hogar, más que nada mis comodidades que tengo allá: ropas, mi computadora, mi habitación, mi mascota. Empiezo a cuestionarme el porque me quedé y tenía la esperanza de volver entre las próximas semanas.

Durante el transcurso de las primeras semanas, me cuesta adaptarme a toda esta nueva situación, trasnochaba, me levantaba todos los días al mediodía, dormía muy pocas horas durante el día. Además, sentía que tenía tiempo para realizar ciertas actividades que en general no las hacía porque en la cotidianeidad habitual no disponía de ese tiempo. O no las terminaba en el día por no saber aprovechar el tiempo o no sentía ganas para realizarlas.

Luego de algunos días, comencé a organizarme más con mi rutina cotidiana en relación con los tiempos, horarios y demás. Sentía también que el día pasaba a un ritmo lento por el hecho de estar frente a la computadora casi todo el día, sino ocupado con las compras. Y al anochecer el tiempo volaba por estar con el celular en las redes sociales, hablando con amigos, ya sea por WhatsApp, Instagram o Facebook. Pero a partir de dicha organización podía realizar las cosas que pretendía durante el día.

De la misma forma, a lo largo de las próximas semanas, tenía la sensación de que los días pasan muy rápido, ya que la mayor parte de la semana me la pasaba en la pieza con la compu. Mi mayor compañero en todo este momento era el mate. De vez en cuando salía a tomarlos afuera mirando hacia la calle bajo el sol, sentado en un murito a veces, algo que nunca antes lo hice. En estos momentos de encierro quizás lo hacía para despejarme y omitir pensamientos acerca de la cantidad de contagiados o hasta cuando seguiremos sin salir, sobre los trabajos de la facultad y/o despejarme también un rato de la computadora, tomar aire fresco y pensar en otras cosas. Pensaba, por ejemplo, en los lindos días de sol que había y que nos la pasábamos encerrados, en mi rutina, y como la noción del tiempo fue variando con el transcurrir de las semanas, en todo lo que estaba cambiando con este parate.

Estas últimas semanas me costaba dormirme en las noches, me dormía en general muy tarde, me levantaba igualmente temprano y me preguntaba por qué, si ni siquiera duermo la siesta. Así también, experimentaba cierta extrañeza e incomodidad por estar “obligadamente encerrado”, no me hallaba en casa. Algunas noches salía a mirar hacia afuera y al ver el cielo, las estrellas, la calle vacía por tan poca movilización de gente generaba incertidumbre en mí. Me daba intriga, quería saber qué es lo que estaba pasando más allá, y hasta cuando seguiría todo esto.

El primer caso de COVID: conciencia y la paranoia

No solo me preocupaba que en el pueblo no se respetara mucho la cuarentena, sino que además, cada vez que salía a hacer las compras, veía que la gente no tomaba las precauciones necesarias. Tuvo que haber un caso de COVID-19 positivo, para que toda la gente tome verdadera conciencia de la importancia que tiene esta situación que es la de cuidarse y cuidarnos entre todos. Esto provocó en mí cierta paranoia y temor a acerca de lo que ocurría. Hubo momentos en los que me puse obsesivo con la limpieza, me lavaba las manos a cada rato, y empecé a desconfiar de la gente, ya que al ser un pueblo chico estamos más en contacto, nos conocemos entre todos y nos saludamos en la calle. También por muchos rumores que corrían acerca de que “el señor que contrajo el virus anduvo por todo el pueblo” en contacto con otras personas, sin respetar la cuarentena obligatoria. Por todo esto, estaba siempre atento a mi estado de salud sobre los síntomas y demás. Asimismo, a mis familiares y compañeros que me llamaban para saber cómo iban ocurriendo las cosas, trataba siempre de hacerles llegar la

idea de que estaba todo bien, que estábamos tranquilos con mi hermano, que ni siquiera salíamos.

A la semana siguiente, al salir a hacer la mercadería con mi hermano, ya se notaba mayor “prevención” en el pueblo. Observé en el cajero automático, antes de ir al almacén, que una persona conocida que trabaja en la municipalidad se encargaba de desinfectar las manos de los que se iban a retirar plata, e igual manera lo hacía el hijo de la almacenera en dónde íbamos a comprar. También observé la colocación de láminas de plástico transparente en los mostradores de los negocios del pueblo.

Tipos de comunicación antes y durante el ASPO

En lo que respecta a la comunicación con mis compañeros de grupos pude mantenerme en contacto casi todos los días, mediante conversaciones a través de aplicaciones que ni sabía que existían. No había escuchado nombrar antes, por ejemplo, zoom o google meet. Aplicaciones que usábamos para reunirnos, ya sea para hacer algún trabajo o solo para charlar, conversábamos un poco de todo por las noches. También con mi abuelo y primos sostenía llamadas grupales, algo que antes nunca las hacíamos, ya que, por una cosa u otra solo hablábamos de vez en cuando.

En el marco de lo trabajado en la cátedra, llevamos a cabo las entrevistas -presencial y virtual- en las que tenía que preguntar sobre cómo la estaban pasando este momento, qué cosas aprendieron y qué se les dificultaban, etc., La verdad es que para la primera que era presencial me sentí incómodo por momentos, tratando de que no sea tan estructurada la conversación, como requiere este tipo de entrevistas. Para la segunda que fue virtual no tanto, ya que creo que por no estar en ese momento cara a cara con el entrevistado, me sentí un poco más cómodo.

La solidaridad como algo que cambio

A veces mientras tomaba mates, pensaba en todo lo que ha cambiado, en todo lo que para mí no se valoraba antes y ahora sí. La unión solidaria entre todos como sociedad que hace tiempo se encontraba afectada por el egoísmo e individualismo durante estos días observé mayor colaboración con la gente que menos recursos tiene y más necesita. El contacto con nuestros próximos ya que lo material es pasajero; el apreciar las pequeñas cosas como encontrarse con amigos o familiares y pasar un buen momento, ya que muchas veces antes, nos encontrábamos más pendientes de nuestro celular que de la compañía; los

hábitos de higiene de los cuales hacíamos un mal uso o no le dábamos tanta importancia y ahora lo que fundamentalmente se prioriza es el lavado de manos para prevenir el contagio; y la valoración hacia la investigación científica que durante años anteriores quedó muy de lado por políticas gubernamentales.

Un día en que no podía dormir, acostado en la cama tomando mates, me planteaba acerca de la forma en la que tenemos asentada la institucionalización. Tan interiorizada está en nosotros que no imaginamos trabajar sin ir a un establecimiento o a un lugar de trabajo, o tener una rutina diaria sin horarios pautados. Creo por eso que no podía administrar bien mis horarios, por el hecho de tener clases sin tener que ir a la facultad y ahora tener que hacer todo desde casa. Como contraste, la adaptación de estar y hacer todo desde casa que nos obliga a estar en familia cuando “cotidianamente” antes estábamos más momentos fuera de la casa, sin pausa, sin descanso y siempre con un fin o en persecución de una tarea.

Estas reflexiones me llevan a preguntarme qué será después, cómo se va a seguir y qué aprenderemos de todo esto el día que termine. Mientras tanto, esta situación actual nos ha privado de muchas cosas que eran parte de nuestras vidas, cambiando la manera de consumir, haciéndonos comprar más que nada lo indispensable, y llevando a cabo una “solidaridad social” de quedarse en casa para cuidarnos y no contagiar a demás para así poder salir de esta situación. Asimismo, nos vemos obligados a estar con nosotros mismos, cosa que no se aprende a estar en soledad de la noche a la mañana, en el sentido de aprender a estar y/o disfrutar de nuestra propia compañía.

EL ASPO: TRES MESES Y CUATRO CARILLAS

LUCILA VERÓN

Primera visión

El famoso virus llamado “Coronavirus” lo conocí a través de las redes sociales cuando empezaban a aparecer memes aludidos a ello. Uno, en particular, se trataba de cervezas, de la marca corona enfrentada a varias, de otra marca diferente. Éstas con barbijos haciendo una analogía con el virus y la distancia. Para los argentinos todo parecía un chiste, hasta algo casi imaginario. En lo personal no entendía mucho de qué se trataba pero tampoco buscaba empaparme en el tema, reitero, solo estaba en lo imaginario. Los días pasaron y esto se convirtió en el peor enemigo de la humanidad, el virus ya estaba entre los argentinos, provocando miedos, incertidumbres, que posteriormente hicieron que la sociedad se distanciara, cada familia debía resguardarse en sus hogares, siendo éste el único método para “combatirlo”. Particularmente, descubro que el virus ya estaba en Argentina cuando empiezan a hablar de posibles casos en la provincia de Chaco. Se trababa entre ellos de una alumna de la Universidad Nacional del Nordeste, que había viajado regresando de otro país. Ella había estado en la institución, lugar donde yo también estudio, fue un impacto enterarme de esto.

Cambio de planes

Antes de que el gobierno decrete el aislamiento, me encontraba en mi departamento en la ciudad de Corrientes capital, organizando mi rutina para la facultad, faltaban días para empezar a cursar y solo pensaba en eso. El 9 de marzo de 2020 salió un comunicado por parte del decano de la facultad de humanidades, en el que detallaba que una alumna ingresó a la institución y que había contraído el virus Covid-19. Esto produjo un giro de 180°, todo quedó en pausa. Por otro lado, recibí la llamada de mi papá, que se encontraba en mi pueblo, y enterado de la situación lo noté preocupado, desesperado por mi integridad y la de mis hermanas. La frase exacta fue: “hija, decime que no te cruzaste a Chaco, decime que no te fuiste a la facultad”, “no me importa que pierdan el año, yo prefiero cuidar su salud”. En ese momento caí en la realidad. Inmediatamente cambió todo en mi cabeza, actúe casi por inercia, juntamos

algunas cosas y nos volvimos al pueblo. Mi familia solo quería vernos a todos juntos, de esta manera calmaban miedos y crecía la confianza de protección. Ya instalada en mi casa, un 20 de marzo nos enteramos que por el decreto N°260/20 se decretaba el aislamiento social, preventivo y obligatorio para todos los ciudadanos argentinos.

Mburucuyá en tiempo de pandemia

Llegó el día en el que se concretó el ASPO. Nos veíamos en un desierto. Los miedos, incertidumbres y los cuidados de higiene se intensificaron. En mi pueblo, Mburucuyá, se toman todos los recaudos necesarios para combatir no solo el Coronavirus sino también el dengue. Todas las familias se ven comprometidas a cumplir con las reglas. Particularmente en mi familia nos encargamos de acceder a todo lo necesario para no salir por lo menos por dos semanas, luego mi mamá es la única encargada de salir a buscar o hacer las cosas que requería la situación. Los días transcurrían y hacer desde casa todas aquellas actividades que hacía a más de 250 kilómetros era raro. Nunca imaginé que este lugar pasaría a ser el campus, el gym, mi lugar de recreación, también de protección extrema; aunque siendo sincera por momentos se sentía en una cárcel.

Aprendiendo a convivir más tiempo con la familia, sin baches de sentirte "sola", era un nuevo desafío. En miles de ocasiones pareciera que volvimos el tiempo atrás, a nuestra niñez, por esto mismo de estar como al cuidado de tus papás las 24hs del día. Literalmente no salí de casa. Solo estaba al tanto de lo que pasaba en mi pueblo o en el país por comentarios de la única que salía, mamá, o por las redes sociales y medios de comunicación. Las primeras semanas de ASPO eran aterradoras por este nuevo modo de vida; sin embargo, en estos últimos días ya no. Todo se empezó a tomar con calma, hasta se perdía el miedo, se actuaba con más naturalidad. Situación preocupante para mí porque considero que a pesar de estar estable la línea de contagios, no estamos fuera de peligro. Hoy, semana N° 8 de aislamiento en Mburucuyá, se toman nuevas medidas, como la apertura del gimnasio, peluquerías, supermercados en horarios habituales, salidas para caminatas, todo esto con el protocolo correspondiente. Individualmente continuó encerrada, haciendo solamente tareas académicas, y algunas que otras recetas que me animé a hacer con la excusa de distraerme un poco.

Educación en la virtualidad: sus pro y sus contra

En cuanto a lo académico, aquello que había quedado en pausa, empezó a andar. Con nuevos métodos de estudio, nuevos desafíos. Ahora todo dependía de un celular, una computadora y fundamentalmente del servicio de internet, situación que altera mi estabilidad emocional, cuando de entregar trabajos o realizar exámenes se trata. Generalmente en los pueblos la conexión no es tan rápida como puede serlo en la ciudad. Pasé por múltiples frustraciones, si no era el corte de internet, era la luz, o el celular que dejó de funcionar. Todo era nuevo y frustrante. Creo que de eso se tratan los desafíos. Pero por suerte muchas veces resultó con un final feliz, también los distintos profesores que en este sentido se encuentran en la misma situación, nos entendían.

Por otra parte, el hecho de realizar tareas con nuevos compañeros, intercambiar opiniones o vivencias en ASPO, te hacía sentir acompañada en este camino, dándonos confianza y compartiendo logros. Las clases virtuales personalmente creo que te permiten, a pesar de las tantas tareas por hacer, acomodar mejor los horarios, ya que en tu casa se hace más "cómodo" realizarlos. Lo que no quiere decir que te libra del estrés, diversas emociones, frustraciones, o aprietes por querer llegar de la mejor manera a todas. En la semana, cada cátedra se acomoda con sus horarios de cursada virtual. Los martes son un caos porque es el día más cargado, tenemos varios encuentros de varias materias. Vemos aspectos que tienen que ver con la incorporación de nuevos temas, justificación de algunas tareas o solamente encuentros con los distintos profesores para ver cómo vamos con las actividades. Cuento con una compañera con la que compartimos no solo todas las materias sino también otra carrera, estamos juntas en esto y eso me hace sentir acompañada, me da confianza y aliento para seguir, porque generalmente mis frustraciones me juegan una mala pasada. Sin ella, Gabriela, estoy segura que todo esto no sería lo mismo.

Una pequeña anécdota del interior

Sabemos que los medios de comunicación están presentes más que nunca hoy en nuestros días, el impacto que ellos provocan es importante. No solo porque brindan información actualizada de la cantidad de contagios o muertos por el covid-19 sino también porque existen aquellos que causan conflictos o descontentos por otras situaciones que tienen que ver con el tema. Por ejemplo, aquí en la localidad ocurrió un pequeño hecho que en ese momento alteró a la comunidad. Se trata de un conocido periodista local que a través de su red social -Facebook- emitió un comunicado en el que expresó que Mburucuyá recibió

distintas personas provenientes de la provincia de Chaco, y sabiendo por lo que esta ciudad pasaba en este tiempo, produjo miedo en la localidad. Una de las personas que se sintió aludida salió a defender su postura, argumentando que ella se encontraba aquí mucho antes de que el virus se diera a conocer en aquel lugar. Por lo tanto, estaba fuera de peligro para el contagio y que si esto hubiera sido así ella sería la primera en cuidar su comunidad. No atendería con semejante situación. Por supuesto, solo duró unas horas, pero esto da cuenta de la magnitud de los tipos de actitudes que ocurren en tiempos de pandemia, en el que no solo estamos luchando contra el virus sino también contra los diversos modos en los medios se manejan en la sociedad. A muchas personas les afecta la información y las formas con las que se pueda dar a conocer situaciones particulares.

Por el momento

250

Mi familia, nuestra salud, la facultad y todos los planes que tengo se ven encapsuladas en un solo lugar, es espacio de mi hogar. Esto provocaba en mí distintos tipos de humor, un día me siento esperanzada, en otros me lleno de negatividad. Por ejemplo, cuando solo pasan cosas malas como el corte de luz o de internet que no me permiten estar al día con mis cosas de la facultad. Otros días renuevo la confianza cuanto noto que todo aquello valió la pena, ya sea por una buena nota o por un lindo comentario de los profesores. Esto en paralelo a lo que pueda vivir en relación con mi familia, cuando se presentan algunos encontronazos o más bien en aquellos momentos de reflexión, acompañamiento, unión, o con alguna situación del pueblo por el ingreso de personas ajenas a la comunidad, personas que rompen con las reglas en el país, en fin, con todo.

Admito que nunca la perdí la fe, confío en que los argentinos saldremos de esto. Y nos quedará un gran aprendizaje, esto jamás volverá a ser igual.

Mientras tanto, aquí me encuentro hace tres meses con cuatro carillas.

TIEMPOS ETERNOS QUE VAN CAMBIANDO

BÁRBARA VIANA

Mientras me encontraba en mi casa de Corrientes Capital, la ciudad en la cual vivo junto con mi familia, miraba las noticias. El Presidente de la Nación había declarado el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio, (más conocido como “cuarentena”), el 20 de marzo del 2020. En ese momento, al ver cómo estaban algunos países como los europeos, sentía mucho miedo y preocupación. Me preocupaba llegar a estar como ellos, porque la situación que mostraban los medios era muy grave y caótica.

Tras esos días, me surgieron muchas dudas y preguntas. Entre ellas, me preguntaba: ¿Hasta cuándo se va a extender? ¿Qué medidas se van a ir tomando a lo largo de las semanas? ¿Cómo se va a hacer con las clases presenciales?

251

En la UNNE, y en la Facultad de Humanidades donde estudio, se habían suspendido las actividades durante la segunda semana de marzo, ya que hubo un caso positivo de una becaria que había llegado de viaje. Por ese motivo, no se sabía muy bien que iba a pasar luego de eso. Después del anuncio de la cuarentena, se suspendió todo totalmente. Ahí empezaron a surgir preguntas entre mi grupo de compañeros sobre cómo iba a seguir esto, si iban a empezar o no las clases, qué medidas se iban a tomar, cómo iba a ser el inicio de cuatrimestre, etc.

Al pasar los días tenía miedo e incertidumbres porque, como lo mencione antes, no sabía muy bien qué iba a pasar. Me preocupaba mucho no poder saber cuánto tiempo íbamos a tener que permanecer en nuestras casas, sin poder ver a nadie o sin poder realizar las actividades que habitualmente hacíamos.

Pero, por suerte, estamos en la “era de la tecnología”. En la misma, hay distintas formas a través de las cuales nos podemos comunicar, como los celulares y las computadoras. Muchos de estos dispositivos, hasta permiten ver la cara de la persona con la cual se está hablando, cosa que hasta hace algunos años, no era posible. Claramente todas estas cuestiones, no sustituyen el estar frente a una persona hablando cara a cara mientras se miran a los ojos o simplemente hacerlo con un mate de por medio.

Se conoce y se sabe que en estas situaciones, no se puede y nos debemos acostumbrar a lo que tenemos a nuestro alcance. Claramente, no se sabe muy bien qué hacer en estos tiempos de “pandemia”. Los medios de comunicación nos

bombardearon con información, diciéndonos cómo debemos actuar. Se volvió tan normal el uso de cuidados preventivos que ya se transformó en algo natural.

Durante las primeras semanas, me sentía bien con respecto al “aislamiento” ya que soy una persona que no suele salir mucho, y no veía que esta situación me afectara. Así que la llevaba bastante bien.

Luego, a partir de la quinta semana me empezó a costar un poco más. Estaba bien por momentos y de repente me ponía mal sin ningún sentido. Eso me sacaba las ganas de realizar absolutamente todo.

Frente a estas situaciones necesitaba hacer una pausa y enfocarme en mí, tratar de no estar estresada. Lo que hacía era sentarme en el patio de mi casa o acostarme en mi cama a escuchar música porque es algo que me hace tan bien, es algo que considero como una “salvación”. Escucho artistas como Abel Pintos y Luciano Pereyra. También escucho Il Volo, un trío italiano que me gusta muchísimo.

Otra cosa que hacía para despejarme es leer sobre cultura e historia italiana, ya que el estudiar ese idioma me ayuda a olvidar las cosas por un momento y transportarme a ese lugar tan hermoso, a través de imágenes, líneas, canciones, etc.

Después de un tiempo, comienzo a pensar que tal vez el encierro ya me esté “afectando” un poco. Estar todo el tiempo encerrada en el mismo lugar, ver las mismas caras todos los días, me afecta.

Una hipótesis, que pensé en su momento y la sigo sosteniendo, es que tal vez todo esto me sucede porque estoy lejos de las personas que quiero, lejos de mis compañeros y amigos con quienes antes estaba muy acostumbrada a pasar tiempo y eran mi sostén ante cualquier complicación que tenía. Hasta el día de hoy, ellos siguen siendo mi sostén, a pesar de la distancia. Por esto siento que estamos más “juntos que nunca”.

Por otra parte, toda esta situación me genera una sensación extraña que no sé cómo explicar en palabras. Pienso que el día en que podamos salir, o que vuelva todo a la “normalidad”, no sé cómo voy a reaccionar ante la sociedad de nuevo, ya que me acostumbré a estar sola más de lo que ya estaba acostumbrada.

Educación en tiempos de pandemia

En los días previos al comienzo de la cursada en “tiempos de pandemia”, tenía mucho miedo porque no sabía cómo iba a ser, qué criterios se iban a utilizar para evaluar, etc. Sentía que era mucho para mí porque estaba sola en mi casa, sin ninguno de mis compañeros, y eso iba a hacer todo aún más difícil, ya que estaba

muy acostumbrada a estar todo el tiempo con ellos. Por otra parte, me costaba mucho la idea de pensar en tener “clases” y no conocer a los profesores personalmente, no saber cómo son, ni cómo piensan.

Hoy, a mitad de cuatrimestre, puedo decir que aun así me sigue costando esta cursada porque estoy sola todo el tiempo. Si bien hacemos videollamadas con mis compañeros para realizar actividades o trabajos, no es lo mismo porque todo el tiempo tenemos que estar lidiando con los problemas de conectividad. Eso provoca una frustración constante ya que uno de ellos no tiene wifi y los demás tenemos una conexión inestable. A veces, el sistema colapsa en ciertos horarios por el uso excesivo de las personas en esta circunstancia.

El cursado se me hace muy pesado porque claramente los tiempos no son los mismos que en la presencialidad, en el sentido de que no se tiene esa interacción constante entre el docente-estudiante. Eso juega mucho en contra ya que siento que no hay un aprendizaje profundo ni significativo.

Por otra parte, creo que no se logran entender o sacar el mayor provecho posible de los contenidos. Parece que algunos profesores no lo entienden, ya que mandan y mandan solamente los pdf para que leamos, sin ninguna explicación previa ni nada. Luego mandan actividades con respecto a esos textos que claramente, nadie entiende porque no hay una explicación que los acompañe.

Me gustaría recordar que, durante la cursada, había visto un meme en el cual decía “son las 2 AM, terminé de leer los pdf y no entendí ni mierda” y creo que eso demuestra muy bien que sucede día a día en estos contextos.

Como estudiantes pensamos que deberían tenernos un poco de paciencia y contemplación por la situación que estamos atravesando a nivel mundial. Claramente no estoy diciendo que todas las cátedras sean así, ya que hay algunas en donde los profesores están haciendo todo lo posible para ir mejorando y que tanto ellos como nosotros, salgamos beneficiados lo mejor posible.

Como mencioné antes, no sabía que criterios de evaluación se iban a tomar ante esta situación y eso me provocaba un tanto de miedo. Particularmente, siento que no estoy aprendiendo nada porque a través de textos sin ninguna explicación, no se aprende, hay un “aprendizaje” muy superficial sobre las cosas y eso está mal. Como futuros profesionales, no podemos salir formados de esta manera, ya que vamos a ser quienes formen a las futuras generaciones.

También hay una gran problemática en torno a la evaluación, por más de que los profesores nos entiendan y sepan que todo en estas condiciones, cuesta el doble. Por más que no quieran evaluar, lo tienen que hacer de igual forma porque la facultad lo determina y es necesario por el sistema de regularidad y de correlatividades.

Existen profesores que están en contra de eso porque como dije, se tiene un aprendizaje muy “vacío” sobre las cosas y eso no es aprender. Yo también comparto esa idea de que en este contexto no se puede evaluar cómo se tiene acostumbrado a hacer.

A medida que iban pasando los días hasta convertirse en semanas, se me hacía muy difícil poder sostener esa “buena rutina académica” porque no me gustaban las clases virtuales, no me gustaba el hecho de estar todo el día en contacto con una pantalla. Todo me cansa el doble, ni hablar de todo esto a la hora de leer y realizar actividades. Aun estando a mitad de cuatrimestre, sigo pensando lo mismo. Y eso me generación una sensación de frustración y tristeza porque no sé cómo afrontarlo.

Si no fuera por el apoyo constante de mi grupo de compañeros y no hablo solamente de lo académico sino también en lo personal, yo ya habría abandonado el cursado para poder cursar las materias presencialmente y poder sacar el mayor provecho posible, como lo hice en años anteriores. Ellos me siguen incentivando día a día para poder seguir avanzando.

Tiempos eternos que van cambiando

Al comienzo de la cuarentena, mis horarios seguían siendo los mismos que en las vacaciones: dormía y me despertaba tarde, realizaba las comidas en horarios fuera de lo habitual. Así fue durante dos semanas. En ese trayecto, sentía que los días se me hacían eternos. Realizaba mis actividades de siempre (leer y realizar trabajos) pero aun así sentía que el tiempo no pasaba nunca. Tenía la sensación de que había perdido la noción del tiempo.

Luego de esas dos semanas, logré acomodarme con mis horarios de dormirme, despertarme y comer. Realizaba las mismas tareas que las semanas anteriores y tenía la sensación de que el tiempo seguía pasando lentísimo. Me ponía nerviosa no poder encontrar una respuesta ante esta situación, era como que estaba perdida en el tiempo, no entendía el porqué de las cosas.

Durante las siguientes semanas, mis días continuaron con mi rutina ya acomodada. Había días en los que me sentía muy cansada y me agarraba demasiado sueño a las 20:00 hs. Esos días evitaba dormirme y me ponía a limpiar mi casa. Así evitaba hacerlo, porque de otra forma me iba a costar dormir a la noche y eso provocaría que mis horarios se vuelvan a desorganizar. Definitivamente no quería volver a pasar por esta situación otra vez, ya que me costó mucho volver a “acomodarme”.

Lo que más me sorprendió es que teniendo la misma rutina todas las semanas, estas últimas pasaron a ser muchas más cortas que las anteriores. A diferencia de las otras, los días pasaban rapidísimo y sentía que no me alcanzaba el tiempo para todas las cosas que tenía que realizar. Es más, no es que sólo lo sentía, sino que era lo que estaba sucediendo. Necesitaba sacar más tiempo de donde no había para poder lograr todo lo que quería en el día.

Hasta el día de la fecha sigo manteniendo mi misma rutina y tiempos, aunque algunas actividades se hayan vuelto más densas y pesadas como, por ejemplo, la facultad ya que al estar a mitad de cuatrimestre, la cosa se vuelve bastante complicada.

Salidas solamente necesarias

Durante las primeras semanas, cuando todo este aislamiento recién empezaba, me preguntaba cómo iba a ser salir a la calle, siempre y cuando sean en salidas estrictamente necesarias: ¿qué cuidados se iban a tener?, ¿cómo iba a ser todo ese proceso?

En mi casa, se respetó y aun se sigue respetando el aislamiento. El único que salía de mi casa era mi papá y por motivos de trabajado solamente, como él no cuenta con un trabajo fijo, tiene que salir de la casa para poder hacer unas “changas”. En simples palabras, si no sale, no tenemos para comer.

Los cuidados que se tienen son: salir con el barbijo y estar todo el tiempo con el, y a la hora de volver a casa ponerlo en agua y que se lave. Por otra parte, tenemos que lavarnos las manos muy a menudo y cambiarnos la ropa al volver a casa. Estas son las medidas que desde un principio nos recomendaron los profesionales de la salud.

Durante varias semanas, mi única salida fue para ir al kiosco que queda a la vuelta de mi casa. Salía sin barbijo porque vivo en una zona alejada y no hay mucha gente.

En la séptima semana fue la primera vez que salí al centro porque tenía turno en el oculista. Claramente lo hice con todas las medidas de prevención necesarias. No voy a negar que tenía miedo de estar en contacto o cerca de las personas, por toda esta situación de “paranoia” que los medios de comunicación nos venden.

Hasta el día de hoy, empezando a transitar la semana número 12, no volví a salir de mi casa, aunque en Corrientes Capital ya se habilitaron distintos sectores y actividades como la apertura de los bares-restaurantes, salidas para hacer ejercicios a una determinada hora y también andar en bici.

Por otro lado, la economía a nivel nacional está mal, ya que no se genera ni produce trabajo por toda esta situación. Esto complica mucho a las personas y a las distintas familias. Como ya dije, el único que sale de mi casa es mi papá porque es trabajador independiente, aunque por el aislamiento está muy difícil todo.

Espero que lo que estamos atravesando pronto mejore y se pueda levantar el país a nivel económico, pero... ¿cuándo va a pasar eso? Estábamos y seguiremos estando en un laberinto con muchas preguntas y pocas respuestas...

ASPO: TIEMPO DE RE-CONOCER-ME

NATALIA VILLOIS

En este escrito procederé a realizar un análisis de lo que son mis registros de la vivencia de temporalidad y espacio en lo que va del Aislamiento Social Preventivo Obligatorio, realizado en el marco de la cátedra de Antropología Social y Cultural. Soy Profesora en Educación Inicial y estudiante de la Licenciatura en Educación Inicial.

Abordaré este análisis por medio de categorías que en primer lugar dividiré en dos: por un lado, lo MACRO o aquellas categorías que considero que atraviesan de modo transversal todo el registro; por otro, lo MICRO que constará de las categorías más específicas y menos transversales en los registros que aparecen en momentos determinados.

257

PARTE I: Lo MACRO

Emociones intensas en cuarentena

Este tiempo de Aislamiento Social Preventivo Obligatorio viene siendo una montaña rusa de emociones. Atravesada de principio a fin por lo emocional y la temporalidad como ejes transversales de mi vivencia de la realidad actual.

En un inicio busqué marcadamente organizar mi temporalidad para que nada me supere emocional y temporalmente, esto se vio modificado, semana a semana. Creo que mi temporalidad tuvo como único punto estable la sensación de que me faltaba el tiempo. Más allá de eso, no hubo una semana igual a la otra en este sentido, semana a semana los planes cambiaron a último momento en muchos casos, por lo que la organización temporal cambiaba como consecuencia.

Las semanas fueron avanzando y lo que principalmente modificaba repentinamente mi organización era el trabajo. En este sentido, sólo en la semana siete de aislamiento logré llevar a cabo mi organización original, grabándome y planificando previamente a que llegué el lunes. Entonces en la semana, las horas de trabajo se redujeron notablemente y abrieron paso a dedicarme con más intensidad a la facultad y a otras actividades que deseaba día a día, como leer o arreglar alguna que otra ropa, e incluso pude retomar el deporte en casa. Las emociones también me acompañaron transversalmente en todo el tiempo de ASPO y lo siguen haciendo. Inicialmente experimentaba incertidumbre, ansiedad y angustia relacionadas con toda la situación que

estamos transcurriendo y que, de cierto modo, había explotado en nuestras caras.

En la segunda semana, las emociones se empezaron a orientar más en relación con lo facultativo, una ambigüedad aparecía muy marcada, de querer y a la vez sentir rechazo por el cursado. Esto surge después de recibirme como el anhelo de seguir formándome, más aún en áreas que no son tan atendidas de mi profesión, como la investigación y la educación emocional. Este anhelo sigue presente pero el modo en el que me tocaba cursar este año, sin mi grupo de estudio de “siempre”, una materia de una carrera diferente a la propia, con una modalidad que me resulta incómoda, distante y fría, hicieron que me costara decir “quiero cursar este año”. Creo que para la modalidad virtual hay que aprender a generar cercanía en la distancia, se puede, pero en este caso me resulto muy fuerte el choque con la realidad.

Ya en la tercera semana surgió, como algo que se repite desde ese entonces y en adelante, el hecho de que extrañaba mis vínculos que no se encontraban conviviendo conmigo, y éste es el sentir más estable de toda la cuarentena. Pero a la vez, esa tercer semana también comencé a sentirme saturada por la cantidad de cosas por hacer y la ausencia de tiempo y energía para llevarlo a cabo. A medida que avanzaban las semanas se notó una marcada presencia de la frustración relacionada con el tema del tiempo.

Más aún, al avanzar las semanas, las emociones más fuertes giraron en torno a lo laboral y cómo este nuevo ámbito de mi vida se desarrollaba y desarrolla. El aprendizaje de cosas nuevas en relación con esto es lo que más me movilizó y moviliza. La exposición por medio de lo virtual se percibe mucho más fuerte que en la cotidianidad del Jardín de Infantes, lo que hace que cada emoción se vuelva mucho más intensa de lo que habitualmente es. La cantidad de horas de trabajo no se comparan con lo que eran antes de la cuarentena, se multiplicaron. Las grabaciones y el saber que una está exponiéndose a la viralización de manera constante, o a las críticas que pueden llegar a existir por el modo de hacer algo, trasciende toda construcción de “no me importa el qué dirán”. Todo lo construido antes en relación con la profesión está siendo reinventado, y eso hace que todo se vuelva notoriamente más intenso.

El tiempo en cuarentena

El tiempo es otro eje transversal de mi vida en cuarentena. Releyendo mis registros me encuentro constantemente modificando mi rutina de manera muy consciente, en busca de algo que me proporcione equilibrio entre el tiempo

personal, el que dedico para mí, y el tiempo que dedico al resto de mis responsabilidades. Cuestión que me une nuevamente a las emociones, porque cada modificación de estas organizaciones temporales se dio por causa de sentimiento de saturación o agobio.

En los primeros días, el tiempo parecía que era abundante, se sentía justo y necesario para lo que se pensaba hacer en el día. Pero avanzó la cuarentena y se modificó con ella esta percepción. A medida que nos adentramos más en la cuarentena, me adentré más en el sentir que el tiempo no alcanza y que no tengo tiempo para mí.

Se repite esto de “me tome un día sin hacer nada de mis obligaciones porque estoy cansada/saturada”, frase que resuena casi repetidamente cada dos semanas. Lo que me muestra que aun mis organizaciones temporales no se estabilizaron o no encontré el modo de equilibrarlas.

El tiempo o la percepción del tiempo junto con las emociones atraviesan cada párrafo de mis registros. En particular, lo observo partiendo desde la tercer semana en la que comienza a aparecer la frase “no pude hacer muchas cosas”, remarcando la percepción de que me faltaba el tiempo que no era suficiente, en especial para cuestiones de esparcimiento y ocio. Se ve así repetida la sensación de que el día consta de mucho menos que 24:00hs, cosa que en todo el registro relevé que se lo adjudico a mi organización, y es por eso que está en constante evaluación y cambio (y no sé si eso no me lleva más tiempo, paradójicamente hablando). Pero leyendo los registros posteriores a haber pasado esas semanas, transcurriendo otras nuevas, descubro que hay más trabajo que antes, y en mi trabajo es muy difícil respetar algunos tiempos, ya que hay tutores que trabajan en el horario de clases y muchas familias optaron por una organización temporal muy diferente, en la que los niños duermen hasta tarde y hacen las actividades en los fines de semana. Por eso re-descubro que la organización de la séptima semana principalmente fue muy muy útil, pero que no cesaron de suceder cosas que modificaron todo plan pensado, como ser nuevas tareas de edición de video en el ámbito laboral, reuniones con tutores, videollamadas con niños de modo individual, y más.

PARTE II: Lo MICRO

¿Qué pasa en el país durante el ASPO?

Lo fui viendo como a salpicones, ya que la primer semana recibí, se puede decir, una sobredosis de información que aumentó ansiedades e incertidumbres como mencioné antes. Lo que me llevó casi obligadamente a reducir mi consumo

de programas informativos y páginas que suministran datos sobre la situación actual.

Estos salpicones se ven marcadamente la primer semana como saturación de Información. Posteriormente, reaparece la sexta semana con un fuerte acento en la injusticia y como me sentía en relación a ella. Con esto me refiero, por un lado, a que esa semana se dio la situación de liberación de presos, cuestión que me enojó mucho y más a medida que me enteraba que muchos habían vuelto a asesinar o violar personas. Y por otro lado, en relación con la ayuda del estado a quienes estaban en necesidad, ya que amigos míos quedaron desempleados y se encontraban en gran necesidad de esa ayuda (la cual no fue provista por razones falsas como “Domicilio en el Exterior”). Estas cuestiones abarcan casi todo el registro de esta semana.

Por último, reaparece en la octava semana del ASPO, mi enojo. Expreso de manera muy breve cómo veo en cuestiones simples el egoísmo de muchos en este tiempo en relación con las situaciones diferentes a la propia. Escrito con un tono de cansancio por hablar del tema, sintiendo que no valía la pena describir más de esto, razón por la cual no hay más datos que la emoción misma.

FE: la cuarentena y confiar en Dios

Otro punto que aparece todas las semanas de un modo marcado en mis registros es el lugar que ocupó mi fe y Dios. Las primeras semanas fueron una especie de retiro espiritual que me llevó a acercarme y creer más que nunca en Dios.

En semana santa habitualmente yo misiono, es decir, voy a pueblos rurales del interior para compartir momentos y vida con sus habitantes. Llevamos una imagen peregrina de la Virgen de Schoenstatt con nosotros, rezamos por quienes habitan esos lugares y compartimos juntos los ritos religiosos de Semana Santa. Este año fue muy fuerte lo que estaba viviendo en ese tiempo, sumado a lo diferente de como suelo vivirlo. Razón por la cual fue muy distinto a lo que estoy acostumbrada, pero hermoso, ya que sentí que en lugar de salir yo a llevar a Dios a las personas, Dios llegó a mí, a mi hogar y mi corazón y me acompañó en todo lo difícil que estaba siendo este tiempo.

También pude retomar las misas diarias, cosa que hice mucho tiempo y por cosas personales dejé, no tanto por querer sino por no tener el tiempo. Hoy me hago el espacio en el día para ese momento y me ayuda a cerrar cada día dejando todo en las manos de Dios y María.

Me siento mucho más firme en lo que creo y sé que esta fe que fue creciendo me está sosteniendo en los momentos más difíciles de este tiempo de cuarentena, a su vez que noto que ya no siento miedo al qué dirán por ser católica y vivir según lo que creo.

Trabajo a distancia: un aprendizaje con todas las letras

El trabajo en cuarentena es algo que en los registros se ve marcadamente cambiante, aparece de modo notorio en todas las semanas. Se denota en el escrito lo agotador que puede ser trabajar en educación por medio de medios virtuales y a distancia, y más de una vez, expreso que me siento incomprendida en este sentido. Este sentimiento se dio más especialmente en relación con los muchos imaginarios sobre lo que implica ser profesora de educación inicial (que en muchos casos fueron rompiéndose), como por ejemplo que solo cortamos cartulinas, o jugamos y cantamos sin ningún propósito. Re-aparecieron con mucha fuerza y siguen notablemente presentes en discursos y acciones de algunas personas que se apoyan en esas ideas.

261

Desde un principio, mi mayor intención está en cómo llegar a mis alumnos y ser un equipo de educadores con las familias. Esta cuestión es un anhelo personal que trasciende el periodo de aislamiento, pero que ahora, más que nunca me interpela muchísimo, y me deja pasmada y sin respuesta más de una vez. Se suma el hecho de que es la primera vez que estoy a cargo de una sala todo el año, en una institución nueva, por lo que hay mucho que aprender y un ritmo nuevo que captar.

Las implicancias del trabajo de Profesora en Educación Inicial se modificaron en relación con la modalidad de enseñanza a distancia. El vínculo con las familias debe ser aún más cercano, con un diálogo habitual, para conocer la realidad de cada niño y niña. Las grabaciones de la semana que se envían a las familias, deben tener un tiempo y modo específico. La información a los tutores debe llegar de un modo que ellos no solo la reciben sino que la escuchen/lean. La planificación semanal debe ponerse en torno a proyectos, pero con los cambios propios que se dan en este tiempo, los que muchas veces irrumpen al inicio de la semana, y la planificación queda nula. Cada actividad que se proponga a los niños debe ser acompañada por la docente, por lo que se realiza un seguimiento diario, en el mejor de los casos y cuando alcanza el tiempo. Se debe atender a aquellos que no tienen buena conectividad o dispositivos para que las actividades lleguen a todos; entre otras cosas.

Reiteradas veces, llegando a las últimas semanas de registro, aparece la descripción del sentimiento de impotencia relacionada con que en algunos casos, el trabajo en equipo con las familias tan soñado, no se está dando como quisiera. Situación que me está enseñando mucho de mí misma en relación con estas cuestiones.

El espacio y el encierro

En este punto, el registro es sumamente acotado, las primeras semanas los espacios de la casa no estaban definidos para cada uno, pero llegando a la tercer semana, mi habitación fue el espacio en el que mayor tiempo pasaba. Esta fue mi lugar de trabajo, llamadas, estudio y descanso hasta la novena semana en la cual cambió todo. En la octava semana empecé a experimentar mucha ansiedad al estar en mi pieza, lo opuesto a lo que necesito sentir al momento de ir a dormir, por lo que la semana número nueve mude mi trabajo y horas de estudio a la habitación de mi hermana que ya no vive en casa. Esta fue una decisión notablemente buena, llegaba a la noche mucho más relajada y con menos sensación de ansiedad. Comprendí que en la medida de las posibilidades materiales, es positivo tener espacios separados para cada cosa. Tal vez no es necesaria una “oficina o estudio”, pero sí separar el lugar de descanso del de trabajo, que esto ayuda al cuerpo y la mente a no confundirse, por ejemplo, al momento de ir a dormir, sintiendo que volvemos a trabajar nuevamente después de cenar.

262

Facultad: una nueva forma de ser estudiante

En la cuarentena descubrí un nuevo modo de ser estudiante universitaria. En primera instancia sentí un cierto rechazo a la modalidad virtual de la educación formal como alumna, cosa que como docente me sucedía, pero de modo distinto. Como docente, me interpela e incómoda la exposición por medio de lo virtual considerando la posibilidad de que mis videos se viralicen, y por otro la distancia física con los niños y niñas y las implicancias que tiene en la educación inicial concretamente hablando. Como alumna, me cuesta mucho hacer preguntas o aclarar dudas en la distancia, a la vez que fue todo un duelo al plan que había hecho de mi año.

Me fueron difíciles las primeras semanas, en relación con la lectura de los materiales que recibía. Hace mucho no curso materias del tipo de Antropología, y a su vez las últimas materias cursadas fueron más relacionadas a mi área de desempeño actual, con niños y niñas. En los registros se expresa esto con

claridad, ya que en la semana tres me propuse releer nuevamente un texto y rehacer la actividad propuesta por la profesora del práctico.

Pude de todas maneras llevar la facultad al día. En la octava semana fue cuando más cansancio y frustración expresé, reconocí que no tenía fuerzas para hacer lo que se nos pedía, pero aun así me mantuve lo más al día que pude con las tareas encomendadas. Esta falta de fuerzas provenía más en relación con mi trabajo, con angustia y cansancio, y se sumaba al hecho de tener que trabajar con personas que no conocía para la cátedra y tener que gastar fuerzas en eso.

Convivencia en cuarentena: todo un nuevo mundo

El “¿cómo está yendo la convivencia?” aparece contadas veces en el registro, una la primera semana, y otra la tercer semana. Creo que este punto fue muy conciso en lo que iba ocurriendo y en el re-descubrir con quienes vivía, ya que tanto mis papás como yo pasamos muchísimo tiempo fuera de casa desde siempre, entonces fue un re-aprender a estar juntos y convivir.

263

Todos nos encontramos en casa por varias semanas, cosa que era muy nueva para los tres, mamá, papá y yo, y que nos llevó tiempo de re-conocernos, aprender cosas que le gustan o no al otro al iniciar su día, al momento de trabajar o incluso al no hacer “nada”. Llegando a la cuarta semana, mi papá comenzó a trabajar nuevamente, y este re-conocernos volvió a darse ya que la situación de convivencia cambió nuevamente. La presencia de él en casa pasó a ser breve nuevamente y con ese movimiento, cambió también el tiempo y el modo de estar juntos, ya que solo nos veíamos al desayunar a veces y para siempre la cena.

A modo de cierre

Considero que este tiempo está lleno de matices y formas distintas de ser vivido, creo que esto se visualiza claramente en el hecho de que las cosas que en mi registro se dieron de un modo transversal, puede que en otros no haya sido así.

Este momento único en la historia de la humanidad es el más oportuno para que paremos y re-veamos lo que vamos viviendo, y creo que esta propuesta de la cátedra se volvió útil, no sólo para comprender los contenidos propios de la materia sino también para que hagamos ese esfuerzo de parar y ver que nos está pasando a cada uno personalmente.

PERSONALMENTE CREO QUE TODO ESTO ES UNA LOCURA

MILAGROS MAGALÍ YACCUZZI

Buenos días, tardes o noches, según la hora en que estés leyendo este artículo. Tengo 20 años y soy de Las Toscas, provincia de Santa Fe. Actualmente me encuentro cursando el 3er año de la carrera del Profesorado y Licenciatura en Ciencias de la Educación en la Universidad Nacional del Nordeste, para la cual debí trasladarme desde mi ciudad natal a la ciudad de Resistencia Chaco (aproximadamente 120km hay entre las dos ciudades), donde me encuentro residiendo desde el año 2018. El 22 de febrero volví a mi ciudad a pasar el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio aquí con mi familia.

Escribo este texto a raíz de la propuesta de la profesora Carolina Gandulfo perteneciente a la cátedra Antropología Social y Cultural, en la que desde el comienzo de la cursada se nos propuso realizar un diario de itinerancia acerca de todo lo que nos sucedía durante la etapa de aislamiento. Como resultado del proceso realizado surgió este texto en el que hablo acerca de los temas que encontré en el análisis de mis observaciones.

El Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio

El aislamiento lo estoy atravesando en mi ciudad natal, Las Toscas, a donde llegué un tiempo antes que sea declarada la cuarentena obligatoria y se “dispararan” para arriba los casos positivos de covid-19, en especial la provincia del Chaco que es donde estudio. Actualmente en mi ciudad el intendente, desde el comienzo de la cuarentena se puso muy firme con las medidas tomadas.

Desde un comienzo admito que no me tomaba muy en serio la indicación de no salir de mi casa y tener los cuidados necesarios. A medida que pasaba el tiempo comencé a tomar más precauciones a la hora de tener que salir de mi hogar para realizar diferentes actividades como la compra de mercaderías, ir a la farmacia, entre otras.

Señalo todas las decisiones que se tomaron en mi pueblo a medida que iban transcurriendo las semanas de cuarentena:

- En un comienzo los horarios para poder salir a realizar los mandados eran de 7:00 a 14:00hs, pero luego se flexibilizó por muchas quejas de parte de los ciudadanos, al horario de 7:00 a 12:00hs y de 15:00 a 19:00hs.

- Los mercados debían dejar entrar solamente a 10 personas y debían proveerles de alcohol en gel o diluido para ingresar al local, además de que por familia solo podía ingresar un integrante.
- En el banco las personas tenían que hacer las filas cumpliendo con el distanciamiento social, y afuera se encontraba un equipo de salud que se encargaba de desinfectar los cajeros y a las personas al ingresar y salir del lugar.
- Las tiendas que no eran fundamentales, según el gobierno, no estaban abiertas, pero luego se permitió que abrieran tomando todas las precauciones sanitarias.
- Las personas de otras localidades no podían ingresar a la ciudad, ya que se implementó un cerco sanitario; es decir cerraron toda la ciudad y dejaron solamente una entrada y salida en la que te controlan tu fiebre y presión, y te hacen preguntas para poder ingresar aclarando que solo sucede en los horarios permitidos. Aunque luego se permitió que ingresaran al cajero, pero solamente con sus presidentes comunales, siendo transportados por ellos y la cantidad y horario que el intendente autorizara.
- En las primeras semanas, los transportistas no tenían el permiso para ingresar a la ciudad y debían dejar su carga en la terminal de colectivos para que sea desinfectada, y así los clientes buscaran de ahí la carga. Luego, comenzaron a permitir que ingresen, pero debían pasar por el cerco sanitario para ser controlados y en los horarios autorizados para ingresar.
- En relación con el uso del barbijo obligatorio. cabe destacar que mi ciudad fue la primera en declararlo obligatorio en la provincia de Santa Fe. En caso de no cumplir con el uso de barbijo o estar fuera del hogar en horarios que no se pueden circular, vas preso o te realizan una multa. Ahora, en la semana del 25 de mayo, se implementaron las salidas recreativas en horarios establecidos.

El 31 de mayo del 2020 todas estas medidas tomadas se volvieron más complejas porque surgió el primer caso de covid-19 de todo el norte santafesino. Este caso no es en mi ciudad, pero el hombre que salió positivo era repartidor, entonces circulaba por las diferentes ciudades. Días después se tomaron pruebas a otras personas que presentaban síntomas. Toda esta situación provocó el miedo de toda la zona realmente, haciendo que mi ciudad se cerrase completamente, nadie sale y nadie entra, en especial las personas que provienen del lugar donde

se encuentran los casos positivos. El 14 de junio del 2020 la ciudad donde surgió el primer caso positivo ya cuenta con 15 casos.

En relación con el respeto por lo decretado a nivel país, provincial y municipal, creo que en un comienzo no cumplían nada con lo impuesto, lo que provocaba que muchas personas sean detenidas o que sean secuestrados sus vehículos. Pero a medida que se fue complejizando toda la pandemia comenzaron a tener conciencia y cuidarse más, cuestión que noté las veces que debía salir. Obviamente sigue habiendo personas que no les importa nada y no cumplen las cosas, pero creo que ahora con estos casos positivos se tomará más conciencia acerca de que esto no es una broma, es algo serio.

Relaciones familiares

Durante todas estas semanas transcurridas de aislamiento, mi relación con los familiares que convivo fue normal porque en sí siempre nos llevamos bien. Aunque sí hay días en los que nos peleamos bastante pero no es nada que no se pueda solucionar pasado un rato. Sin embargo, tengo que admitir que al acostumbrarme a vivir sola en Resistencia muchas veces necesito ese tiempo a solas para estar en silencio, tranquila.

El haberme acostumbrado a vivir sola fue una de las razones que provocó más peleas, por así decirlo, durante estas semanas. Estaba acostumbrada a realizar las cosas a mi tiempo, horario y manera, pero ya conviviendo con mi familia todo cambia. En especial con mi madre que por más que nos llevemos muy bien tenemos nuestras diferencias en varias cosas y eso provocaba que “choquemos”.

Otra de las razones que provocaba peleas era que mis abuelos que se encuentran dentro del grupo de riesgo no tomaban las precauciones que debían tomar, entonces siempre me enojaba y terminaba peleando con ellos porque no entendían que debían cuidarse. Pero en las últimas semanas, aproximadamente del 20 de mayo al día de la fecha 01 de junio, comenzaron a tener muchísimos más cuidados por cómo estaba avanzando la pandemia y los casos positivos muy cerca de nosotros, y que justamente no sabemos si dentro de catorce días no vamos a contar con casos positivos también en mi ciudad.

De igual manera, a pesar de estas peleas, en general nos llevamos bien, lo que facilita mucho sobrellevar este periodo de aislamiento, que no sabemos cuánto va a durar por cómo van subiendo cada vez más las muertes y casos positivos.

Conectividad, enseñanza y aprendizaje virtual

Mi conectividad en mi ciudad siempre fue mala, pero desde que comenzó esto de que la gente debía quedarse en su casa más tiempo, como que toda la conexión se saturó y no daba abasto. Lo que claramente provoca que todo funcione mal. Hace unas dos semanas atrás hicieron un cambio de cableado en general para mejorar la conectividad, lo cual sinceramente no mejoró en nada, porque sigo teniendo problemas.

A raíz de eso, muchas veces no pude conectarme a las clases que tenía, pero luego cuando tenía un poco de conectividad trataba de acceder y ver algún video para estar al día por lo menos, aunque claramente no era lo mismo. Varias veces accedía con mis datos, pero no eran de mucha ayuda porque enseguida se consumían.

Desde el primer día tuve mucho rechazo a las clases virtuales en la universidad, porque realmente siento que no estoy aprendiendo nada, por más que los profesores nos den los materiales y las explicaciones para que podamos llegar a adquirir el conocimiento. Y tengo un poco de miedo realmente a sentir que esto va afectar mi desempeño como profesional el día de mañana, al no poder estar viviendo las experiencias que tendría que estar viviendo con las clases presenciales, como por ejemplo el trabajo de campo.

Pero no me queda otra que tratar de cumplir con todo lo que nos piden los profesores, para seguir avanzando con la carrera porque tampoco puedo abandonarla por esta situación. No es justo ni para mí, ni para mi familia que está haciendo todo para que yo pueda estar estudiando en otra ciudad y algo que realmente me gusta como profesión para poder desempeñar el resto de mi vida.

Salud mental y física

Puedo decir que mi estado de ánimo durante todas estas semanas de aislamiento fue muy variado. En las primeras semanas, manejaba un sentimiento entre incertidumbre sobre todo lo que estaba sucediendo, y bronca por el hecho de tener que estar encerrada y no poder comenzar las clases de forma presencial. A medida que iban pasando más las semanas comencé a manejar un sentimiento de tristeza y ansiedad. Eso provocó que todo descargara comiendo más lo que debía comer y admito que hasta el día de la fecha sigue presente la ansiedad y más ahora el saber que hay casos muy cerca de mi familia y mío.

La ansiedad fue lo más presente durante toda la cuarentena, sentimiento que comenzó a desarrollarse aproximadamente a las tres semanas del inicio del

aislamiento y sigue estando ahí. Aunque sí fue variando, hay días en los que es más fuerte y días en los que es más débil, pero siempre está ahí.

También puedo decir que mi salud física empeoró, mi peso aumentó. Al presentarse tanta ansiedad y manejarla comiendo provocó justamente eso. Mi peso aumentó bastante pero no es algo que lo considere como algo muy malo, solo que reconozco que fue un cambio bastante grande.

Otro sentimiento fue el de preocupación por la salud de las personas que quiero, me preocupa que algo les pase y no poder ir a verlos. Aunque admito que haría todo lo posible para verlos, aunque no esté bien lo que esté diciendo. Me preocupa mi situación académica porque realmente no sé si me sirve todo el esfuerzo que estoy haciendo para cumplir con todo y también me preocupa de por sí toda la situación de las personas del país, su economía, su salud y su estado emocional, porque cada vez estamos peor y a medida que van pasando las semanas va empeorando todo. Lo veo en las calles, los relatos que escucho de personas y las redes sociales.

268

Respecto de mi salud física, también ahora el estar mucho más tiempo con la computadora y celular, me provocó que tenga muchos dolores de cabeza y ojos, ya que nunca estuve acostumbrada a estar tanto tiempo estar ahí frente a ellos. Eso ya lo vi a las tres semanas que comenzó todo esto, así que ahora llevando ya más de dos meses de cuarentena está cada día empeorando, pero trato de llevarlo lo más calmada posible.

Una de las cosas que me sucedió fue que en la semana de mediados de mayo debí operarme por la muela del juicio, sufrí demasiados dolores lo que me hizo re desconcentrarme de todo. Porque además de sacarme el diente, tuvieron que extraer un poco de hueso para llegar a él, lo que hacía que los calmantes que tenía no hicieran realmente nada. Pero a los cuatro días más o menos, comencé a sentirme mejor y ahí pude volver a realizar mis actividades habituales.

Finalmente, lo que sí puedo destacar que desde el día uno realizar las cosas comenzaron a costarme el doble de tiempo. Lo que antes capaz tardaba una hora en realizar, ahora me llevaba tres horas o más todavía. Traté de muchas maneras en apurarme al realizar las cosas, pero no me funcionaba. Entonces trato de hacerlo con más tiempo para así no atormentarme en que se me termina el tiempo para realizar una entrega.

Pero no queda otra que tener fe que en algún momento esto va a pasar, y a pesar de las consecuencias que va a dejar consigo, esto nos dejará una lección muy importante y podremos superarlo con ayuda de los demás, es decir entre todos ayudándonos a tratar de levantarnos.

colectivo
~SYR4~
EDICIONES

Este libro digital se terminó de editar el 7 de julio de 2020,
día de su presentación en la Facultad de Humanidades, UNNE,
Resistencia, Chaco.

ISBN 978-987-86-5243-6

